CARTAS AL MAR DE JAPÓN



MARTA R. BILBAO

CARTAS AL MAR DE JAPÓN

Una novela de
Marta R. Bilbao

© 2026 Marta R. Bilbao

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, así como su distribución o comunicación pública, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Primera edición: 2026

Publicado de forma independiente por la autora.

Contenido

CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII
CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV
CAPÍTULO XXVI
CAPÍTULO XXVII

CAPÍTULO XXVIII
CAPÍTULO XXIX
CAPÍTULO XXX
CAPÍTULO XXXI
CAPÍTULO XXXII
CAPÍTULO XXXIII
CAPÍTULO XXXIV
CAPÍTULO XXXV
CAPÍTULO XXXVI
CAPÍTULO XXXVII
CAPÍTULO XXXVIII
CAPÍTULO XXXIX
CAPÍTULO XL
CAPÍTULO XLI
CAPÍTULO XLII
CAPÍTULO XLIII
CAPÍTULO XLIV
CAPÍTULO XLV
CAPÍTULO XLVI
CAPÍTULO XLVII
CAPÍTULO XLVIII
CAPÍTULO XLIX
CAPÍTULO L
CAPÍTULO LI
CAPÍTULO LII
CAPÍTULO LIII
CAPÍTULO LIV
CAPÍTULO LV

CAPÍTULO LVI
CAPÍTULO LVII
CAPÍTULO LVIII
CAPÍTULO LIX
CAPÍTULO LX
CAPÍTULO LXI
CAPÍTULO LXII
CAPÍTULO LXIII
CAPÍTULO LXIV
CAPÍTULO LXV
CAPÍTULO LXVI
CAPÍTULO LXVII
CAPÍTULO LXVIII
CAPÍTULO LXIX
CAPÍTULO LXX
CAPÍTULO LXXI
CAPÍTULO LXXII
CAPÍTULO LXXIII
CAPÍTULO LXXIV
CAPÍTULO LXXV
CAPÍTULO LXXVI
CAPÍTULO LXXVII
CAPÍTULO LXXVIII
CAPÍTULO LXXIX
CAPÍTULO LXXX
CAPÍTULO LXXXI
CAPÍTULO LXXXII
CAPÍTULO LXXXIII

CAPÍTULO LXXXIV
CAPÍTULO LXXXV
CAPÍTULO LXXXVI
CAPÍTULO LXXXVII
CAPÍTULO LXXXVIII
CAPÍTULO LXXXIX
CAPÍTULO XC
EPÍLOGO

CAPÍTULO I

LO QUE HEREDAN LOS SILENCIOS

Nagoya, Japón — 1940

Las botas seguían donde las había dejado la noche anterior, mal colocadas, sin tocar. Hiroshi se detuvo en el umbral antes de entrar del todo. No era habitual. Nunca lo era. Se agachó despacio y pasó la mano por el cuero. Nada. Ni una marca. Ni una señal de haber pasado por ellas. Levantó la vista.

Su padre estaba sentado junto a la mesa baja, con las manos apoyadas en las rodillas. No le miraba.

—Las dejé ahí. Pensé que las verías.

El padre tardó en contestar.

—Las vi.

Hiroshi sostuvo las botas un momento más.

—Entonces falta algo.

El padre alzó la mirada, apenas.

—Hoy no llego a todo.

No sonó a excusa. Sonó a otra cosa.

Hiroshi dejó una bota en el suelo.

—Dímelo la próxima vez.

El padre negó.

—No voy a ir avisando de cada cosa.

Hiroshi colocó la otra sin mirarlo.

—Ya me encargo yo.

No hubo más.

A la mañana siguiente estaban arregladas, como siempre. Pero ya no era exactamente igual, y eso fue lo que no supo encajar.

La casa de los Nakamura se alzaba en un barrio tranquilo, rodeada de caquis que cada año marcaban el calendario con sus frutos anaranjados. Era una vivienda de madera clara, de techos bajos, con un jardín de grava siempre peinada. Tres rocas se erguían en un rincón y un pino inclinado completaba la estampa,

superviviente de más inviernos de los que Hiroshi alcanzaba a contar.

Cada mañana, antes de que el barrio terminara de despertarse, Hiroshi repasaba las líneas de la grava con el rastrillo. No era una manía. Era una forma de mantener algo en su sitio.

Aquel otoño no fue como los anteriores. El golpe del martillo al fijar un nuevo bando en el tablón del barrio llegó hasta la casa con una cadencia insistente. Nadie salió a leerlo, pero Hiroshi lo escuchó igual. Cada impacto se le quedaba dentro.

En aquella casa se hablaba poco. Su padre, veterano de la guerra ruso-japonesa, caminaba arrastrando la pierna herida; ese roce sobre el tatami marcaba las horas. No decía mucho, pero siempre estaba antes de que hiciera falta. Su madre mantenía la casa sin desviarse de lo que tocaba: doblar, limpiar, ordenar.

Creció allí, hijo único desde que Haruki dejó de estar. El altar familiar conservaba su retrato con cintas blancas. Cada noche, a la misma hora, su madre encendía incienso mientras su padre salía al patio y regresaba con las manos frías. Nadie lo nombraba, pero seguía presente.

Una vez, Hiroshi preguntó. Esperó a que su madre terminara de secar un cuenco y lo dejara en su sitio.

—¿Cómo fue cuando enfermó?

El paño se quedó quieto en la mano de su madre.

—¿Ahora te interesa eso?

Hiroshi dio un paso.

—Nunca me lo habéis contado.

Ella dejó el cuenco sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Porque no hace falta removerlo.

—Para mí sí.

Su madre evitó mirarlo.

—Era tu hermano.

—Ya lo sé.

—Entonces déjalo estar.

Hiroshi frunció el ceño.

—No sé ni de qué murió.

La mano de su madre se tensó alrededor del paño.

—De una fiebre.
—¿Y ya está?
Ella cerró los ojos un instante.
—Hiroshi… basta.
Hiroshi no insistió. Aquella noche no durmió igual.

Recordaba a Haruki no por la enfermedad, sino por un día en un descampado, cuando volaban cometas. La suya se rompió al soltar el hilo demasiado rápido y cayó en un arrozal. Se quedó quieto, sin saber qué hacer. Haruki se rió, se quitó la chaqueta y se la echó por encima antes de correr juntos a rescatar el papel mojado. Al volver, le dio un leve empujón en el hombro, quitándole importancia. Ese recuerdo regresaba siempre limpio. Lo demás, no.

El barrio seguía con su rutina, aunque algo empezaba a tensarse en pequeños detalles. Las colas frente a la cooperativa crecían sin aviso. El cartero volvió con otro aviso. Algunos hombres lo leyeron sin comentar nada y regresaron a sus casas cerrando la puerta con cuidado.

Hiroshi buscaba aire en sus paseos al canal de Shōnai. Se detenía a ver pasar los trenes: vagones de carbón, soldados apoyados en las puertas, comerciantes descargando cajas, niños agitando pañuelos hasta perder de vista el último vagón. Ese movimiento le calmaba un rato. Cada vez menos.

A los veinte años estudiaba Ingeniería Mecánica en Tokio. Le gustaban los planos claros, las soluciones que no dejaban dudas. Los fines de semana volvía a Nagoya y trabajaba con su padre en los talleres.

Un ingeniero señaló un fallo.
—Revísala.
—Funciona.
—Hazlo otra vez.

Hiroshi apretó la mandíbula.
—No queda mal…

El hombre lo miró sin moverse.
—¿La firmarías tú?

Hiroshi sostuvo la mirada un segundo.
—No.

—Pues ya sabes.

Hiroshi se quedó con esa escena.

Al otro lado del río vivía Masako Hayashi. Su casa era más modesta, con un ciruelo junto a la entrada. Dentro, todo estaba en su sitio sin necesidad de que nadie lo recordara.

Su madre, Haruko, cosía junto a la ventana con una constancia que no cambiaba de un día para otro.

—Con un poco de verde, la casa se lleva mejor.

Masako levantó la mirada hacia el árbol.

—Crece despacio.

—Mejor. Así no se descuida.

En la otra esquina, su padre, Ryōto, seguía sentado, con la vista perdida en el suelo.

—No sé en qué creer ya.

Masako lo observó un momento antes de hablar.

—Antes no decías eso.

Ryōto soltó una leve risa, sin alegría.

—Antes tenía un aula. Ahora tengo esto.

Haruko no dejó la aguja.

—No hace falta un aula para pensar.

Ryōto negó.

—No es eso.

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Es que ya no quieren que nadie piense demasiado.

Masako sostuvo la mirada.

—Fue por eso, ¿no?

Ryōto tardó en responder.

—Fue por no callarme a tiempo.

El silencio se quedó unos segundos en la habitación.

Haruko remató el hilo.

—No todo se puede decir igual en cualquier momento.

Ryōto cerró los ojos un instante.

—Ya lo sé. Ahora sí.

Masako bajó la vista. No añadió nada más, pero lo entendió.

En el mercado, una mañana, el encargado del arroz habló sin levantar demasiado la voz:

—Solo con doble cupón.

Un niño tiró de la manga de su madre.

—Tengo hambre.

Haruko apretó la mano de Masako.

—Mira bien. Aquí nadie cuenta todo.

Masako asintió.

En Tokio, vio a Hiroshi antes de que él la viera. Siempre igual: papeles bajo el brazo, la mirada fija en lo que llevaba delante. Un día, en una escalera, a Hiroshi se le cayó un papel lleno de fórmulas. Masako lo recogió y, al devolvérselo, no lo soltó del todo.

—Te has adelantado aquí.

Hiroshi alargó la mano.

—No lo veo.

—Te has quedado con lo primero que te cuadra.

Hiroshi tiró del papel.

—¿Y tú qué ves?

Masako sostuvo la mirada.

—Otra cosa.

Se cruzaron sin más.

Dos días después volvieron a verse.

—Sigues con eso.

—Y tú mirándolo.

—Alguien tendrá que hacerlo.

Siguieron su camino.

A la semana siguiente, Hiroshi se sentó frente a ella en la biblioteca.

—He tocado una parte.

Masako miró el cuaderno.

—Ahora aguanta.

—No era tan complicado.

—No. Antes no lo veías.

Trabajaron en silencio.

Empezaron a coincidir cada vez más. Sin hablarlo, acababan en los mismos sitios.

Un día, al salir, Masako se detuvo.

—Los fines de semana voy a Nagoya.

—Yo también.
—El tren de la tarde va medio vacío.
Hiroshi asintió.
—Me viene bien.
La primera vez que viajaron juntos apenas hablaron. El tren marcaba el ritmo.
—Sigues dándole vueltas.
—No doy con ello.
—Déjalo un rato.
—Si lo dejo, no avanzo.
Masako negó.
—Así tampoco.
Hiroshi dudó.
—No se me da bien parar.
Masako lo miró un instante.
—Ya me he dado cuenta.
Hiroshi soltó aire por la nariz y apoyó la cabeza en el respaldo.
—Gracias por el diagnóstico.
Masako bajó la vista hacia la ventanilla.
—De nada.
Con el tiempo, caminar juntos dejó de ser raro. Por eso, cuando se encontraron junto al río, ninguno se sorprendió. El agua arrastraba placas de hielo que chocaban antes de separarse.
—En mi casa no se habla de mi hermano… pero está en todo.
Masako miró el agua un momento antes de responder.
—Mi padre sigue ahí todos los días… aunque esté delante.
Hiroshi frunció levemente el ceño.
Masako añadió:
—Daba clases de literatura.
Se encogió ligeramente de hombros.
—Ya no.
—¿Por qué?
—Por decir lo que pensaba cuando no debía.
El agua siguió pasando entre los dos.
—Desde entonces… ya no encuentra su sitio.
Hiroshi asintió despacio.

—En mi casa es distinto… pero se parece.

Masako lo miró de frente.

—Sí.

Caminaron unos pasos más.

—¿Te gusta el taller?

—Cuando encaja, sí.

—¿Y cuando no?

Hiroshi pensó un segundo.

—Sigo hasta que sale.

Masako negó suavemente.

—Hay cosas que luego se quedan dando vueltas.

Hiroshi la miró de lado.

—¿Qué cosas?

Masako se encogió ligeramente de hombros.

—La gente. Las cosas que pasan. Yo qué sé.

Hiroshi bajó la vista al agua.

—Eso no lo llevo bien.

Masako no suavizó el tono.

—Se nota.

Hiroshi esbozó una media sonrisa.

—Tú sí.

Masako negó.

—No. Yo paro antes.

Hiroshi la miró de nuevo.

—Eso también es decidir.

Masako no respondió. Dio un paso más, pero se detuvo lo justo para quedar a su altura.

—Mañana vuelvo a la biblioteca.

Hiroshi tardó un segundo.

—Yo también.

Masako asintió y siguió caminando. Hiroshi la alcanzó. Caminaron un rato más junto al agua. Hiroshi intentó decir algo dos veces y acabó dejándolo.

Al llegar al cruce donde sus caminos se separaban, se detuvieron apenas un instante.

—Mañana —dijo Masako.

Hiroshi asintió.

Cada uno siguió en su dirección.

En la casa de los Nakamura, todo seguía igual desde fuera. Hiroshi salió al jardín, pasó el rastrillo y dejó la línea a medias.

Se quedó quieto un instante, con la mano apoyada en el mango del rastrillo. Después lo dejó junto a la pared y entró en casa.

CAPÍTULO II

DONDE EMPIEZA EL VIENTO

Carpintería, California — 1940

El día empezaba cuando el campo todavía no se distinguía del todo. La tierra seguía húmeda y oscura, y el aire frío se colaba por las mangas de la camisa mientras Jack cruzaba el corral con un paso aprendido. A esa hora, la finca parecía en pausa. El alambre retenía gotas, el barro guardaba la huella de las botas y, al fondo, las lomas iban saliendo de la sombra. Todo estaba en su sitio. Y justo por eso, lo que llevaba días creciendo por dentro no encontraba dónde encajar.

Su padre estaba junto al tractor, inclinado sobre el motor, con la herramienta encajada en una pieza que no terminaba de responder. No levantó la vista cuando Jack llegó; señaló la cadena con un gesto corto. Jack se agachó, probó la tensión y notó el fallo en cuanto giró el piñón. Aflojó, desmontó, limpió la grasa y volvió a montar la pieza con cuidado, buscando en los dedos el punto exacto en que dejaba de resistirse. Su padre se apartó lo justo para dejarle sitio. Cuando el motor respondió, apoyó la mano un segundo sobre el capó.

—Bien… así aguanta.

—Aguanta, pero no fino.

Su padre alzó la vista despacio.

—Si tienes que pensarlo, es que no está fino.

Jack sostuvo la mirada, apagó el motor y desmontó de nuevo la pieza. Repitió el proceso con más calma. Cuando terminó, el sonido cambió lo justo. Dio un paso atrás.

—Ahora sí.

Dentro de la casa, Helen se movía entre la mesa y el fogón con la precisión de siempre. Clara estaba sentada, observándolo desde que cruzó la puerta. Jack se sentó y cogió la taza, pero no bebió.

Clara apoyó el codo en la mesa.

—Últimamente estás raro.

Jack cogió la taza.

—Estoy aquí, ¿no?

Clara sonrió de lado.

—Sí, pero tardas medio minuto en volver cada vez que te hablo.

El padre entró, se lavó las manos y se secó con calma. Antes de sentarse, miró a Jack un segundo más de lo normal.

—Cuando lo tengas claro… dilo.

—Lo tengo.

El padre asintió apenas.

—Entonces no lo alargues.

El silencio se quedó en la mesa. Jack bebió el café de un trago, dejó la taza y salió.

Cogió la bicicleta y empezó a pedalear por el camino de tierra. El frío le cortaba la cara. A mitad de trayecto levantó la vista. Un avión cruzaba muy alto. Esta vez no apartó la mirada.

Desde niño hacía lo mismo. Se quedaba quieto en mitad del campo, con las manos llenas de tierra, siguiendo el avión hasta que desaparecía. Más de una vez su padre le había dado una voz para que volviera al trabajo. Nunca dejó de hacerlo del todo.

Ahora tampoco.

El avión siguió avanzando, pequeño, firme. Jack apretó el manillar. No apartó la vista. Y ahí lo tuvo claro.

No quería seguir mirando desde abajo.

En el taller del college, la mañana avanzó con la rutina. Jack desmontaba, ajustaba, comprobaba. El instructor dejó un magneto frente a él.

—A ver.

Jack lo abrió pieza a pieza, revisando cada encaje. Se detuvo lo justo antes de cerrarlo.

—Pruébalo.

El instructor lo hizo girar y escuchó.

—Ahora sí.

Jack asintió, pero ya estaba mirando hacia la puerta abierta. Más allá, el cielo seguía limpio.

En una radio encendida en el fondo del taller, una voz hablaba de Europa. Palabras sueltas: Alemania, Inglaterra, barcos hundidos. Nadie subió el volumen, pero nadie la apagó.

Por la tarde, el mar en Rincón Point estaba movido. Las olas entraban con fuerza, levantando espuma antes de romper. Tommy fue el primero en meterse.

—¡Venga, que hoy sí hay olas!

Luis ya estaba remando cuando Jack dejó la bicicleta y entró al agua. El frío le recorrió el cuerpo, pero siguió hasta colocarse con ellos.

Luis intentó levantarse en una ola y cayó de lado.

—¡Joder!

Tommy se rió.

—Eso ha sido entrar y salir.

—Mira quién habla.

Jack cogió una ola buena. Se puso en pie y la aguantó hasta el final. Al salir, respiró hondo.

Luis lo miró.

—Cuando te da por algo…

Jack no sonrió.

—Voy a presentarme a la academia de aviación.

Tommy dejó de bromear.

—Vale.

Luis asintió despacio.

—Eso ya lo llevabas dentro.

Jack miró el agua.

—No es de ayer.

Una ola pasó sin que ninguno se moviera.

—Si me aceptan, me voy.

Tommy tragó saliva.

—Pues te vas a ir.

Luis añadió:

—Aquí eso no te sirve.

Jack miró el agua un instante.

—Precisamente por eso me quiero ir.

—En casa no lo saben —dijo al final.

Luis negó.

—Pues ya estás tardando.

Tommy miró hacia la orilla.

—Y con ella también.

Jack siguió esa mirada.

—Sí.

En el rancho de los Braxton, la tarde caía sobre los naranjos. La señora Braxton separaba judías en un cuenco. El señor Braxton entró del cobertizo y dejó una caja junto a la puerta.

—Llevas sin pasar página un buen rato —dijo su madre.

—Ya.

El padre se quitó el sombrero.

—Cuando te quedas así es por algo.

Elsie cerró el libro.

—No es nada.

Su madre negó.

—No hace falta que lo tapes.

El padre miró hacia el camino.

—Vendrá hoy.

—¿Quién?

—Jack.

Ella no respondió.

—Lleva días raro —añadió su madre.

El padre asintió.

—Y tú también.

Elsie dejó el libro.

—Voy fuera.

—Ve. Pero habla.

Caminó hasta la cerca y apoyó los brazos en la madera. El viento movía las ramas de los naranjos.

Cuando oyó la bicicleta, se giró.

Jack llegó, dejó la bici y se acercó.

—¿Qué pasa?

Jack fue directo.

—He hecho las pruebas para la academia de aviación.

Elsie lo miró fija.

—¿Te han cogido?

—Aún no lo sé.

—¿Y si te cogen?

—Me voy.

Elsie asintió despacio.

—¿A dónde?

—A Texas. Randolph.

Ella bajó la vista un segundo y volvió a mirarlo.

—¿Desde cuándo llevas con esto?

—Desde hace meses.

Elsie apretó la mandíbula.

—Vale.

Silencio.

—¿Y pensabas decírmelo cuándo?

—Hoy.

—Claro. Hoy.

Jack respiró hondo.

—No ha sido fácil.

—No. Fácil no.

Se acercó un paso más.

—¿Y yo qué?

Jack dudó apenas.

—No sé cómo encajarlo contigo.

Elsie soltó aire.

—Por lo menos no me mientes.

Se quedó mirándolo.

—Pero escucha… tú ya no estás aquí del todo.

Jack alargó la mano y le rozó la muñeca.

—Estoy aquí.

—Ahora.

El silencio se tensó.

Ella lo besó sin avisar. Jack respondió, sujetándola con fuerza. Se separaron apenas.

—No quiero que te vayas.

Jack tardó un momento en responder.

—Quiero volar, Elsie.

Ella soltó aire por la nariz, molesta.

—Sí, eso ya me ha quedado claro.

Jack miró hacia los naranjos antes de volver a mirarla.

—No intento hacerte daño.
—Pues te está saliendo regular.
Jack bajó la vista un instante.
—Ya.
Se le quebró un poco la voz, pero se mantuvo firme.
—También estoy yo. Y esta casa. Y todo esto.
Se hizo un silencio corto.
—Y luego dirás que vuelves… pero no será igual.
Jack bajó la mirada un instante.
—Lo sé.
—Yo sí lo sé —añadió ella—. Porque me quedo.
Jack levantó la vista.
—No quiero irme así.
—Pues no te vayas así.
Elsie dio un paso atrás.
—Vete sabiendo lo que dejas.
Jack asintió despacio.
—También eres tú.
Elsie bajó la vista un segundo.
—Eso ya lo sé.
—Pues entonces no me hagas repetirlo.
El silencio se quedó entre los dos.
Elsie metió la mano en el bolsillo del delantal y sacó el pañuelo.
—He hecho esto hoy.
Jack lo abrió.
—Vértigo.
—Es lo que siento.
Jack pasó el pulgar por la palabra.
—Me lo llevo.
—Llévatelo… y no lo olvides.
Jack asintió.
—No.
Ella dudó un instante.
—Y escribe.
Jack la miró.
—Te escribiré.

Elsie sostuvo la mirada un segundo más.

—Eso espero.

No dijeron nada más. Jack dio un paso atrás, cogió la bicicleta y empezó a pedalear.

Elsie no lo llamó. Se quedó en la cerca, siguiéndolo con la mirada hasta que desapareció.

El camino quedó vacío.

Aun así, no se movió.

Apoyó las manos en la madera y siguió mirando el camino vacío hasta que empezó a refrescar. Después volvió a entrar en casa sin decir nada.

CAPÍTULO III

AUNQUE NO NACIÓ, TAMBIÉN MERECE DESPEDIDA

Tokio, Japón — 1939

La habitación era estrecha y apenas entraba luz. Takeshima dejó la maleta junto a la pared y se quedó de pie, sin sentarse todavía. El patio interior no ofrecía nada: una cuerda con ropa tendida y un cubo torcido en un rincón. Desde la habitación de al lado llegaba una tos insistente. Abrió el cuaderno, escribió una línea y la tachó.

No era el viaje. No eran las horas de tren ni la ciudad desconocida. Era otra cosa. No sabía si había llegado antes de tiempo… o tarde. Venía de un pueblo costero al sur de Nagasaki, de una casa que daba a una calle estrecha que terminaba en un embarcadero de madera. Su padre llevaba una tienda de papel y tinta; su madre bordaba kimonos para festividades y funerales. Creció entre caracteres, tinta y silencios donde todo tenía su sitio. Por eso, al llegar a Tokio, fue cuando empezó a notar que no lo tenía él.

Aquella noche apenas durmió. Pasos en el pasillo, una puerta que se abría, otra que se cerraba sin cuidado. Todo le llegaba a trozos. Se giró varias veces. Al final encendió la luz otra vez, pero no escribió.

A la mañana siguiente, la mujer de la pensión dejó el cuenco con un golpe.

—Aquí se viene a dormir.

Takeshima asintió.

—Sí.

—Y a pagar.

—También.

—Y a no molestar.

Takeshima dudó un segundo.

—Lo intento.

—Intenta menos y hazlo.

En la universidad tampoco encontraba sitio. Se sentaba, escuchaba y tomaba notas a medias. Los demás hablaban con seguridad, como si ya supieran lo que iban a ser. Él no.

Una tarde anunciaron una charla. Un teniente de la base de Tokorozawa, Yamato. La sala se llenó rápido.

—El país no necesita dudas.

Nadie dijo nada. Nadie se movió. Takeshima miró alrededor. Todo parecía claro para todos menos para él. Bajó la vista al cuaderno. No escribió. Por eso le gustaba la literatura, porque ahí uno podía dudar sin tener que esconderlo.

Fue esa semana cuando la vio. Masako estaba unas filas más adelante, con una libreta sobre las piernas. Escribía sin distraerse, con decisión. Takeshima mantuvo la vista en ella más de lo habitual.

Entonces entró Hiroshi. Cruzó el aula sin mirar a nadie. Sacó un papel doblado, lo apoyó contra la pared y trazó una línea rápida con el lápiz. No dudó. No corrigió. Observó ese trazo un instante y lo guardó. Masako dejó de escribir.

A la salida, Takeshima caminó a su lado sin tener claro si debía hablar.

—Oye…

Masako se giró.

—¿Sí?

—En clase… has tachado tres veces la misma línea.

Masako miró el cuaderno.

—¿Estabas contando?

—No… pero se notaba.

Masako lo miró con algo más de atención.

—No era lo que quería escribir.

—Ya.

Silencio breve.

—Cuando te atascas escribiendo… ¿qué haces?

Masako levantó la vista.

—Nada. Me enfado un rato.

Takeshima soltó una risa corta.

—Eso sí parece verdad.

Ella cerró un poco el cuaderno.

—Y luego vuelvo a intentarlo. A veces sale y a veces no.

Takeshima asintió.

—¿Y hoy?

—Hoy no.

Se hizo un pequeño silencio.

—Soy Takeshima.

—Masako.

A partir de ahí empezaron a coincidir. No quedaban; se encontraban. En la biblioteca, en los pasillos, al salir. Hablaban poco, pero cada vez un poco más.

En la biblioteca, días después:

—Hoy no has tachado nada.

Masako levantó la vista.

—Hoy me he contenido.

—No parece lo mismo.

—No lo es.

Takeshima dejó el libro sobre la mesa sin abrirlo.

—¿Siempre le das tantas vueltas a todo?

Masako apoyó el lápiz sobre el cuaderno.

—Bastantes más de las que debería.

Takeshima dejó escapar una leve sonrisa.

—Eso explica por qué siempre estás aquí.

Masako levantó una ceja.

—¿Y tú qué haces aquí entonces?

Takeshima sonrió apenas.

—Supongo que perder el tiempo.

Masako bajó la vista, pero no escribió.

La puerta se abrió. Hiroshi entró. Masako dejó el lápiz en el aire. No lo apartó. Takeshima lo vio.

—¿Lo conoces?

—No.

Pero no dejó de mirarlo. Takeshima pasó una página sin leer.

—Vale.

Al día siguiente, Masako no escribía.

—Ayer te fuiste.

—Sí.

—¿Por él?

Masako no respondió. Takeshima soltó el aire despacio.

—Ya.

Silencio.

—Pensaba que… da igual.

Masako levantó la vista.

—No es eso.

Takeshima negó, sin enfadarse.

—Sí lo es.

El silencio se alargó más de la cuenta. Takeshima cerró el libro.

—Bueno… creo que ya he entendido lo que pasa aquí.

Masako dio medio paso, sin decidirse.

—No sé qué decirte.

Takeshima recogió sus cosas con calma.

—No hace falta.

Se detuvo un instante.

—Cuídate, Masako.

Se fue sin girarse.

Masako cerró el cuaderno demasiado rápido. El golpe hizo que Hiroshi levantara la vista un segundo antes de volver a lo suyo.

Al salir, Takeshima se detuvo un instante junto a la puerta. Hiroshi seguía inclinado sobre sus papeles. Masako evitó mirar hacia atrás.

Takeshima esperó unos segundos más antes de irse.

Al día siguiente no volvió.

CAPÍTULO IV

LA CARTA QUE MARCÓ SU DESTINO

Carpintería, California — 1940

Llegó un jueves, a primera hora de la mañana, cuando la casa aún no había terminado de arrancar. El sobre quedó sobre la mesa, entre el pan recién cortado y el frutero. Jack no hizo nada más que mirarlo. El agua hervía en el fogón, la cuchara golpeaba la cazuela con el ritmo de siempre y la luz entraba por la ventana en una franja pálida. Todo seguía igual, pero él ya no estaba dentro de ese ritmo.

Pasó el dedo por el borde del sobre, notando el relieve del papel bajo la yema. No lo abrió.

—¿Qué es eso? —preguntó su madre, sin girarse del todo.

Jack tardó un instante.

—Del ejército.

La cuchara dejó de sonar. Helen se secó las manos en el delantal y se acercó despacio. No tocó el sobre. Lo miró, luego a Jack.

—Ábrelo.

El papel cedió con un sonido breve. Jack sacó la hoja, la desplegó y leyó en silencio. No levantó la vista al terminar. Se quedó un segundo más, asegurándose de que aquello estaba ahí.

—Entrenamiento de vuelo… Randolph Field. Texas.

Su madre cogió la carta y la leyó despacio. Cuando terminó, dejó la hoja sobre la mesa, con la mano apoyada encima.

—Así que era esto.

La puerta trasera se abrió. Su padre entró con las manos manchadas de grasa. Miró primero a Jack, luego la carta.

—¿Qué pasa?

Helen apartó la mano.

—Esto.

El hombre la leyó de pie. Al terminar, dobló el papel con cuidado.

—¿Cuándo?

—En cuanto llegue la orden.

Asintió.

—Bien.

Jack levantó la vista.

—¿Bien?

Su padre no cambió la expresión.

—Llevas tiempo con esto. No me pilla de sorpresa.

Jack apoyó las manos en la mesa.

—Una cosa es imaginarlo y otra irse de verdad.

Su padre apoyó las manos sobre la mesa.

—Y quedarte aquí tampoco te está haciendo ningún favor.

El silencio se quedó entre los tres. El padre salió al porche sin decir nada más. Volvió con una maleta de cuero viejo y la dejó sobre la mesa, al lado de la carta.

—Era de tu abuelo. Se la llevó cuando aquí no había nada. Volvió con ella.

Jack pasó la mano por el cuero, duro, marcado por el uso.

—Está hecha polvo.

—Aún sirve.

Helen tensó una de las correas.

—Y tú también.

Nadie añadió nada. La carta y la maleta ocupaban el centro de la mesa.

Por la tarde, la casa estaba en silencio cuando Clara entró sin llamar y cerró la puerta con el pie. Jack estaba en su cuarto, doblando ropa sobre la cama. No levantó la vista al oírla.

—Así que te vas.

Jack dejó la camisa sobre la cama.

—Sí.

Clara se acercó y dejó un paquete junto a él.

—Ábrelo.

Jack lo hizo. Un jersey verde oscuro.

—Para que no pases frío.

—Gracias.

Clara negó.

—No hace falta.

Jack pasó la mano por el jersey antes de dejarlo sobre la cama.

—No sé qué decirte.

Clara se encogió de hombros.
—Pues empieza por poner menos cara de entierro.
Le colocó el cuello de la camisa, corrigiendo un pliegue que no hacía falta.
—Pero no hagas como si esto fuera irte un fin de semana.
Jack alzó la vista.
—No lo es.
—Pues que se note.
Se apartó.
—Escribe.
—Lo haré.
Clara asintió.
—Y vuelve, ¿vale?
Jack intentó sonreír un poco.
—Lo intentaré.
Clara lo sostuvo un segundo más.
—Más te vale.
Se dio la vuelta y salió sin cerrar del todo.
El amanecer llegó con el aire frío metiéndose entre las tablas del porche. Jack llevaba un rato despierto cuando oyó el caballo. Salió al patio. Elsie ya estaba junto a la verja.
—Has venido pronto.
—No quería irme sin verte.
Se miraron sin acercarse. El espacio entre los dos parecía más ancho de lo normal. El caballo resopló.
—Me voy mañana.
Elsie asintió, pero no respondió enseguida.
—Ya.
Se deslizó de la montura y dejó las riendas sobre la madera. Se quedó quieta un instante antes de avanzar.
—¿Lo tienes claro?
—Sí.
Elsie negó despacio.
—Eso no me vale.
El viento cruzó el patio. Jack se llevó la mano a la nuca.
—Es lo que hay.

Elsie dio un paso más.

—No. Dímelo bien.

Jack sostuvo la mirada.

—Si no voy, me voy a quedar aquí todos los días pensando en esto.

Elsie lo miró largo. Luego asintió.

—Vale. Eso sí.

Dio el paso que faltaba.

—Pero no es eso.

Jack no respondió.

—Te estoy preguntando si puedes irte sabiendo que me dejas aquí.

Jack bajó la vista un instante.

—No sé hacerlo de otra manera.

Elsie se acercó del todo.

—Pues no lo hagas bien.

Lo agarró de la camisa y lo besó. No fue suave. Jack respondió sujetándola con la misma fuerza. Se separaron apenas para coger aire.

—No quiero que te vayas.

Jack cerró los ojos un segundo.

—Lo sé.

Elsie negó.

—No, no lo sabes.

Apoyó la frente en la suya.

—¿Y yo qué hago?

Jack no respondió. La miró, y esa falta de respuesta dijo más que cualquier frase.

Elsie asintió, seca.

—No te me vayas del todo.

Jack apretó la mano en su espalda un segundo más de lo necesario.

—No te voy a soltar.

Elsie negó muy despacio.

—Eso ahora.

El silencio volvió. Jack dio un paso atrás. Luego otro. Esta vez le costó girarse. Cogió la bicicleta, montó y empezó a pedalear sin mirar atrás.

Elsie no lo llamó. Se quedó en la verja, siguiéndolo con la mirada hasta que desapareció entre los árboles. El caballo movió la cabeza. Ella no reaccionó.

El coche avanzó hacia Santa Bárbara con la luz baja del amanecer. Nadie habló durante un rato. El motor marcaba un ritmo constante.

—Come —dijo su madre—, aunque no tengas ganas.

—Vale.

—Y escribe.

—Siempre que pueda.

El padre no apartó la vista de la carretera.

—Si empiezas, no lo dejes.

—No lo dejaré.

La estación apareció entre edificios bajos. El tren esperaba, con vapor bajo y metal en tensión. Jack bajó del coche con la maleta en la mano. El andén estaba lleno de gente que hablaba bajo, sin alargar despedidas.

Su padre le dio la maleta.

—Cuídala.

—Lo haré.

Le apoyó la mano en el hombro un segundo. Helen lo abrazó sin apretar demasiado.

Jack subió al vagón. Se quedó un instante junto a la puerta antes de avanzar por el pasillo. El tren arrancó despacio. La estación quedó atrás. Entre los edificios apareció el mar. Una ola rompió y desapareció.

Jack metió la mano en el bolsillo. La concha seguía allí. Sacó el pañuelo, lo miró un instante.

—Vértigo.

Lo dobló y lo guardó otra vez.

El tren avanzó durante horas entre campos abiertos y postes de madera. El paisaje cambiaba sin detenerse, pero dentro del vagón todo parecía quedarse igual.

Jack volvió la vista a la ventana. Durante un rato no pensó en nada concreto, solo en el traqueteo constante, en cómo el paisaje se iba alejando sin dejar rastro.

En una parada subieron varios hombres. Uno dejó la maleta en el suelo y lo miró de reojo.

—Vas a volar.

—Eso parece.

El hombre asintió.

—Entonces no mires abajo.

El tren siguió su marcha. Jack apoyó la frente un segundo contra el cristal y se enderezó despacio.

Randolph Field apareció al amanecer del día siguiente. Hangares alineados, pistas abiertas, tierra seca hasta donde alcanzaba la vista. El camión avanzó entre edificios bajos hasta detenerse frente a los barracones.

—Sullivan, Jack.

—Aquí.

—B-12. Cama dieciocho.

Jack dejó la maleta, cerró la taquilla y salió sin quitarse la chaqueta. La pista estaba en marcha. Un biplano rodaba despacio, alineándose antes de despegar. El motor subió de intensidad.

El avión levantó el morro, se separó del suelo y empezó a ganar altura.

Jack lo siguió con la mirada, quieto, con la mano apoyada en la valla. No se movió mientras el aparato ascendía, haciéndose cada vez más pequeño contra el cielo claro de la mañana, hasta quedar reducido a un punto que aún tardó en desaparecer.

CAPÍTULO V

TOKOROZAWA, FORJADO EN ACERO

Nagoya, Japón — 1940

El calor de las forjas llenaba la nave desde primera hora. El aire raspaba la garganta y obligaba a respirar corto mientras los martillos caían con ritmo constante y las grúas desplazaban semialas por encima de las mesas. Hiroshi se ajustaba la tela en la frente antes de cruzar la puerta. Ese gesto marcaba el inicio de un día que ya no tenía nada que ver con la universidad. Mitsubishi había cambiado el pulso de todo: los turnos se alargaban, las luces no se apagaban y las máquinas trabajaban sin descanso. Los estudiantes ya no eran estudiantes. Eran manos.

Hiroshi se movía entre bancos y planos con precisión. Revisaba remaches, corregía medidas y señalaba desviaciones sin levantar la voz. No necesitaba imponerse. Bastaba con detenerse un segundo más en cada pieza.

Una mañana, mientras comprobaba una unión en una semiala suspendida, el perno no asentó. Probó otra vez. Desmontó, limpió la superficie y repitió el encaje con calma.

—Otra vez el ocho-cinco. La cabeza no entra limpia.

El encargado se acercó, echó un vistazo rápido y negó con la cabeza.

—Déjalo. No hay tiempo.

Hiroshi no apartó la mirada de la pieza.

—Si esto falla arriba, no hay margen.

El hombre lo miró un segundo. Detrás, uno de los operarios dejó caer la herramienta con fastidio. Hiroshi se apartó un paso y dejó sitio. El encargado soltó el aire.

—Desmontadlo.

Repitieron el proceso. Tornillo nuevo, ajuste limpio. Esta vez encajó sin forzar. Hiroshi apoyó la mano sobre la pieza un instante antes de retirarla.

—Así vale.

El veterano de la sección, que observaba desde atrás, se acercó despacio.

—Eso es oficio. Llegar a tiempo.

Hiroshi no respondió. Miró la línea de montaje un segundo más y volvió al banco. A su alrededor seguían cayendo golpes de metal y órdenes cruzadas, pero para él todo quedaba reducido a lo mismo: entra o no entra.

En el descanso salió a la puerta lateral. El aire de fuera no estaba limpio, pero al menos no quemaba. Sacó del bolsillo la carta de Masako y la abrió con cuidado.

«Hoy los árboles del campus estaban dorados. La profesora habló de lo que vendrá. Pensé en ti. En tu silencio.»

Hiroshi recorrió la línea con el dedo, deteniéndose en la última palabra. La dobló con el mismo cuidado con el que revisaba un plano. Volver dentro era siempre igual. Ese día, algo no estaba bien.

Una grúa dejó caer una pieza unos centímetros más rápido de lo debido. El golpe hizo girar varias cabezas. Un operario soltó la guía antes de tiempo y la estructura osciló.

—¡Sujeta eso!

Hiroshi ya estaba moviéndose. Alcanzó el soporte lateral justo cuando la pieza empezaba a inclinarse. Notó el peso tirando hacia abajo, tensándole los brazos.

—¡Ahora!

Otro operario empujó desde el lado opuesto. El metal volvió a su sitio con un chirrido tenso y la grúa se detuvo. Durante un segundo nadie habló. El encargado se acercó, esta vez sin prisa.

—¿Te has hecho algo?

Hiroshi soltó despacio y negó. Miró la unión. Había cedido apenas un milímetro.

—Esto hay que rehacerlo.

El encargado asintió.

—Se rehace.

El silencio que siguió no era el mismo. Hiroshi volvió al banco, pero el pulso había cambiado. Por primera vez sintió que hacerlo bien no bastaba.

Aquella noche, en casa, apenas probó la cena. Su madre recogía los cuencos cuando llamaron a la puerta. El golpe fue firme. Hiroshi levantó la vista antes de que nadie se moviera. La madre abrió. Un soldado esperaba con un sobre sellado.

—Para Nakamura Hiroshi.

Ella lo tomó y cerró la puerta. Durante un segundo no se movió. Luego se volvió. Hiroshi ya estaba de pie. El padre dejó los palillos.

—Es el día.

Hiroshi abrió el sobre. El papel era rígido, oficial. Leyó sin cambiar el gesto.

—Por orden imperial. Incorporación inmediata a la base aérea de Tokorozawa.

La frase quedó suspendida en la estancia.

—¿Cuándo? —preguntó el padre.

—En tres días.

El hombre asintió.

—Pues no los pierdas.

La madre dejó el sobre junto al altar familiar y apoyó la mano un instante antes de retirarla. No dijo nada.

Esa noche, en su cuarto, Hiroshi preparó una bolsa pequeña. Mudas, un cuaderno, lo justo. Se detuvo al doblar la ropa. La carta de Masako estaba sobre la mesa. La tomó y la leyó otra vez, sin prisa. No añadió nada.

El padre apareció en la puerta.

—No cargues de más.

—No lo haré.

—Allí no te va a servir.

Hiroshi asintió. El hombre dudó un segundo antes de marcharse, pero no dijo nada más.

Hiroshi se sentó en la cama con la carta en la mano. No la guardó. Se quedó mirándola sin leer.

Aquella noche no durmió. Bajó al patio. El cerezo estaba desnudo y el aire era frío. Se apoyó en el tronco y cerró los ojos un instante. Pensó en ella, en la forma en que escribía, en cómo detenía el trazo antes de terminarlo.

Al amanecer, el incienso ya ardía en el altar. Se vistió con el uniforme, rígido en los hombros. Al pasar junto a la mesa, su madre habló sin mirarlo.

—Escríbenos.

—Lo intentaré.

Ella levantó la vista.

—A ella también.

Hiroshi sostuvo la mirada un segundo.

—Sí.

La estación estaba llena. Gente moviéndose sin orden, voces bajas, pasos que no se detenían. Hiroshi caminó entre cuerpos hasta verla. Masako estaba allí, quieta, mirándolo.

Se detuvo frente a ella. Durante un instante no dijo nada.

—Llego tarde.

Masako negó despacio.

—No.

Le tendió una carta.

—Para cuando no puedas decir nada.

Hiroshi la tomó sin abrirla.

—Tengo otra para ti.

Se la dio. Sus manos se rozaron un segundo más de lo necesario. El silbato sonó y el movimiento empezó a arrastrarlo todo.

—No sé cuánto tiempo será —dijo Hiroshi.

—Ya.

—No sé cómo va a ser.

Masako sostuvo la mirada.

—Cuéntamelo cuando puedas.

Hiroshi asintió. Dio un paso atrás. Luego otro.

—No te pares ahora —dijo ella—. Si dudas, no subes.

Hiroshi la miró un segundo más y subió al vagón. Desde la ventanilla la vio quedarse en el mismo sitio, sin moverse.

Sacó la carta cuando la estación ya quedaba atrás. La abrió con cuidado.

«Si te marchas, que mis palabras te encuentren.»

La dobló y la guardó en el cuaderno. Sacó el suyo y escribió despacio:

«Hoy salgo. No sé en qué me voy a convertir. Pero sé por qué me voy.»

Cerró el cuaderno y lo sostuvo un instante entre las manos. El tren avanzaba constante. Las casas se reducían, los campos se abrían y Hiroshi se quedó mirando por la ventana, con la espalda recta y las manos quietas, sin volver la vista atrás.

CAPÍTULO VI

EL CIELO NO PERDONA ERRORES

Randolph Field, Texas — 1941

El uniforme no encajaba todavía, pero ya imponía. La tela rígida, las botas nuevas, la forma en que el cuerpo se enderezaba sin pensarlo. Jack pasó por la fila de percheros donde entregaban el equipo: pantalones, guerrera, gorra, botas, camisas tiesas, recién salidas del almacén. Se probó la chaqueta bajo la mirada rápida del cabo. Le sobraba un poco de hombros.

—Eso te lo quita el uso.

Se la quitó, volvió a ponérsela y se miró un instante en el cristal sucio de una ventana. El uniforme todavía no era suyo, pero ya empezaba a cambiarle la postura: la tela, las órdenes, la forma en que todos dejaban de moverse como civiles y empezaban a hacerlo como hombres que iban a responder por otros.

En la enfermería les tomaron el pulso, revisaron la vista y anotaron datos. Una hilera de jóvenes esperaba en calzoncillos, con los hombros tensos y la mandíbula cerrada. El médico le alumbró los ojos, le hizo leer una línea diminuta y le apoyó dos dedos en la muñeca.

—No se me caiga aquí, Sullivan. Arriba ya verá.

Jack asintió, recogió la ficha y salió. En el barracón dejó la ropa de civil doblada en la maleta y, debajo de todo, guardó la concha de Rincón Point. Colgó el uniforme en la taquilla y, antes de cerrarla, metió el pañuelo de Elsie en el bolsillo interior de la guerrera. Vértigo quedó pegado al pecho.

Desde la litera de arriba, Ray lo observaba con medio cuerpo colgando.

—He cruzado desierto, pero esto aprieta distinto.

—Peor sería quedarse con la duda.

Ray se dejó caer boca abajo sobre el colchón.

—Yo he venido para moverme de una vez.

Fuera, un entrenador rodaba hacia la pista. El motor entraba por la puerta abierta y hacía vibrar un instante las paredes del barracón. Jack apoyó la mano en el metal de la taquilla y la retiró. No hacía falta más para entender que todo empezaba allí.

A la hora en punto los reunieron en el patio. El sol caía recto. Un cabo lanzó un silbido que los dejó clavados.

—¡Cadetes, firmes! El comandante Gibbons.

El oficial cruzó la formación sin levantar la voz. Se detuvo ante la primera fila y recorrió los rostros uno a uno, parándose lo justo para que cada uno sintiera el filo de esa mirada.

—Aquí no venís a luciros. Aquí aprendéis o no duráis. El aire no perdona. Yo tampoco.

Siguió caminando y se marchó sin añadir nada. El silencio se mantuvo un segundo más de lo normal. Cuando el cabo ordenó romper filas, el grupo volvió a respirar.

Ray se acercó a Jack mientras volvían al barracón.

—Pues ya sabemos dónde estamos.

Jack no respondió. Aquello no iba de entenderlo; iba de aguantarlo sin pestañear.

El silbato los sacó de las literas antes del amanecer. Botas al suelo, camisas a medio abrochar, cordones duros. La primera carrera golpeó el pecho. La pista era tierra seca y el cabo marcaba el paso sin mirar atrás. A mitad del recorrido, Elliot tropezó y cayó de rodillas. Marshall lo levantó de un tirón sin frenar.

—Arriba.

Elliot apretó la mandíbula y volvió a la fila. Nadie comentó nada. Después vinieron flexiones, barras, saltos. Más carrera. Más órdenes. Cuando terminaron, el cabo los recorrió con la mirada.

—Esto ha sido para veros. Mañana ya cuenta.

De vuelta al barracón, el aire caliente se pegaba a la piel. Ray se secaba el pelo con una toalla mientras Elliot peleaba con un cordón.

—Aquí nadie aguanta solo.

—Ya lo veo.

Jack se sentó en el catre y le tendió la mano con naturalidad.

—Luego nos tocará a nosotros.

Elliot asintió. El gesto quedó ahí, sencillo, pero suficiente para los tres.

En el aula de motores, el instructor dibujó un esquema en la pizarra y golpeó con la tiza.

—La mitad de los accidentes empiezan aquí. Aprenderéis a revisar hasta que no tengáis que pensarlo. Y aun así, revisaréis otra vez.

Jack tomaba apuntes sin levantar la vista. Ray inclinó el cuaderno hacia él.

—Esto no tiene poesía.

—Mejor.

En navegación, un teniente desplegó mapas sobre la mesa.

—El aire cambia antes que vosotros. El mapa solo os da una segunda oportunidad.

Elliot se inclinó hacia Jack, inseguro.

—¿Voy bien?

—Ahora sí.

Leo, desde atrás, soltó:

—Con que no nos pierdas…

El teniente levantó la vista. Leo se calló.

La clase siguiente fue de lectura del cielo. El instructor habló sin subir el tono.

—Si no entendéis el cielo, ya vais tarde. Y si os metéis donde no debéis, no caéis solos.

Elliot alzó la mano, dudando.

—¿Y si nos pilla una tormenta?

El instructor lo miró sin parpadear.

—Entonces no hiciste tu trabajo.

La respuesta se quedó en el aire. Nadie necesitó más.

En el comedor se mezclaban voces, cubiertos y bandejas golpeando las mesas. Jack y Ray se sentaron frente a Marshall.

—Marshall, Nebraska.

—Jack Sullivan, California.

—Ray Carter, Tucson.

Marshall los observó con calma antes de preguntar:

—¿Qué buscáis aquí?

Jack cortó la carne.

—No quedarme a medias.

Ray bebió agua.

—Volar.

Marshall asintió.

—Entonces no falléis.

Leo apareció con la bandeja inclinada y se dejó caer a su lado.

—¿Ya con discursos?

—Estamos comiendo.

Elliot llegó con la bandeja temblando.

—Si sobrevivo a esto...

Leo lo miró.

—Espérate a lo que viene.

Ray se inclinó hacia delante.

—Aquí da igual de dónde vengas. Lo que cuenta es si respondes.

Marshall apoyó los codos en la mesa.

—Si uno falla, caemos todos.

Leo levantó la cuchara.

—Pues habrá que espabilar.

La risa fue breve. Luego cada uno volvió a su plato.

Por la tarde los llevaron a la pista. El sargento de mantenimiento señaló un ala con la mano abierta.

—Todo empieza aquí. Si no lo miras bien, no subas.

Jack apoyó la palma en el metal frío. Sintió cómo aquello le ordenaba las ideas. Ray lo observó de perfil.

—¿Qué te pasa por la cabeza?

—Que no hay margen.

—Pues no lo dejes.

Los metieron por parejas en una cabina de entrenamiento. El instructor señaló el panel con un lápiz corto.

—No os saltéis pasos. Si lo hacéis, lo vais a pagar.

Jack se sentó con Ray a su lado. Tragó saliva.

—Arranque simulado. Voz alta.

—Batería…

—Conectada.

—Combustible…

—Abierto.

—Magnetos…

Jack adelantó la mano. El teniente golpeó el panel con el lápiz.

—No toque nada que no haya nombrado.

Jack retiró la mano, contuvo el impulso y retomó la secuencia sin adelantarse.

—Instrumentos…

—Comprobados.

El teniente los observó un instante.

—Eso es. Aquí se viene a verlo a tiempo.

El motor ya estaba en marcha cuando Jack subió al ala. El metal vibraba bajo sus botas, transmitiéndole una fuerza que le recorría el cuerpo. Se agarró al borde de la cabina y dudó un segundo antes de bajar el cuerpo. No era miedo. Era otra cosa.

Se sentó, ajustó las correas y miró al frente. La pista se abría recta, sin obstáculos.

Desde tierra, Ray levantó la mano y Jack respondió con un gesto corto. Después llevó la mano al pecho y notó el pañuelo. Vértigo. Inspiró una vez, profunda, y cuando el instructor asintió sin mirarlo, el avión empezó a rodar.

Esta vez, Jack no apartó la vista del cielo.

Al bajar, Ray le dio un golpe corto en el hombro.

—Mejor equivocarse aquí.

Jack no respondió, pero lo entendió.

Esa noche, el barracón bajó el ritmo. Cartas abiertas, botas alineadas, manos cansadas. Elliot hablaba desde su litera.

—Nunca he salido de Ohio. Y ahora estoy aquí.

Leo se quitó una bota de un tirón.

—Aquí te ponen en tu sitio.

Ray apoyó los brazos bajo la cabeza.

—En Tucson ni veía el mar. Y ahora mira.

Jack habló desde su litera, con la vista fija en el techo.

—Aquí nadie te conoce. Te lo ganas.

Desde arriba, Marshall respondió sin moverse.

—Importa cómo salimos de aquí.

Ray soltó una risa corta.

—Pues mejor no guardarse nada.

—Por eso me caes bien.

Las voces se fueron apagando hasta que el barracón quedó en calma. Cuando bajaron las luces, Jack sacó la libreta y escribió una frase clara: el aire no perdona errores. Después preparó tres cartas breves. A su madre le dijo que había llegado bien, que comía y que todo giraba alrededor de motores. A Clara le escribió que, cuando el día se alargaba, pensaba en casa. A Elsie le contó que se había sentado en una cabina y que llevaba el pañuelo con él, que Vértigo le recordaba que mirar abajo imponía, pero que aun así había que despegar.

Las dobló con cuidado y las guardó junto al pañuelo, en el bolsillo interior de la guerrera.

Desde la litera de arriba, Ray habló en voz baja, medio dormido.
—Sullivan, cuando llegue el primer vuelo, voy contigo.

Jack no respondió enseguida. Se acomodó despacio, con la mano aún apoyada en el pecho.
—Iremos juntos.

Se quedó un instante más así, sin moverse, como si al decirlo ya no hubiera vuelta atrás. Luego cerró los ojos.

CAPÍTULO VII

BAJO EL CIELO IMPERIAL

Academia Militar de Tokorozawa, Japón — 1941

El tren frenó con un silbido largo que recorrió los vagones y dejó un temblor leve en el andén. Hiroshi descendió con la maleta de lona y el abrigo cerrado hasta arriba. El frío entraba por las mangas y le golpeaba la cara sin dar tiempo a acostumbrarse. La estación, de madera vieja y tejados bajos, parecía mantenerse en pie por pura costumbre. A su alrededor bajaban otros jóvenes con equipajes parecidos y la misma mirada contenida.

—¿Nakamura Hiroshi?

La voz llegó limpia. Un suboficial impecable, con carpeta bajo el brazo y botas relucientes, lo esperaba al final del andén.

—Presente.

—Sígame. Llegó con el último tren.

No hubo margen para otra cosa. Subieron a un camión militar donde ya esperaban tres cadetes recién llegados. Nadie habló. El motor arrancó con un golpe seco y salieron de la estación dejando atrás casas bajas, huertos dormidos y caminos estrechos. El amanecer empezaba a clarear, pero el campo seguía en una penumbra azulada. Luego, de golpe, apareció el complejo: barracones alineados, faroles encendidos y una arboleda inmóvil custodiando la entrada.

—Desde ahora es el cadete Nakamura. No lo olvide.

La maleta vibraba a sus pies con cada bache. Hiroshi asintió sin apartar la vista de la explanada. Todo tenía un sitio exacto: postes, senderos, barracones, huellas en el barro.

El camión se detuvo con un tirón. Un oficial con lista en mano fue llamando nombres.

—¡Nakamura Hiroshi! Barracón número cuatro.

Hiroshi echó a andar con la maleta y cruzó el umbral. Dentro, la austeridad imponía más que cualquier discurso: literas alineadas, armarios mínimos, mantas dobladas con precisión. Algunos ya

lustraban botas; otros doblaban ropa con cuidado. Takeshima levantó la vista desde su litera, lo reconoció al instante y asintió.
—Llegas justo.
—He venido en el último.
—Entonces justo.

Hiroshi no respondió. Abrió la maleta con movimientos medidos. No había mucho que ordenar, pero todo exigía una forma exacta. Colocó la ropa, dejó el cuaderno bajo la almohada y se sentó un instante. Takeshima lo observó un segundo más de lo necesario.
—Aquí no preguntes de más.
—No voy a hacerlo.
—Mejor.

La corneta del alba no perdonó a nadie. Los cadetes salieron al patio con la respiración convertida en nubes blancas. El suelo estaba duro y húmedo. El capitán Yamashita caminó entre las filas con una calma que imponía más que un grito.
—Aquí se obedece, se resiste y no se falla.

La fila se tensó. Hiroshi apretó los puños dentro de los guantes. El teniente Yamato tomó el mando sin elevar la voz.
—Correr. Girar. Otra vez.

Las órdenes caían sin pausa. Un retraso mínimo bastaba para la corrección. El barro se pegaba a las botas, el frío calaba hasta los huesos. Nadie aflojaba. En la segunda vuelta, un cadete chocó con el hombro de Hiroshi.
—¡Fuera de línea! ¡Desde el poste!

El muchacho negó entre dientes.
—No he sido yo.
—Desde el poste.

El cadete volvió a la marca y arrancó solo. Al pasar junto a Hiroshi, lo miró de reojo. Hiroshi mantuvo la vista al frente, sin corregir ni girarse.

Al terminar, les permitieron beber agua durante menos de un minuto. Nadie hablaba; el sonido de las cantimploras llenaba el patio. Murata murmuró que si esa era la bienvenida, el resto venía fuerte; Hayashi respondió sin mirarlo que mejor enterarse pronto. El

cadete apartado bebió más de lo permitido y el teniente le retiró la cantimplora con un gesto seco.
—Aquí no decides tú.
El silencio cambió.
Al caer la noche, Yamato volvió a reunirlos.
—Mañana elegiré a seis. El resto mirará.
El aviso quedó suspendido. De vuelta al barracón, el ambiente estaba más tenso que cansado. Hiroshi se tumbó sin desvestirse y miró la tabla superior de la litera. Masako apareció sin esfuerzo: la carta en la estación, la forma en que había cerrado la mano sobre el sobre. Takeshima habló desde la litera contigua.
—¿Duermes?
—No.
—Yo tampoco.
—Entonces descansa.
Hiroshi no respondió.
La corneta volvió antes del amanecer. Formaron bajo un cielo gris.
—Seis al frente.
Yamato leyó los nombres.
—Takeshima. Hiroshi. Shinju. Hayashi. Murata. Okabe.
Dieron un paso.
—No es premio. Es carga.
Uno de los que no fue nombrado golpeó el suelo con la bota al volver a la fila. Nadie miró, pero todos lo oyeron.
En el aula, Yamato escribió en la pizarra: Moderación. Paciencia. Firmeza. Lealtad.
—El que habla de más, falla antes.
Hiroshi sostuvo la mirada en la pizarra.
Desde entonces, la rutina cambió. Madrugar antes que nadie, marchas largas, barro, alambradas. Repeticiones hasta que el cuerpo respondía sin pensar. El cansancio dejó de ser una queja y pasó a ser una medida.
En una marcha por el pinar, Kobayashi empezó a quedarse atrás.
—Aprieta —dijo Hayashi.
—Ya voy.

—No vas.

Kobayashi tropezó y cayó de rodillas. Hiroshi redujo medio paso.

—Arriba.

—No puedo.

—Sí puedes.

Kobayashi apretó los dientes, se levantó y volvió a la línea sin mirar a nadie. Nadie celebró nada.

Aquella noche los llamaron al patio.

—Orientación. Sin mapa.

Avanzaron en fila corta. El terreno se volvió irregular. Okabe dudó en una bifurcación.

—Alto —ordenó Takeshima.

El silbato cortó la noche.

—¿Quién ha cambiado el rumbo?

—Yo.

—Aquí se comprueba.

Hiroshi dio un paso.

—Volvemos y lo hacemos bien.

El teniente señaló el inicio sin añadir nada. Repitieron el recorrido entero. Esta vez sin error. Nadie habló al terminar.

De vuelta al barracón, el cansancio ocupaba todo. Se sentaron a desatarse las botas.

—Gracias —dijo Okabe en voz baja.

—Había que hacerlo —respondió Hiroshi.

—Y dejarlo bien —añadió Takeshima.

El cadete que había fallado por la mañana no dijo nada. Tiró de los cordones con más fuerza de la necesaria.

Más tarde, con el barracón en calma, Hiroshi abrió el cuaderno y escribió con trazo firme que no bastaba con avanzar, que había que saber regresar y que allí nadie esperaba a quien fallaba. Cerró el cuaderno y lo dejó bajo la almohada.

Los días siguieron uno detrás de otro, marcados por el cansancio y la disciplina. Antes de apagar la luz, volvió a abrir el cuaderno, dudó un instante y añadió una última palabra: seguir. Lo cerró, lo dejó bajo la almohada y se tumbó sin moverse, con los ojos

abiertos, mientras el viento agitaba las ramas del patio y la noche avanzaba sin pausa.

CAPÍTULO VIII

PRIMERA CLASE DE VUELO

Academia Militar de Aviación Randolph Field, Texas — febrero de 1941

No escribió ninguna carta. Le bastó pensar en Elsie para que todo se quedara en pausa un instante. Volvió a palpar el papel doblado del bolsillo interior: Vértigo. Era domingo y, a media tarde, les daban unas horas de descanso. Algunos dormían, otros escribían a casa o repasaban manuales. Jack y Ray estaban sentados en el suelo, espalda contra la pared exterior del barracón, compartiendo un cigarrillo y un silencio que no molestaba.

La radio del sargento Kline, siempre encendida en la sala común, cambió de tono. No sonaba música. Entró una voz seria, firme:

—En una operación relámpago, fuerzas alemanas han cruzado fronteras y se han apoderado de puntos estratégicos…

La transmisión se cortó de golpe. Solo quedó el viento moviendo las chapas del tejado.

Ray se incorporó un poco, apoyando los antebrazos en las rodillas.

—Otro más.

Jack no contestó. La noticia se le quedó dentro como un aviso frío. Aquello ya no era algo lejano. Empezaba a acercarse.

Kline, apoyado en la puerta, los miró un segundo antes de hablar.

—Y vosotros pensando que esto va despacio…

Jack se levantó sin decir nada y entró al barracón. Sacó el cuaderno y se quedó bajo la lámpara del pasillo. No era para escribir todavía, sino para tenerlo cerca, para que aquello no se le quedara dando vueltas en la cabeza.

Querida mamá, querida Clara:

Hoy he tocado el cielo. No ha sido como lo imaginaba de niño. Ha sido más duro, más exigente. Y aun así, más claro. He sentido que estaba donde tenía que estar, aunque no sepa cuánto durará.

Aquí todo cuesta. Se nota en la cara de los que no siguen. Mamá, como lo que hay y duermo cuando puedo. A veces echo de menos la casa. Clara, cuida ese corazón tuyo.

Estoy bien. Mejor de lo que pensaba. A ratos me noto cambiado, como si el chico que se fue ya no fuera el mismo. Os llevé conmigo en cada metro. No para que me vierais, sino para no perder el paso.

Jack.

Cerró el cuaderno despacio. Dentro del barracón ya apenas quedaba nadie despierto.

Durante días, los cadetes solo miraron desde el asiento de atrás. Los instructores hacían maniobras con precisión limpia: virajes sin tirones, tomas suaves, correcciones mínimas. Ellos observaban y aprendían a callar. Volar no se tomaba. Se ganaba.

Antes de volver a subir, Gibbons los llevó a la línea de aparatos en tierra. Señaló uno con un gesto corto.

—Sullivan. Dentro.

Jack subió a la cabina, se sentó y cerró el arnés. Todo en silencio.

—No arranque —ordenó Gibbons—. Quédese ahí.

Jack apoyó las manos en los mandos. El avión quieto imponía más que en movimiento. Sin el motor en marcha, todo parecía más grande de lo que era. Notó el peso exacto del timón, la respuesta mínima del pedal, la resistencia del metal.

—Mire al frente —dijo Gibbons—. Ahora los instrumentos. No haga nada.

El horizonte era una línea fija. El campo, abierto. El cielo, demasiado grande.

—Si no sabe quedarse quieto aquí, arriba no dura.

Jack sintió el impulso de tocar algo. No lo hizo.

—Bájese.

Al pisar tierra, las piernas le temblaron más que tras correr. Gibbons lo miró un segundo antes de seguir andando.

—Eso que ha sentido… acuérdese.

El día que le tocó a Jack, no hubo temblor en las manos. Notó un silencio raro en el pecho, como justo antes de saltar al agua. Subió al BT-13 con gesto firme. El instructor lo miró de frente.

—Aquí no hay atajos.

El motor respondió. Carrera, empuje, cola arriba. El horizonte cambió y el avión se soltó; el campo se hizo pequeño. El cielo dejó de ser una idea: era un sitio.

Durante unos segundos lo tuvo —equilibrio, mando fino, máquina dócil—. Luego dejó de tenerlo.

El horizonte desapareció de golpe. No supo dónde estaba el suelo. El cuerpo le pidió tirar, corregir, hacer algo rápido. Todo a la vez. El avión respondió antes que él y, por un instante, sintió que se le escapaba.

Apretó los dientes. No miró fuera. Bajó la vista a los instrumentos y forzó las manos a moverse despacio.

Aguja. Altura. Nivel.

Respiró una vez. Luego otra.

El aparato volvió a obedecer.

Un viraje torpe. Una oscilación. Un descenso más rápido de la cuenta. El instructor corrigió sin dramatizar y ordenó volver.

Al bajar, llevaba la camisa pegada a la espalda. Pero no apartaba la sonrisa. No era orgullo. Era saber que había entrado.

Gibbons lo esperaba junto al ala.

—¿Qué ha hecho mal, Sullivan?

Jack enumeró cada fallo sin rodeos.

—¿Y por qué no lo ha visto antes?

—Quise apurarlo.

Gibbons negó despacio.

—Eso se paga.

Se detuvo un instante antes de añadir:

—Pero no perdió la cabeza. Quédese con eso.

Ray apareció a su lado, apoyándose en el ala.

—Te ha mirado como si fueras un problema.

Jack cerró el cierre del mono con un tirón.

—Lo soy.

Ray lo miró de arriba abajo antes de responder.

—Pero has bajado entero. Aquí eso ya cuenta.

Jack asintió apenas.

Le bastaba con eso.

Esa tarde, Gibbons los reunió en un extremo de la pista, lejos de los aparatos. Clavó una estaca en la tierra y señaló el horizonte.
—Simulación sin avión. Si no sabéis decidir aquí, arriba no vais a hacerlo mejor.

Los colocó en fila, uno a uno.
—Viento lateral. Motor fuera. ¿Dónde bajas?

Señaló a Jack.

Jack entrecerró los ojos, midiendo distancia, terreno, dirección. No respondió de inmediato.
—Ahí —dijo al final, señalando un campo irregular más allá de la pista.

Gibbons no reaccionó.
—¿Por qué?
—Porque llego.
—¿Y si no llegas?

Jack no rectificó.
—Cambio antes. No después.

Gibbons asintió una vez.
—Suficiente.

Se giró hacia el resto.
—Aquí no elegís el mejor sitio. Elegís el que os deja vivos.

El ejercicio siguió con el resto. Algunos dudaban demasiado. Otros decidían sin pensar. Gibbons los cortaba a todos igual.
—Tarde.
—Demasiado pronto.
—No has mirado el viento.

Cuando terminó, nadie habló.

Ray se acercó a Jack mientras volvían.
—Eso no venía en el manual.
—No —respondió Jack—. Pero va a tocar hacerlo.

Esa noche, el barracón bajó el ritmo. Ray barajaba cartas sin jugar, dejándolas caer una sobre otra sin orden.
—Cada día falta uno —dijo sin levantar la vista.
—Lo sé —respondió Jack, apoyado en la litera.

Ray dejó las cartas sobre la manta.
—A veces pienso en largarme.

Jack abrió el cuaderno, pero no escribió.

—Y yo. Al principio. Luego se te pasa.

Ray levantó la vista.

—¿Por qué?

Jack no respondió de inmediato.

—Porque empiezas a entender dónde estás.

Ray asintió sin discutir. El silencio volvió a su sitio.

Las semanas apretaron. Más vuelos. Menos margen. Algunos nombres desaparecían y nadie preguntaba.

Gibbons lo dejó claro una mañana, delante de todos.

—Desde hoy, algunos despegan solos. Si dudan, ya llegan tarde.

Jack revisó el aparato con calma. Pasó la mano por el ala, comprobando lo que no se veía.

—Arriba. Manos suaves. El que se pelea con el avión, pierde.

El vuelo fue exigente: pérdidas, virajes, patrón. La primera toma rebotó. Corrigió. La segunda salió limpia. La tercera, con viento lateral, obligó a afinar más de lo que esperaba.

Gibbons asintió al bajar.

—Apunte lo que ha sentido. Lo otro ya lo sé.

En el correo, Ray recibió dos líneas secas de su padre. Jack encontró un sobre devuelto. La carta a Elsie no había llegado. Se quedó mirándolo un segundo más de lo normal antes de guardarlo sin comentario.

La escribiría otra vez.

Por la tarde, un cadete destrozó la hélice en final. El golpe se oyó en toda la pista. Gibbons no levantó la voz al acercarse.

—Lo que no arregláis a tiempo, se rompe.

Esa noche, Jack escribió de nuevo a Elsie. Sin adornos, sin repetir nada que no fuera necesario.

Anunciaron evaluación para el lunes.

—Tres fallos y fuera —dijo Gibbons, mirando a todos sin detenerse en nadie.

El día siguiente fue de emergencias simuladas. Decidir rápido. Elegir campo. Mantener control. A la tercera, Jack clavó una toma sin motor.

Ray voló después. Una racha casi lo saca del patrón. En el segundo intento, aterrizó limpio y bajó sin mirar a nadie. Jack le pasó la cantimplora sin decir nada.

—Mañana —dijo Ray tras beber.

Kline habló desde la puerta, con la radio colgando del hombro.

—Dormid. Mañana no hay margen.

Gibbons entregó un sobre al asistente.

—05:00. Pista.

Jack sintió que aquello ya no era solo aprendizaje. Era otra cosa.

Esa noche, el barracón quedó en silencio. Jack dobló la chaqueta y, al hacerlo, el pañuelo asomó. Ray lo señaló con la barbilla.

—¿Siempre lo llevas encima?

Jack lo guardó con cuidado antes de responder.

—Sí.

Ray esbozó una sonrisa leve.

—Pues no lo pierdas.

La radio dejó caer una melodía lenta. Jack se tumbó despacio, con la mirada fija en el techo. No pensó en el vuelo. Pensó en que, cuando tocara, no iba a poder fallar. Y eso ya no era una idea. Era lo único que importaba.

CAPÍTULO IX

PRUEBA DE HIERRO

Academia Militar de Tokorozawa, Japón — 1941

El cielo apenas empezaba a aclararse cuando el pelotón se preparó para salir. Una niebla fina cubría el campo y dejaba la hierba pegada a las botas antes incluso de echar a andar. Yamato revisaba el equipo con mano firme; su mirada pasaba de uno a otro sin detenerse más de lo necesario: Hiroshi, Takeshima, Murata, Okabe, Shunji, Hayashi, Fujimoto, Takeda, Saeki, Kobayashi y Nakayama. Con él mismo, eran doce. Nadie lo dijo, pero todos lo tenían claro.

Un cadete ajustó tarde la correa. Yamato lo vio al instante.

—Aquí no hay lugar para flojera. Si quieres tiempo, gánatelo.

El cadete bajó la mirada y terminó de ajustar sin réplica.

Salieron en fila corta. El sendero se volvió abrupto a los pocos minutos, con raíces que asomaban como trampas y zonas de barro que retenían los tobillos. La niebla recortaba la distancia y obligaba a avanzar atentos al suelo y al hombre de delante, midiendo cada paso antes de cargar el peso. El monte cerraba la respiración. Cada rama baja exigía agachar la cabeza; cada desnivel pedía piernas.

—Avanzad. El que se quede atrás, se queda.

El grupo respondió sin palabras. El barro se pegaba a las botas y cada paso exigía más que el anterior. La respiración empezó a romperse en ritmos distintos. Primero fueron solo las pisadas. Luego llegaron los jadeos, el tirón de una correa al recolocarse, el golpe de una cantimplora contra la cadera.

—Esto no es un paseo.

Unos metros más adelante, Shunji resbaló. El pie cedió al buscar apoyo, el cuerpo giró mal y cayó de lado con un golpe seco. Takeshima se inclinó de inmediato y lo sujetó antes de que se quedara tendido. Hiroshi dio un paso hacia ellos.

—Arriba.

Shunji apretaba los dientes.

—No puedo apoyarla.

Hayashi se acercó, se agachó y palpó con rapidez.
—Está rota.
El grupo quedó inmóvil.
—Seguimos —dijo uno.
Hiroshi miró a Yamato. Un segundo. Solo uno.
—Dos se quedan. El resto sigue.
Takeshima no soltó a Shunji.
—No lo dejamos aquí.
Yamato sostuvo la mirada.
—La orden es clara.
Hiroshi notó el tirón dentro, limpio y corto.
—Lo llevamos.
Murata ya estaba buscando ramas.
Yamato los midió uno a uno.
—Rápido.
Improvisaron la camilla con manos firmes. Hiroshi tensó el travesaño hasta que dejó de ceder. Shunji cerró los ojos un instante, sin quejarse. El grupo se reorganizó sin órdenes. El peso pasó de hombro en hombro sin aviso. Cuando uno fallaba medio paso, otro ya estaba entrando. No hablaban. No hacía falta.
Cuando alcanzaron la base, Yamashita esperaba en la entrada. Los vio acercarse con la camilla.
—¿Qué ha pasado?
—Fractura.
—Al hospital.
Dos cadetes se lo llevaron sin detenerse. Yamato explicó lo ocurrido en pocas palabras. Yamashita escuchó sin interrumpir.
—Esto era una prueba. Lo de verdad empieza ahora.
Se detuvo un instante antes de añadir:
—Desde hoy sois los Doce de Tokorozawa. Si falla uno, falláis todos.
Se retiró. Yamato quedó al frente.
—En dos días salimos. No quiero dudas.
Esa noche el barracón no encontró descanso. Hiroshi revisó su equipo una y otra vez. Todo estaba en su sitio, pero aun así volvía a abrir, tocar y cerrar. Takeshima habló desde la litera contigua.
—Cuando acabe todo esto, quiero volver a leer.

—¿El qué?
—Lo que me dé la gana.
Hiroshi apoyó la mano en la mochila.
—Hazlo.
Murata pasó entre las camas.
—Dormid. Mañana vais a ir justos.
Nadie durmió bien.
Al amanecer, Yamato desplegó un mapa.
—Banahao. Interceptamos comunicaciones. Cuarenta y ocho horas. Sin apoyo.
Kobayashi frunció el ceño.
—¿Cuántos son?
—Los suficientes.
Takeda negó.
—Esto no es como entrenamos.
—Claro que no —cortó Hayashi.
Murata añadió:
—Nos adaptamos.
Yamato golpeó la mesa.
—En una hora.

La selva los cerró desde el primer paso. El aire pesaba y la vegetación obligaba a medir cada apoyo; el sudor llegó pronto. Un crujido detuvo la columna. Hiroshi alzó el puño y todos quedaron inmóviles. Avanzaron por tramos cortos, como un solo cuerpo atento, hasta que el destacamento apareció mal colocado. Yamato no dudó. La señal fue mínima.

El primer intercambio rompió el silencio de golpe. Corto, directo. Fujimoto dudó un instante; Hiroshi cubrió su lado sin mirarlo. Kobayashi tropezó en una raíz y Murata lo sostuvo sin frenar.
—Sigue.

Una ráfaga pasó baja. La tierra saltó a pocos pasos. Nadie se movió tarde.

Takeshima avanzó el primero. Limpio. Directo. Sin bacilar. Entró y salió como si ya conociera el terreno.
—Ahora.

El segundo movimiento fue más rápido. Más cerca. Demasiado cerca.

Hiroshi sintió el golpe en el hombro antes de entenderlo. No era suyo. Okabe había fallado medio paso. Se había quedado expuesto. Hiroshi lo empujó sin pensar, sacándolo de la línea.

—Muévete.

Okabe reaccionó tarde, pero reaccionó. Volvió a entrar.

Todo terminó en segundos.

—Recoged. Nos vamos.

Nadie celebró nada.

Aseguraron lo justo y se replegaron. El regreso pesaba más. Las piernas iban cargadas, la cabeza también. Nadie hablaba.

En un claro, Yamato dio el alto. Bebieron lo justo. Nadie miraba a nadie.

Takeshima habló bajo:

—Pensé que me acordaría de casa.

Hiroshi lo miró.

—¿Y?

—No. Pensé en no fallar.

Hiroshi asintió. Se llevó la mano al hombro un instante. No había herida. Solo el recuerdo del golpe que no fue suyo.

Al amanecer, Hiroshi cargó la mochila. Todo estaba en su sitio; no había nada que ajustar. Salió del barracón sin mirar atrás. El patio seguía igual que el primer día, pero ellos ya no. Avanzaron en formación, con el paso firme y sin romper la línea. Esta vez, ninguno dudaba. Okabe tardó medio segundo más en arrancar. Nadie dijo nada. Hiroshi lo vio, y siguió andando.

CAPÍTULO X

SOMBRAS SOBRE RANDOLPH

Academia Militar de Aviación Randolph Field, Texas — 1941

La base no estaba del todo a oscuras, pero la noche caía densa sobre los hangares y, al fondo, los bombarderos reposaban inmóviles. Jack y Ray estaban sentados sobre una caja metálica junto a una pared de chapa. Compartían una cantimplora y ese silencio que ya no incomodaba. Ray miraba la pista sin apartar la vista, siguiendo una línea invisible que cruzaba el campo y se perdía más allá de los hangares.

—¿Crees que nos mandarán?

Jack tardó un segundo en responder.

—No lo sé. Cada día está más cerca.

Ray asintió.

—Mi padre dice que no. Que Europa siempre se las apaña sola.

Jack apoyó los codos en las rodillas.

—Mi madre ya no dice nada. Reza.

Ray soltó una risa breve.

—Yo no sé rezar.

—Yo tampoco. Pero empiezo a entenderlo.

Un avión cruzó muy arriba, apenas una sombra. Ninguno levantó la vista.

—¿Y si nos toca? —preguntó Ray.

—Entonces volamos.

Ray giró la cantimplora entre las manos.

—¿Y si alguno no vuelve?

Jack tardó un segundo.

—Que no sea por nada que no merezca la pena.

Ray negó despacio.

—No digas eso así.

—¿Entonces cómo quieres que lo diga?

Jack lo miró.

—Para algo que importe. O por alguien.

Ray bajó la vista un momento antes de volver a la pista.

Cuando se levantaron, caminaron hacia el barracón sin decir nada más.

El sol caía recto sobre el asfalto al día siguiente y los motores marcaban el ritmo desde primera hora. Jack ajustó las correas del paracaídas y subió por el ala del entrenador, comprobando cada enganche. Leo peleaba con una hebilla mientras Gibbons observaba.

—Si te atascas con eso, no subes —dijo sin alzar la voz.

—Señor, esta hebilla no ayuda —respondió Leo.

—Arriba no ayuda nada. Termina y sube.

Jack entró en cabina. Ray, en el avión contiguo, repasaba instrumentos con precisión. Marshall anotaba sin levantar la cabeza. Elliot seguía cifras con el dedo.

—Cuando acabe esto me monto un bar y no me muevo —dijo Leo.

Ray miró a Jack.

—¿Y tú?

Jack sostuvo el cielo limpio un segundo.

—Volver al rancho. Y enseñar a alguien a mirar arriba.

Leo resopló.

—Siempre igual.

Gibbons cortó:

—Vuelo en formación. Despegue en veinte. Quiero precisión.

El avión rodó. El despegue fue limpio. Durante unos segundos, todo encajó.

Pero no duró.

En el viraje, uno de los aparatos se abrió más de la cuenta. Elliot. Demasiado alto, mal alineado. El grupo se tensó sin romper formación.

—Corrige —ordenó Gibbons.

Elliot dudó. Un segundo.

El avión cayó medio punto de ala y se metió donde no debía. Demasiado cerca.

Jack lo vio venir antes de que pasara. Ajustó sin brusquedad, apenas lo justo para dejar espacio. Ray hizo lo mismo al otro lado.

—¡Ahora!

Elliot reaccionó tarde, pero reaccionó. Recuperó línea y el conjunto volvió a encajar. Nadie habló durante el resto del vuelo.

Al aterrizar, se quitó el casco con las manos temblando, sin mirar a nadie. Gibbons se acercó despacio.

—Un segundo más y no bajas.

Elliot tragó saliva.

—Sí, señor.

Gibbons lo sostuvo un instante.

—Aquí no voláis solos.

Elliot asintió sin levantar la vista. Jack pasó a su lado, le dio un golpe corto en el hombro —no era consuelo— y siguió. En la sala común, Kline encendió la radio.—Aquí no voláis solos.

—Informes de Europa: bombardeos en una ciudad portuaria. Londres resiste. En Creta hablan de paracaidistas. En el Atlántico, más movimiento.

Bajó el volumen.

—Emergencias a las catorce treinta.

Ray apoyó la mano en la mesa.

—Esto no es por rutina.

Jack asintió.

El Redbird estaba lleno. Jack y Ray se sentaron. Leo, Marshall y Elliot llegaron después. Mac apareció con la camisa mal abrochada.

—Dicen que avanzan sin freno —dijo Leo.

—Dicen muchas cosas —respondió Marshall.

Elliot miró a Jack.

—¿Nos tocará?

—Seguimos fuera —dijo Jack—. Pero entrenamos como si no.

Mac dejó el vaso con fuerza.

—Mi hermano está en un carguero. No escribe.

Ray giró la cabeza.

—Eso no quiere decir nada.

Mac negó.

—Cuando dejan de escribir, algo pasa.

El silencio se quedó en la mesa.

—Si nos mandan… —empezó Leo.

—Nos mandan —cortó Ray.

Jack habló sin levantar la voz.

—Entonces iremos.

Nadie añadió nada.

Ray alzó el vaso.

—Hoy bebemos. Mañana ya veremos.

Pidieron otra ronda. Nadie brindó.

—¿A quién escribes cada noche, Sullivan? —preguntó Leo.

—A alguien.

Elliot asintió.

—Siempre hay alguien.

Jack no respondió.

De vuelta en el barracón, sacó el pañuelo. Vértigo. Se sentó y escribió:

Elsie:

Intento no escribir desde el miedo. Hoy han hablado de si nos mandarán. Uno dijo que entrenamos para morir. No lo creo. Aprendo a volar para lo que venga. Aquí el cielo es tan claro que me acuerdo de ti sin buscarlo. La palabra que bordaste empieza a tener sentido. Si vuelvo, traeré otra.

Jack

Guardó la carta sin releer.

A la mañana siguiente, Briggs repasó meteorología.

—Leed el cielo antes de despegar.

Gibbons recogió el parte.

—A pista. Viento cruzado.

La primera toma de Jack fue torpe. Corrigió. En la segunda, Gibbons subió detrás.

—No confíe en lo que cree. Confíe en lo que hace.

Repitió hasta que salió limpio. Por la tarde tocó instrumental.

—El instinto engaña. Las agujas no.

Jack fijó cada lectura. Al salir, Ray caminó a su lado.

—Te estás volviendo frío.

—No. Preciso.

Ray lo miró un segundo antes de apartar la vista.

La semana apretó: menos permisos, más horas.

—Quiero cabezas claras. El aire no perdona —dijo Gibbons.

Leo murmuró:

—Ya nos mira como tripulación.

Jack ajustó la hebilla.

—Porque ya no vamos solos.

En la última pasada, Jack notó una vibración y abortó.

—No despega hasta revisarlo.

Gibbons asintió.

—El que ve y sigue, me sobra.

Esa noche, Gibbons entró en el barracón.

—El que no esté dispuesto a responder por todos, que lo diga ahora.

Nadie habló.

Más tarde, Jack salió hasta la pista y se sentó contra la valla. Pensó en casa, en su madre, en Clara, en Elsie. El pañuelo seguía ahí. Cuando el frío empezó a apretar, se levantó y volvió dentro.

Se tumbó sin moverse, escuchando cómo el último motor se apagaba. El silencio que quedó no era descanso, era lo que venía.

CAPÍTULO XI

DESDE TOKOROZAWA A TATEYAMA

Tokorozawa, Japón — 1941

La mañana del traslado llegó sin aviso. No hubo órdenes previas ni margen para prepararlo. La base recortó la noche y, cuando aún no había terminado de clarear, todo ya estaba en marcha. El pelotón se reunió en silencio, con las botas marcando la grava en un ritmo constante. Nadie miraba a los lados. Nadie llegaba tarde. Yamato recorrió la fila despacio, deteniéndose lo justo en cada rostro, sin buscar errores, sino comprobando algo más difícil de nombrar.

—Nakamura. Vas a Tateyama en nombre de todos. Haz un buen trabajo.

Saeki dio un paso leve al frente, con el mentón firme.

—Seremos el orgullo de la nación.

Takeda, sin girarse, añadió:

—No vuelvas sin dejarnos en buen lugar.

Hiroshi mantuvo la posición, sin desviar la mirada.

—No fallaré.

El tren partió poco después. Hiroshi se sentó junto a la ventana mientras las vías cruzaban arrozales y aldeas bajas, con pequeños grupos de campesinos inclinados sobre el agua. Frente a él, un soldado bostezaba; otro repasaba unas notas dobladas. Uno levantó la vista, lo observó un instante.

—¿También vas a Tateyama?

—Sí. Vengo de Tokorozawa.

—Allí no perdonan un fallo.

—Mejor.

El otro asintió levemente.

—Entonces aprenderás rápido.

No hubo más. Hiroshi apoyó la cabeza contra el cristal un momento. Pensó en su madre, en la casa, en la rutina que había quedado atrás. Luego en Masako. Sacó un papel, escribió unas

líneas cortas —viaje tranquilo, estoy bien—, lo dobló sin releerlo y lo guardó.

La estación de Tateyama estaba en movimiento: cajas, órdenes, motores. Un suboficial los condujo a la base costera sin detenerse. El capitán Sakamura los recibió en el muelle, firme, directo.

—Aquí no hay margen de error. Nakamura, me han hablado bien de usted.

Hiroshi se cuadró.

—Haré mi trabajo.

Sakamura lo sostuvo un segundo más.

—Más le vale.

Las jornadas adquirieron un ritmo propio desde el primer día. Hiroshi empezó a reconocer la base por su cadencia: cajas al amanecer, órdenes breves, pasos constantes entre el muelle y los talleres. Allí nadie repetía una orden.

Al tercer día lo enviaron al dique con Sato y Daichi. La niebla se levantaba despacio y dejaba ver los hidroaviones. Hiroshi revisó sujeciones y lonas, comprobando cada punto.

—En Tokorozawa sois más formales —dijo Sato sin dejar de trabajar.

—Aquí no perdonan.

Sato lo miró de lado, con media sonrisa, y siguió a lo suyo.

Más tarde, Tanaka repasó los procedimientos con tono contenido.

—Si algo se complica, se actúa por orden. No por impulso.

—Entendido.

Por la tarde reforzaron un almacén junto al muelle. Kaoru le ofreció agua mientras se limpiaba las manos.

—¿Te haces a esto?

—Voy entrando. Poco a poco.

Kaoru inclinó la cabeza y volvió al trabajo.

Cuando cayó el sol, la base siguió en marcha. Siempre quedaba algo por asegurar o revisar. Hiroshi entendió que allí el descanso no era parar, sino cambiar de tarea. Antes de terminar el día llegó un parte desde Tokorozawa: Shunji mejoraba. Hiroshi lo leyó despacio y lo guardó.

El amanecer siguiente repitió el ritmo. Sakamura lo detuvo junto al muelle, con las manos a la espalda.

—Aquí se mantiene una línea. "Aplicado" es el mínimo.
—Sí, señor.

Los días se llenaron de trabajo, simulacros y turnos en el muelle. Daichi lo miró al terminar una revisión.
—Aguantas bien.
—Hay que hacerlo.
—Si sigues así, te quedas.
—Eso no lo decido yo.

Daichi resopló y siguió trabajando.

Una mañana, mientras revisaban ametralladoras, una explosión rompió el muelle sin aviso. Una lancha ardía tras un fallo en la carga de combustible y el fuego se extendió en segundos. Un bidón volcó y un hombre cayó junto al borde.
—¡Cadena de cubos! —ordenó Sakamura.

Hiroshi echó a correr con Kaoru. El calor golpeaba de frente y el humo le cerró la garganta. Vio al soldado en el suelo y no se detuvo.
—¡Sujétalo!

Se lanzó hacia él, lo agarró por el uniforme y tiró. El agarre se le escapó un instante. El cuerpo volvió a golpear contra la madera.
—¡Ahora!

Otro hombre llegó por el otro lado. Entre los dos lo arrastraron fuera justo cuando la madera cedía detrás. El golpe contra el suelo le recorrió el brazo y, durante un instante, todo quedó en silencio antes de que regresaran las voces y las órdenes. Siguieron trabajando sin pausa hasta que el incendio cedió.

Sakamura reunió a los hombres y fijó la mirada en Hiroshi.
—Nakamura no esperó orden para sacar a un hombre. Que sirva.

Hiroshi mantuvo la vista baja. Tenía las manos negras y una temblaba apenas, pero no la escondió.
—No vuelva a adelantarse sin medir. Hoy no ha muerto nadie.
—Sí, señor.

Esa tarde la base volvió a su ritmo. Sustituyeron tablas, retiraron restos, reorganizaron cargas. Nadie habló de más. Hiroshi se sentó un momento sobre una caja y miró el muelle ennegrecido mientras el trabajo seguía sin detenerse.

Al caer la noche, Sato se sentó a su lado sin pedir permiso.

—Hoy has corrido antes que nadie.
—Había que sacarlo.
—Aquí eso cuesta caro si te equivocas.
—Lo sé.
—Pues no te equivoques la próxima vez.

Se levantó y volvió al trabajo.

Aquella noche, antes de cerrar el cuaderno, Hiroshi dudó un segundo. Volvió a abrirlo y escribió: He actuado antes de pensar. Y podría haber salido mal. Se quedó mirando la frase. No la corrigió. Cerró el cuaderno.

Días después lo llamaron a comunicaciones. Yamashita estaba al otro lado.
—El soldado Kimura se ha recuperado. Regresa en tres días. Usted vuelve a Tokorozawa cuando llegue su relevo.
—Sí, señor.

Al salir, Miyazaki lo alcanzó.
—Entonces habrá despedida.
—Será breve.

El último día amaneció claro. Hiroshi revisó sus cosas: fusil, uniforme, cuaderno. Nada sobraba. Nada faltaba. Sakamura y Sato lo esperaban junto al camión.
—Cumpliste —dijo Sato.
—Se hizo.

Sakamura asintió. La batería formó en línea sin palabras de más. Hiroshi devolvió la inclinación antes de subir. El camión se alejó y el muelle quedó atrás, ya en marcha otra vez.

El tren lo llevó de vuelta. Al bajar, Takeshima lo llamó desde la distancia.
—¿Qué tal?
—Se trabaja.

Takeshima asintió.

Esa noche, en el barracón, Hiroshi no escribió. Se sentó en la litera, con la espalda recta y las manos apoyadas sobre las rodillas. Dejó pasar el tiempo sin hacer nada más, con la cabeza en silencio, sosteniendo lo ocurrido sin apartarlo. Se tumbó despacio. No

pensaba en lo que había hecho, sino en lo cerca que había estado de hacerlo mal. Y eso no se le iba.

CAPÍTULO XII

VUELO DE ENTRENAMIENTO AVANZADO

Randolph Field, Texas — 1941

La alarma sonó antes del alba y Jack abrió los ojos sin sobresalto. Llevaba semanas durmiendo a medias, con el cuerpo en guardia, como si en cualquier momento alguien fuese a llamarle. El barracón se levantó de golpe: botas contra el suelo, manos buscando ropa a oscuras, frases cortas para ponerse en marcha sin perder tiempo. El aire arrastraba polvo caliente.

Ray ajustaba el paracaídas sin mirarle.

—¿Has visto la formación en Sierra-5?

Jack cerró el cinturón con un tirón firme.

—Si fallamos ahí, alguien cae.

Salieron al exterior. La luz aún no había abierto del todo y la pista se extendía larga, con los aparatos alineados en sombra. Los motores entraron en marcha uno tras otro y el campo quedó ocupado por ese sonido continuo que ya marcaba el ritmo del día.

Jack subió a la cabina sin detenerse. Las manos encontraron los mandos sin buscarlos. Todo estaba en su sitio.

La voz de Gibbons entró por radio, clara.

—Sullivan, lidera segunda nave. Seis mil pies. Rumbo suroeste. Niebla sobre el Brazos.

—Recibido.

Despegaron. La formación se sostuvo firme en el primer tramo: altura, distancia, viraje. El aire respondía limpio y Jack mantenía la posición con ajustes mínimos, leyendo el movimiento del aparato de delante y anticipando el siguiente cambio. Durante unos minutos todo encajó.

Luego la niebla se cerró de golpe. No fue progresiva: se levantó como una pared y borró el campo. El horizonte desapareció y la cabina quedó reducida a instrumentos.

—Pierdo visual —dijo Elliot.

Jack no miró fuera.

—Veinte pies abajo… Mantén.

Aguja. Altímetro. Viraje. Nada más. Una racha lateral sacudió el aparato. Corrigió, pero se le fue un segundo tarde. Demasiado para confiarse. El cuerpo pedía referencias que no estaban y se obligó a no buscarlas.

—Mantén.

El aparato respondió. Salieron de la nube de golpe; la luz volvió y el campo reapareció bajo ellos. Jack no aflojó.

—Bien —dijo Gibbons.

El resto de la sesión apretó más: virajes cerrados, cambios de motor, un fallo breve en el aparato de Elliot que obligó a repetir la maniobra. Jack no pensó en nada que no fuera el siguiente movimiento. Leer, corregir, seguir. El procedimiento ya no lo pensaba: le salía.

Aterrizaron con el sol ya alto. El calor subía del asfalto y golpeaba en la cara. Gibbons se acercó, lo miró un instante.

—Cabeza fría. Mantenga eso.

Y siguió andando.

No volvió a esperar que el aire le avisara.

En el barracón, Ray levantó la vista desde el catre.

—¿Entero?

—Sí.

Leo soltó una frase para aflojar; Elliot esbozó una sonrisa sin terminar de relajarse y Marshall, sentado con las botas en la mano, lo miró y asintió. Nadie añadió nada más.

Los días siguientes se apretaron. Kline leía partes cada vez más tensos: Europa, el Atlántico, el Pacífico. La rutina seguía, pero el ambiente había cambiado y un catre vacío se notaba más que cualquier noticia.

En el aula, Briggs insistía sin elevar la voz.

—Instrumentos. La aguja no engaña.

En la pista, Gibbons cerraba cada sesión igual.

—Procedimiento.

Jack volaba casi siempre con Ray y se entendían sin hablar. La niebla volvió dos veces; en una, Elliot se desordenó y Jack entró por radio con tono firme.

—Respira. Lee. Mantén.

Elliot corrigió y, en tierra, Jack le dio un golpe corto en el brazo antes de seguir caminando.

Una tarde, Gibbons apareció con una lista en la mano.

—Permisos rotativos. Cuarenta y ocho horas. Sullivan.

Un murmullo breve recorrió el barracón. Ray se giró hacia él.

—¿Adónde vas?

—A casa.

Antes de salir, Gibbons lo llamó aparte junto al hangar.

—No te confundas con el permiso —dijo sin rodeos—. Esto no se detiene. Cuando vuelvas, será más rápido.

Jack asintió.

—Sí, señor.

—Entonces vuelve listo.

El viaje fue largo: trenes, estaciones, un autobús nocturno. Jack durmió a ratos, con la cartera bien guardada bajo la chaqueta. Cuando el mar apareció al amanecer, supo que había llegado antes de ver el pueblo.

Carpintería despertaba junto al agua. Caminó hasta la casa con una sensación distinta; la valla, el porche y la ventana seguían en su sitio, pero él no los miraba igual.

Su madre abrió la puerta.

—Jack.

Lo abrazó sin añadir nada. Clara dejó un plato sobre la mesa y corrió hacia él.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos días.

—No es nada —dijo Clara.

Nadie dijo cuánto tiempo pasaría hasta la siguiente.

Tommy salió desde el patio.

—Mira quién vuelve.

Se dieron un abrazo corto. Luis llegó poco después.

—Pensé que no te veríamos.

—Aquí estoy.

La casa se llenó al anochecer. Los Braxton trajeron comida y se habló de la cosecha, del taller, del día. Nadie nombró lo que todos

tenían presente.

Elsie llegó más tarde.

Jack la vio entrar y todo lo demás perdió sitio.

—Pensé que no llegarías.

—Yo tampoco.

Cenaron despacio y la conversación fue bajando hasta quedarse en calma. Salieron al porche; la noche estaba limpia y el mar cerca. Jack sacó el pañuelo.

—La palabra me ha acompañado.

Elsie lo miró, sacó el costurero y se sentó bajo la luz. La aguja avanzó despacio mientras Jack guardaba silencio; dentro la casa seguía viva y fuera todo se concentraba en esa tela.

Cuando la aguja entraba en la tela, Jack pensó que aquello no iba a ser suficiente.

—Sostén —dijo ella al terminar—. Para cuando vuelvas.

Jack asintió sin apartar la vista.

—No pienso quedarme allí.

—Lo sé.

Guardó el pañuelo con cuidado y caminaron hasta la parada. La calle estaba vacía.

—Te escribiré cuando llegue.

Elsie le apretó fuerte la mano.

—Y yo seguiré esperando tus cartas.

El autobús apareció al fondo. Elsie le apretó la mano y la soltó despacio. Jack subió y, al girarse, ella seguía allí, quieta bajo la luz, mientras la distancia empezaba a separarlos sin brusquedad.

El regreso fue en silencio: estaciones, campos, el cielo cambiando. Jack pensó en la mesa, en las voces, en la aguja entrando en la tela y en la palabra nueva asentándose junto a la anterior.

Cuando volvió a Texas, el aire traía polvo y metal. La base seguía en marcha, igual que la había dejado. Ray lo vio desde lejos y se acercó.

—¿Descansaste?

—Lo justo.

Se quedaron un momento mirando la pista. Un aparato arrancó y despegó limpio, recto, ganando altura sin titubeos.

—Mañana Sierra-5.

Jack asintió, entró en el barracón sin detenerse, dejó la bolsa en su sitio y se sentó en la litera. Metió la mano en el bolsillo interior y apretó el pañuelo, notando el bordado bajo los dedos. Y no pensó en nada más.

CAPÍTULO XIII

HIJOS DEL DEBER

Tokorozawa, Japón — 1941

La víspera del permiso, el barracón respiraba con un cansancio asentado que no se iba con el descanso. Nadie hablaba más de lo necesario. El farol del mástil chisporroteaba fuera con un ritmo constante y las sombras de los pinos se alargaban sobre el suelo. Dentro, cada hombre ocupaba su sitio, moviéndose con una precisión que ya no necesitaba órdenes.

Yamato los reunió al borde del patio. La grava crujió bajo las botas con una uniformidad exacta.

—Mañana salen permisos cortos. Tres días. Ni uno más. El reloj también forma parte de la disciplina —dijo sin elevar la voz, pasando la mirada por la fila—. Recordad lo de Shunji. No somos héroes. Somos hijos del deber. Eso es lo que mantiene esto en pie.

Hiroshi asintió sin apartar la vista. A su lado, Takeda le rozó el codo.

—¿Te llega para Nagoya?

Hiroshi tardó un instante.

—Me llega.

Takeshima, al otro lado, dejó escapar una media sonrisa breve.

—Ve y vuelve. Aquí no se mueve nada.

Aquella noche Hiroshi escribió dos telegramas. No había espacio para decir más de lo necesario. A Masako le indicó la hora y el lugar. A su casa, la llegada. Los dejó en comunicaciones y regresó al barracón. Se tumbó sin desvestirse del todo, con el cuerpo cansado pero la cabeza despierta. Intentó fijarse en la rutina, en lo que le esperaba al volver, pero la imagen que regresaba era otra: el agua del canal, un banco, una voz que no necesitaba alzarse para quedarse.

El tren salió temprano. El paisaje avanzaba sin reclamar atención: arrozales, tejados bajos, caminos estrechos. Hiroshi miraba sin fijarse en nada concreto, ordenando lo que no diría. No hablaría del

fuego ni de los fallos ni de las noches largas. Con Masako hablaría de lo que podía mantenerse sin romperse.

En casa, la madre abrió antes de que llamara dos veces.

—Pasa.

No hubo preguntas. Le puso comida delante. El padre levantó la vista.

—¿Cuánto tienes?

—Tres días. Vuelvo el tercero por la tarde.

—Bien.

Comieron casi en silencio. A mitad de la comida, la madre se levantó, limpió el marco de Haruki y volvió a su sitio. Hiroshi siguió el movimiento un instante y después volvió al plato.

—Come más —dijo ella.

—Estoy bien.

La madre no respondió. Solo le acercó el cuenco un poco más.

El padre dejó los palillos sobre la mesa.

—Mañana vienes al mercado.

—Sí.

La madre añadió sin mirarle de frente:

—Si vas a verla, no te alejes.

Hiroshi levantó la vista, pero ella ya estaba recogiendo.

Masako lo esperaba junto al canal. Vestido claro, cabello recogido sin cuidado. La luz se deshacía sobre el agua con calma.

—Pensé que no llegarías.

—Yo también.

Caminaron sin prisa. Él habló de su casa, de su padre, de la rutina. Cosas pequeñas. Cosas que no hacían daño.

—¿Y tú? —preguntó ella—. Tú, no la base.

Hiroshi tardó en responder.

—Cansado. Más firme. Allí uno aprende a no soltarse del que tiene al lado.

Masako asintió despacio.

—Cuéntame de ellos.

Hiroshi miró el agua un instante.

—Hay de todo. Uno tira del grupo. Otro no se calla. Y alguno se encarga de que todo siga en pie.

Hizo una pausa breve.

—Y Takeshima… es distinto. Lee. Le gusta la poesía. Parece que no, pero es en quien confías cuando las cosas se complican.

Masako lo miró un instante más de la cuenta.

—Yo conocí a alguien así.

Hiroshi no dijo nada.

—En la universidad —dijo ella—. Iba mucho a la biblioteca. Siempre estaba allí.

Hiroshi la observó.

—Se sentaba al fondo. A veces pensabas que no estaba… pero luego levantaba la vista y te daba la sensación de que lo había escuchado todo.

Masako dejó escapar una pequeña sonrisa.

—No hablaba mucho. Pero cuando lo hacía, te dejaba sin réplica.

Hiroshi inclinó apenas la cabeza.

—Vaya casualidad… parece que hablamos de la misma persona.

Masako sostuvo la mirada un segundo más.

—Se llamaba Takeshima Suzuki.

Hiroshi no respondió. Solo asintió levemente, sin apartar la vista del agua.

El agua siguió corriendo entre los dos, marcando el tiempo sin apurarlo.

—Dos días más —dijo Masako.

Hiroshi tardó un instante.

—Habrá que aprovecharlos.

Masako lo miró sin apartar la vista. No sonrió.

El beso llegó después, sin prisa.

Al día siguiente fueron al mercado. Caminaron juntos entre los puestos, rozándose lo justo para no perderse entre la gente. Un vendedor levantó la vista al reconocer el uniforme.

—Cuídate ahí fuera. Que vuelvas.

Hiroshi inclinó la cabeza y siguió sin detenerse.

Por la tarde entraron en la librería. Masako recorrió con los dedos varios lomos mientras Hiroshi la observaba desde la puerta.

—¿Por qué no me lo dijo? —preguntó él.

Masako pasó el dedo por el lomo del libro antes de responder.

—Porque ya te había visto en la universidad.

Hiroshi frunció levemente el ceño.

—¿A mí?

Masako asintió.

—Sabía que yo me había fijado en ti.

Hiroshi no apartó la mirada.

—Y aun así…

Masako cerró el libro con suavidad.

—No quiso ir más allá.

Hizo una pausa breve.

—Prefirió quedarse donde no hacía daño.

Hiroshi guardó silencio.

—Es una persona íntegra —añadió ella—. Y tiene dignidad.

Hiroshi sostuvo la mirada un instante más, pero no insistió. Salieron sin comprar nada.

El tercer día, en la estación, Masako le entregó un sobre.

—Para cuando lo necesites.

Hiroshi lo sostuvo un instante antes de guardarlo.

—¿Qué hay dentro?

Masako negó levemente.

—Ya lo verás.

El tren arrancó con un tirón breve. Masako no levantó la mano. Se quedó donde estaba hasta que el vagón la dejó atrás.

Tokorozawa lo recibió con el mismo pulso: polvo, órdenes, ritmo.

—A tiempo —dijo Yamato—. Mañana, instrucción.

Takeshima se acercó mientras dejaban el equipo.

—¿Nagoya?

—Necesaria.

Hiroshi dejó la bolsa en su sitio.

—Masako mencionó la universidad.

Takeshima no respondió al momento. Se quitó la gorra y la dejó sobre la litera.

—Hace tiempo de eso.

Hiroshi asintió.

—Habló de alguien. De la biblioteca… de alguien que iba siempre al fondo.

Takeshima levantó la vista, sin prisa.

—Puede ser.

Hiroshi dudó un instante.

—No sé si eras tú.

Takeshima se encogió ligeramente de hombros.

—Fui bastante.

Se hizo un silencio corto.

—Dijo tu nombre —añadió Hiroshi.

Takeshima lo sostuvo un segundo más.

—Entonces supongo que sí.

Hiroshi asintió, sin añadir nada.

Aquella noche, en el barracón ya en silencio, Hiroshi abrió el sobre. La frase era breve. La leyó una vez, sin repetirla, y lo dobló con cuidado antes de guardarlo en el bolsillo interior, donde no se mezclaba con el resto de papeles. No quiso pensar aún en lo que podía significar.

A la mañana siguiente, Yamato los reunió en el cobertizo.

—Vuelven blandos. Se nota. Aquí no se falla por nostalgia. Se falla por descuido. Trabajo limpio. Obstáculos, tiro, mapa. El que falle, corrige.

Salieron sin responder. Takeshima se puso a su lado mientras cruzaban el patio.

—¿Te afecta… o haces ver que no?

Hiroshi soltó el aire por la nariz.

—Un poco.

—A mí también.

La instrucción ocupó todo: cuerda, marcha, tiro. Sin espacio para pensar de más.

Al terminar, Hiroshi habló sin alzar la voz.

—Escribimos a Shunji.

Nadie discutió. Cada uno tomó papel y escribió lo justo.

En los mapas, Yamato fue directo.

—Quiero decisiones que traigan a todos de vuelta.

Hiroshi propuso ruta. Hayashi ajustó la línea. Nadie discutió.

Los días siguieron sin pausa. Hiroshi afinó el paso, la distancia, la atención. Sin elogios. Solo más carga.

No volvía igual, aunque por fuera lo pareciera.

Una noche, ya con las luces apagadas, Takeshima habló desde su litera.

—Cuando acabe, ¿volverás?

—Sí.

—No será igual.

Hiroshi no respondió.

En la marcha siguiente, Takeda resbaló. Hayashi lo señaló sin detenerse.

—Cambio ruta. Si se repite, es culpa mía.

Esa tarde llegaron sobres: uno de su madre, uno oficial y otro sin nombre. Hiroshi los sostuvo un instante antes de guardarlos. En el último, una sola línea:

"Ábrelo si lo necesitas."

Lo guardó sin abrir.

Antes de retirarse, Yamato habló una última vez.

—Cada día cuenta.

Al amanecer formaron. Nadie faltaba. El patio estaba igual que siempre, pero el aire parecía más duro. Hiroshi respiró despacio, notando el papel en el pecho, y fijó la vista al frente mientras la fila arrancaba con un ritmo firme y continuo, avanzando con los Doce sin romper el paso, cada hombre pendiente del siguiente, sabiendo que mantener la línea ya no era una orden, sino lo único que quedaba.

CAPÍTULO XIV

EL PESO DE LAS ALAS

Academia Militar de Aviación Randolph Field, Texas — 1941

La base seguía su ritmo con puntualidad de reloj: diana antes del alba, recuento en el patio, desayuno rápido y hangares en marcha antes de que el sol terminara de levantarse. Todo estaba en su sitio. Pero ya no se vivía igual.

En el barracón, el aire se había vuelto más corto. Las conversaciones duraban menos. Las miradas se sostenían un segundo más de lo habitual. Nadie lo decía en voz alta, pero todos sabían que algo se acercaba.

Jack ajustó las correas del arnés con movimientos exactos, sin levantar la vista. Ray, en la litera de arriba, balanceaba las piernas con un cigarro apagado entre los dedos mientras lo miraba de reojo.
—¿Has dormido?
—Lo suficiente para no equivocarme —respondió Jack sin detenerse.
—Eso no es dormir.
—Ahora vale.

Marshall cruzó el pasillo ajustándose la chaqueta.
—Formación cerrada. Gibbons no quiere huecos. Si uno se descuelga, arrastra al resto.
—Ya lo sabemos —gruñó McCaan desde el fondo, sin ganas de conversación.

Leo entró con cartas en la mano, dándoles vueltas sin decidirse.
—Cambio turno por media hora. Tengo que escribir y no me salen las palabras.
—Escribe "sigo aquí" —dijo Ray, sin moverse.
—No estoy bien.
—Entonces escribe eso —cerró, encogiéndose de hombros.

Elliot apareció el último, con el gesto más tenso de lo habitual. Ray le tocó el hombro al pasar.
—Hoy te pegas a Jack. Si dudas, no piensas. Miras su ala y sigues.
—Vale —respondió Elliot, más bajo.

Salieron al patio. El frío se quedaba en las manos y tardaba en irse. Kline cruzó con los auriculares al cuello y una carpeta apretada contra el pecho. Ray lo interceptó medio paso.
—¿Algo que debamos saber?
—Lo que tengáis que saber os lo dirán arriba —respondió sin detenerse.

En la pista, los motores empezaban a girar. Harlan revisaba una lista junto a un aparato.
—Hoy no quiero sorpresas.
—Yo tampoco —respondió Jack.
—Entonces bajad igual que subís.

En el briefing, el mapa tenía marcas nuevas que nadie comentó en voz alta. Gibbons habló sin rodeos, apoyando las manos sobre la mesa.
—Formación cerrada. Dos pasadas limpias y emergencias. Vais en parejas. Si uno falla, falláis todos.

Su mirada se detuvo un segundo más en Elliot.
—A rueda de Sullivan.
—Sí, señor.

En cabecera, el silencio era más denso de lo habitual. Jack se colocó los auriculares y comprobó la radio.
—Torre, Águila Uno listo.
—Pista libre —respondió Kline—. Viento lateral.

El avión rodó y despegó. Elliot se alineó a su derecha. Marshall y McCaan entraron en paralelo; Ray y Leo cerraron por detrás.
—Distancia —dijo Jack—. Nada de inventos.

Primera pasada limpia. Segunda también, más ajustada.
—Simulación —cantó Jack—. Corto potencia tres segundos.

Elliot aguantó un instante, pero la voz le salió tensada.
—No… no estoy bien.
—Mírame a mí. No toques nada. Solo mi ala.
—No puedo…
—Sí puedes. Respira. Ahora.
—Kline, ¿lo tenéis? —pidió Ray, atento desde atrás.
—Parámetros inestables —respondió—. Traedlo.
—Sullivan, lo llevas tú —ordenó Gibbons.

Jack se pegó a Elliot lo justo.

—Ángulo leve. Estoy contigo.

Ray cerró su flanco. Marshall y McCaan abrieron espacio. Leo vigiló atrás sin apartar la vista.

—Flaps —ordenó Gibbons.

Jack tomó tierra limpio. Elliot entró con un rebote, corrigió tarde y consiguió recuperar antes de perder la línea.

—En tierra —dijo Jack al cortar.

Elliot bajó con las piernas flojas. Jack lo sujetó un segundo antes de soltarlo. Gibbons llegó sin prisa.

—Esto es lo que quiero ver. Cabeza y trabajo.

En el comedor, apenas se escuchaban voces.

—¿Cómo estás? —preguntó Ray, empujando la bandeja hacia Elliot.

—Cansado.

—Mejor que lo otro —añadió sin mirarlo.

Elliot dejó la bandeja a medio tocar.

—Lo he hecho mal.

—Lo has sacado adelante —dijo Marshall desde el otro lado—. Aquí se entrena para eso.

—Nadie quiere fallar —añadió Ray—. Por eso seguimos subiendo.

La tarde apretó más. Elliot volvió a subir y esta vez mantuvo la línea.

—Águila Nueve estable —confirmó por radio.

—Te quiero así —respondió Gibbons.

Al terminar, Ray empujó al grupo hacia la salida.

—Hoy bebemos.

—Hoy dormimos —corrigió Marshall.

—Las dos cosas —cerró Leo, arrancando una sonrisa corta.

En la mesa, nadie levantó la voz.

—Mañana vuelvo a volar —dijo Elliot, más firme.

—Mañana vuelves a volar —confirmó Jack.

—¿Y si pasa otra vez?

—Entonces sigues —dijo Ray, directo.

Al salir, Kline apareció en la puerta con gesto cansado.

—Formación temprano. Puede haber lectura.

—¿De qué tipo? —preguntó Leo.

—Del que no admite preguntas —respondió antes de irse.

El amanecer llegó con el patio lleno. Gibbons sostuvo un sobre y lo dejó claro sin rodeos.

—Preparación reforzada. Sin fechas. Sin destinos. Solo fiabilidad.

La base cambió sin cambiar: más horas, menos palabras, más revisión.

Jack salió del hangar cuando ya no quedaba casi nadie en pista. La actividad había bajado, pero no del todo. Siempre quedaba algo en marcha: un motor al fondo, un camión que no terminaba de parar, una orden que llegaba tarde y se cumplía igual. Se detuvo un momento mirando la línea de aparatos, todos alineados, todos listos.

Kline estaba junto a la torre con un operador, revisando una hoja que corregía una y otra vez. Jack se acercó lo justo.

—¿Algo fuera de lo normal?

Kline levantó la vista un segundo.

—Todo —respondió, volviendo al papel.

Un camión pasó entre ellos levantando polvo. Dos mecánicos discutían junto a un ala abierta; uno golpeó la chapa con la palma.

—No ensambla.

—Tiene que ensamblar o estamos perdidos —respondió el otro sin dejar de trabajar.

Jack siguió andando hasta la valla. Más allá, el terreno se perdía plano, sin referencias. Pensó en lo claro que parecía todo desde arriba y en lo poco que servía esa claridad cuando tocaba decidir abajo. Sacó el pañuelo sin desplegarlo, lo apretó un instante entre los dedos y volvió a guardarlo.

Ray llegó a su lado sin decir nada.

—No te gusta esto.

—No.

—A mí tampoco —respondió, mirando al frente.

Se quedaron en silencio unos segundos.

—Si te dan permiso, vete —añadió Ray—. No te lo pienses.

Jack giró la cabeza.

—¿Por qué?

Ray tardó un segundo en responder.

—Porque luego no te lo van a dar.

Jack asintió sin decir nada más y echó a andar de vuelta al barracón.

Esa tarde, Gibbons lo llamó.

—Cinco días. Vaya a casa. Vuelva con la cabeza limpia.

En el barracón, Jack guardó lo justo. Ray le lanzó un paquete desde su litera.

—Para el camino.

—No hacía falta.

—Cállate y guárdalo.

Leo chocó el puño con él.

—Vuelve de una pieza.

Marshall alzó la vista desde el fondo.

—Y no te duermas por el camino.

El tren arrancó. Campos largos, estaciones pequeñas, soldados en voz baja. Jack se sentó junto a la ventanilla y metió la mano en el bolsillo interior hasta notar el pañuelo, sin sacarlo.

Cerró los ojos un instante.

No para descansar.

Para fijar lo que dejaba atrás.

Cuando volvió a abrirlos, ya no miró el paisaje.

Miró hacia delante.

CAPÍTULO XV

UN SEPTIEMBRE SIN RESPUESTAS

Tokorozawa, Japón — 1941

Septiembre avanzaba con una claridad engañosa. El cielo amanecía limpio, casi sereno, pero el aire traía un frío fino que se metía en los dedos antes de que el cuerpo despertara del todo. En el patio, la tierra apisonada devolvía cada paso con firmeza y las filas se trazaban rectas, sin huecos, sin fallos visibles.

Los Doce ocupaban su lugar de siempre, pero ya no estaban igual. La postura era la misma, la distancia también, la mirada al frente exacta, y aun así algo había cambiado en todos. No era visible desde fuera. Estaba en la forma de sostener el cuerpo, en cómo esperaban sin moverse, en ese segundo previo a cada orden donde nadie se permitía distraerse.

El capitán Yamashita salió con la carpeta bajo el brazo y se detuvo frente a la formación.

—Ejercicios de planimetría por secciones. Guardia ampliada. Marcha con carga completa esta noche. Quiero precisión desde el primer momento.

Hizo una pausa breve.

—La instrucción no espera a nadie.

El teniente Yamato avanzó un paso.

—Pelotón de los Doce. Campo de tiro. Después zanja y alambrada. Ritmo alto. No voy a repetir órdenes.

Recorrió los rostros uno a uno.

—Y otra cosa. El que no esté aquí del todo, se nota. Y cuando se nota, se paga.

Hiroshi inclinó la cabeza y echó a andar con los suyos. Murata caminaba un poco por detrás, con el fusil bien sujeto.

—Buen día para equivocarse —murmuró.

—O para no hacerlo —respondió Okabe sin girarse.

—Eso lo dices siempre —añadió Saito.

—Hoy no estoy para bromas —dijo Takeda.

Hayashi ajustó la correa antes de entrar en el campo.
—Pues guarda la fuerza. La vas a necesitar.

El campo de tiro estaba quieto, con los blancos alineados. Hiroshi se tumbó, apoyó el arma y dejó que la respiración bajara. Esperó un segundo más de lo habitual antes de apretar el gatillo. Impacto limpio.

A su lado, Takeshima corrigió apenas el ángulo del codo.
—Te adelantas.
—Tú te quedas corto.
—Prefiero eso a pasarme.
—Prefiero no fallar.

Saito disparó. El impacto quedó fuera por poco. Bajó el arma, tensando la mandíbula.
—Otra vez.

Hayashi no apartó la vista del blanco.
—No te precipites.
—Entonces ajusta mejor.
—Siguiente serie —ordenó Yamato.

El sol empezó a apretar. Zanja, alambrada, equipo completo. El barro agarraba las botas y cada movimiento exigía más de lo que parecía. Kobayashi se enganchó en el alambre y perdió el ritmo.
—Quieto —cortó Takeda.

Bajó el alambre con la culata y le abrió paso.
—Ahora.

Kobayashi pasó y retomó el sitio sin mirar atrás.
—Gracias.
—No te pares.

La fila no se rompió.

El descanso bajo el árbol no fue descanso. Murata sacó un trozo de pan y lo partió con gesto seco.
—Esto no me dura nada.
—Entonces mastica más despacio —dijo Saeki.

Hayashi miró a Hiroshi mientras bebía un trago corto.
—¿Has escrito?
—Sí.
—¿Qué has puesto?

Hiroshi dudó un instante.
—Lo que puedo decir sin mentir.
Murata negó con la cabeza.
—Siempre lo mismo.
—¿Y tú qué pondrías? —preguntó Hiroshi.
Murata lo pensó un segundo.
—Que sigo en pie.
—Eso no depende solo de ti —dijo Okabe.
Saeki cerró el intercambio con la vista fija en el suelo.
—Depende de todos.
El silencio se quedó entre ellos.
En la sala de mapas, Yamato apretó el ritmo y clavó el dedo sobre el papel.
—Tres rutas. Una no vale. Quiero la correcta.
Takeshima trazaba sin levantar la cabeza. Hiroshi marcó una alternativa.
—Esa se corta —dijo Yamato.
—Entonces rodeamos por el cauce seco.
—Tiempo.
—Dos minutos más.
Yamato lo miró fijo.
—Dos minutos son una vida.
Nadie discutió.
Al salir, Hiroshi se detuvo en la barandilla. Takeshima se colocó a su lado.
—Lo de antes…
—Está resuelto.
—Prefiero dejarlo claro.
—Ya lo está.
—¿Seguro?
—He dicho que sí.
Se quedaron mirando el patio.
—¿Te dolió? —preguntó Hiroshi.
—Lo justo —respondió Takeshima.
La tarde cayó con los obstáculos. Troncos, cuerdas, saltos.
—Más rápido —ordenó Yamato.

Shunji subió limpio. Hayashi asintió una vez.

Kobayashi llegó al límite, con los brazos temblando.

—No te quedes —dijo Tanaka.

—No me quedo.

Al anochecer, Yamashita señaló la salida.

—Marcha larga. Nakamura, abres.

Antes de salir, Hiroshi sacó el cuaderno y escribió una línea breve. Murata lo vio.

—¿Otra vez?

—Sí.

—No te sirve si no lo envías.

—Me sirve a mí.

La marcha arrancó con la luna alta. El terreno engañaba en cada cambio de nivel. La fila avanzaba en silencio.

—Distancia —dijo Saeki.

—La mantengo —respondió Saito.

Al bajar un talud, Saito perdió apoyo. Cayó de lado. El golpe fue seco.

—Arriba —dijo Hiroshi.

Saito se levantó.

—Estoy.

Pero no lo estaba del todo.

—Apoya bien —dijo Hayashi.

—Puedo seguir.

Yamato no detuvo la marcha.

—No se para. Se corrige en movimiento.

Saito mantuvo el paso. Ya no pisaba igual. Nadie dijo nada más.

Regresaron con la primera claridad. El cansancio se veía en la forma de pisar. Kobayashi se dejó caer en el banco.

—Pensé que no llegábamos.

—Llegas o te traen —dijo Murata.

Saito no se sentó. Se quedó de pie, cargando más peso en un lado.

Al día siguiente dudó en mapas. Poco, pero se vio. Yamato lo llamó aparte. Nadie oyó nada.

Esa noche, su litera estaba hecha. Vacía.

El grupo cenó en silencio. Hiroshi se apartó con el cuenco entre las manos. Hayashi se sentó a su lado.

—No estás bien.

—Estoy cansado.

—Hay algo más.

Hayashi giró su cuaderno. Una frase: En casa, alguien espera.

Hiroshi asintió.

—Entiendo.

El último día llegaron sobres.

—Revisión. Inventario. Alerta —dijo Yamashita.

—Por lo que venga —dijo Murata.

—Y que sepamos responder —añadió Saeki.

Bebieron en silencio. A la mañana siguiente llegó la orden.

—Preparación de despliegue. Revisión esta tarde. Mañana, órdenes.

Nada cambió en el patio, pero la orden ya estaba dentro. La formación avanzó firme, sin fisuras, y Hiroshi dejó de pensar en el siguiente paso. Ajustó la correa una vez más y dejó que el cuerpo hiciera lo que ya sabía hacer, consciente de que lo que venía no iba a dar margen.

CAPÍTULO XVI

EL RUIDO QUE PRECEDE AL SILENCIO

Academia Militar de Aviación Randolph Field, Texas — 1941

En Randolph todo seguía en su sitio, pero ya no encajaba igual. La diana sonaba a la misma hora, los hombres salían de las literas con los mismos movimientos medidos y el primer motor arrancaba con la precisión de siempre, pero algo se había tensado en la forma en que cada gesto llevaba al siguiente. No era cansancio ni rutina. Era una presión constante, metida bajo la piel, que no desaparecía ni cuando el cuerpo descansaba. Jack cruzó el patio atento a los detalles: el golpe de una puerta, el arrastre de unas botas sobre la grava, un motor arrancando al otro lado de los hangares. Todo era reconocible, pero exigía más.

Ray caminaba a su lado, encendiendo otro cigarro sin terminar el anterior.

—Nunca nos ha cuadrado —respondió Jack sin detenerse.

—No me refiero a eso.

—Ya.

—Antes… no se sentía así.

—Antes no lo veíamos venir.

Ray tiró la colilla antes de tiempo.

—Antes era entrenamiento. Ahora parece otra cosa.

Jack lo miró de reojo.

—Porque lo es.

Detrás venían Leo y Elliot. Leo hablaba más de lo habitual, como si así pudiera mantener la cabeza ocupada.

—Cuando acabe todo esto, monto un bar. Pequeño. Sin gritos, sin órdenes.

—Durarías una semana —respondió Elliot—. Luego volverías a esto.

—Ni de broma.

Ray soltó una risa corta.

—Ni tú te lo crees.

Jack intervino sin alzar la voz.

—Da igual. Sirve para seguir.

Kline apareció con la radio al hombro, caminando rápido entre ellos.

—Han cambiado frecuencias otra vez.

Elliot frunció el ceño.

—¿Eso es malo?

Kline negó sin reducir el paso.

—Eso es que alguien se está moviendo.

Ray se quedó quieto un instante.

—¿Moviendo cómo?

Kline lo miró un segundo.

—Como para no fallar.

No hubo más preguntas.

La mañana se fue en formación y vuelo. Subieron en escuadrilla, mantuvieron posición, corrigieron distancias. Todo funcionaba, pero nadie se relajaba. Jack notó que el cuerpo respondía antes de pensar, mientras la cabeza seguía tensa, sin soltarse.

—Sullivan, mantén línea —ordenó Gibbons.

—En línea.

—No te abras.

—Recibido.

La formación viró hacia el sur. Durante unos minutos todo se sostuvo limpio, hasta que el aparato de Elliot dudó en un cambio de altura. No fue brusco, pero rompió la distancia.

—Elliot, mantén —dijo Jack por radio.

—Voy.

La respuesta llegó tarde. El avión bajó más de la cuenta y se metió en la estela del aparato delantero. La sacudida fue inmediata.

—Ahora —ordenó Jack.

Elliot corrigió, pero el margen ya era mínimo. Durante un segundo, demasiado largo, los dos aparatos quedaron peligrosamente cerca.

Jack no esperó.

—Sube diez. Ya.

Elliot obedeció. El avión recuperó altura y la formación volvió a su sitio, pero el fallo había estado ahí.

—Mantén —repitió Jack.
—Eso hago.
No hubo más.
Aterrizaron con el sol ya alto. El calor subía del asfalto y se pegaba a la piel. Gibbons caminó despacio frente a ellos, deteniéndose en Elliot un segundo más de lo necesario. No hizo falta alzar la voz ni repetir nada.
Elliot asintió sin levantar la vista.
—Sí, señor.
Gibbons se detuvo un instante frente a Jack.
—Buena corrección.
—Sí, señor.
—Pero no vuelvas a esperar.
—No esperaré.
El mensaje quedó fijado sin necesidad de más.
En el barracón, el ambiente estaba contenido. Leo se dejó caer en la litera.
—Lo he visto desde arriba.
Marshall respondió sin mirarlo.
—Todos.
Elliot se sentó despacio, con las manos aún tensas.
—Se me ha ido un segundo.
Ray lo miró fijo.
—Ese segundo no existe.
Jack se quitó el casco.
—No lo repitas.
Elliot asintió.
—No lo repito.
El día siguiente empezó antes de tiempo. Maniobras, cambios, emergencias encadenadas sin pausa. Nadie hablaba de más. La radio seguía cambiando frecuencias. Kline aparecía y desaparecía con papeles y anotaciones, cada vez más serio.
—Esto ya no es rutina —dijo en un momento.
Nadie respondió.
A media mañana, volvieron al aire. Esta vez con navegación más cerrada, referencias mínimas. El cielo parecía limpio, pero no ofrecía

descanso.
—Confía en instrumentos —dijo Gibbons por radio.

Jack ajustó altura, mantuvo línea, corrigió sin pensar. El cuerpo respondía antes que la cabeza.

En una pasada baja, una vibración leve cruzó el aparato. Jack la notó al instante.
—Tengo vibración.
—Continúa —respondió Gibbons—. Controla.

Jack no dudó. Ajustó motor, mantuvo trayectoria. La vibración se sostuvo unos segundos y desapareció.
—Resuelto.
—Bien.

En tierra, Gibbons se acercó sin levantar la voz.
—Eso sí sirve.

Jack asintió.
—Sí, señor.
—El que lo nota y sigue, me vale.

Se marchó sin añadir nada más.

La tarde cayó sin descanso. Nadie habló de permisos ni de salidas. El tiempo se había estrechado.

Al anochecer, Gibbons los reunió bajo la luz artificial de la pista.
—Turnos de radio. Desde hoy. Atención continua.

Se detuvo en Jack.
—Empiezas tú.

La sala de radio estaba en penumbra. Kline ajustó el dial y señaló.
—Escucha.

La cadencia entró clara. No era interferencia. Era orden.

Jack no apartó la vista.
—No es práctica.
—No.
—Es preparación.

Anotaron sin hablar. El mensaje se cortó de golpe y el aire quedó suspendido. Salieron fuera. El cielo empezaba a clarear.
—Esto ya no se va a parar —dijo Kline.
—No —respondió Jack.

El tablón amaneció con órdenes nuevas y nadie comentó nada. Esa noche, Jack sacó la carta de Elsie, la sostuvo un instante y la guardó sin abrirla.

—Mañana —murmuró.

El golpe en la puerta llegó antes de tiempo.

—Listos en veinte.

Jack se vistió sin pensar, ajustó el equipo, comprobó todo dos veces y guardó la carta en el bolsillo interior. En el pasillo, Gibbons los esperaba con la misma calma de siempre.

—Hoy lo haréis como si os fuera la vida.

Nadie respondió.

Bajaron a la pista sin romper el ritmo. El primer motor arrancó, luego otro, y otro más, hasta llenar el aire. Jack ocupó su sitio con la distancia exacta, las manos firmes y la vista al frente. Esta vez no hubo margen. Solo mantener la línea.

CAPÍTULO XVII

SIN MARGEN PARA ERRORES

Academia Militar de Tokorozawa, Japón — 1941

El toque de corneta llegó antes de que el cielo terminara de aclararse y los Doce salieron de las literas con la precisión de quien ya no necesita pensar lo que hace. Las botas tocaron el suelo al mismo tiempo, las manos ajustaron correas sin vacilar y las mantas quedaron tensas en segundos. Todo estaba en su sitio, pero la exigencia ya no era la misma. Cada gesto pedía más. No había margen para distraerse.

En la explanada, la gravilla crujía bajo las botas con un ritmo constante. Yamato ya estaba allí, inmóvil, con el mentón ligeramente elevado. No hizo falta ordenar nada. Las filas se cerraron solas. Yamashita apareció con paso firme y habló sin elevar la voz.

—Atentos. Se eleva el nivel de disponibilidad. Desde hoy se amplían turnos, marchas con carga completa, ejercicios nocturnos y verificación doble de equipo. No se trabaja para aprobar. Se trabaja para no fallar.

Nadie respondió.

—El plan se organiza por fases. No quiero iniciativa sin orden. No quiero dudas visibles. El que dude, que lo haga rápido y siga.

La formación se rompió con precisión. Hiroshi tomó la cabeza de su escuadra sin mirar atrás. Takeshima se colocó a su izquierda; Saito mantuvo medio paso por detrás; Shunji cerró la línea; Tanaka empezó a marcar distancias con la mirada; Okabe ajustó la correa sin prisa; Murata murmuró algo que no llegó a nadie; Hayashi guardó su cuaderno; Kobayashi tragó saliva antes de arrancar.

—Hoy no nos sueltan —dijo Saito en voz baja.

—Hoy empieza de verdad —respondió Murata.

—Ya había empezado —añadió Okabe.

En el campo de tiro, el frío seguía pegado a la piel. Hiroshi se tumbó, apoyó el arma, dejó que la respiración bajara hasta donde

debía y apretó el gatillo. Impacto limpio. Takeshima corrigió apenas un milímetro.
—Te adelantas.
—Tú te quedas corto.
—Prefiero eso a perderlo.
—Prefiero no pensarlo.
Saito disparó y falló por poco. No dijo nada. Volvió a cargar sin mirar a nadie.
—Otra vez.
—No corras —intervino Hayashi—. Respira primero.
—Estoy respirando.
—Entonces escucha el disparo antes de hacerlo.
—Siguiente serie. Ya —ordenó Yamato.
El sol subió y con él la exigencia. Zanja, alambrada, paso bajo, salida limpia. Kobayashi se quedó enganchado un instante más de la cuenta. Takeda bajó el alambre sin mirarlo.
—Ahora.
Kobayashi pasó.
—Gracias.
—No pierdas el ritmo.
La fila siguió sin romperse.
El descanso bajo el árbol no fue descanso, fue una pausa medida. Murata partió el pan y lo repartió sin mirar.
—Esto se queda corto.
—Mastica más despacio —dijo Saeki.
Hayashi miró a Hiroshi.
—¿Has escrito?
—Sí.
—¿A quién?
—A casa.
—¿Y qué has puesto?
Hiroshi dudó un instante.
—Lo justo.
Murata negó con la cabeza.
—Eso no sirve.
—Sirve —respondió Hiroshi—. Para no prometer de más.

Okabe intervino sin levantar la voz.
—Mejor eso que pasarse.
El silencio que siguió no fue cómodo.
En la sala de mapas, Yamato clavó un alfiler sobre el plano.
—Ruta directa, dos alternativas, puntos de corte. Quiero lógica, no intuición.
Hiroshi trazó sin detenerse. Takeshima ajustó la línea. Tanaka empezó a marcar tiempos.
—Esa no vale.
—Se corta.
—Entonces rodeas.
—Pierdo tiempo.
—Pierdes menos que perdiéndote.
Yamato golpeó el plano una sola vez.
—Aquí no se cree. Aquí se sabe.
Murata soltó aire por la nariz. Yamato lo miró de inmediato.
—¿Algún problema?
—Ninguno, mi teniente.
—Entonces trabaja.
Al salir, Hiroshi se detuvo junto a la barandilla. Takeshima se colocó a su lado sin decir nada al principio.
—Lo del verano…
—Ya pasó.
—Prefiero que quede claro.
—Lo está.
—¿Seguro?
—Ya te dije que sí.
Se quedaron mirando el patio un momento.
—¿Te afectó? —preguntó Hiroshi.
—Lo justo —respondió Takeshima—. Para no repetirlo.
Hiroshi asintió y volvieron a la formación.
La tarde fue de obstáculos: troncos, cuerdas, equilibrio sobre vigas estrechas.
—Más rápido —ordenó Yamato.
Shunji subió limpio.
—Bien —dijo Hayashi.

Tanaka marcó el ritmo con la respiración.
—No te quedes atrás —le dijo a Kobayashi.
—No me quedo —respondió, ya justo de fuerzas.
Al anochecer, Yamashita señaló sin rodeos.
—Marcha larga. Nakamura, abres.
Antes de salir, Hiroshi anotó una línea breve y guardó el cuaderno. La marcha arrancó con la luna alta. El terreno engañaba.
—Distancia —dijo Saeki.
—La mantengo —respondió Saito.
Al bajar un talud, Yamato perdió apoyo. Takeshima lo sujetó en seco sin romper el paso.
—Siga.
—Sí, mi teniente.
Nadie comentó nada.
La segunda parte de la marcha apretó más. El cansancio empezaba a enturbiar la cabeza y Hiroshi notó cómo el paso se volvía automático, cómo cada decisión exigía más de lo habitual. Ahí estaba el riesgo.
En el bosque, el ejercicio cambió sin aviso.
—Silencio —ordenó Yamato.
Avanzaron sin luz. El suelo no se veía, se sentía. Una rama crujió bajo el pie de Saito, demasiado clara para aquel entorno. Hiroshi extendió la mano sin mirar y le detuvo el hombro. Saito se quedó inmóvil. Okabe levantó dos dedos. Nadie respiró de más.
La patrulla de control pasó cerca, demasiado cerca. Hiroshi mantuvo el gesto firme hasta que el último hombre desapareció. Dio un toque leve y siguieron.
Más adelante, Kobayashi dudó. Murata se inclinó lo justo hacia él.
—Mira mi espalda. Solo eso.
—No…
—Sí. Ya.
Kobayashi tragó saliva y siguió el ritmo sin volver a mirar al suelo.
Regresaron al perímetro sin hablar. Yamato los miró uno a uno, midiendo el estado de cada hombre.
—Otra vez.

La segunda vuelta fue peor, no por el terreno sino por la cabeza. No había sorpresa, solo repetición. Cuando terminaron, Yamato se acercó a Saito.
—Has aprendido.
—Sí, mi teniente.
—Demuéstralo mañana.

Volvieron al barracón con el cuerpo al límite. Nadie habló del error ni del miedo. Las manos trabajaron solas: limpiar, doblar, ajustar, revisar. La cabeza seguía en el bosque.

El día siguiente fue más preciso, más frío. Planimetría, comunicaciones, tiempos medidos al segundo.
—Si te precipitas, te equivocas —dijo Yamato.
—Entonces voy despacio —respondió Tanaka.
—Vas exacto —corrigió sin mirarlo.

Por la tarde, guardia. Takeshima se acercó a Hiroshi mientras comprobaban el equipo.
—¿Dormiste?
—Lo justo.
—¿Escribiste?
—Sí.
—¿A ella?
—Sí.
—Entonces sigue.

La noche trajo otro ejercicio, sin aviso y sin margen. Cruzaron el bosque y regresaron sin dejar rastro. Esta vez no hubo errores ni dudas. Al terminar, nadie celebró nada.

El último día llegó con órdenes nuevas. Yamashita habló claro, sin adornos.
—Revisión completa. Preparación. No prometo nada.

Murata alzó el cuenco antes de beber.
—Por lo que venga.
—Y por estar listos —añadió Takeda.
—Y por no fallar —cerró Saeki.

Bebieron en silencio.

A la mañana siguiente, el ordenanza cruzó el patio. Yamashita leyó el sobre sin cambiar el gesto.

—Preparación de despliegue. Revisión esta tarde. Mañana, instrucciones.

El patio seguía igual, la tierra la misma, las líneas idénticas. Pero la orden ya estaba dentro de todos. Yamato dio un paso al frente y exigió manos listas, equipo exacto y ausencia total de dudas. Hiroshi guardó el cuaderno, ajustó la correa y ocupó su lugar sin vacilar. La formación arrancó con un paso firme y continuo, atravesando el patio sin romper la línea. Nadie volvió la vista atrás. Esta vez ya no había margen.

CAPÍTULO XVIII

EL MURMULLO DEL PACÍFICO

Academia Militar de Aviación Randolph Field, Texas — 1941

La base seguía su ritmo con puntualidad de reloj: diana antes del alba, recuento en el patio, desayuno rápido y hangares en marcha antes de que el sol terminara de levantarse. Todo estaba en su sitio. Pero ya no se vivía igual.

En el barracón, el aire se había vuelto más corto. Las conversaciones duraban menos. Las miradas se sostenían un segundo más de lo habitual. Nadie lo decía en voz alta, pero todos sabían que algo se acercaba.

Jack ajustó las correas del arnés con movimientos exactos, sin levantar la vista. Ray, en la litera de arriba, balanceaba las piernas con un cigarro apagado entre los dedos mientras lo miraba de reojo.
—¿Has dormido?
—Lo suficiente para no equivocarme —respondió Jack sin detenerse.
—Eso no es dormir.
—Ahora vale.

Marshall cruzó el pasillo ajustándose la chaqueta.
—Formación cerrada. Gibbons no quiere huecos. Si uno se descuelga, arrastra al resto.
—Ya lo sabemos —gruñó McCaan desde el fondo, sin ganas de conversación.

Leo entró con cartas en la mano, dándoles vueltas sin decidirse.
—Cambio turno por media hora. Tengo que escribir y no me salen las palabras.
—Escribe "sigo aquí" —dijo Ray, sin moverse.
—No estoy bien.
—Entonces escribe eso —cerró, encogiéndose de hombros.

Elliot apareció el último, con el gesto más tenso de lo habitual. Ray le tocó el hombro al pasar.
—Hoy te pegas a Jack. Si dudas, no piensas. Miras su ala y sigues.
—Vale —respondió Elliot, más bajo.

Salieron al patio. El frío se quedaba en las manos y tardaba en irse. Kline cruzó con los auriculares al cuello y una carpeta apretada contra el pecho. Ray lo interceptó medio paso.
—¿Algo que debamos saber?
—Lo que tengáis que saber os lo dirán arriba —respondió sin detenerse.

En la pista, los motores empezaban a girar. Harlan revisaba una lista junto a un aparato.
—Hoy no quiero sorpresas.
—Yo tampoco —respondió Jack.
—Entonces bajad igual que subís.

En el briefing, el mapa tenía marcas nuevas que nadie comentó en voz alta. Gibbons habló sin rodeos, apoyando las manos sobre la mesa.
—Formación cerrada. Dos pasadas limpias y emergencias. Vais en parejas. Si uno falla, falláis todos.

Su mirada se detuvo un segundo más en Elliot.
—A rueda de Sullivan.
—Sí, señor.

En cabecera, el silencio era más denso de lo habitual. Jack se colocó los auriculares y comprobó la radio.
—Torre, Águila Uno listo.
—Pista libre —respondió Kline—. Viento lateral.

El avión rodó y despegó. Elliot se alineó a su derecha. Marshall y McCaan entraron en paralelo; Ray y Leo cerraron por detrás.
—Distancia —dijo Jack—. Nada de inventos.

Primera pasada limpia. Segunda también, más ajustada.
—Simulación —cantó Jack—. Corto potencia tres segundos.

Elliot aguantó un instante, pero la voz le salió tensada.
—No… no estoy bien.
—Mírame a mí. No toques nada. Solo mi ala.
—No puedo…
—Sí puedes. Respira. Ahora.
—Kline, ¿lo tenéis? —pidió Ray, atento desde atrás.
—Parámetros inestables —respondió—. Traedlo.
—Sullivan, lo llevas tú —ordenó Gibbons.

Jack se pegó a Elliot lo justo.

—Ángulo leve. Estoy contigo.

Ray cerró su flanco. Marshall y McCaan abrieron espacio. Leo vigiló atrás sin apartar la vista.

—Flaps —ordenó Gibbons.

Jack tomó tierra limpio. Elliot entró con un rebote, corrigió tarde y consiguió recuperar antes de perder la línea.

—En tierra —dijo Jack al cortar.

Elliot bajó con las piernas flojas. Jack lo sujetó un segundo antes de soltarlo. Gibbons llegó sin prisa.

—Esto es lo que quiero ver. Cabeza y trabajo.

En el comedor, se hablaba poco y ne voz baja.

—¿Cómo estás? —preguntó Ray, empujando la bandeja hacia Elliot.

—Cansado.

—Mejor que lo otro —añadió sin mirarlo.

Elliot dejó la bandeja a medio tocar.

—Lo he hecho mal.

—Lo has sacado adelante —dijo Marshall desde el otro lado—. Aquí se entrena para eso.

—Nadie quiere fallar —añadió Ray—. Por eso seguimos subiendo.

La tarde apretó más. Elliot volvió a subir y esta vez mantuvo la línea.

—Águila Nueve estable —confirmó por radio.

—Te quiero así —respondió Gibbons.

Al terminar, Ray empujó al grupo hacia la salida.

—Hoy bebemos.

—Hoy dormimos —corrigió Marshall.

—Las dos cosas —cerró Leo, arrancando una sonrisa corta.

En la mesa, nadie levantó la voz.

—Mañana vuelvo a volar —dijo Elliot, más firme.

—Mañana vuelves a volar —confirmó Jack.

—¿Y si pasa otra vez?

—Entonces sigues —dijo Ray, directo.

Al salir, Kline apareció en la puerta con gesto cansado.

—Formación temprano. Puede haber lectura.

—¿De qué tipo? —preguntó Leo.

—Del que no admite preguntas —respondió antes de irse.

El amanecer llegó con el patio lleno. Gibbons sostuvo un sobre y lo dejó claro sin rodeos.

—Preparación reforzada. Sin fechas. Sin destinos. Solo fiabilidad.

La base cambió sin cambiar: más horas, menos palabras, más revisión.

Jack salió del hangar cuando ya no quedaba casi nadie en pista. La actividad había bajado, pero no del todo. Siempre quedaba algo en marcha. Siempre quedaba algo en marcha: un motor al fondo, un camión que no terminaba de parar, una orden que llegaba tarde y se cumplía igual. Se detuvo un momento mirando la línea de aparatos, todos alineados, todos listos.

Kline estaba junto a la torre con un operador, revisando una hoja que corregía una y otra vez. Jack se acercó lo justo.

—¿Algo fuera de lo normal?

Kline levantó la vista un segundo.

—Todo —respondió, volviendo al papel.

Un camión pasó entre ellos levantando polvo. Dos mecánicos discutían junto a un ala abierta; uno golpeó la chapa con la palma.

—No ensambla.

—Tiene que ensamblar o estamos perdidos —respondió el otro sin dejar de trabajar.

Jack siguió andando hasta la valla. Más allá, el terreno se perdía plano, sin referencias. Pensó en lo claro que parecía todo desde arriba y en lo poco que servía esa claridad cuando tocaba decidir abajo. Sacó el pañuelo sin desplegarlo, lo apretó un instante entre los dedos y volvió a guardarlo.

Ray apareció a su lado y apoyó los brazos en la valla.

—No te gusta esto.

—No.

—A mí tampoco —respondió, mirando al frente.

Se quedaron en silencio unos segundos.

—Si te dan permiso, vete —añadió Ray—. No te lo pienses.

Jack giró la cabeza.

—¿Por qué?

Ray tardó un segundo en responder.

—Porque luego no te lo van a dar.

Jack asintió sin decir nada más y echó a andar de vuelta al barracón.

Esa tarde, Gibbons lo llamó.

—Cinco días. Vaya a casa. Vuelva con la cabeza limpia.

En el barracón, Jack guardó lo justo. Ray le lanzó un paquete desde su litera.

—Para el tren.

—No hacía falta.

—No lo compliques.

Leo chocó el puño con él.

—Vuelve entero.

Marshall asintió desde el fondo.

—No te retrases.

El tren arrancó. Campos largos, estaciones pequeñas, soldados en voz baja. Jack se sentó junto a la ventanilla y metió la mano en el bolsillo interior hasta notar el pañuelo, sin sacarlo.

Cerró los ojos un instante.

No para descansar.

Para fijar lo que dejaba atrás.

Cuando volvió a abrirlos, ya no miró el paisaje.

Miró hacia delante.

CAPÍTULO XIX

LOS QUE YA NO VUELVEN

Tokorozawa, Japón — 1941

Aún no había amanecido cuando la puerta del barracón se abrió de golpe y el suboficial lanzó la orden sin margen para repetirla. Los Doce bajaron de las literas con la rapidez exacta que da el hábito cuando el cuerpo ya no necesita permiso de la cabeza. El suelo estaba frío, las manos tardaban en responder y el silencio era más denso de lo habitual. Hiroshi se calzó sin mirar. Takeshima ya estaba en pie, ajustando la correa con movimientos limpios. Murata murmuró algo que no llegó a ser queja. Fujimoto dejó caer la cantimplora y el golpe metálico recorrió la estancia antes de apagarse. Yamato cruzó sin detenerse, pero su mirada bastó para que nadie volviera a fallar.

Salieron al patio. El frío se metía en los nudillos y subía hasta el codo. El barro agarraba las botas y cada paso exigía más de lo habitual. En la pista, un motor probaba revoluciones y el aire vibraba con una tensión que no era solo mecánica. Yamashita pasó lista con la carpeta bajo el brazo, nombrando uno por uno sin titubeo, fijando a cada hombre en su sitio.

—Escuadra Doce. A partir de ahora no habrá repetición. Lo que hagáis, queda.

Un cadete de otra compañía llegó tarde y el suboficial lo dejó plantado en el barro sin añadir castigo. Nadie miró. Nadie debía mirar.

La mañana cayó sobre ellos sin pausa: carrera con equipo, arrastre bajo alambrada, troncos húmedos, cuerda con las manos rígidas. El barro añadía resistencia y el aire raspaba al entrar. Cuando el cadete tardío cayó a mitad del tramo, lo hizo sin gritar; se levantó con la cara pálida y volvió a la fila sin ayuda, y nadie rompió la formación.

En el comedor, las bandejas sonaban más bajo de lo habitual.

—Dicen que anoche uno intentó saltar la valla —murmuró Kobayashi.
—Lo cogieron antes del segundo poste —respondió Okabe.
Fujimoto dejó la cuchara un segundo.
—¿Y ahora qué hacen con él?
—Aquí no hay muchas opciones —dijo Murata.
Hiroshi y Takeshima cruzaron una mirada breve. No añadieron nada.
La tarde se fue en cálculo de distancias, tiro y correcciones hasta que el hombro dejó de obedecer igual que al principio. Yamato reunió a los Doce al terminar.
—Se endurecen los movimientos en el sur. Arriba piden precisión. Aquí no hay margen.
Shunji bajó la vista. Murata tensó la correa del fusil.
—Cuando hablan así, falta poco.
—Se reagrupan hacia la costa —añadió Hayashi—. No dicen dónde, pero el mapa no engaña.
Hiroshi no respondió. Lo que sentía no era un enemigo concreto, sino la certeza de que algo se estaba cerrando.
Aquella noche, el barracón no encontró descanso.
—Mañana habrá lectura —dijo Kobayashi.
—¿Por el que intentó escapar? —preguntó Fujimoto.
—Para que nadie olvide.
Okabe golpeó la madera con la palma.
—Tenía miedo.
—Aquí todos lo tenemos —respondió Murata—. La diferencia es quién se mueve.
Hiroshi miró a Takeshima.
—¿En su lugar…?
—No cambia nada —respondió Takeshima—. Dentro o fuera, te alcanza.
La niebla se coló por la rendija de la puerta. Hiroshi vio a Takeshima limpiar el fusil con movimientos exactos.
—Los días duran más —dijo Hiroshi.
—Duran lo mismo —respondió Takeshima—. Lo que cambia es lo que llevas dentro.

Al amanecer, el patio estaba cubierto por una niebla cerrada. Formaron sin hablar. El muchacho llegó entre dos guardias, con las manos atadas; no era mayor que ellos. Hiroshi notó cómo Takeshima tensaba la mandíbula.

—¿Cuántos años tendrá? —murmuró Kobayashi.

—Los mismos que nosotros —respondió Okabe.

—Entonces no es distinto —añadió Saito—. Solo ha corrido antes.

Murata tragó saliva.

—Calla.

El pelotón de ejecución tomó posición. El aire dolía al entrar.

—No mires —dijo Takeda.

—Tengo que mirar —respondió Hiroshi.

—Mira una vez —dijo Takeshima—. No dos.

El muchacho no pidió nada. Yamashita dio la orden y la descarga sonó limpia y se quedó dentro.

Kobayashi dio un paso atrás sin darse cuenta.

—Joder…

El sonido le salió torcido, demasiado alto para el momento. Okabe lo agarró del brazo con fuerza.

—Quieto.

Kobayashi no se soltó.

—Era uno de nosotros.

—Aquí no —cortó Yamato, sin alzar la voz—. Aquí no es nadie.

El silencio volvió a caer, pero ya no era el mismo.

Regresaron al barracón sin hablar. Dentro, Murata se pasó las manos por la cara.

—No me lo quito.

—No te lo quites —dijo Hayashi—. Te tiene que durar.

Kobayashi seguía de pie, sin sentarse.

—No era distinto.

Okabe lo miró fijo.

—Si sigues con eso, te vas detrás.

Kobayashi apretó los labios y, al final, se dejó caer en la litera.

Hiroshi habló bajo.

—Lo que pasa si fallamos.

—Yo he visto a un chico —dijo Saito.

—Aquí no hay chicos —respondió Okabe.

Takeshima habló sin moverse.

—Aquí hay posiciones. Y una línea.

Murata lo miró de frente.

—¿Y el miedo?

—Va contigo —respondió Takeshima—. Pero no manda.

—Si manda, corres —añadió Hiroshi.

—Y si corres, te alcanza —cerró Okabe.

El ejercicio de fuego real llegó por la tarde. Línea marcada. Distancia exacta.

—Ni un paso fuera —ordenó Yamashita.

El primer tramo fue limpio. El segundo no. Nakayama resbaló en el talud, intentó corregir y el disparo llegó antes. Okabe llegó primero, Hayashi después, y negó con la cabeza sin necesidad de palabras. Camilla, paso lento, nadie habló mientras lo retiraban. Las botas dejaron una marca en el barro que nadie pisó. Yamashita no apartó la vista al recordarles que la línea no era una referencia, sino lo único que había.

Aquella noche, sobró pan.

—No fallaba en cuerda —dijo Murata.

—Ni en ritmo —añadió Okabe.

Kobayashi no levantó la vista.

—A su madre…

—Eso no te corresponde —cortó Yamato.

Los días siguientes se desdibujaron entre guardias, listas y repeticiones. El nombre de Nakayama tardó en desaparecer de la pizarra y su litera quedó intacta, como si el tiempo no hubiera terminado de aceptar lo ocurrido.

En una marcha, Yamato marcó una línea en el suelo.

—Para que nadie la olvide.

El rumor de la costa ya no era rumor. Las órdenes cambiaron. Todo apuntaba hacia el mismo sitio. Una tarde, el capellán dejó sobres. Hiroshi escribió sin pensar en si llegaría.

Al día siguiente, les dieron una hora.

—He soñado con arroz caliente —dijo Kobayashi.

—Yo con no contar pasos —respondió Takeshima.

—Yo con volver —dijo Hiroshi.

Nadie respondió.

Al amanecer formaron de nuevo. La línea estaba completa, pero todos sabían quién faltaba. Nadie miró hacia el hueco; no hacía falta. Estaba ahí igualmente, en la distancia entre cada hombre, en el ritmo que no cambiaba, en el silencio que nadie rompía.

Hiroshi ajustó la correa, comprobó el cierre del equipo con un gesto automático y dejó que la respiración encontrara su sitio. Dio el paso cuando tocaba y avanzó con los Doce, manteniendo la distancia exacta, sin romper la formación. No miró atrás.

CAPÍTULO XX

EL ÚLTIMO PERMISO

Carpintería, California — 1941

El tren frenó a tirones y una nube blanca cubrió el andén. Jack asomó la cabeza, localizó a su madre y a Clara, y bajó con la mochila al hombro. Había enviado un telegrama el día anterior; allí estaban, pegadas al bordillo, buscándolo entre uniformes.

Su madre fue la primera en llegar y le agarró las manos con más fuerza de la habitual.

—Llegas justo.

Jack sonrió apenas.

—Os dije que no faltaría. ¿Todo bien?

Ella le repasó la cara con la vista antes de responder.

—Todo… como siempre. Pero tú no estás igual.

Clara no esperó turno. Se le colgó del cuello y lo apretó un instante.

—Pensé que no bajabas. Vámonos antes de que me dé por llorar.

Caminaron hasta la camioneta. Clara condujo despacio, alargando el trayecto. Jack miraba por la ventanilla los mismos campos, los mismos árboles, el mismo polvo en los caminos, y aun así todo parecía más pequeño, como si ya no perteneciera del todo a ello.

Clara rompió el silencio mientras tomaba una curva.

—¿Qué tal el escuadrón?

Jack apoyó un brazo en la puerta.

—En pie. Ray sigue hablando cuando no toca, Elliot entrena como si le fuera la vida en ello y Marshall no deja pasar una.

Su madre, desde atrás, preguntó:

—¿Y el de la radio?

—Kline. Ese no falla. Cuando habla, todos escuchamos.

Clara asintió con una media sonrisa.

—Me gusta ese tipo sin conocerlo.

Jack miró al frente.

—Hace falta gente así ahora. Gente que no dude.

Entraron por el camino del rancho. Thomas esperaba apoyado en la valla. No dijo nada. Dio un paso al frente, le puso la mano en el hombro y lo miró fijamente. Fue suficiente.

Cenaron pronto. Nadie tenía hambre, pero nadie dejó el plato. La radio soltaba noticias sueltas: Europa, barcos, movimientos que parecían lejanos y, al mismo tiempo, demasiado cerca. Nadie subió el volumen.

En el porche, Clara apoyó los codos en la barandilla.

—No estás tranquilo —dijo.

Jack tardó un segundo en responder.

—No. Pero tampoco estoy mal. Es otra cosa.

Clara lo miró de lado.

—Si pasa algo…

—Pasará —cortó él—. Y cuando pase, tú sigues. No te quedas esperando.

Clara apretó la madera con los dedos.

—Vale. ¿Vas a verla mañana?

—Sí. Hoy quería estar en casa.

Se quedaron callados. Dentro, su madre recogía despacio; su padre seguía junto a la ventana. Era el mismo sitio de siempre, pero las pausas tenían otro fondo.

Clara volvió a hablar, sin girarse del todo.

—¿Ese Kline te ha dicho algo claro?

Jack negó con la cabeza.

—Nunca dice todo. Pero dice lo suficiente para que uno no se duerma.

Durmió poco. No por nervios, sino porque la cabeza ya estaba en marcha.

A primera hora salió hacia el establo. Elsie estaba cepillando a la yegua. Se giró al oírlo y sonrió sin reservas.

—Mira quién vuelve.

Jack se acercó sin prisa.

—He venido en cuanto he podido.

Ella le tocó la cara con los dedos.

—Ya.

Se abrazaron sin tensión. Se quedaron un instante más de lo habitual, sin separarse del todo. No era duda ni miedo abierto. Era otra cosa. Jack apoyó la frente en la de ella un segundo y respiró despacio. Elsie no se movió.

—No hace falta que digas nada —murmuró ella.

—Lo sé.

—Entonces quédate así un momento.

Jack asintió sin apartarse. El silencio no pesaba. Era firme, claro, como si ahí, en ese punto exacto, todo encajara todavía.

—Cinco días —dijo él.

—Nos sobra —respondió ella.

Se sentaron bajo la higuera. Elsie sacó un pequeño paquete.

—Te falta una.

Jack lo abrió. Leyó la palabra bordada.

Brújula.

La sostuvo un momento antes de guardarla.

—Vértigo, sostén… y brújula.

Elsie lo miró sin sonreír esta vez.

—Para cuando no sepas dónde estás. O cuando creas que sí y no sea así.

Jack asintió.

—No me perderé.

—Eso no depende solo de ti —respondió Elsie—. Depende de que no te engañes.

Hablaron de lo cotidiano: la valla, el establo, el pueblo. Bajo esas palabras sencillas había otra conversación que ninguno empujó.

—¿Y tú? —preguntó ella al cabo de un rato—. ¿Sigues tirando del grupo?

Jack jugueteó con una hoja seca entre los dedos.

—Intento que nadie se quede atrás.

Elsie sostuvo su mirada.

—Entonces no te falles tú. Porque si te fallas, se cae todo.

Jack la miró sin responder.

Llegaron los Braxton con un cesto. Pan, comida, palabras cortas. Nadie alargó la escena más de lo necesario. Cuando se quedaron solos otra vez, Elsie habló más bajo.

—Te quiero.

Jack le apretó la mano.

—Y yo, más.

El beso fue breve.

—Vuelve.

—Por ti, por mí y por nosotros.

Elsie no soltó su mano de inmediato. La mantuvo un segundo más, apretando lo justo. Luego la dejó ir despacio.

—No corras más de lo necesario —dijo.

—No correré.

—Y no te quedes atrás.

—Tampoco.

Ella asintió, como si con eso bastara.

Esa noche, Thomas lo llevó al cobertizo.

—Tu abuelo decía que uno no elige cuándo le toca —dijo mientras cogía una tabla—. Solo si está o no está.

Jack sostuvo el extremo.

—Estoy.

Thomas ajustó la pieza antes de responder.

—Entonces no te apartes.

Trabajaron en silencio, ajustando una tabla de la cerca. Antes de cerrar, Thomas añadió:

—Cuando dudes, haz lo que toca y arregla después.

Jack asintió.

La mañana del seis llegó. Estación. Despedidas sin alargar.

Su madre le alisó la manga.

—Escribe.

—Siempre que pueda.

—Come.

Jack dejó escapar una sonrisa cansada.

—Claro, madre.

Elsie le abotonó la chaqueta con cuidado.

—No pierdas el rumbo.

—No lo haré.

El tren arrancó. Jack no apartó la vista hasta que el andén desapareció. El viaje de vuelta fue más corto.

Llegó a Randolph Field a media mañana. Todo seguía en marcha, pero el ambiente estaba más tenso. Ray lo vio entrar en el barracón y alzó la cabeza.

—Ya era hora.

Jack dejó la mochila en su litera.

—Estoy.

Ray se incorporó.

—Afortunadamente. Kline no ha salido de la radio en horas.

Jack no preguntó.

La sala de radio estaba cargada. Diales en movimiento, papeles pasando de mano en mano. Kline levantó la vista al verlo entrar.

—Sullivan.

Jack se colocó a su lado.

—¿Qué tenemos?

Kline ajustó el dial. La señal entró clara.

—Actividad nueva. Repetición sin fallos. Horas clavadas.

Ray se acercó desde la puerta.

—¿Pacífico?

Kline no apartó la vista del panel.

—Pacífico. Y no es torpe.

Gibbons apareció en la puerta.

—Wild Eagles disponibles esta noche. Nadie se mueve de la base.

Se marchó sin más.

Kline anotó otra secuencia.

—Esto no es práctica. Esto es alguien que ya ha decidido.

Jack miró el reloj.

—¿Cuándo?

Kline levantó la vista.

—Si no es hoy, será mañana.

Nadie añadió nada. No hacía falta. El margen se había reducido a lo mínimo y todos lo sabían. Ray miró a Jack un instante y asintió muy levemente.

—Pues ya está.

Jack metió la mano en el bolsillo interior y notó el pañuelo. No lo sacó.

—Entonces estamos listos.

Kline volvió al panel.

—Manteneos cerca.

Salieron al pasillo. La base seguía funcionando, pero cada gesto tenía otro ajuste. En la pista, un motor arrancó, luego otro, y otro más, hasta llenar el aire con un pulso constante.

Jack caminó junto a Ray hacia el barracón, recogieron al resto y volvieron a salir, ocupando cada uno su lugar sin hablar. Nadie esperó órdenes.

CAPÍTULO XXI

LA ÚLTIMA NOCHE EN TOKOROZAWA

Tokorozawa, Japón — 1941

El viento golpeaba las lonas de las ventanas en ráfagas irregulares, tensando la tela hasta hacerla vibrar antes de soltarla contra la madera. Dentro, el barracón apenas retenía el calor. Nadie hablaba al caer la noche, pero tampoco había silencio limpio. Era una pausa densa, incómoda, en la que cada uno quedaba demasiado tiempo dentro de su propia cabeza.

Los Doce ocupaban el espacio sin orden fijo, aunque ninguno se alejaba del grupo. Hiroshi permanecía sentado en la litera, con el cuaderno cerrado entre las manos. Takeshima revisaba su equipo con una constancia exacta. Murata tensaba una correa hasta el límite. Kobayashi mantenía la vista fija en el suelo. Fujimoto no conseguía dejar quietas las manos.

La puerta se abrió de golpe. Yamato entró con la chaqueta cerrada hasta el cuello y la mirada fija.

—Mañana no hay instrucción. Movilización al amanecer. Revisión triple de equipo esta noche. Todo listo antes de apagar luces.

Nadie preguntó. Aun así, el aire cambió.

Shunji dio un paso leve.

—¿Destino?

—Reserva de apoyo y enlace —respondió Yamato—. Traslado por tierra, embarque y ruta al sur. Comunicaciones, escolta, señales. Si se abre la operación principal, iremos detrás. Quiero todo en orden.

Murata dejó la correa.

—Entonces esto ya va en serio.

—Siempre lo ha sido.

Un suboficial apareció en la puerta.

—Autorización confirmada. Preparativos durante la noche.

Yamato asintió.

—Tokorozawa se queda aquí. No sabemos cuándo volveremos.

Fujimoto alzó la cabeza.

—¿No lo sabemos?

Kobayashi habló sin levantar la vista.

—Ya sabes lo que significa eso.

Nadie lo corrigió.

Hiroshi miró a Takeshima.

—Acuérdate de esto.

—No se me va a olvidar.

Yamashita entró con un parte sellado. Lo leyó y cerró la carpeta.

—Movimiento al amanecer. Silencio. Precisión. Cumplir.

No añadió nada más.

El barracón dejó de parecer el mismo. Los movimientos se hicieron más lentos, más medidos. Okabe habló en voz baja.

—Mi madre cree que sigo con mapas.

Murata no levantó la vista.

—Mejor así.

Fujimoto negó.

—No sé si es mejor.

Murata lo miró.

—¿Quieres que lo sepa esta noche?

Fujimoto dudó.

—No.

—Entonces céntrate —cortó Yamato.

El silencio volvió.

Hiroshi habló sin levantar la voz.

—Me preocupa fallar cuando ya no haya margen.

Hayashi asintió.

—A mí también.

Murata apretó la mandíbula.

—A mí me preocupa no verlo venir.

Fujimoto respiró hondo.

—A mí quedarme clavado.

—Entonces muévete —dijo Shunji.

—¿Y si no puedo?

—Te agarras al de al lado —respondió Takeshima.

Kobayashi murmuró, sin levantar la cabeza:

—Yo sigo viendo al de ayer.

Murata asintió una vez.
—Yo también.
El grupo se quedó quieto un segundo.
Fujimoto cerró los ojos.
—Pensé que me caía.
—Todos lo pensamos —dijo Hiroshi—. Y no nos movimos.
Murata levantó la vista.
—Yo pensé en salirme de la fila.
La frase se quedó en el aire.
Kobayashi alzó la cabeza.
—¿Salirte?
Murata no esquivó la mirada.
—Un segundo.
Hizo una pausa.
—Pero no llegué.
Otra más.
—Y sabía lo que pasaba si lo hacía.
Yamato dio un paso al frente y lo agarró del cuello de la guerrera, acercándolo hasta dejarlo a un palmo.
—Aquí no se piensa en irse.
Murata sostuvo la mirada.
—Aquí se aguanta.
Yamato lo soltó de golpe.
—Más te vale.
Nadie intervino.
Takeshima habló entonces, sin levantar la voz.
—El miedo no se va. Se queda.
—Entonces hay que usarlo —dijo Hiroshi—. No dejar que mande.
—Si manda, te rompe —añadió Shunji.
Yamato dio una palmada.
—Equipo fuera. Revisión en el patio. Ahora.
El frío los golpeó al salir. Formaron en línea.
—Desmontar y montar. Con guantes. Tiempo en marcha.
Las manos se movían torpes. Kobayashi dejó caer una pieza.
—Sigue —dijo Hiroshi—. No bajes la vista.
Fujimoto se atascó.

—No entra.
—Gira la muñeca.
Encajó.
—Otra vez —ordenó Yamato.
Repetición.
—No siento los dedos —murmuró Kobayashi.
—Mejor —dijo Shunji—. Así no dudas.
—Eso no ayuda.
—Ayuda a no fallar —respondió Hayashi.
Tercera vez.
—Recoged.
Volvieron dentro. Nadie habló.
El barracón recuperó su sitio poco a poco, pero ya no era el mismo. Las mantas en su lugar, los fusiles apoyados donde tocaba, las mochilas alineadas. Cada uno repasaba lo suyo sin decirlo.
Pasada la medianoche, Yamato repasó la salida.
—Ruta por puntos. Relevo cada veinte minutos. No quiero preguntas en marcha.
El barracón quedó en silencio. No era descanso. Era espera.
Hiroshi abrió el cuaderno. Esta vez no dudó.
Masako: nos movemos esta noche. No sé cuándo podré escribir. Voy a seguir haciéndolo siempre que pueda. Si dejo de hacerlo, no será por olvido. Será porque no me dejen. Sigue escribiendo tú.
Cerró el cuaderno y lo guardó en el macuto. A las cuatro y cuarto comenzó la inspección cruzada: mochilas intercambiadas, revisiones completas. Todo listo.
Salieron. El aire cortaba. Los motores ya estaban arrancando.
—Recordad quiénes sois —dijo Yamashita.
—Doce —respondieron.
Subieron al camión.
Fujimoto habló sin mirar a nadie.
—No quiero fallar.
Murata respondió desde atrás, sin tono.
—Nadie quiere.
Fujimoto dudó un segundo.
—¿Y si fallo?

Hiroshi lo miró.

—Te levantas.

No añadió nada más.

Kobayashi habló sin levantar la cabeza.

—A mí me da miedo no verlo.

Hayashi se encogió de hombros.

—Lo veremos… o no. Para eso estamos.

—Mientras sigamos juntos… —empezó Shunji.

Se quedó a medias.

Murata cerró:

—Seguimos.

Silencio.

Takeshima miró a Hiroshi.

—Eso no cambia.

—No.

El convoy arrancó y, sin que nadie mirara atrás, Tokorozawa quedó atrás mientras el motor ganaba fuerza y el grupo se ajustaba en silencio dentro del camión.

CAPÍTULO XXII

LA NOCHE DE LA VÍSPERA

Estados Unidos — 1941

El 6 de diciembre amaneció con la base ya en movimiento. Randolph Field llevaba horas despierta: mecánicos empujaban carros, camiones descargaban cajas, reclutas cruzaban con los cascos en la mano. Nadie corría, pero todo se hacía más deprisa de lo habitual, como si el tiempo se hubiera estrechado sin avisar.

Jack empujó la puerta del barracón. Ray afilaba un lápiz sobre un cuaderno doblado.

—Has madrugado. ¿Todo en orden?

—Todo en orden.

Elliot ajustaba el arnés con un empeño excesivo. Marshall hacía flexiones con ritmo constante. Leo soplaba una armónica incompleta. McCaan reía por lo bajo mirando un recorte viejo.

Jack se acercó a Elliot.

—¿Cómo vas?

—Mejor. Duermo a ratos, pero mejor.

—Lo de aquel día le pasa a cualquiera. Lo importante es que lo frenaste a tiempo. Y no estabas solo.

Elliot asintió.

—Gracias por llevarme en la aproximación. No lo olvido.

La puerta se abrió de nuevo. Kline entró con la carpeta bajo el brazo.

—Wild Eagles, al aula. Y con bolígrafo. Hoy no vale asentir.

Leo resopló.

—Cuando entras así me dan ganas de salir corriendo.

—Corre luego. En marcha.

El aula estaba cargada de tiza y calor retenido. Mapas del Golfo y de la costa colgaban junto a un esquema de frecuencias. Gibbons esperaba.

—Sentados.

El murmullo se apagó.

—A partir de ahora entramos en nivel alto de preparación. No preguntéis por qué. No puedo decirlo. Pero sí puedo exigir puntualidad, revisiones y cabeza. Si uno flaquea, lo saca el compañero. Si uno se pierde, el de al lado lo trae de vuelta. Sois punta de ala. Quiero ejemplo dentro y fuera de cabina.

Kline desplegó un plano.

—Rutas: sector norte por parejas, sector este en triángulo. Marshall con McCaan. Leo conmigo en radio. Jack y Elliot juntos. Reglas: silencio en frecuencia salvo incidencias; luces cortas en rodaje; y al primer fallo, a tierra.

No miró a Elliot.

—Prácticas al mediodía. Por la tarde, tirada corta. Antes y después, simulacros. Si llega orden, se deja todo y se actúa.

Gibbons recorrió la sala con la mirada.

—Quiero hombres que responden.

Al salir, Marshall rozó a Jack.

—Hoy viene con prisa.

—Hoy todos.

—Pues nos van a apretar.

Kline los llamó.

—Diez minutos en pista. Elliot y Jack, conmigo.

Subieron al camión. Kline ajustó el transmisor.

—Frecuencias claras. Emergencia en canal tres. Nada de adivinar. Si algo falla, a tierra. ¿Entendido?

—Entendido.

Bajó la voz.

—Hoy pegados. Sin héroes. Si algo se tuerce, se dice.

Elliot miró a Jack.

—Pegados.

El viento levantaba polvo en la pista. Jack subió a la cabina. Buscó a Elliot. Pulgar arriba.

—Prueba de voz —ordenó Kline.

Respuestas rápidas.

—Jack.

—Aquí.

—Elliot.

Un segundo de más.

—Aquí Elliot.

—Adelante.

Motores en marcha. Rodaje. Cabecera. Despegue.

El aire los recibió de frente. Ala con ala, comenzaron a subir. Elliot volaba tenso, demasiado rígido.

—Afloja un punto —dijo Jack—. Yo marco. Tú sigues.

—Copiado.

—No me pierdas.

—No.

Viraje. Ajuste. Altura.

—¿Cómo vas?

—Mejor. Cuando te miro, se me ordena todo.

—Pues no mires otra cosa.

Cuarenta minutos después, circuito. Toma limpia. Elliot abrió la cabina y se quedó quieto un segundo.

—¿Y ahora?

—Ahora otra vez —dijo Jack—. Hasta que no haga falta pensarlo.

Elliot asintió.

Kline se acercó.

—Virajes bruscos al principio. Luego mejor. El guía manda; el de ala acompaña. Sin inventos.

De vuelta al barracón, Marshall cayó en el catre.

—Me duelen hasta los párpados.

—Eso es que estás vivo —dijo Leo.

Ray apareció con una bolsa.

—Galletas. Mi madre no falla.

Elliot aceptó una sin mirarla.

Volvieron al aula. Procedimientos en la pizarra. Decisiones claras.

—Cadena de mando —dijo Kline—. Nada de improvisar.

—¿Y si la voz falla en radio? —preguntó Elliot.

Kline lo miró un segundo más de lo normal.

—Entonces hablas más claro. Y si no sale, repites hasta que salga. Aquí no te quedas callado.

Elliot bajó la vista.

—Copiado.

Por la tarde, tirada corta. Más juntos. Más precisión. Más silencio.

En el segundo pase, Elliot se abrió medio metro de más en el viraje.

—Cierra —dijo Jack.

No corrigió.

—Elliot, cierra ya.

Seguía abierto.

Jack clavó la voz.

—¡Elliot!

El avión respondió tarde.

Al tomar tierra, Elliot se quitó el casco de un tirón.

—Lo tenía.

Jack bajó de la cabina sin mirarlo.

—No lo tenías.

Elliot se acercó.

—Sí lo tenía.

Jack se giró.

—No. Te has ido. Y si te vas ahí fuera, no vuelves.

Elliot apretó los dientes.

—No me grites.

—Entonces vuela —respondió Jack.

El silencio entre los dos se volvió incómodo. Kline los observó sin intervenir.

—Mañana otra vez —dijo al final—. Y más cerca.

Nadie añadió nada.

Al anochecer, Ray se acercó.

—¿Red Bird?

—Media hora.

El bar estaba en calma. Un disco sonaba con una leve interferencia. Bebieron sin ganas.

—No me gusta este silencio —dijo Ray.

—A mí tampoco.

Pagaron antes de terminar.

De vuelta, el barracón estaba en calma contenida, cada uno en lo suyo, hablando lo justo.

Elliot se sentó frente a Jack.

—Antes te has pasado.

Jack no respondió de inmediato.

—Y tú te has ido.

Elliot mantuvo la mirada.

—No me voy.

—Hoy sí.

Un segundo más.

Elliot bajó la voz.

—Vale.

Jack asintió.

—Mañana pegados.

—Pegados.

Kline apareció en la puerta.

—Radio en silencio salvo clave. Listas a primera luz. Dormid.

Se fue.

Jack abrió la taquilla. Tocó el pañuelo. Vértigo. Sostén. Brújula. Escribió una línea breve a su madre y la guardó.

—A dormir —dijo.

—A intentarlo —respondió Ray.

Apagaron.

La base no dormía. Un motor lejano, pasos en grava, una puerta que se cerraba. Jack permaneció despierto, con los ojos abiertos en la oscuridad, repasando sin esfuerzo lo que sí controlaba: rumbos, manos, radio, el hombre a su lado. Dejó que la cabeza ordenara lo necesario sin forzarla, hasta que el cansancio terminó por imponerse lo justo antes de que el día siguiente llegara sin aviso, sin margen y sin tiempo para prepararse más.

CAPÍTULO XXIII

EL AMANECER DEL SACRIFICIO

Puerto de Yokosuka, Japón — 1941

El camión se detuvo frente a los muelles todavía en penumbra y, al levantar la lona, el aire del mar les golpeó la cara con un frío que despejaba la cabeza y dejaba claro que aquello ya no era entrenamiento ni traslado. La luz apenas dibujaba las grúas inmóviles, los cables tensos y a los centinelas que cruzaban el muelle con paso firme. Más al fondo aguardaba el Kaga, enorme, con la cubierta abierta como una estructura viva que parecía esperarles, quieta solo en apariencia.

—En fila de dos —ordenó Yamato—. A la voz, arma.

Bajaron sin romper el ritmo y se colocaron sin mirarse, ajustando correas, comprobando cierres, sintiendo el equipo asentarse en el cuerpo mientras la línea se formaba con precisión automática. Yamato abrió la marcha y los demás le siguieron manteniendo la distancia exacta, avanzando como una sola pieza por el muelle, sin distraerse, sin desviar la mirada.

Un suboficial de marina levantó la mano para detenerlos y los midió con una mirada rápida antes de pedir identificación. Yamato respondió sin repetir nada y el acceso quedó confirmado con un gesto seco.

La pasarela vibraba bajo las botas. El buque crecía a cada paso, imponiendo su tamaño en cada plancha, en cada remache, en cada sombra. El interior los absorbió con su penumbra y el golpeteo constante del metal, donde cada orden se daba una vez y cada hombre se movía sin margen.

La bodega los recibió fría, ordenada. Un alférez los esperaba.

—Aquí no hay margen. Si falláis abajo, se paga arriba.

Yamato no dejó espacio entre la advertencia y la acción.

—Kobayashi, Murata: corredor de popa, paso libre.

—Hiroshi, Takeda: enlace. Sin retrasos.

—Shunji, Saeki: munición. Contad cada caja.

—Fujimoto, Hayashi: recuento. Cifras exactas.
—En marcha.

El trabajo empezó sin transición. Cajas que cambiaban de manos, pasos que se cruzaban sin estorbarse, números repetidos en voz baja para no perder la cuenta. Sobre sus cabezas, el primer motor arrancó, luego otro, y otro más, hasta llenar el espacio con un sonido continuo que no dejaba duda.

Murata alzó la vista hacia la escotilla.
—Hoy no entrenan.
—Hoy atacan —respondió Hayashi.
—Entonces ya está hecho.

Hiroshi negó sin apartar las manos de la caja.
—No. Está pasando ahora.

El buque vibró con el primer despegue. Luego otro. Luego otro más. Yamato levantó la mano y el grupo se reunió un instante.
—A partir de ahora no se pregunta. Se cumple.
—Entendido —respondió Hiroshi.

Takeshima se acercó medio paso.
—Nos mantenemos juntos.
—Eso no cambia —cerró Yamato.

Volvieron a sus puestos. El ritmo aumentó. Más cajas, más pasos, más voces cortas. Fujimoto dudó con una cifra.
—Treinta y dos…
—Treinta y tres —corrigió Hayashi.
—Treinta y tres.
—Cuenta y sigue.

Takeda ajustó el auricular. Hiroshi comprobó la frecuencia. Un operador bajó corriendo y soltó el parte sin detenerse.
—Impacto confirmado. Objetivo en llamas en Pearl Harbor.

Murata apretó la mandíbula.
—Entonces ha empezado.
—Entonces ya no hay vuelta —dijo Takeda.
—No la había —respondió Yamato.

El trabajo siguió. Los mensajes se encadenaron. Arriba empezaban los gritos, los golpes, las voces. Abajo, el ritmo no cambió.

Shunji cerró una caja.
—Siguen saliendo.
—Y volverán —dijo Takeshima.
Murata negó despacio.
—No todos.
Nadie respondió. El tiempo dejó de tener forma: solo tareas, solo movimiento, solo el pulso del buque bajo los pies.
Yamato volvió a reunirlos.
—Escuchad bien. Lo de arriba no es lo nuestro.
Nadie habló.
—Lo nuestro empieza aquí.
Señaló el suelo.
—Aquí no fallamos.
—Aquí no —repitió Takeshima.
Por la tarde, el ambiente cambió. Llegaban pasos más rápidos, órdenes cruzadas y puertas abriéndose de golpe. Un marinero cruzó con nuevos datos.
—Arriba están celebrando —dijo Murata.
—Que celebren —respondió Yamato—. Nosotros seguimos.
El buque avanzaba hacia el sur sin aviso. Sin pausa.
Los turnos se encadenaron. Nadie descansó del todo. Yamato volvió.
—Filipinas.
Fujimoto habló sin levantar la cabeza.
—Allí no habrá sorpresa.
—Allí habrá resistencia —respondió Yamato.
El alférez añadió:
—Y errores que no se pueden permitir.
Hiroshi miró a Takeshima.
—Seguimos igual.
—Seguimos mejor —respondió—. Más atentos.
Murata negó despacio.
—Más cerca de fallar.
Hiroshi sostuvo la mirada.
—Más cerca de que no falle nadie.

Un marinero entró con otro mensaje. Saeki habló por primera vez.

—Entonces es real.

—Es real —respondió Hiroshi.

Yamato habló con calma.

—Guardad la palabra victoria. Lo de hoy no nos pertenece.

Señaló el mapa.

—Bahía de Lingayén.

Cuando el turno lo permitió, regresaron a las literas sin romper el ritmo. El cuerpo acusaba el esfuerzo, pero la cabeza seguía en marcha.

Shunji sacó el cuaderno.

—Voy a escribir.

—Hazlo —dijo Hayashi—. Que quede algo.

Takeda dudó.

—¿A quién escribirías?

—A quien no llegue a leerlo.

Murata habló, más bajo que antes.

—Yo solo quiero salir entero.

—Salimos juntos —dijo Hiroshi.

Murata negó una vez.

—O no salimos.

Takeshima no dudó.

—Salimos.

El Kaga avanzaba en la oscuridad con un movimiento constante que se transmitía por el metal como un pulso. El mar golpeaba el casco con un ritmo firme, imponiéndose poco a poco a todo lo demás, y los Doce seguían en su sitio, trabajando sin pausa, con la atención fija en cada gesto, en cada orden, en cada paso, entendiendo sin necesidad de decirlo que lo que había empezado arriba no iba a detenerse y que, desde ese momento, todo dependía de mantenerse firmes y no fallar.

CAPÍTULO XXIV

LA MAÑANA MÁS LARGA

Texas — 1941

La mañana empezó como tantas otras. El toque de diana sonó poco después de las seis y sacó a los hombres de las literas con la precisión gastada de un engranaje que llevaba meses repitiendo el mismo movimiento. Jack se incorporó con los ojos pesados, el uniforme a medio poner y la idea de que aquel domingo iba a parecerse a los anteriores. El barracón se llenó de pasos, hebillas cerrándose y murmullos breves.

—Hoy es domingo, ¿no? —dijo Ray mientras se abrochaba la chaqueta—. Igual Gibbons afloja.

Jack se lavó la cara en el lavabo metálico. El agua estaba helada.

—Con la semana que llevamos, no cuentes con eso.

Elliot no levantó la vista mientras ajustaba el arnés. Marshall se movía sin parar. Leo observaba en silencio.

El comedor estaba abarrotado. Platos que cambiaban de mano, café que no alcanzaba, conversaciones que no terminaban de arrancar. Todo parecía igual que otros días, pero el ambiente tenía algo distinto.

—Si seguimos así, me veo arreglando coches —dijo Leo—. Allí, cuando falla algo, sabes por qué.

—Aquí también —respondió Marshall—. Solo que no te lo dicen.

Un par de risas, cortas.

Elliot removía el café sin beberlo.

—¿No comes? —preguntó Jack.

—Luego.

Jack no insistió.

La mañana avanzó sin sobresaltos hasta casi el mediodía. La radio de la sala común llevaba horas con música y noticias sueltas cuando cambió de tono. Primero interferencias. Después una voz más tensa. Luego pasos en el pasillo.

Gibbons entró con Kline. No hizo falta que hablaran para que el murmullo se apagara.

—Señores —dijo Gibbons—. Informes confirmados. Ataque contra nuestras fuerzas en el Pacífico. Pearl Harbor ha sido golpeada. Torpedos. Bombas. Hay muertos. Muchos.

El comedor se quedó en silencio.

Ray fue el primero en reaccionar.

—¿Tenemos cifras?

—No cerradas —respondió Gibbons—. Pero suficientes para saber lo que significa.

Kline dio un paso.

—Wild Eagles, al hangar. Ahora.

La base cambió de ritmo en segundos. Camiones cruzando, operadores corriendo, mecánicos abriendo cajas. Lo que hasta ese momento era rutina dejó de serlo sin transición.

Jack y Ray se cruzaron con McCaan en la puerta.

—Esto va en serio —dijo McCaan.

—Siempre lo fue —respondió Jack.

—No —negó McCaan—. Hoy empieza.

Kline pasó lista.

—Sullivan, Ray, Elliot, Marshall, Leo, McCaan. Conmigo.

Gibbons se plantó frente a ellos.

—Washington pide vigilancia máxima. Salimos armados. No espero contacto aquí, pero no doy nada por hecho. Identificar, informar y mantener la cabeza. Nadie hace el héroe.

Marshall apretó los puños.

—¿Es real?

—Es real —respondió Gibbons—. Y es hoy.

Los motores empezaron a girar. El sonido llenó el aire.

Ray subió a su aparato.

—Si me pasa algo, dile a mi madre que no me quedé quieto.

—Cállate y vuela —respondió Jack.

—Águilas, al aire —ordenó Kline—. Esto no es un ejercicio.

Despegue. La pista tembló y la base quedó atrás en segundos. En altura, el cielo estaba limpio. Demasiado limpio.

—Escuadrón, atentos —entró Gibbons—. Barrido completo.

Jack buscó a Elliot. Ala con ala.
—¿Cómo vas?
—No fino.
—Mírame.
—Te veo.
—Pues no te sueltes.
—Copiado.
La patrulla avanzó. Nada en el horizonte. Solo tierra, luz y una calma que no encajaba.
—Cambio de sector —ordenó radio.
—Recibido.
El tiempo se alargaba.
—Capitán… —Elliot dudó—. No me gusta esto.
—A mí tampoco —respondió Jack—. Por eso no nos separamos.
El regreso empezó sin novedad, hasta que dejó de serlo.
—Tengo vibración en motor —entró la voz de McCaan.
Jack giró la cabeza.
—¿Dónde estás?
—Aquí… pero no me gusta.
—Confirma —ordenó Gibbons.
—Temperatura alta. Presión cayendo.
—Mantén rumbo.
—Intento…
Jack lo vio. Un poco fuera de línea.
—No te sueltes —dijo—. Te cubro.
—Sigo…
El fogonazo llegó sin aviso. Una llamarada lateral, un tirón brusco, pérdida de altura.
—¡Mac, corta! —gritó Ray.
—No responde…
El avión se ladeó e intentó corregir, pero no pudo. Jack no apartó la vista hasta que desapareció. En la radio, silencio.
—Mantened formación —ordenó Gibbons—. Nadie rompe.
Jack apretó los dientes.
—Ray, mantén línea. Elliot, conmigo.
—Aquí.

—Aquí.

El hueco en formación se quedó ahí; nadie lo ocupó. El regreso fue más largo, las tomas más duras.

Ray bajó primero.

—No lo he visto venir…

Elliot tardó en soltarse.

—Ni lo he visto.

Jack tocó suelo y se quedó quieto un segundo. Los mecánicos contaron aparatos. Uno menos. Nadie dijo nada. Algunos se sentaron; otros se quedaron de pie.

Gibbons los reunió.

—Hemos perdido a uno.

Silencio.

—Y no será el último.

Nadie bajó la mirada.

—Lo de hoy no era un ejercicio. Era la guerra. Y es el primer día.

Kline habló después.

—Lo que habéis visto no se queda ahí arriba. Se queda con vosotros.

La tarde se arrastró. Cartas sin terminar. Miradas al suelo.

Jack se sentó junto a Elliot.

—No me quito la imagen —dijo Elliot—. Ese fuego…

—No se quita —respondió Jack—. Se coloca.

—¿Dónde?

—Donde no te mande.

Elliot asintió.

La radio del barracón se activó.

—«Ayer, 7 de diciembre de 1941…»

Nadie habló mientras duró.

Cuando terminó, Ray miró a Jack.

—Esto no para.

Jack negó una vez.

—No. Esto ya está en marcha.

La noche cayó sin descanso. La base siguió en movimiento, más tensa y más cerrada, con camiones entrando y saliendo bajo focos encendidos y mecánicos trabajando sin levantar apenas la voz.

Desde el barracón llegaban radios encendidas, pasos rápidos y teléfonos sonando a deshora. Nadie hablaba ya de Pearl Harbor como una noticia lejana. Había entrado en la base con ellos.

Jack permaneció despierto mucho después del toque de silencio, sentado en el borde de la litera, repasando rumbos, voces y el hueco que había quedado en la formación. De vez en cuando levantaba la vista hacia la ventana del barracón, donde las luces de pista seguían marcando la oscuridad una detrás de otra.

No pensaba en cuánto duraría aquello ni en el lugar al que terminarían enviándolos. Pensaba en lo inmediato: despegar, mantener la línea y volver a casa con los hombres que aún seguían volando a su lado. Fuera, en mitad de la noche texana, otro motor arrancó sobre la pista.

CAPÍTULO XXV

LA GUERRA ENTRÓ EN CASA

Nagoya, Japón — 1941

El amanecer llegó con una quietud rara, como si la ciudad hubiera pasado la noche pendiente de algo que todavía no se atrevía a decir en voz alta. Los tenderos colocaban sus tablones sin el ajetreo de otros días; las voces salían más bajas, sujetas por los carteles nuevos pegados en las paredes: victoria en Pearl Harbor. Dos chicos los señalaban con un entusiasmo recién estrenado.

—Dicen que los barcos americanos no resistieron ni el primer golpe.

—Mi primo está en la flota. Seguro que lo vio.

Masako avanzó con su madre, Haruko, con la cesta apoyada en la cadera. La tendera del arroz apenas articuló dos frases; pesó, ató el saco y bajó la cabeza. Al retomar la calle, Haruko murmuró:

—Iremos esta tarde al santuario.

Masako asintió, ajustando la cesta.

En el cruce, un empleado municipal arrancaba anuncios viejos y dejaba en su lugar hojas nuevas con una única orden: movilización. Masako recordó a Hiroshi subiendo al tren semanas atrás, tan erguido que parecía ir a una ceremonia. La imagen volvió de golpe y se le quedó pegada mientras cruzaban.

El santuario se llenó antes del anochecer. Las lámparas trazaban una hilera tibia sobre los rostros tensos. El sacerdote recitaba plegarias; las familias dejaban pequeños ofrecimientos: arroz, flores, trozos de tela bordados. La señora Koda se acercó a Haruko con un temblor leve en los dedos.

—Mi hijo parte pasado mañana. Quiero que se vaya con la mesa llena.

—Venid mañana a casa. No faltará comida para un buen recuerdo.

De vuelta, Ryōto hojeó el periódico y lo dejó sobre la mesa con un golpe suave.

—Hablan de enviar enfermeras a Filipinas. Allí hará falta ayuda.

Masako se detuvo.

—¿Y en Hawái?
—Ha sido duro. Muy duro.

A la mañana siguiente, el barrio fue citado en el local vecinal. Un funcionario joven explicó las nuevas normas con voz firme:
—Cortinas oscuras en todas las ventanas. Ensayos de apagón. Cubos de agua en la puerta. Cuando suenen las sirenas, ninguna luz.

El carpintero ofreció listones; la costurera cosería cortinas. Nadie discutió. Cada vecino anotó su turno. Al volver a casa, Haruko dejó un cubo junto a la entrada.
—Esto no es miedo. Es organización.

Masako asintió.

Esa noche, Nagoya quedó a oscuras durante el primer simulacro. Las calles se vaciaron con rapidez. Desde la ventana, Masako vio cómo una vecina apagaba la lámpara y se quedaba quieta, sentada en el suelo. El paso del guardia sonó en la calle. Cuando terminó el ensayo, Haruko habló desde la penumbra:
—Acostúmbrate. La guerra ya ha cruzado el umbral.

La despedida del hijo de los Koda ocupó la mañana siguiente. El muchacho se inclinó ante la mesa.
—Gracias por tratarme como si ya estuviera de vuelta.
—Volver empieza así.

Masako recogió los cuencos sin prisa.

Esa tarde, Ryōto habló desde la ventana:
—En el hospital de Naka-ku buscan voluntarias. Si Filipinas es el siguiente destino, necesitarán manos.

Masako se quedó de pie un instante. La idea fue abriéndose paso poco a poco.

Empezó como ayudante en el hospital del distrito. Pasillos largos, camas alineadas, órdenes cortas. Sato la midió antes de entregarle un delantal.
—Entra con seguridad. Los pacientes miran más de lo que dicen.

Masako asintió.

Aprendió deprisa. Clasificó vendas, preparó frascos, limpió instrumental hasta que las manos se le quedaron ásperas. Los carros pasaban sin descanso. Faltaban manos. Coincidía con Yumi y

Tomiko; entre las tres bastaba una mirada cuando el trabajo se apretaba.

Un mediodía ayudó a trasladar camillas. Un médico murmuró cifras sin levantar la vista. En una esquina, una mujer aguardaba sentada con una bolsa pequeña; se levantó cuando pronunciaron un nombre que no era el suyo y volvió a sentarse.

Aquella tarde llegaron más heridos de lo previsto. El hospital cambió de pulso sin decirlo: ya no se trabajaba por turnos, sino por urgencias encadenadas. Masako movió biombos, improvisó zonas, repartió mantas que no alcanzaban.

En una camilla, un muchacho temblaba. Masako le sujetó la muñeca.

—Aguanta un poco más.

El muchacho asintió. En otra cama, un hombre repetía el nombre de su esposa. Nadie lo corrigió.

Al caer la tarde, Masako se apoyó un instante en la pared. Notó el pulso en las sienes y se incorporó enseguida. Aquello no iba a aflojar.

Aquella misma noche, el hospital no cerró. Llegaron avisos confusos, órdenes que cambiaban a mitad de frase. Masako ayudó a preparar una sala: retiraron cajas, alinearon camillas, colgaron una bombilla desnuda.

En un descanso breve, salió al patio interior. El cielo estaba oscuro y limpio. Permaneció unos segundos y volvió a entrar.

Acompañó a una enfermera a cambiar sábanas. El hombre de la cama no debía de tener más de veinte años.

—Respira y sigue —dijo la enfermera.

Al terminar, el muchacho miró a Masako.

—¿Volveré a caminar?

—No lo sé.

—No es eso lo que se dice.

—Es lo que hay.

La enfermera volvió al trabajo.

En otra sala, una compañera le puso una caja de cartas.

—Ciérralas y ata el cordel.

Masako se sentó junto a la ventana. Ató cada paquete sin detenerse.

Al terminar el turno, se quedó un rato sentada en el pasillo. Escuchaba pasos, camillas, voces. Pensó en Hiroshi. Estaba dentro.

Al salir del hospital, Yumi la alcanzó en la puerta y Tomiko llegó unos pasos después.

—Dicen que enviarán enfermeras fuera. Filipinas.

—Lo he oído.

—Si vas, iremos contigo.

Siguieron caminando juntas hasta la esquina.

Al llegar a casa, Haruko cosía bolsas de arroz. Ryōto leía. Masako dejó la chaqueta.

—Si buscan enfermeras para Filipinas, me presento.

—Hazlo porque puedes ayudar —dijo Haruko—. No por seguir a nadie.

—No voy por nadie. Voy porque ya estoy dentro.

—Es peligroso —añadió Ryōto.

—Quedarme no cambia nada.

Haruko dejó la aguja.

—Entonces no dudes cuando llegue el momento.

Masako asintió.

Unos días después, Sato reunió a las voluntarias.

—Se necesitan enfermeras para Filipinas. Quien quiera presentarse, que lo haga hoy.

Masako dio un paso al frente. Yumi y Tomiko se colocaron a su lado.

—Os avisaremos.

Masako volvió a casa más tarde.

—Ya está.

Nadie preguntó nada más.

Aquella noche, mientras Nagoya volvía a apagarse y las sirenas marcaban el ritmo de la nueva rutina, Masako se quedó un momento de pie en la oscuridad antes de entrar. Ya había dado el paso. Permaneció quieta unos segundos más y luego avanzó, con la decisión asentada.

CAPÍTULO XXVI

LA INFAMIA LLEGÓ POR LA RADIO

Carpintería, California — 1941

El día había empezado con la rutina de siempre en Carpintería. Don Vicente, capataz de los Braxton, dirigía a los jornaleros en los campos antes de que saliera el sol. Palas, pasos sobre la tierra húmeda y voces cortas marcaban el arranque de la jornada. Nadie imaginaba que, en unas horas, la vida del pueblo iba a cambiar.

Elsie trabajaba en el establo, revisando herramientas y repartiendo forraje entre los caballos. Se había acostumbrado a aquel ritmo: madrugar, ayudar en la cocina, ir de un lado a otro entre la granja y la casa. Aun así, aquella mañana llevaba dentro una inquietud difícil de explicar.

Mientras llenaba un cubo de agua, oyó la radio de la cocina: primero un chisporroteo, luego una voz alterada. Entró con las manos aún húmedas y encontró a la señora Braxton frente al aparato, inmóvil.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elsie, secándose en el delantal.

La mujer subió el volumen.

—Informamos de que la base naval de Pearl Harbor, en Hawái, ha sido atacada esta mañana por fuerzas japonesas. Varios barcos alcanzados. Se reportan numerosas bajas.

El cubo cayó al suelo. Elsie se llevó la mano al pecho.

—Dios mío...

La señora Braxton se persignó.

—Esto lo cambia todo.

A Elsie le vino Jack a la cabeza con una claridad que la dejó sin aire. Lo imaginó en su base, quizá ya en la cabina de un avión. La distancia que los separaba se volvió insoportable.

La noticia se extendió por el pueblo en cuestión de horas. Antes del mediodía, los vecinos se reunían frente a la tienda del señor Bellman, donde la radio seguía lanzando partes. Llegaban hombres

con la ropa de faena, mujeres con el delantal puesto, muchachos que corrían desde las calles cercanas.

Clara estaba junto al mostrador con su madre. La madre de Jack apretaba un pañuelo entre las manos hasta dejar los nudillos blancos. Clara, al ver a Elsie, cruzó la calle y fue hacia ella.

—¿Es cierto? ¿Han atacado de verdad?

Elsie solo pudo asentir.

El sheriff apareció poco después y alzó la mano.

—Escuchad. Es oficial: Pearl Harbor ha sido atacado. El presidente hablará mañana. Quiero calma. Nada de rumores ni peleas.

Un murmullo recorrió la plaza.

—¿Y nuestros muchachos? —preguntó un jornalero.

—Están en sus puestos. Y ahí es donde más falta hacen —respondió el sheriff.

La madre de Jack se cubrió la boca. Clara la abrazó. Elsie sintió que las piernas apenas la sostenían.

Don Vicente se adelantó con gesto serio.

—Señoritas, váyanse a casa. Quedarse aquí no ayudará.

Elsie no se movió. Seguía pendiente del aparato.

—No lo anunciarán —dijo Clara—. Nunca dicen los nombres.

Tenía razón. El camino de regreso fue callado. Clara sostenía del brazo a su madre. Elsie caminaba junto a ellas con los dedos apretados dentro del abrigo. Cada paso parecía más pesado que el anterior.

En el porche del rancho esperaba Thomas Sullivan con un cigarro apagado entre los labios.

—Entonces es verdad —dijo.

Su esposa asintió. Thomas apretó la mandíbula.

—Entrad.

En la cocina nadie probó bocado. El café se enfrió en las tazas. Se sentaron alrededor de la mesa como en las noches de tormenta.

—Papá, ¿crees que avisarán a Jack? —preguntó Clara.

Thomas la miró despacio.

—No necesitan avisarlo. Ya estarán en el aire.

A Elsie se le encogió el pecho. Imaginó a Jack ajustándose la chaqueta, con las manos firmes.

—Jack es de los mejores —añadió Thomas—. Lo saben todos.
—Es nuestro hijo... —murmuró su madre.

Clara le apretó la mano.

Elsie sacó del bolsillo el pañuelo que le había bordado. Tres palabras cosidas con hilo azul: Vértigo. Sostén. Brújula. Lo sostuvo un instante, sin acercarlo a los labios.
—Va a volver —dijo en voz baja.

Thomas asintió despacio.
—Ojalá tengas razón.

A la mañana siguiente el pueblo parecía detenido. Los campos seguían ahí, pero nadie trabajaba igual. En la tienda de Bellman la gente entraba y salía sin comprar nada.

El sheriff apareció con un papel doblado.
—El presidente hablará al mediodía. Escuchadlo en casa o aquí.

Los Sullivan bajaron al pueblo. Elsie caminaba junto a Clara con la vista baja. Se cruzaron con Tommy, manchado de grasa del taller.
—¿Sabéis algo de Jack?
—Nada —respondió Clara.

Tommy apretó la boca.
—Y nosotros aquí.

Luis llegó con su padre enfermo.
—Prefiere enterarse con todos —explicó.

Cuando el reloj marcó las doce encendieron la radio del café. Los vecinos se apretaron hombro con hombro. La voz del presidente llenó el local. Habló de barcos hundidos, de hombres muertos, de respuesta inmediata. Cada frase caía con una gravedad distinta, como si ya no se dirigiera a un país entero, sino a cada familia por separado.

Al terminar, nadie habló.
—Esto significa guerra —dijo el sheriff.

El café quedó inmóvil. Las tazas seguían a medio camino. Elsie apoyó la espalda en el mostrador.
—No sé qué hacer ahora —dijo Clara—. Si me voy, parece que huyo. Si me quedo… no lo sé.

Elsie doblaba el pañuelo entre los dedos.
—Hoy no lo vamos a resolver.

El regreso al rancho fue lento.

La tarde pasó sin forma clara. Elsie recogió platos que seguían limpios, ordenó cajones que ya estaban en orden, barrió el suelo. No era trabajo. Era no quedarse quieta.

Cuando cayó la noche, la casa quedó en silencio. Nadie encendió la radio. Elsie salió al porche. En otras casas había luces encendidas y sombras moviéndose tras las ventanas. Mujeres sentadas a la mesa sin coser. Hombres de pie junto a las puertas. Un coche pasó por el camino. Luego otro.

Volvió a la cocina. La madre de Jack doblaba manteles sin orden. Clara seguía junto a la ventana.

—No va a pasar nada esta noche —dijo Elsie.

Se sentó sola a la mesa. Pensó en Jack de niño, llegando con las botas llenas de barro, contando historias exageradas. Pensó en la última despedida, en la sonrisa que él había puesto para no cargarla con su miedo.

No lloró.

Se quedó un momento más, con las manos apoyadas en la mesa.

Sin moverse.

Como si hacerlo fuera aceptar lo que acababan de oír.

Luego se levantó, dobló el pañuelo con cuidado y lo dejó en su sitio. Apagó la luz y subió despacio las escaleras. La noche se hizo larga: cada crujido parecía un aviso y nadie durmió de verdad.

Al amanecer, Elsie se levantó antes que los demás. Se lavó la cara, se recogió el pelo y bajó a la cocina. Preparó café porque el día había empezado. Abrió el aparador y sacó una libreta nueva. Pasó las páginas sin escribir.

Cuando Clara apareció en la cocina, aún con la chaqueta puesta, se miraron un instante.

—Hoy iremos al pueblo —dijo Elsie—. Aunque no haya nada que hacer.

Clara asintió. Salieron más tarde. Carpintería estaba despierta, pero contenida: todo seguía en marcha sin detenerse.

CAPÍTULO XXVII

SOMBRAS EN FILIPINAS

Mar de Japón — diciembre de 1941

El Kaga avanzaba sobre el mar con una cadencia constante que se metía en el cuerpo y ya no salía. Los motores no callaban ni de día ni de noche; el retumbar viajaba por las planchas, subía por las literas y terminaba por instalarse en el pecho, como si cada hombre respirara al compás del buque. En la bodega, el aire era denso, cargado, pegado a la piel y a la ropa. Cada descanso era una tregua falsa. Nadie conseguía dormirse del todo y, cuando lo hacía, el barco lo despertaba otra vez.

Hiroshi estaba sentado en la litera, desmontando y limpiando la ametralladora con una atención casi excesiva. No buscaba dejarla impecable. Buscaba ocupar las manos. Takeshima lo observaba desde enfrente, con los brazos cruzados.

—La repasas demasiado —dijo al fin.

—Nunca es demasiado si de esto depende seguir vivo.

—O caer si te obsesionas con ella. El arma dispara. El que decide eres tú.

Hiroshi alzó la vista un segundo.

—Siempre tan sabio. ¿No te bastan los mapas?

—Los mapas no sangran. Vosotros sí.

Murata, sentado en el suelo, pasaba la piedra por la bayoneta.

—Prefiero oír eso a escucharos a vosotros —murmuró.

Hayashi, apoyado en un mamparo, encendió un cigarrillo.

—¿Y qué prefieres en la playa, Murata?

—Seguir respirando.

La risa fue breve. Takeda, desde la litera de arriba, habló sin moverse.

—Cuando acabe esto, me corto el pelo. No aguanto el sudor en la nuca.

—Cuando acabe, tendrás canas —respondió Okabe.

—Si llego vivo, me rapo. Y si no, que alguno me haga el favor.

—Lo haré yo —dijo Hayashi—. Que al menos no des pena.

La broma se apagó rápido. El barco volvió a imponerse. En una esquina, Fujimoto escribía en un papel doblado. Hiroshi se inclinó hacia él.

—¿Otra carta?

—Sí.

—¿Para quién?

Fujimoto dudó un instante.

—Para quien la encuentre.

Hiroshi asintió sin insistir.

Kobayashi dejó un fardo de cargadores en el suelo.

—Dos por cabeza. Hiroshi lleva cuatro.

—¿Y si se queda sin balas? —preguntó Saeki.

—Que grite. Yo se la paso.

Okabe desplegó el mapa sobre una caja.

—Duna principal a la derecha. Palmeras detrás. Si llegamos ahí, tenemos abrigo. Si no, al suelo.

—¿Y si nos parten antes? —dijo Takeda.

—Entonces avanzamos igual —respondió Takeshima.

El silencio fue más duro que cualquier broma.

Yamato entró sin anunciarse, uniforme pegado al cuerpo, expresión cerrada. Extendió el mapa.

—El desembarco será pronto. La playa no estará vacía. Nuestra tarea es abrir un corredor.

Fue señalando uno por uno.

—Hiroshi, fuego frontal. Takeshima, coordinación. Murata y Shunji, evacuación. Okabe y Takeda, exploración. Fujimoto, cobertura. Kobayashi, señales. Nakayama y Saeki, disciplina. Hayashi, unión.

—¿Unión? —murmuró Murata.

—Si os rompéis, él os junta.

Nadie sonrió esta vez.

—No sois once y un oficial —continuó Yamato—. Sois una unidad. Si uno cae, los demás siguen.

Afuera, el mar golpeaba el casco con insistencia. Nadie añadió nada más.

Antes del amanecer el tiempo dejó de medirse. Ajustaron correas, comprobaron cantimploras, repasaron cierres. Algunos cerraron los ojos unos minutos; otros se quedaron sentados, contando respiraciones. Nadie habló de lo que venía.

Hiroshi pensó en la cubierta del Kaga, en cómo el suelo parecía no detenerse nunca. Pensó en el entrenamiento, en las órdenes repetidas hasta quedarse dentro del cuerpo. Pensó también, apenas un segundo, en la posibilidad de no volver. La apartó enseguida.

El amanecer llegó con fuego de los barcos. La cubierta vibraba; abajo, la lancha cabeceaba contra las olas. Yamato recorrió la línea con la mirada.

—Cascos ajustados. Cuando baje la rampa, no os paráis. Duna al frente.

Hiroshi comprobó la caja de munición. Cuatro cintas. No pensó en el miedo. Pensó en no fallar.

La rampa golpeó el agua. La arena apareció entre humo y disparos.

—¡Adelante!

Saltaron. El agua les llegó a la cintura. Hiroshi clavó el bípode en cuanto notó suelo firme y abrió fuego hacia la trinchera central.

—¡Centro!

—¡Cinta!

Kobayashi se la encajó al instante.

—Sigue.

Avanzaron por tramos cortos, arrastrándose, cubriéndose. Fujimoto cayó sin terminar de gritar. Murata cayó después. Hayashi se lanzó hacia él sin pensarlo. Shunji silenció el nido de ametralladora. Okabe marcó dirección. Takeda obedeció sin dudar.

El avance se detuvo detrás de la cresta. Se arrastraron unos metros más, buscando una sombra mínima.

Okabe contó en voz baja.

—Uno… dos…

Se detuvo. Volvió a empezar.

Hayashi seguía arrodillado junto a Murata, vendándole la pierna.

—No me mires así. He estado peor.

—Guarda fuerzas —respondió Hayashi—. Las vas a necesitar.

Shunji comprobó el perímetro.
—De momento, limpio.
Kobayashi repartió munición sin hablar.
—Las has gastado bien —dijo a Hiroshi.
—Con eso sigo.
—Haz que duren.
Takeshima apareció a su lado.
—Cuando se muevan, dilo. No te adelantes.
—No lo haré.
Nakayama ayudó a Saeki a incorporarse.
—Creí que me quedaba allí.
—Todavía no.
Yamato avanzó hasta la línea de vegetación.
—En diez minutos seguimos. Sin rastro.
Nadie preguntó por Fujimoto.
Cuando el tiroteo aflojó, no llegó el silencio del todo. Quedaron disparos sueltos, ramas quebradas, botas hundiéndose en la arena. Hiroshi soltó el bípode y flexionó los dedos. Le temblaban apenas.
Hayashi terminó el vendaje.
—Si puedes apoyar, avanzamos.
—Puedo —dijo Murata—. No corras delante de mí.
Kobayashi se deslizó hasta Hiroshi con otra cinta.
—Última de momento.
—Con eso sigo.
Desde la duna, Yamato levantó el puño. Avanzaron en abanico, con cuidado de no levantar arena. La selva empezaba a cerrarse.
Un disparo aislado cortó el aire. Hayashi respondió. Luego nada. Takeshima murmuró:
—Ya no hay marcha atrás.
—Nunca la hubo —respondió Hiroshi.
Cruzaron la cresta uno a uno. Al otro lado, la humedad se pegaba a la ropa y el suelo cedía bajo el peso. El grupo se recompuso sin mirarse. Once sombras avanzaban con la misma cadencia. La ausencia del duodécimo ocupaba su sitio.
Durante el avance, el tiempo dejó de medirse. No había minutos ni referencias claras, solo secuencias de movimiento y pausa. Cada

paso exigía atención; cada alto era una comprobación rápida. El terreno obligaba a avanzar en zigzag, bordeando troncos y raíces.

A ratos se detenían todos a la vez. Hiroshi notó cómo la respiración de los otros marcaba un compás común. Takeshima ajustó la distancia con un gesto mínimo. Hayashi señaló un claro. Okabe corrigió la línea. El grupo se movía con una coordinación que no estaba allí al desembarcar. Algo se había fijado entre ellos.

A lo lejos se oyó un intercambio breve de disparos. No era su frente. Yamato esperó unos segundos y ordenó el alto; cuando se apagó, retomaron la marcha.

Hiroshi no pensaba en ponerle nombre a lo que sentía, solo en no romper el ritmo.

Al alcanzar la siguiente duna, respiraban con dificultad, pero ninguno se detuvo. Once seguían en pie. Uno ya no.

Se reagruparon sin decir nada, ajustando distancias, comprobando miradas. La selva se cerraba delante, más oscura, más espesa. Hiroshi bajó la cabeza y avanzó con los demás, sin mirar atrás.

CAPÍTULO XXVIII

LA GUERRA QUE YA TENÍA NUESTRO NOMBRE

Estados Unidos — 1941

El comedor de Randolph estaba lleno, pero aquella mañana nadie parecía tener apetito. Las cucharas golpeaban las bandejas sin ganas, los hombres tragaban sin masticar y las conversaciones habituales se habían apagado. Ray no improvisaba chistes, Elliot no exageraba historias, Marshall no lanzaba reproches. El ambiente era casi militar, como si la noticia hubiese llegado antes que los oficiales.

En una repisa, la radio crepitaba con su señal inconstante. Jack entró con Ray y se sentaron junto a Leo y Elliot. Nadie levantó la cabeza. Un soldado, dos mesas más allá, murmuró sin apartar la vista del café:

—Hoy hablará el presidente.

La frase recorrió el comedor y hasta los cubiertos dejaron de sonar.

Entonces la voz de Roosevelt llenó la sala, clara y firme:

"Ayer, siete de diciembre de 1941, una fecha que vivirá en la infamia…"

Los hombres quedaron inmóviles. Marshall dejó de mover la pierna. Elliot dobló el periódico arrugado. Ray apretó un lápiz contra el cuaderno sin escribir. Jack bajó la vista hacia sus manos.

Temblaban.

La voz continuó:

"El derecho a defendernos nos ha sido impuesto. Pido al Congreso declarar que existe un estado de guerra…"

Nadie respiró más fuerte. Aquellas palabras no eran un discurso. Eran el comienzo de otra cosa.

Ray se inclinó hacia Jack, bajando la voz.

—¿Crees que nos llamarán hoy mismo?

Jack negó despacio, con la vista fija en la mesa.

—No lo sé. Pero desde ayer todo es distinto.

Elliot intentó una sonrisa breve, sin lograr sostenerla.

—McCaan diría que esto es otra guardia más.

El nombre cayó sobre la mesa. Leo bajó la vista. Marshall se recolocó los guantes sin hablar.

En ese momento la puerta se abrió con fuerza. Kline entró con paso firme.

—¡Atención! —ordenó—. Los hombres de la 317 y la 142, formación en diez minutos. Casco y libreta.

Los bancos se arrastraron al mismo tiempo. Elliot cerró el cuaderno, Ray guardó el lápiz, Jack se levantó sin decir nada. Antes de salir, Kline añadió, recorriéndolos con la mirada:

—Desde ahora cada minuto cuenta. McCaan no volverá. Que no se os olvide.

Jack metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y rozó el pañuelo de Elsie.

Vértigo.

Sostén.

Brújula.

Por primera vez aquellas palabras no parecían suficientes.

La pista estaba cubierta por una bruma baja. El barro se pegaba a las botas y el frío se colaba por los guantes. Las filas aguardaban rígidas, el vaho escapando en bocanadas cortas. Jack estaba en segunda línea. Ray a su lado. Elliot mascullaba algo entre dientes. Marshall mantenía la vista al frente.

Gibbons avanzó por delante de las filas con la carpeta bajo el brazo. Habló sin elevar la voz.

—Las patrullas costeras se activan esta misma tarde. Rotación desde San Diego hasta el límite norte. Los bombarderos estarán listos para despegar en caso de detección.

Un soldado preguntó desde el fondo, sin romper la formación:

—¿Y si no hay movimiento, señor?

Gibbons lo miró un segundo.

—Entonces esperaremos. Con el motor encendido.

El viento cruzó la pista sin que nadie cambiara la postura.

—Los Wild Eagles quedan asignados a reconocimiento aéreo —continuó—. Observaréis, informaréis y regresaréis. Nada de gloria. Cumplid las órdenes.

Ray tragó saliva. Kline dio un paso al frente.

—Ni una palabra fuera de lugar. Ni un paso en falso.

A lo lejos un motor se encendió. Nadie se movió.

Esa noche el barracón estaba mudo. No hubo bromas ni cartas leídas en voz alta. Marshall afilaba una navaja. Elliot hojeaba un periódico sin pasar de la primera página. Leo permanecía tumbado mirando el techo. Ray no conseguía quedarse quieto: se sentaba, se levantaba, volvía a sentarse.

Leo habló primero.

—McCaan estaría contando un chiste ahora.

Ray respondió, con la voz gastada.

—Y diría que esto es otra guardia más.

La puerta se abrió. Kline apareció en el centro del barracón.

—Desde esta noche cada minuto cuenta. Las listas se cierran. Cuando llegue la orden, no habrá dudas.

Marshall levantó la cabeza.

—¿Ya saben quiénes van primero?

—A vosotros os toca estar listos —cortó Kline.

Cuando salió, el barracón volvió a quedarse quieto.

Ray murmuró hacia el techo:

—¿Tú crees que alguien nos esperará?

Jack pensó en Elsie. En su madre. En Clara.

—Sí. Alguien nos esperará.

A las cinco y diecisiete los golpes en la puerta sacudieron el barracón.

—¡Arriba! ¡Formación general en veinte minutos!

Las botas cayeron al suelo a la vez.

Fuera, la bruma era aún más espesa. Los focos iluminaban franjas de tierra húmeda. Los hombres se alinearon en silencio. Gibbons apareció entre la niebla.

—Caballeros, a partir de hoy estamos en guerra. Ya no hay horarios.

Con la punta de la bota trazó una línea de tiza en el suelo.

—Todo lo que pase más allá de esta línea será operativo. Las primeras unidades serán reubicadas esta semana. El Pacífico será nuestro destino.

Jack sintió el golpe de la frase.

No como una sorpresa.

Como algo que ya estaba allí.

Ray se acercó un paso cuando rompieron filas.

—¿Te fijaste? Nadie dijo nada.

Jack se ajustó los guantes.

—No era día para hablar.

El regreso al barracón fue lento. Elliot se quitó las botas de un tirón y las dejó caer junto a la litera.

—Si McCaan estuviera diría que ya estamos muertos.

Leo lo miró con cansancio.

—Pues que alguien ría ahora.

El barracón siguió inmóvil.

La puerta volvió a abrirse. Kline.

—Hoy no se disparó un tiro. Mañana puede que sí.

Marshall levantó la vista.

—¿Sabe algo más?

—Sé lo mismo que vosotros —respondió—. Que estamos en guerra.

Salió sin esperar réplica.

La tarde se llenó de tareas mecánicas. Limpiar botas. Revisar equipo. Copiar listas. La radio volvió a emitir noticias.

Elliot leyó en voz alta:

—Han desembarcado en Filipinas.

Leo dejó la navaja.

—La guerra corre más rápido que nosotros.

Ray habló bajo.

—¿Cuánto tardaremos en seguirla?

Jack no respondió.

Esa noche algunos durmieron vestidos. Otros no durmieron.

Ray susurró desde la litera de arriba:

—El Pacífico ya no es un mapa.

Jack respondió en la oscuridad:

—No.

El día siguiente pasó sin órdenes nuevas. Más entrenamientos. Más espera.

Gibbons reunió a los escuadrones.

—El trabajo más duro empieza cuando no hay disparos. Si no sabéis esperar, no sabréis luchar.

Marshall repitió en voz baja:

—Esperar.

Kline lo oyó.

—Eso también es guerra.

En el comedor, Ray empujó un periódico hacia Jack.

—No hay vuelta atrás.

Jack no lo abrió.

No hacía falta.

Esa noche, en el barracón, Ray habló sin rodeos:

—Tengo miedo.

Jack lo miró.

—Yo también.

Afuera, los motores siguieron encendidos hasta el amanecer.

.

CAPÍTULO XXIX

LA SENDA DEL HONOR

Filipinas — enero de 1942

El buque avanzaba hacia el sur con un ritmo constante. Las olas golpeaban el casco y cada vibración llegaba hasta las literas. Allí los Doce ya no eran Doce. Nadie hablaba de ello, pero el hueco de Fujimoto estaba presente en cada mirada. Su fusil, ahora en manos de otro, recordaba a todos que algo ya no estaba completo.

Hiroshi se apoyó en la barandilla de cubierta. Llevaba el cuello abierto, la gorra torcida, los ojos fijos en la línea de la costa que apenas se distinguía en el horizonte. No habló. Takeshima se colocó a su lado y murmuró sin mirarlo:

—No te lo quedes dentro.

Hiroshi siguió mirando al frente antes de responder:

—No me lo quedo. Va conmigo.

Eso bastó. El silencio volvió a ocupar el sitio.

Murata ajustaba el fusil para que no resbalara. Okabe repasaba en voz baja el plan: duna principal, mangle a la derecha, hueco entre troneras, flanqueo cuando Hiroshi rompiera la línea. Hayashi comprobaba el visor con movimientos lentos y precisos. Kobayashi se colgó la bolsa de señales y tocó el silbato sin soplarlo.

—Acordaos de la palabra —dijo, mirando a todos—. Si falta, gritáis "cinta". Nada de "munición".

—Cinta —repitió Takeda demasiado rápido.

Saeki lo oyó, asintió y no dijo nada.

El suboficial pasó lista con voz seca. El teniente Yamato cruzó la cubierta, se detuvo un instante al ver al grupo y siguió hacia proa. Nadie necesitaba discursos.

Takeda llevaba el fusil cerrado contra el pecho. En el bolsillo interior guardaba un papel doblado. No lo sacó. Lo había escrito la noche anterior con una sola idea: para quien lo encontrase.

Murata rompió el silencio, ajustándose la correa del arma.

—Cuando terminemos aquí voy a pedir arroz de verdad. Del que hace callar.

Hayashi no apartó la vista del visor.

—Si terminamos aquí. Y si te callas, mejor.

Murata bufó.

—No me seas poeta.

Aun así sonrió.

Takeshima recorrió con la mirada a todos.

—Nada de carreras. Cada paso contado. Si alguien se abre, se tapa el hueco. Nadie se queda solo.

Okabe asintió, sujetando el mapa doblado contra el muslo.

—Y nadie inventa. Lo que sabemos, lo que hemos hecho mil veces.

La barcaza estaba lista. El motor rugía con un sonido áspero. En la bodega asignada nadie se tumbó. El tiempo antes del embarque no servía para dormir.

Kobayashi dejó dos cargadores a los pies de cada hombre y cuatro a los de Hiroshi.

—Si te quedas duro, grita cinta.

Hiroshi bajó la vista hacia la munición y respondió:

—Lo recordaré.

Takeda apretaba los dientes. Saeki le tocó el antebrazo con los nudillos. Un gesto breve.

—Hoy no voy a decir tonterías —dijo Takeda.

Hayashi le ajustó el casco sin mirarlo siquiera.

—Hoy tampoco te las iba a reír.

No hubo juramento colectivo. Murata murmuró para sí, casi sin voz:

—Doce partimos…

Takeshima lo oyó, pero no lo cortó.

La orden llegó.

El motor de la barcaza volvió a rugir. El agua saltó en la proa. Yamato avanzó hasta el borde y gritó por encima del estruendo:

—Cabeza abajo.

Una ráfaga levantó espuma delante de ellos. Hayashi alzó un dedo, afinando la vista.

—Dos nidos. Izquierda y centro.

Takeshima se inclinó hacia Hiroshi.

—Primero el centro. Ráfagas cortas.

Hiroshi apoyó el bípode. Disparó. Takeshima cantó la referencia al instante:

—Centro.

Cuando la primera cinta se vació, Hiroshi gritó:

—¡Cinta!

Kobayashi encajó la nueva sin decir nada.

Okabe y Takeda se abrieron hacia la derecha, avanzando encorvados entre charcos. Saeki tropezó y cayó de bruces. Nakayama lo levantó del cuello con un tirón.

—Arriba. Si te quedas, te pisan.

—Sí —dijo Saeki, recuperando el equilibrio.

Un fogonazo explotó delante. Arena y tierra volaron en todas direcciones. Hayashi respiró dos veces y disparó.

—Izquierda baja. Tira alto, Hiroshi.

Takeshima corrigió la línea de fuego.

—Cambio a derecha.

Hiroshi barrió la tronera. Kobayashi ya tenía otra cinta preparada.

Detrás de Yamato, Takeda corría dos pasos atrasado. Yamato volvió la cabeza y gritó:

—¡No os separéis! ¡Juntos!

La bala le entró en el pecho.

Retrocedió un paso. Cayó de espaldas.

—¡Takeda!

Hiroshi intentó moverse, pero Takeshima lo agarró del cinto con fuerza.

—No. Dispara.

Hiroshi siguió disparando.

Okabe alcanzó la primera cresta y señaló hacia delante.

—Derecha limpia para diez. Venid.

Nakayama y Shunji se lanzaron. Hayashi cubría el búnker. Cada casco que asomaba lo hacía bajar.

Una granada rodó hacia Saeki. Nakayama la apartó de una patada. Explotó tres metros más allá.

Hiroshi vació otra cinta. El cañón ardía. Kobayashi encajó otra y le soltó, casi pegado a su hombro:
—Respira.
Hiroshi no apartó la vista del frente.
—Respira tú.
Murata gritó desde más atrás:
—¡Me han abierto!
Su pierna colgaba roja. Saeki giró la cabeza hacia él.
—¡Cúbrele!
—¡Arriba! —gritó Takeshima.
Los que quedaban saltaron la lengua de arena. Hiroshi cubrió hasta el último segundo y luego cargó el arma al hombro. Kobayashi pasó pegado a él y gruñó:
—No me aplastes, artillero.
—Corre.
Dentro de la trinchera el aire estaba caliente. Dos enemigos levantaron las manos. Okabe los apartó sin detenerse.
—Asegurad.
Hiroshi miró hacia la duna. Saeki estaba medio enterrado en la arena. No se movía. Tragó saliva.
—La duna es nuestra —llegó una voz por la línea.
—Mantened —respondió Takeshima.
Cuando todo se calmó un poco, Murata gruñó desde el suelo:
—Seguimos.
Hayashi le vendaba la pierna con manos firmes. Takeshima colocó guardias. Hayashi vigilaba el mangle. Takeshima miró a Hiroshi por primera vez desde que habían entrado en la trinchera.
—Ahora sí.
Hiroshi, Kobayashi y Nakayama salieron a buscar a Takeda. Lo encontraron donde había caído. Kobayashi se agachó y le cerró los ojos. Hiroshi palpó el bolsillo interior y sacó el papel doblado.
—Es suyo.
Kobayashi lo miró un instante.
—Para quien lo encuentre.
Hiroshi lo guardó sin abrirlo.
Regresaron en silencio.

Esa noche subieron de nuevo al buque. Los oficiales hablaban de avance y objetivos. La palabra "éxito" circulaba por los pasillos.

Hiroshi se apoyó en la popa. El mar golpeaba con calma engañosa. Miró el papel de Takeda en su mano.

—Honor —murmuró.

Okabe se colocó a su lado. Takeshima vigilaba al resto. Hayashi cerró el cuaderno de mapas. Kobayashi dejó el silbato sobre la mesa. Nakayama se sacudió la arena del cuello. Murata, medio dormido, murmuró:

—Seguimos de una pieza.

Nadie lo corrigió. Diez ya eran nueve.

Kobayashi habló en voz baja, sin levantar la cabeza:

—Doce partimos…

Takeshima terminó la frase desde la sombra:

—…y los que quedamos vamos a traerlos con nosotros.

A medianoche, Hiroshi abrió el papel. Cuatro líneas: "Sigo aquí, aunque no sé hasta cuándo. Si no vuelvo, que el mar guarde mi nombre." Lo dobló despacio y lo guardó en el bolsillo interior, dejando la mano un instante sobre la tela. Luego alzó la vista hacia la oscuridad del mar. No dijo nada.

CAPÍTULO XXX

EL PACÍFICO YA NO ESPERA

Randolph Field, Texas — diciembre de 1941 y enero de 1942

El altavoz del comedor soltó la frase sin aviso:
—Estados Unidos declara la guerra al Imperio de Japón.

Las cucharas quedaron a medio camino. Jack apoyó la palma en la mesa y no la retiró. A su lado, Ray cerró los puños; Elliot se pasó la mano por el pelo; Leo tragó saliva; Marshall enderezó la espalda. La litera de McCaan seguía hecha, con la manta doblada y un sobre encima. Nadie la tocaba desde el día del accidente.

La voz continuó con otras palabras que ya no hacía falta explicar.

Jack habló el primero, sin apartar la mirada, midiendo cada palabra:
—No es solo Japón. Alemania e Italia también han declarado la guerra.

Ray golpeó la madera con los nudillos.
—Basta de esperar.

Elliot contestó sin alzar la voz, con la vista en la bandeja.
—Si salimos sin cabeza, duramos un minuto.

Leo buscó el centro.
—Ahora al menos sabemos para qué estamos aquí.

Marshall resumió.
—Esto ya no es un mapa.

Los sacaron al patio. Gibbons subió a la tarima sin papeles.
—Caballeros: en pocos días saldréis hacia la costa oeste. Allí se os asignará destino. Aquí habéis aprendido a despegar y aterrizar. Desde ahora, lo que hagáis puede decidir si volvéis o no. Habéis perdido a un compañero. Que su ausencia os enseñe más que cualquier manual. No quiero héroes. Quiero oficio.

Bajó sin esperar respuesta. Kline tomó el relevo.
—Ray, la rabia cuando toque.
—Sí, sargento.
—Elliot, en la radio tres palabras: rumbo, estado, orden.

—Sí, sargento.
—Leo, el reloj.
—Recibido.
Se plantó ante Jack.
—Sullivan, no vuelas solo. Mételos bajo tu ala.
—Lo haré.
—Hazlo.
A Marshall apenas le dijo:
—Mantente despierto.
Por la tarde fueron a pista. Kline señaló con la barbilla.
—Arriba.
Ya en ascenso, Jack marcó la cadencia.
—Dirección cero noventa. Margen dos. Giro corto.
—Confirmo —respondió Marshall.
—Voy —entró Ray.
—Recibido —cerró Elliot.
—Con vosotros —añadió Leo.
La cadena salió torpe la primera vez y limpia a la tercera. Al poner ruedas en tierra, Kline resumió con una sola palabra:
—Vale.
En el barracón, Jack dejó el casco y miró la cama de McCaan. Leo cogió el sobre, lo sostuvo un instante y lo devolvió a la manta.
—Si no lo abrimos, ¿para qué lo dejó?
Jack negó despacio.
—Si lo dejó sin nombre, sería por algo.
Marshall asintió.
—Cuando toque, se abre.
Ray se tumbó con las botas puestas.
—Yo lo abriría. Pero si decidís esperar, esperamos.
Elliot se pasó la mano por la cara.
—Ahora mismo no nos da nada útil.
Nadie añadió más.
El horario no cambió sobre el papel, pero sí en la cabeza. Kline los hacía repetir hasta que las palabras sobraban.
—Otra.
—Más bajo.

—Radio limpia.

Llegaban partes: Manila bombardeada; Malasia invadida; Hong Kong cercada. Aparecían circulares nuevas: apagones en la costa, vigilancia en puertos.

Ray señaló el tablón.

—Mientras nosotros damos vueltas, ellos ya están allí.

Elliot respondió.

—Y allí caen hombres como nosotros.

Marshall cerró.

—Nuestro turno llegará.

Jack no intervino. Escribió una línea y cerró el cuaderno.

El sobre de McCaan seguía en la litera. Una tarde, Elliot lo miró largo rato.

—Si fuera para su familia, pondría un nombre.

Leo añadió:

—Quizá no le dio tiempo.

Ray cortó.

—Pues se lo damos nosotros si lo abrimos.

Jack negó.

—Si lo abrimos hoy, se queda aquí.

Marshall concluyó.

—Entonces que viaje con nosotros.

Quedó zanjado.

Navidad llegó sin ceremonia. Leo sacó la armónica, sopló dos notas y la guardó.

—Hoy no.

Elliot dobló una carta a medias y no la entregó. Marshall comentó:

—Aquí no hace falta decir nada.

Jack anotó: 24. Mañana, pista.

El 25 por la tarde cayó Hong Kong. Kline no lo mencionó.

—Arriba.

Horas después, de vuelta:

—Bien. Mañana, lo mismo.

Ray preguntó:

—¿Hasta cuándo?

Kline lo miró.

—Hasta que os llamen.

El 31 por la noche, hablaron poco.

—El año que viene quiero estar delante —dijo Ray.

—Delante hay fuego —respondió Elliot.

—Y detrás también —añadió Leo.

Marshall cerró.

—Entonces habrá que pasar por medio.

Jack cerró el cuaderno. No escribió.

El tablón trajo la nota: traslado a la costa oeste. Embarque posterior.

—Ya está —dijo Marshall.

—Por fin —añadió Ray.

—Nos toca —cerró Leo.

En el patio, Gibbons habló:

—Mañana salís en tren. Mirar, medir, decidir. Y no inventéis.

Kline los llevó a un último vuelo.

—Dirección, margen, siguiente paso. Ni una floritura.

La última noche no tuvo nada especial.

—Si volvemos, ¿qué haréis? —preguntó Leo.

—Una librería —dijo Elliot.

—Un coche para mi madre —añadió Ray.

—Aprender a cocinar —dijo Leo.

—Volver a mi mesa —cerró Marshall.

Jack tardó un poco más.

—Cerrar la puerta y quedarme dentro.

Nadie se rió.

El sobre de McCaan salió por fin de la litera. Jack lo sostuvo.

—Nos lo llevamos.

—Que no se quede atrás —dijo Ray.

Jack asintió y lo guardó.

Al amanecer sonó el silbato del tren. Kline pasó lista; al llegar a McCaan, se detuvo un segundo y siguió.

Ya en el vagón, con la marcha tomada, Jack abrió el sobre.

Dentro había dos hojas.

“Sigo aquí, aunque no sé hasta cuándo. Si no vuelvo, seguid. El cielo no espera.”

La dirección era de Montana.

La carta pasó de mano en mano. Nadie dijo nada.

Jack la recogió al final.

—Nos lo llevamos.

La dobló despacio y la guardó en el bolsillo interior de la guerrera. Nadie volvió a hablar.

El tren siguió avanzando hasta el oeste mientras el amanecer empezaba a abrirse sobre las vías.

CAPÍTULO XXXI

ENTRE LA SELVA Y LA MEMORIA

Filipinas — 1942

La selva ofrecía un único paso: un corredor de barro que se tragaba las botas y raíces que asomaban como trampas. Cada movimiento restaba fuerzas. La humedad empapaba tela y metal.

La columna avanzaba sin hablar. No era disciplina; era cansancio. Los Doce se habían convertido en Diez. Fujimoto ya no estaba. Saeki tampoco: lo habían evacuado tras el desembarco, y su ausencia se notaba incluso cuando nadie decía su nombre. Murata, con la pierna vendada, cojeaba como si cada paso le cobrara algo.

—Hoy sería el cumpleaños de mi hermana —murmuró Okabe, sin levantar la vista.

—En mi aldea, la Navidad reunía a todos. Este año pasó sin que nos enteráramos —contestó Kobayashi, con la bolsa de señales golpeándole el costado.

—Mi abuela colgaba farolillos en Año Nuevo —dijo Nakayama, con el fusil cruzado en el pecho—. Ni recordé la fecha hasta que un suboficial me enseñó un calendario.

Se quedó un momento en silencio.

—Eran rojos y verdes. Yo corría de uno a otro para encenderlos antes de que cayera la noche.

Hayashi cerró el cuaderno de mapas.

—Aquí el tiempo no existe. Solo nombres tachados.

Yamato, al frente, levantó la mano.

—Velocidad.

Apretaron el paso. El cuerpo protestó en cada zancada. Hiroshi cargaba la ametralladora; cada metro añadía peso. A su lado, Takeshima caminaba acompasado desde los días de Tokorozawa. Detrás, Nakayama no despegaba la vista del suelo y Tanaka avanzaba con la mandíbula tensa.

—Cuando fui a Nagasaki, mi padre ya estaba enfermo —dijo Takeshima—. Me miró como si supiera que era la última vez.

—¿No has recibido cartas? —preguntó Hiroshi.
—Nada. A veces pienso que es mejor.
Hiroshi negó despacio.
—No digas eso.
Takeshima lo miró, serio.
—Es lo que hay.
Quedaron un segundo en silencio.
—Si volvemos, iremos juntos —dijo Hiroshi al final.
Takeshima asintió. Aquella promesa quedó ahí.
Al mediodía, Yamato ordenó alto. Nadie abrió la ración. Murata se dejó caer contra un tronco.
—Si me quitas el fusil, ya no soy soldado.
—Sigues siéndolo aunque lo lleve yo —replicó Kobayashi.
Murata negó con testarudez.
—Me arrastro, pero lo llevo.
—Entonces arrástrate —zanjó Tanaka—, pero no dejes tu hueco abierto.
Hiroshi abrió el cuaderno. La hoja estaba húmeda y la tinta se corría; aun así escribió: «Enero de 1942. Marchamos diez. Recordamos cumpleaños que no celebraremos. Aquí no hay días, solo ausencias». Cerró antes de que la letra se deshiciera.
En la primera guardia, ya de noche, Hiroshi y Takeshima se sentaron en un terraplén, fusiles listos. La oscuridad vibraba con grillos y ramas.
—Nunca dijimos nada de Nagoya.
—¿De Masako?
—Sí. La quise desde el primer día.
—Lo supe.
—Pero te eligió a ti. Y yo me aparté.
—Nunca quise que nos separara.
—Y no lo hizo. Pero si caigo antes, quería que lo supieras.
Hiroshi tardó un instante.
—No hables así.
Takeshima sostuvo la mirada.
—Respóndeme.
—Si caes tú, lo cuento yo. Pero no vas a caer.

Takeshima asintió. Se dieron la mano, firme y breve. Un crujido los tensó y se giraron listos para disparar. Fue solo un animal.

Entonces el monte estalló.

Una ráfaga desde la ladera levantó tierra y hojas. Hiroshi clavó el bípode y abrió fuego; el retroceso le golpeó el hombro.

—¡Arriba, a la derecha! —gritó Takeshima.

Nakayama avanzó pegado al suelo; Shunji lo cubrió con ráfagas cortas. Okabe trepó dos metros y disparó medido. Hayashi abatió a un tirador que asomó un instante. Tanaka cambió de cargador sin apartar la vista. Kobayashi se arrastró para cerrar el flanco.

Los disparos fueron perdiendo fuerza.

—Cinco minutos —ordenó Yamato.

Se reagruparon jadeando. Murata arrastraba la pierna vendada, pero seguía con el fusil al hombro. Okabe revisó la recámara. Nakayama ajustó la correa. Shunji respiraba con los dientes apretados.

—Creí que no lo contaba.

—No bajéis la guardia —añadió Hayashi.

Takeshima miró a Hiroshi un instante.

El sendero se abrió en un claro. Voces en japonés. Kobayashi lanzó un silbido corto; respondieron igual. De la maleza salieron hombres cubiertos de barro. Al frente, el capitán Sakamuta.

—Nakamura. Qué lugar para volvernos a ver.

Con él venían Kaoru, más delgado; Sato, con el gesto serio; Miyazaki, aún con chispa en la mirada; y Daichi, curtido, con una cicatriz fresca en la mejilla.

—El de Tokorozawa.

—¿Recuerdas la marcha con mochilas de arena?

—Fue cuando entendimos que no podíamos abrir huecos —respondió Hiroshi.

—En la base se hablaba de vosotros. “Los Doce”.

—Cuando flojeábamos, alguien decía: “¿Qué harían los Doce?” —remató Miyazaki—. Y nos enderezábamos.

—Éramos doce —cortó Takeshima—. Ahora somos menos.

Se sentaron sin soltar los fusiles, compartiendo arroz frío y agua justa.

El avance se estrechó en una hondonada: la pendiente cerraba los flancos y obligaba a la fila; el suelo cedía bajo cada pisada.

Un disparo quebró el monte y la tierra saltó en astillas. Hiroshi se lanzó de rodillas y barrió el lateral. Takeshima marcó el cambio. Nakayama se abrió a la izquierda; Shunji cubrió. Okabe descargó ráfagas medidas. Hayashi tumbó a un tirador que asomó apenas un instante.

El segundo disparo llegó pegado. Takeda dio un paso para avisar. La bala le entró por el costado. Cayó al barro con los ojos abiertos.

—¡Takeda!

Kobayashi dio un paso al frente.

—¡Déjame!

Intentó avanzar. Takeshima lo agarró por el arnés y lo tiró atrás de golpe.

—¡Cubre!

Kobayashi se revolvió.

—¡Está ahí!

—¡Está muerto! —cortó Takeshima.

Kobayashi se quedó quieto un segundo. Luego volvió al frente.

El fuego enemigo cayó de intensidad. Okabe terminó de limpiar la posición. Cuando todo calló, se acercaron al cuerpo. Kobayashi le cerró los ojos con mano temblorosa. Nakayama clavó la bayoneta en la ribera. Hayashi escribió el nombre en el mapa.

—Nueve —dijo Shunji.

Nadie respondió.

—Él decía que volveríamos todos —alcanzó a decir Murata.

Se quedaron alrededor más de lo prudente. Nadie se movía.

—Siempre se quejaba de la carga, pero no soltaba nada —dijo Kobayashi.

—Decía que si caíamos, debía ser hacia delante —recordó Nakayama.

Hayashi apuntó en el margen del mapa: «No cayó hacia atrás».

Takeshima se inclinó apenas un segundo.

—Éramos doce. Ahora somos nueve. Pero lo seguimos siendo.

Yamato se apartó, escribió el nombre, cerró la libreta y guardó el lápiz.

CAPÍTULO XXXII

HACIA EL MAR ABIERTO

California — 1942

El muelle de San Pedro funcionaba sin pausa: grúas, cadenas, cajas con sellos, silbidos, relojes. En los postes, carteles a la altura de los ojos: Zona militar. Apagón al anochecer. No fotografías.

Jack pasó sin detenerse. Marshall contaba cascos; Elliot distinguía mástiles y antenas; Leo seguía cables tensos; Ray movía el pie sin poder estarse quieto.

Los reunieron en un almacén sin ventanas: lona, metal, voces que entraban y salían. El comandante Gibbons subió a una tarima baja.

—Asignaciones provisionales: primero Hawái. Allí se decide lo demás. Cargar, aprender trayecto, ensayar convoy y desembarco. Sullivan, tu sección encabeza vuelo. Kline os lleva hasta embarque.

Hizo una pausa mínima.

—McCaan viene con vosotros del modo que ya sabéis. Que mida lo que hacéis, no que os frene.

El nombre dejó un hueco. Bastó para que todos ajustaran correas.

Kline tomó el relevo.

—Ray, la rabia cuando toque.

—Sí, sargento.

—Elliot, en la radio tres palabras: rumbo, estado, orden.

—Sí, sargento.

—Leo, el reloj.

—Recibido.

Se plantó ante Jack.

—Sullivan, no vuelas solo. Mételos bajo tu ala.

—Lo haré.

—Hazlo.

A Marshall apenas le dijo:

—Mantente despierto.

El embarque fue de madrugada. Poleas, sirenas, perros nerviosos. Un suboficial pasó lista. Al llegar a "McCaan", se detuvo un segundo y siguió.

Subieron a bordo. Un marinero joven los miró de arriba abajo.

—¿Pilotos?

—En práctica —respondió Jack.

—Si veis algo raro en el agua, avisad.

—Hecho —dijo Elliot—. Si tú ves algo raro en el cielo, también.

El transporte se apartó del muelle con una vibración que subió por las piernas.

—Soñé con volar —murmuró Ray—, pero no con empezar así.

Marshall lo miró de reojo.

—Para volar hay que llegar.

El convoy tomó forma: cinco transportes, dos escoltas. De día, señas. De noche, apagón.

Kline no dejaba huecos.

—Otra.

—Más bajo.

—Radio clara.

La segunda madrugada sonó una alarma baja. Contacto. Cada cual a su puesto. No apareció nada. El aviso se apagó.

—Sirve —dijo Kline—. Para saber cómo responde el cuerpo cuando sí sea.

En cubierta, hablaban lo justo.

—Mi coche —dijo Ray—. Llevar a mi madre a la orilla.

—Libros —dijo Elliot—. Una librería pequeña.

—Una mesa —dijo Marshall—. La de casa.

Leo dudó un segundo.

—Nunca me enamoré. Igual me pasa ahora.

Nadie se rió.

Jack se tocó el bolsillo interior.

—El mar. En Carpintería una ola me tumbó. Desde entonces lo miro distinto.

Ray lo miró fijo.

—No estás allí.

—Ya.

—Pues quédate aquí.

Jack no respondió.

Pearl no tuvo banda ni discursos. Desde cubierta: cascos volcados, hangares cubiertos, costados negros. Nadie señaló nada.

Los llevaron a barracones de tránsito. En la cantina, dos carteles: No preguntar por nombres. Correo 14:00.

Aquel día no hubo sobres para Jack, Ray ni Leo. Elliot recibió uno corto. Marshall ni miró la bandeja.

—Desde aquí ellas se imaginan lo peor —dijo Leo.

El capitán de destino entró en el hangar.

—Prácticas sobre Oahu: patrulla, instrumentos, aproximación con pista parcial. Listos para islas exteriores en una semana. Quien no esté en forma, no sube.

—Subimos —dijo Ray.

El capitán lo sostuvo con la mirada.

—Subir es volver entero.

Ray bajó la vista.

El entrenamiento cambió de tono. Despegar era pasar sobre techos abiertos. Elliot afinó la radio. Leo exprimió el reloj. Marshall se volvió más preciso. Ray midió altura. Jack mantuvo la cadencia.

—Dirección. Margen. Siguiente fase.

La primera toma rebotó. La tercera, sin sustos. La sexta, limpia.

Kline lo resumió:

—Rutina.

Las noches fueron más duras. Guardias. Listas. Nombres.

Elliot leía. Leo sacaba la armónica y la guardaba. Ray hacía flexiones. Marshall ayudaba a un mecánico.

—Necesito arreglar algo.

Jack escribía poco.

El domingo en que llegó lo de Bataan dejó el barracón en silencio.

—Allí ya caen —dijo Marshall.

—Y son como nosotros —añadió Elliot.

Ray golpeó la mesa.

—Entonces vamos.

Nadie respondió.

—No pienso quedarme aquí.

Marshall levantó la vista.
—No decides tú.
Ray se levantó de golpe.
—Entonces que alguien empiece.
El aire se tensó.
Jack habló bajo:
—Si sales así, no llegas.
Ray lo miró fijo.
—¿Y quedarme sí?
—Quedarte te pone en el aire cuando toque.
Un segundo.
Ray asintió.
Jack dejó el sobre sobre la mesa.
—Nos lo quedamos.
—Sí. No se pierde —dijo Ray.
Elliot repasó estaciones. Marshall metió un lápiz nuevo en el bolsillo. Jack abrió el sobre de McCaan, leyó una línea y lo cerró.
Gibbons apareció en el umbral.
—Que el de al lado pueda confiar en vosotros cuando falle todo lo demás.
Kline los tomó del antebrazo, uno a uno.
—Repite cadena aunque sobre. Elliot, aire limpio.
Jack asintió. Marshall cerró la cremallera. Elliot levantó el pulgar. Ray y Leo quedaron en la puerta.
—Cuando llegue el momento… —empezó Ray.
Se quedó a medias.
—Llegará —dijo Leo.
El cielo amaneció claro. Orden de rodaje.
—Listo, Sullivan.
—Listo, Elliot.
—Listo, Marshall.
Las ruedas despegaron limpias. Abajo, la isla quedó atrás; delante, mar abierto.
—Dirección dos-cinco-cero —cantó Jack—. Margen uno. Nivel cinco. Elliot, enlace. Marshall, combustible y reloj.
—Enlace limpio.

—Confirmado.

Durante unos segundos no entró nada por radio. Solo estática. Elliot tocó el dial, ajustó fino, volvió a probar. Nada.

Jack no apartó la vista del frente.

—Otra vez.

Elliot respiró, repitió la llamada, más despacio. Esta vez sí: una respuesta corta al otro lado.

—Enlace restablecido.

—Bien —dijo Jack.

Kline escuchó en silencio desde tierra. Ray y Leo, junto al vallado, siguieron el ascenso sin moverse.

En cabina, Jack rozó el sobre y el pañuelo y los dejó donde estaban.

—Mantenga rumbo.

—Mantengo.

El Pacífico se abrió delante. Y esta vez, no había nada detrás que esperar. La costa quedó reducida a una línea que se perdía poco a poco. Jack no volvió la cabeza. Ajustó las manos en los mandos y sostuvo el rumbo.

CAPÍTULO XXXIII

BATAAN: LA LLAMADA DEL SUR

Nagoya, Japón y Filipinas — 1942

Japón empezó 1942 con calles más silenciosas que nunca. Los comercios abrían a medias, con los estantes vacíos, y las colas del racionamiento doblaban la esquina antes del amanecer. Las sirenas ya no asustaban: formaban parte del día. La gente bajaba la cabeza cuando pasaban soldados o estudiantes con uniforme, como si todos supieran que el siguiente en marcharse podía ser el hijo del vecino o el propio.

En una casa de Nagoya, Masako tenía la maleta lista desde hacía días. Se la había prestado una vecina que ya había visto partir a dos hijos. Sus padres apenas hablaban. La madre limpiaba más de lo necesario, como si así pudiera retrasar la despedida. El padre repasaba en voz baja los nombres de los conocidos que se habían ido, como si pasara lista a los que ya no estaban. La orden era clara: Masako debía unirse a un grupo de enfermeras rumbo al sur.

Lejos de allí, Hiroshi arrastraba las botas por caminos que ya no parecían caminos. Raíces, barro, ramas, sudor. La voz de Yamato sonaba más áspera que nunca. Los Doce de Tokorozawa ya no eran doce: Saeki, Fujimoto, Takeda, Murata y Nakayama habían desaparecido del grupo. Quedaban siete, reducidos a un puñado de nombres que pesaban más cada jornada: Hiroshi, Takeshima, Kobayashi, Okabe, Hayashi, Shunji y Yamato.

Nadie sabía cuánto podrían aguantar. Cada jornada era una prueba y cada noche un recuento. En Japón, los padres despedían a sus hijos con la promesa imposible de volver. En Filipinas, los soldados se decían adiós sin decirlo, sabiendo que la siguiente curva podía ser la última. El año no empezó con nada nuevo. Empezó con ausencias, trenes llenos, barcos atestados y marchas interminables. Masako avanzaba hacia lo desconocido con la maleta en la mano. Hiroshi y los suyos se hundían en Bataan con una sola idea: aguantar un día más.

La orden llegó al hospital a primera hora de la mañana. El traslado salía esa misma tarde.

—Tren de las tres —anunció Sato—. Grupo de enfermeras de Nagoya, preparadas para embarcar.

El aviso recorrió los pasillos sin levantar la voz. Nadie preguntó nada. Cada una volvió a su tarea, pero el hospital ya no respiraba igual.

Masako guardó en una bolsa lo imprescindible: una muda, un cuaderno, el pañuelo de su madre. Yumi apareció en la puerta del almacén.

—Así que ya está aquí.

—Sí.

Tomiko llegó un momento después con una lista doblada entre los dedos.

—Nosotras tres —dijo—. Salimos en el mismo grupo.

Durante el resto de la mañana trabajaron como siempre: vendas, camillas, cartas que atar con cordel. Solo que cada gesto parecía tener ahora un final. A las dos y media salieron juntas del hospital. La supervisora solo inclinó la cabeza.

—Haced vuestro trabajo.

El andén estaba a rebosar. El vapor de la locomotora cubría soldados, estudiantes y enfermeras. Masako sujetó la maleta. Su madre le agarró el brazo.

—Come algo antes de subir.

—No puedo.

El padre habló sin mirarla.

—Cumple con lo tuyo, pero vuelve viva.

El silbato cortó el momento. Masako subió al vagón. Yumi le hizo un hueco junto a la ventana.

—¿Preparada?

—No.

El tren arrancó. Masako miró atrás: la madre con las manos juntas, el padre erguido. El vagón iba lleno de murmullos.

—Dicen que vamos a Filipinas —comentó una joven.

—Dicen que allí faltan camas —respondió otra.

Masako no habló. Apretaba el pañuelo que su madre le había dado, única prueba de que seguía teniendo casa.

El viaje duró tres días. Vagones llenos de soldados, mujeres con niños y maletas atadas con cuerda. El aire cargado de carbón y humedad.

—Me tiemblan las piernas —susurró Yumi.

—A mí también —dijo Tomiko.

Cuando vieron el mar, muchas se levantaron. El puerto era un hervidero de grúas, humo y cajas con sellos.

—Grupo de enfermeras de Nagoya, aquí —gritó un suboficial.

Las llevaron hasta un barco viejo. Subieron entre empujones. La cubierta estaba abarrotada de gente y cubos de agua. Sato habló sin levantar la voz.

—Aquí nadie se queda sola.

Un marinero pasó lista sin pedir apellidos. Dejó un cubo.

—Media taza por persona. Sin repetir.

Masako bebió y pasó la taza a Yumi. Tomiko la tomó después. Por la noche, el mar se agitó. Varias vomitaron. Sato calmó al grupo.

—Respirad hondo. Nadie se muere por un mareo.

Masako escribió en su cuaderno: Partimos. No sé a dónde llegaremos.

En Bataan, el barro cubría a Hiroshi hasta los tobillos. Avanzaba con la cantimplora casi vacía. Takeshima miraba al suelo.

—No aguanto este silencio —dijo Kobayashi.

—Habla menos y guarda aire —cortó Yamato.

Okabe bufó.

—Ya no queda nada que guardar.

Shunji ayudó a Nakayama a salir de un charco. El grupo se reducía a ocho entonces, y cada paso parecía costar el doble. Se detuvieron en un claro. Takeshima partió una bola de arroz en dos.

—Toma.

—No. Guárdala.

—Toma.

Hiroshi aceptó. El bocado le supo a demasiado y a nada. Un estampido sacudió la selva. Se tiraron al suelo.

—En pie —ordenó Yamato—. Sigamos antes de que nos alcancen.

En un arroyo, Nakayama se desplomó. Shunji le ofreció agua.
—Bebe.
—Seguid sin mí.
Yamato se inclinó.
—Levántate.
Nakayama lo intentó, cayó de rodillas y ya no volvió a levantarse. Shunji le cerró los ojos. Yamato anotó el nombre en la libreta.
—Otro menos —murmuró Kobayashi.
—Seguimos siete —corrigió Takeshima.
Nadie lloró. Dejaron el cuerpo junto al agua y siguieron.
Mientras tanto, el barco era un cascarón oxidado. Las enfermeras se acomodaban bajo una lona.
—¿Tienes miedo? —preguntó Yumi.
—Sí —respondió Masako—. ¿Y tú?
—También.
—Yo no sé qué pensar —añadió Tomiko.
Una rezaba. Otra calmaba a un niño con canciones. Masako apretó el cuaderno contra el pecho. De noche, el viento golpeó la lona. Una niña empezó a toser. La madre la mecía sin lograr calmarla. Masako se acercó.
—Siéntala erguida. Sorbos de agua templada.
La tos cedió poco a poco. Yumi la miró sorprendida.
—¿Cómo lo sabías?
—Lo aprendí en la escuela.
El barco siguió su camino en la oscuridad. Nadie descansó.
Al amanecer, el puerto se les vino encima: prisa y gritos por todas partes. Un pasillo de cajas, una fila de hombres con camillas improvisadas, un suelo lleno de huellas. Las guiaron sin explicar nada: primero un patio, luego un edificio con paredes comidas por los golpes y la humedad, y al fondo una sala con mesas largas.
Masako vio manos manchadas, vendas que se acababan, cubos que se llenaban demasiado rápido. Se quedó quieta un segundo, lo justo para entender que allí cada segundo tenía dueño. Yumi le apretó el codo. Tomiko se acercó un paso más.
—Masako…
—Vamos —dijo ella.

Avanzó.

En la selva, Yamato los obligó a retomar la marcha. Un tramo de árboles caídos estrechaba el paso. Hayashi se adelantó con el mapa abierto.

—Esto no coincide.

—Coincide lo que tenemos delante —zanjó Yamato—. A la derecha.

Okabe miró a Hiroshi. Hiroshi no respondió. Ajustó la correa y siguió a Takeshima. Pasaron junto a una choza vacía: mesa volcada, cuenco roto. Nadie se detuvo.

—Ni un alma —dijo Kobayashi.

—Mejor —respondió Yamato—. Menos ojos.

Un cirujano las recibió sin detenerse.

—Clasificad. Los que respiran, allí. Los que sangran, conmigo. Los que no reaccionan, fuera.

Masako obedeció. El primer herido gimió al sentir la gasa: seguía vivo. El segundo no reaccionó. Lo apartó. Sato asintió. Le pusieron una caja con tiras de tela y un bote de yodo. Un soldado joven le agarró la muñeca con fuerza.

—No me deje.

—No te voy a dejar. Abre la mano.

Él tardó, pero obedeció. Sato apareció a su lado.

—No prometas más de lo que puedas cumplir.

—No prometo. Trabajo.

Sato la sostuvo un segundo y siguió.

En un rincón, Yumi se quedó clavada ante un cuerpo inmóvil. Masako le tocó el hombro.

—Muévete. Si te paras, te rompe.

—No… no puedo.

—Puedes. Mira mis manos. Haz lo mismo.

Yumi respiró una vez, luego otra, y volvió a coger gasas.

Horas después, el suelo estaba cubierto de vendas sucias. Masako escribió: Hoy empezó de verdad. He visto morir y no he llorado.

Se tumbó en un catre. Yumi se durmió sentada; Tomiko seguía despierta, mirando la lona.

Masako añadió: Mañana volveré a ponerme en pie.

En la selva, al caer la noche, organizaron guardias sin hablar de Nakayama. Hiroshi y Takeshima tomaron la primera.

—No siento los brazos —dijo Takeshima.

—Mañana seguimos —respondió Hiroshi.

Hayashi habló desde la oscuridad.

—¿Cuántos quedamos?

—Siete.

—¿Y si mañana somos menos?

—Entonces seremos seis.

Nadie respondió.

En el segundo relevo, Kobayashi se acercó con un papel doblado.

—La iba a mandar. No sé si saldrá de aquí.

Hiroshi no la leyó. La guardó.

—Escribir también es seguir.

—Yo escribo para no perder la cabeza —respondió Kobayashi.

Takeshima miró hacia la oscuridad.

—Y para que alguien sepa que estuvimos.

Yamato, a dos pasos, oyó lo justo y no dijo nada.

En Nagoya, la madre de Masako encendía una vela cada noche. No hablaba de su hija, pero al poner la mesa dejaba un cuenco de más. El padre salía al patio como si esperara un mensajero. La ausencia se notaba en cosas pequeñas.

En Filipinas, Masako terminaba turnos interminables con los brazos temblando. Una niña a la que había atendido seguía respirando. Yumi dormía en una silla. Tomiko repasaba vendajes.

Masako escribió: Sigo aquí. Mañana también.

En la selva, Hiroshi repasaba en voz baja los nombres de los caídos y, después, los de quienes seguían con vida: siete.

La noche cayó al mismo tiempo sobre los tres lugares. En Nagoya, la vela siguió encendida sobre la mesa puesta para uno más. En Filipinas, Masako dejó el cuaderno junto al catre y cerró los ojos apenas un instante antes de volver a incorporarse. En Bataan, Hiroshi ajustó la correa del arma y se quedó mirando la oscuridad, contando en silencio a los que aún quedaban. Sin decirlo, todos hicieron lo mismo: aguantar un día más.

CAPÍTULO XXXIV

LOS DÍAS QUE NO PERDONAN

California, Hawái y el Pacífico Sur — 1942

El parte de Midway llegó por la radio del taller, leído con voz metálica. Los mecánicos dejaron de golpear el metal y alzaron la cabeza. Un silencio extraño recorrió la base. No hubo aplausos ni gritos.

Solo trabajo que seguía.

En el barracón, los muchachos se sentaron en sus literas, como si esperaran una explicación que no iba a llegar. Para algunos, aquello era una victoria. Para otros, la prueba de que la guerra no iba a aflojar.

El aparato siguió soltando estática. Midway. La palabra quedó ahí, sin más.

Jack observó a sus compañeros. Nadie parecía distinto. Eso era lo peor.

Gibbons los reunió esa misma tarde en el hangar.

—Se acabaron los entrenamientos. Desde hoy sois escuadrón operativo. Doble patrulla: amanecer y última luz.

Kline clavó chinchetas en el mapa.

—Parejas. Intervalos fijos. Si la radio falla: tres toques. El ala cubre. Nadie improvisa.

Ray se inclinó hacia Jack.

—Hace un año corría en la pista del instituto.

—Ahora vuelas —respondió Jack—. Hazlo bien.

Elliot levantó la libreta.

—El motor vibra al setenta.

—Mientras vuele, lo volamos —dijo Jack—. Si empeora, avisa antes.

Marshall habló desde el ala.

—No voy a recoger restos en mitad del océano.

Leo soltó una risa breve.

La primera patrulla despegó al amanecer. El cielo limpio. El mar igual en todas direcciones.

—Dos, conmigo —dijo Jack.
—Recibido —respondió Ray.
El resto mantuvo posición. Elliot corrigía altura. Leo no perdía el tiempo. Marshall no soltaba el ala.
Nada ocurrió.
Y eso era lo que más pesaba.
El regreso no alivió nada. En la furgoneta, nadie habló.
En el comedor:
—Me tiemblan las manos al cortar motor —dijo Elliot.
—No lo pongas en el parte —respondió Leo.
—O te quitan el avión —añadió Marshall.
Kline entró.
—Mañana, igual.
En el barracón, cada uno a lo suyo. Leo tocó dos notas. Marshall afiló una herramienta. Ray miró el techo. Elliot repasó cifras.
Jack escribió una línea y guardó el papel.
La confirmación llegó:
"Oahu. Patrullas y escoltas."
Nadie preguntó.
El vuelo fue largo. Agua abajo. Nada más.
—Si caemos, ¿nadamos? —dijo Ray.
—Nadas tú —respondió Marshall.
Jack cortó.
—Formación.
Oahu apareció sin aviso. Restos. Marcas. Nadie señaló nada.
El capitán fue claro.
—Aquí no hay escuela. Patrulla y escolta. El que no esté listo, no sube.
Ray respondió.
—Subimos.
—Subir es volver —cortó el capitán.
El calor se pegaba a la piel. Las camisas no se secaban. Dormir era un descanso corto.
—Esto ya no es instrucción —dijo Ray.
Jack no respondió.
Los días se repitieron. Despegue. Mar. Regreso.

—Este arroz es peor —dijo Marshall.
—Aquí no hay polvo —respondió Leo.
Ray alzó el vaso.
—Por las moscas.
Kline entró.
—Mañana, escolta.
El convoy avanzó sin contacto. Horas iguales.
—Aquí un fallo cuesta vidas —dijo Kline al regreso.
Las noches pesaban más.
Cuando llegó lo de Bataan, el barracón quedó en silencio.
—Allí ya caen —dijo Marshall.
—Y son como nosotros —añadió Elliot.
Ray golpeó la mesa.
—Entonces vamos.
Nadie respondió.
—No pienso quedarme aquí.
Marshall levantó la vista.
—No decides tú.
Ray se levantó.
—Entonces que alguien empiece.
El aire se tensó.
—Si sales así, no llegas —dijo Jack.
—¿Y quedarme sí?
—Quedarte te pone en el aire cuando toque.
Ray se quedó quieto.
Asintió.
El tiempo siguió.
Navidad pasó casi de largo.
—Veinticinco —dijo Marshall.
Nadie añadió nada.
El año se cerró sin cambio. Mismo cielo. Mismo mar.
En una escolta, nubes bajas.
—Altura viva —dijo Jack.
—Recibido —respondió Ray.
Nada ocurrió.
Al volver, Kline:

—Buen trabajo. No os confiéis.

Ray se quitó las gafas.

—Pues que pase de una vez.

Silencio.

—¿Qué has dicho? —preguntó Kline.

Ray aguantó.

—Estoy harto de esperar.

—Por eso sigues aquí —respondió Kline—. Para no ir allí a hacer el imbécil.

Ray tragó.

—Sí, sargento.

—Mañana vuelas igual.

—Sí, sargento.

En el barracón, Ray se sentó.

—Se me ha ido.

—Ya —dijo Jack.

—No puedo más.

—Entonces aguanta un día más.

Silencio.

Esa noche, Jack escribió una sola línea.

Terminamos el año en el aire.

En Carpintería, Elsie apagó la luz más tarde de lo habitual.

Escribió:

"Que vuelvan."

En Oahu, pasada la medianoche:

—Cuando acabe, no me quejo del café —dijo Ray.

Leo rió.

Al amanecer, los aviones ya estaban listos. Motores en marcha, rodaje y despegue sin pausa. El cielo seguía allí, y ellos también.

CAPÍTULO XXXV

CARTAS EN LA TORMENTA

Filipinas y el Pacífico — 1942

El tiempo dejó de tener nombre. Después de Bataan y Corregidor, los días se volvieron una misma franja de barro, fiebre y cansancio. Los hombres despertaban empapados, con la ropa pegada al cuerpo, y se ponían en pie solo porque Yamato lo ordenaba. Los Doce de Tokorozawa eran ya siete. Cada recuento al final de la jornada abría otro hueco en la fila. Nadie hablaba de los que faltaban; bastaba con ver el espacio vacío. Ya no había discursos. Quedaban órdenes cortas, pasos arrastrados y fusiles al hombro.

En los descansos se dejaban caer sobre la tierra sin mirar ramas ni insectos. El cansancio podía con todo lo demás. Yamato se quedaba en pie, con el fusil cruzado al pecho, vigilando el terreno y contando sin decirlo, uno por uno, hasta llegar a siete.

Hiroshi había empezado a llenar dos sobres. A uno lo llamaba, para sí, el de la guerra. Allí guardaba hojas manchadas, frases cortas, nombres de caídos, lugares apuntados a ojo, ideas sueltas. «Junio. Seguimos siete». El otro era distinto. Lo envolvía en un trapo seco y lo dejaba en el fondo de la mochila. Allí escribía para Masako, con letra cuidada, apartando el barro con los dedos antes de tocar el papel. «Hoy ha llovido sin parar. Pensé en Nagoya. No quiero olvidar el cerezo».

Por la noche, cuando los demás dormían, Hiroshi encendía la linterna de bolsillo y tapaba la luz con la gorra. Escribía encogido, apoyando el papel en la rodilla. Una madrugada, Yamato se le acercó despacio.

—¿Todavía te quedan fuerzas para eso?

—Si dejo de hacerlo, me quedo vacío.

Yamato lo miró un momento y siguió su ronda bajo la lluvia. Hiroshi guardó el sobre limpio con cuidado y dobló el otro, el de barro y sangre.

A finales de junio empezó a correr un rumor entre los destacamentos: Midway. Nadie sabía bien qué había pasado, solo que varios portaaviones japoneses habían desaparecido en una sola jornada. Los nombres de los barcos pasaban de boca en boca: Akagi, Kaga, Soryu, Hiryu. Algunos oficiales hablaban en voz baja; otros fingían no saber nada. Los hombres entendieron lo importante sin que nadie lo explicara.

Julio siguió igual de duro. El ejército mantenía destacamentos aislados, esperando órdenes que no llegaban. Los siete de Tokorozawa marchaban entre mosquitos, arroz medido a puñados, botas abiertas y uniformes hechos jirones. Seguían oyendo noticias de victorias lejanas, pero allí no había más que barro, hambre y cansancio.

Una mañana apareció un jeep impecable, brillante pese al polvo del camino. De él bajó un oficial de intendencia. Reunió a los hombres y desplegó una lista. Los nombres salieron de su boca como si hiciera inventario. Entregó medallas envueltas en paños. Eran símbolos de resistencia, no de triunfo. Hiroshi recibió la suya con la mano sucia y la guardó sin mirarla. Takeshima se inclinó hacia él.

—Nos premian por seguir respirando.

La frase quedó suspendida entre ellos sin que nadie la recogiera.

A finales de mes les dieron tres días de descanso en una aldea ocupada. Era la primera vez en semanas que dormían bajo techo. Casas de madera, colchones viejos pero secos, arroz menos duro. Shunji y Okabe se tumbaron en silencio. Kobayashi afilaba la bayoneta solo por tener algo entre las manos. Hiroshi escribió en el sobre de la guerra: «Julio. Sin combates. Fiebre en los destacamentos. Seguimos siete». Luego, en el sobre limpio: «Hoy comí arroz sin piedras. Pensé en ti». Aquellas noches seguían oyendo estampidos a lo lejos, pero ninguno preguntaba.

Agosto trajo noticias cada vez peores. Las victorias dejaron de aparecer en los partes y empezaron a correr rumores de frentes atascados y barcos que no volvían. Los enlaces repetían nombres de islas: Guadalcanal, Salomón, mar abierto. La guerra ya no avanzaba igual.

Los de Tokorozawa descansaban en un claro cuando un enlace se detuvo solo para soltarlo:
—Midway ha sido un desastre. Japón ha perdido.

El motor volvió a arrancar y dejó atrás un silencio cerrado. Los siete se miraron. Kobayashi escupió al barro.
—Entonces todo esto no sirve de nada.

Okabe bajó la cabeza. Shunji soltó el aire. Takeshima giró la bayoneta entre los dedos. Yamato dio dos pasos y le cruzó la cara de un golpe seco. Nadie se movió. Kobayashi se quedó quieto, con la mejilla marcada y la mirada encendida.
—Vuelve a decirlo —dijo Yamato.

Kobayashi tardó un segundo.
—He dicho lo que todos pensamos.

El silencio se tensó un poco más.
—Pensad lo que os dé la gana. Pero andad —cortó Yamato.

Esa noche, Yamato reunió a los supervivientes. Tenía la ropa empapada y la voz tomada.
—La guerra ha cambiado. Ya no avanzamos. Resistimos.

Las palabras quedaron clavadas en el grupo sin réplica. Hiroshi escribió en el sobre de la guerra: «Agosto. Midway. Ahora resistimos». En el limpio trazó otra línea: «Hoy volví a oír la palabra derrota». La lluvia golpeaba la lona mientras, fuera, los insectos seguían sonando entre la maleza, ajenos a todo lo demás.

Septiembre fue puro agotamiento. Los siete seguían por senderos encharcados, con los uniformes pegados al cuerpo y los ojos hundidos. Algunos destacamentos los reconocían y se acercaban como si vieran a leyendas.
—¿Sois los de Tokorozawa? —preguntó un muchacho con fiebre.

Takeshima asintió.
—Dicen que lucháis como uno solo.

Kobayashi apartó la vista.
—Ojalá.

La leyenda servía más que la verdad. Aquella noche volvió a pasar el cuaderno de mano en mano. Shunji leyó lo suyo:
—Madre, sigo en pie. No sé hasta cuándo.

Hayashi recordó a Nakayama enseñando la hoja de Año Nuevo. Kobayashi sostuvo su sobre sin abrirlo. Hiroshi añadió una línea breve: «Seguimos siete».

En un descanso breve, Takeshima habló.

—Si perdemos a uno, el grupo sigue.

—Mientras quede uno, nadie lo olvida —contestó Kobayashi.

Yamato, que había escuchado, cerró la conversación.

—En Bataan aprendimos que cuando falta uno, otro ocupa su sitio.

El hospital de Manila tampoco conocía descanso. El colegio usado como clínica se había quedado pequeño: pupitres amontonados hacían de mesas, pasillos llenos de camillas, patios ocupados por heridos bajo lonas. Masako iba de uno a otro sin detenerse. Había aprendido a improvisar vendas con telas, a hervir agua escasa, a repartir cucharadas mínimas de arroz blando. Tenía la piel de las manos abierta, pero seguía.

Tomiko lloraba tapada con la manta. Yumi se quedaba quieta en mitad del pasillo y Sato la empujaba a volver al trabajo.

—Si os tiemblan las manos, que sea por trabajar más deprisa —les decía.

Dormían vestidas en catres estrechos, listas para levantarse con cada sirena. Una noche, Tomiko se cubrió la cabeza con la manta.

—Quiero volver a Osaka. No puedo más.

Masako le cogió la mano.

—Yo también quiero volver. Pero aún no.

Yumi preguntó desde su catre:

—¿De verdad existen esos Doce?

Masako abrazó el cuaderno.

—Existen.

Las cartas de Hiroshi habían dejado de llegar. Masako lo comprobaba cada día en el buzón militar. Aun así seguía escribiendo. Una noche apuntó: «Hoy no llegó respuesta».

El hospital no quedaba en silencio ni al amanecer. Siempre había un gemido, un médico dictando, un llanto apagado. Una tarde, Masako vio a una mujer con una cesta vacía recorrer las camillas, apartando mantas y llamando a su hijo. La detuvo antes de que levantara otra sábana. El joven había muerto aquella misma

mañana. Masako le entregó la chapa envuelta en tela. La mujer la tomó y se fue sin decir una palabra.
—No deberías ser tú quien dé esas noticias —le dijo Yumi después.
—Alguien tiene que hacerlo —respondió Masako.

Esa noche escribió: «Hoy entregué a una madre la chapa de su hijo». Las cartas que escribía ya no tenían un destino claro. El buzón seguía recogiéndolas, aunque muchas se perdían en almacenes o en barcos hundidos.
—¿Para quién tanto papel? —preguntó Yumi.

Masako tardó un instante.
—Para mí.

En noviembre llegó la orden de moverse al sur. No les dijeron adónde; solo que debían embarcar. El desembarco en Guadalcanal fue brutal. Barcazas encallando en la playa, hombres cayendo al agua, un oficial intentando hacerse oír entre los gritos:
—Aquí no hay gloria. Se come menos de lo que se gasta y se duerme menos de lo que se pelea.

La selva se los tragó. Barro hasta las rodillas, mosquitos sin descanso, ramas que arañaban la cara. En la primera escaramuza nocturna, los fogonazos iluminaron troncos y rostros. Un grito se perdió en la oscuridad. Al volver al campamento, Takeshima se dejó caer junto a Hiroshi.
—Si salimos de esta isla, ¿qué nos quedará?
—Lo que podamos contar —respondió Hiroshi.

Hiroshi anotó en el sobre de la guerra: «Guadalcanal. Escaramuza nocturna».

Diciembre llegó sin que supieran bien el día. En Manila, alguien colgó una rama verde en un pasillo y murmuró que era Nochebuena. Masako escribió esa palabra en una hoja y se quedó mirándola un momento. En Guadalcanal, Hiroshi guardó los sobres contra el pecho mientras la selva volvía a cerrarse alrededor del campamento.
—En casa hacían caldo con pollo —dijo Shunji.
—Aquí ni sabemos qué día es —respondió Hayashi.
—Pero seguimos aquí —añadió Kobayashi.

Hiroshi escribió en el sobre limpio una sola palabra: «Masako». Yamato levantó la vista del fuego.

—Éramos doce. Quedan siete.

El fuego se apagó hasta quedar en brasas. Nadie se movió. Hiroshi sacó el sobre limpio, lo sostuvo un instante y lo guardó bajo la guerrera. A pocos metros, la selva seguía cerrándose. En Manila, Masako dobló otra carta sin respuesta, la dejó junto a las demás y apagó la vela. Al amanecer, ambos volvieron a ponerse en pie.

CAPÍTULO XXXVI

VOCES EN LA PENUMBRA

Estados Unidos y Pacífico central — 1943

El hangar hervía de actividad: voces cruzadas, golpes de metal, manos manchadas de grasa ajustando tornillos. Jack repasaba la lista de chequeo en voz baja, siguiendo un orden que ya no necesitaba pensar. Elliot, de pie a su lado, cerró la libreta con gesto inquieto.

—Mi motor vibra más de la cuenta —admitió.

—Lo mismo dijiste ayer —replicó Marshall, encajando un tornillo con la llave inglesa—. Y aquí sigues.

—No es lo mismo —insistió Elliot—. Hoy vibra más.

Jack levantó la cabeza despacio.

—Si falla, lo dices al momento. Ni un segundo tarde.

Kline, que había escuchado desde la otra punta del hangar, se acercó con paso firme.

—En el aire no hay excusas. O mantienes la formación o nos pones en peligro a todos.

El silencio cayó de golpe. Elliot tragó saliva. Ray intentó aflojar la tensión.

—Si nos caemos, siempre puedes planear hasta Carpintería.

Leo no sonrió.

—Basta de bromas. Cada vuelo nos come horas y hombres.

Jack cerró la carpeta.

—Ya lo habéis oído. En el aire, cadena limpia. Dirección, margen, fase. Ni una palabra de más.

La sirena de rodaje sonó. El escuadrón subió a los aparatos. Los motores arrancaron con un empuje que les sacudió el pecho. El aire vibró bajo las hélices, lleno de estruendo.

—Uno en cabina. Listo.

—Dos en cabina.

—Tres, Marshall, en cabina.

—Cuatro, Leo.

Hubo un silencio breve.

—Cinco… Elliot. Listo.

Los aviones despegaron casi al mismo tiempo, dejando atrás la línea de costa. La patrulla había empezado.

El océano se extendía bajo ellos, inmóvil y duro. El sol caía recto sobre las cabinas. Jack marcaba el rumbo con voz serena.

—Dos, conmigo. Tres, atrás. Cuatro, cubre izquierda. Cinco, vigila altura.

Las horas se alargaban en aquel azul sin referencias. Elliot mantenía el ala firme, pero su respiración llegaba cortada por la radio. Jack lo notó.

—Cinco, ¿cómo va ese motor?

—Responde… aunque vibra. Estoy bien.

Leo intervino, seco.

—No fuerces.

Ray habló sin pensarlo demasiado.

—Si vuelvo, le prometí a mi madre que plantaría un naranjo en el patio.

Marshall bufó.

—Empieza por volver entero.

Jack no dijo nada. Pensó en el pañuelo de Elsie, doblado con cuidado en el bolsillo interior del mono. Pensó en las palabras bordadas que lo acompañaban desde hacía meses: Vértigo. Sostén. Brújula.

La voz de Leo irrumpió en la radio.

—Contacto. Dos puntos, altura media, rumbo de intercepción.

Jack enderezó el cuerpo.

—Manteneos. No rompáis cadena.

Los aparatos enemigos entraron en cuadro con las alas marcadas. Jack bajó el morro.

—Entramos. Cadena viva.

El combate estalló sin aviso. Ráfagas cruzando el cielo, giros bruscos, órdenes cortas. Jack volaba casi sin pensar, cantando maniobras con precisión.

—Margen uno. Subid. Ahora izquierda.

Ray obligó a romper a uno de los cazas. Marshall cubrió su flanco. Elliot quedó un instante retrasado.

—Cinco, pega —ordenó Jack.

La respuesta tardó.

—Motor… pierde…

El avión de Elliot dejó una estela oscura. Perdía altura con rapidez.

—¡Elliot! Salta —gritó Jack.

—Aún aguanta…

—Salta ya —gritó Leo.

Una ráfaga atravesó el ala. El aparato giró sin control. Jack bajó tras él, empujado por un impulso inútil.

—¡Abre el paracaídas!

Durante un segundo la tela pareció desplegarse. Después, un fogonazo sacudió el cielo. El avión siguió cayendo unos instantes más, girando sobre sí mismo, hasta que el impacto contra el mar fue seco y el agua se cerró de inmediato. El paracaídas quedó a medio abrir.

—Elliot…

No hubo respuesta. El silencio se metió en la frecuencia. Jack mantuvo el aparato estable a duras penas. Miró a los lados. Contó. Volvió a contar. El hueco seguía allí.

—Aquí no podemos hacer nada —dijo Leo al fin—. Tenemos que salir.

Jack cerró los ojos un instante.

—Formación. Volvemos.

El regreso fue mudo. El océano parecía más grande que nunca. Al aterrizar, el golpe del tren de aterrizaje se le quedó metido en el cuerpo.

En el barracón, Kline pasó lista. Al llegar al nombre de Elliot, dudó apenas un segundo y siguió. Nadie dijo nada.

Ray se dejó caer en la litera.

—Le dije que saltara…

Marshall siguió de pie, sin mirarlo.

—Ya estaba perdido cuando lo vimos caer.

Ray negó con la cabeza.

—Podría haber salido antes.

Jack se acercó un paso.

—En el aire no hay después. Solo lo que haces en ese momento.

Ray apretó los dientes.

—No me acostumbro a esto.

—Nadie lo hace —dijo Leo, cerrando la libreta—. Solo seguimos volando.

Jack sacó papel y lápiz. Tardó en empezar. Cuando lo hizo, escribió despacio:

"Hoy perdimos a Elliot en patrulla. Cayó al mar. No lo olvidaremos."

Doblando la hoja, la guardó en el sobre que llevaba siempre encima. No lo cerró. Lo dejó abierto.

Esa noche no durmió. Escuchó el movimiento constante de la base, las botas al pasar, alguna risa fuera de lugar a lo lejos. Pensó en Elliot revisando motores, en su manía de apuntarlo todo, en la forma torpe que tenía de saludar antes de subir al avión.

Al día siguiente volvieron a volar. Nadie ocupó el quinto aparato. El hueco quedó allí, visible. Jack lo contó al despegar y volvió a contarlo en el aire. No se dijo nada por la radio.

En Carpintería, la guerra también había entrado en casa. El padre de Elsie llevaba semanas encamado. Tenía el rostro consumido, la tos constante, y la casa entera parecía reducida a ese sonido que marcaba los días y las noches. Aquella tarde, la madre de Elsie estaba junto a la cama, con un paño húmedo en la frente de su marido. Cuando él las llamó con un gesto débil, las dos se acercaron: la madre con la cara dura de quien ya sabe lo que viene, la hija con la esperanza de que aún quedara algo de tiempo.

Elsie se sentó a su lado y le tomó la mano, aquella mano que antes guiaba el arado y la rienda. Ahora era ligera.

—Has hecho más de lo que nunca imaginé —le dijo él, con la voz gastada—. Esta casa sigue en pie porque estás tú.

Elsie apretó su mano con fuerza.

—No digas eso. Volverás al campo. Te veré otra vez en los surcos.

El hombre sonrió, cansado.

—El campo ya no me espera. Quiero que vivas, hija. Que vivas sin miedo.

La madre apartó la vista y dejó el paño en el cubo de agua.

Elsie sintió que se le quebraba la voz.

—¿Y si Jack no vuelve? ¿Y si me quedo sola?

El padre levantó la mano con esfuerzo y le acarició la mejilla.

—Entonces invéntate una vida. Aunque duela. Pero no dejes de amar, Elsie.

Ella bajó la cabeza.

—No sé si podré.

La noche pasó despacio. La madre veló sentada, recta, inmóvil. Al amanecer, él se fue sin un gemido, con la mano de su hija aún entrelazada y la mirada de su esposa fija en él.

El entierro fue sencillo. Un ataúd modesto, flores traídas por los vecinos y el silencio de quienes sabían que no había palabras suficientes. Los Sullivan llegaron de los primeros; la madre de Jack abrazó a Elsie con fuerza.

—Tu padre fue un hombre de bien. Lo llevaremos en la memoria.

El padre de Jack añadió:

—Era de los que trabajaban sin esperar nada a cambio. Esta tierra le debe mucho.

Los vecinos, uno tras otro, dejaron una frase breve o un apretón de manos. Un anciano resumió lo que todos pensaban.

—En estos días cada muerte duele el doble.

Elsie se mantuvo firme durante toda la despedida, con la madre a un lado y Clara al otro. No lloró hasta volver a su cuarto. Abrió el cuaderno y escribió con mano temblorosa:

"Hoy se fue mi padre. Me pidió que viviera, aunque duela. No sé si podré. No sé si sabré seguir."

Una tarde, Clara caminaba por la estación del pueblo y volvió a encontrarse con David, el hijo del carpintero. Él bajaba un saco de madera del vagón y lo dejó en el suelo. Al verla, sonrió con timidez.

—¿Cómo estás, Clara?

—Bien… dentro de lo que se puede.

David asintió despacio.

—Yo sigo en el taller con mi padre. No me reclutaron. —Hizo una pausa—. Pero sigo pensando en aquel día en la playa.

Clara enrojeció y apretó el paquete de harina contra el pecho.

—Éramos críos.

—Y ahora ya no.

Se quedaron en silencio, con el traqueteo del tren al fondo. Clara bajó la mirada.

—A veces pienso que todo se ha quedado parado.

David dio un paso hacia ella.

—Entonces habrá que moverlo nosotros. Aunque sea poco a poco.

Clara no supo qué decir. Notó el pulso en la garganta.

Al volver a casa, se encerró en su cuarto y escribió:

"Hoy sentí que la vida sigue, aunque todo alrededor diga lo contrario."

En el Pacífico, los días siguieron cayendo uno detrás de otro. El hueco de Elliot no se llenó y nadie lo mencionó. Diciembre avanzó con una calma tensa. En la base, los vuelos se sucedían sin comentarios. Jack miraba a los lados antes de cada despegue y contaba: Ray, Marshall, Leo.

Una noche, sentado en el borde de la litera, sacó el pañuelo y lo extendió sobre la manta. Pasó los dedos por las letras bordadas despacio. Luego lo dobló y lo guardó otra vez.

En Carpintería, Elsie llevaba la casa adelante. Clara empezó a demorarse más en la estación. No siempre veía a David, pero bastaba con la posibilidad.

La última noche del año pasó en silencio en la base. El cielo, despejado; las luces de la pista se apagaron antes de medianoche.

Al amanecer, el aire frío y claro sobre la pista. Los mecánicos ya caminaban entre los aviones, revisando motores.

Ray se acercó a Jack.

—Otro año.

Jack miró la formación.

—Sí.

Marshall se ajustó los guantes.

—Misma cuenta.

Leo cerró su reloj.

—Y mismo trabajo.

Jack asintió una vez.

—Vamos.

Echó a andar hacia la pista con la cuenta ya hecha en la cabeza. Delante solo había otro día de vuelo, otra formación incompleta y el trabajo que tocaba cumplir.

CAPÍTULO XXXVII

EL AÑO DEL HIERRO

Filipinas y Japón — 1943

El amanecer en la isla no dejaba tregua; dejaba más barro. Hiroshi se incorporó con la espalda rígida y el uniforme empapado. El campamento era un mosaico de lonas rotas, fusiles mojados y hombres encogidos que ya parecían viejos. Los Doce eran ahora siete, y cada recuento al caer la tarde abría otro hueco en la fila. Nadie nombraba a los ausentes; bastaba con ver el espacio vacío.

Yamato los obligaba a moverse incluso cuando apenas podían arrastrar las botas.

—En pie.

El grupo respondía como una máquina gastada. Takeshima sujetaba a Okabe por el codo; la fiebre lo doblaba y apenas podía con el fusil. Kobayashi escupía al suelo para ocultar que también temblaba. Shunji caminaba con la mirada fija en la nuca del que llevaba delante, como si salirse de esa línea fuese desaparecer.

En los descansos, Hiroshi sacaba el sobre manchado, el que él llamaba el de la guerra. Anotaba con letra torcida:

"Enero. Seguimos siete. Okabe con fiebre. El barro no se acaba."

Luego abría el otro, el destinado a Masako, y escribía con más cuidado:

"Hoy ha llovido tanto que parece que el cielo quiera tragarnos. Pensé en ti. El patio de Nagoya me parece un sueño. Ojalá sigas viendo el cerezo."

Guardaba el papel bajo la camisa, convencido de que el calor del cuerpo podría salvarlo de la humedad.

A miles de kilómetros, en Manila, Masako también comenzaba el año sin descanso. El hospital improvisado era un hervidero de gritos, cubos de agua y camillas llenas. Tomiko terminaba cada jornada al borde del desmayo; Yumi atendía sin hablar, con la mirada vacía. Aoki mantenía el orden sin alzar la voz.

Masako iba de una mesa a otra con el delantal pegado al cuerpo. Lavaba cuencos, sujetaba vendajes, humedecía labios resecos con una cucharilla y apartaba sábanas cuando ya no había nada que hacer. Cada tarde, antes de tumbarse un momento, revisaba el buzón militar, pero siempre lo encontraba vacío. Aun así, seguía escribiendo:

"Hoy he visto morir a un niño filipino en mis brazos. No conocía su nombre, pero lo repito para que no desaparezca. Hiroshi, ¿sigues vivo?"

Guardó la hoja en el sobre con otras tantas. Al cerrarlo notó que las manos le temblaban.

Febrero repitió lo mismo: hambre, barro, fiebre. Los siete caminaban como sombras. Apenas hablaban. Seguían la espalda del que iba delante como único punto fijo. Nadie hablaba ya de victoria. Marchaban porque el de delante marchaba. Cada paso era una decisión silenciosa: uno más, y luego otro.

En un descanso, Shunji rompió el silencio.

—Hoy sería el cumpleaños de mi hermana.

Nadie respondió. Okabe intentó escribir, pero la mano le temblaba demasiado. Hiroshi le acercó un trozo de papel.

—Escribe solo una palabra.

Okabe tardó en trazarla.

Casa.

Hiroshi guardó el papel en el sobre manchado.

En Manila, Masako empezó a temer algo distinto al cansancio. Una tarde se vio reflejada en un cubo de agua y pensó: ¿y si olvidara el rostro de Hiroshi?

Aquella noche escribió:

"Hoy temí no recordar tu cara."

Abril trajo un amanecer extraño. Ese mes la fiebre se llevó a Okabe. Cayó de rodillas en un claro. Shunji intentó levantarlo; Takeshima le sostuvo la cabeza. Yamato anotó el nombre.

—Seguimos seis.

Clavaron una bayoneta sin hoja junto al sendero.

En Manila, Masako reorganizó una sala porque ya no cabían más camillas. Tomiko cayó rendida en un catre.

—No puedo más.
—Duérmete diez minutos —dijo Masako—. Luego vuelves.

Mayo dejó más muertos que arroz. Una emboscada los alcanzó en un sendero estrecho. Hayashi cayó sin soltar el mapa. Yamato anotó el nombre.
—Seguimos cinco.

Hiroshi escribió:

"Mayo. Hayashi caído."

Julio no dio tregua. Shunji se desplomó en marcha.
—Decid a mi madre… que no caí hacia atrás.

Murió poco después.
—Seguimos cuatro.

Agosto y septiembre se mezclaron. Kobayashi cayó en una escaramuza nocturna.
—Seguimos tres.

En Manila, Masako sostuvo una lámpara mientras un médico operaba. Después escribió:

"Lo hago y sigo."

Octubre llegó sin descanso. Yamato fue alcanzado cubriendo la retirada. Antes de caer, gritó:
—¡Seguid!

Hiroshi recuperó su libreta del barro y anotó:

"Yamato. Dos."

Noviembre dejó a Hiroshi y Takeshima solos. Dormían espalda con espalda, con el fusil entre las rodillas. Hablaron poco. Ya no hacía falta.

Diciembre los encontró igual. Takeshima cayó herido en una escaramuza.
—Si muero yo, escribe lo que fuimos.
—Lo sabrán —respondió Hiroshi.

Anotó:

"Diciembre. Quedamos dos."

En Manila, Masako escribió una sola palabra:

"Sigo."

La última noche del año, Hiroshi encendió un pequeño cabo de vela.

—¿Qué significa? —preguntó Takeshima.
—Que seguimos vivos.

En Manila, Masako encendió otra. En Nagoya, Haruko encendió otra junto al cerezo desnudo.

1943 terminó. Hiroshi guardó los sobres bajo la camisa y mantuvo la mano sobre ellos un instante; en Manila, Masako cerró el cuaderno tras el relevo, con los dedos doloridos pero firmes; en Nagoya, Haruko se detuvo en la puerta, miró el cerezo y volvió a entrar.

Nadie habló de descanso. Pero seguían en pie.

CAPÍTULO XXXVIII

BRÚJULA EN LA TORMENTA

Estados Unidos — 1944

El amanecer en la finca de los Braxton ya no traía alivio. Cada rincón le devolvía a Elsie la imagen de su padre: la silla donde se ataba las botas, la puerta del establo, la mesa donde hacía cuentas con un lápiz gastado. Ahora la rutina era suya y de su madre: ordeñar, revisar cercas, bajar al mercado con una cesta que pesaba más por lo que callaba que por lo que llevaba dentro. Lo hacía sin titubeos, pero al cerrar la puerta por la noche, la casa quedaba demasiado en silencio.

Clara pasaba por la finca cuando podía. Caminaban juntas sin prisa, entre cercas y tierra removida. A veces hablaban, a veces no.
—Mi madre dice que tengo manos de niña —dijo Clara una tarde—, pero que tendré que llevar una casa.
—¿Y tú qué quieres?

Clara sonrió sin mirar.
—Pienso en David.

Elsie no respondió. Solo la abrazó.

En el pueblo, la guerra ya no era noticia: era rutina. Cupones, colas, carteles en las paredes. La gente hablaba de Normandía sin saber señalarla en un mapa y luego siempre lo mismo: quién había recibido carta.

En casa de los Sullivan, la puerta seguía abierta.
—Él siempre fue cabezota —dijo la madre de Jack una tarde—. Cuando quería algo, no paraba.

Elsie sostuvo el pañuelo entre los dedos.
—Ojalá siga igual.
—No es ojalá —respondió la mujer—. Es lo que hay.

Clara cosía sin levantar la vista. Cada puntada era una espera.

Tommy apareció una tarde con el uniforme al hombro.
—Vuelvo mañana.
—Se nota —dijo Elsie.

Se sentaron en el porche.

—A veces pienso dónde estará Jack —dijo él—. Si sigue en el aire.

—Yo también.

Silencio.

—Le escribo igual —añadió ella—. Aunque no llegue.

Tommy asintió.

—Algo tendrá que llegar.

Cuando se fue, Elsie no entró en la casa. Se quedó mirando el camino vacío. Su madre apareció detrás.

—Hay que seguir.

—Ya.

Cenaron sin hablar.

Esa noche, Elsie escribió:

"Hoy vino Tommy. Me habló de tu risa. No la pierdas."

La primavera trajo más listas en la iglesia, más nombres en voz baja.

En el Pacífico, Jack seguía volando. Ray recibió permiso y, antes de irse, Jack lo alcanzó.

—Si ves a mi madre, dile que sigo entero. Y a Elsie… dile que no me olvido.

Ray asintió.

En Carpintería llamó a la puerta.

—Vuelo con Jack. Está vivo.

La madre lo abrazó. Clara se quedó quieta. Elsie bajó la mirada.

—¿Se acuerda de mí?

—Siempre —respondió Ray—. Dice que ahí está su casa.

Esa noche hablaron en el porche.

—Siempre lleva el pañuelo —dijo Ray—. Lo mira antes de subir.

Elsie lo apretó en el bolsillo.

—Entonces no está perdido.

—No —respondió Ray—. Mientras uno tenga a dónde volver, no se pierde.

Al día siguiente se despidieron.

—Dile que aquí seguimos —dijo la madre.

Elsie le dio un papel doblado.

—Para él.

Ray lo guardó sin abrirlo. Clara lo acompañó hasta el portón.

—Vuelve.

Ray asintió y echó a andar. Clara se quedó mirando.

Esa noche escribió:

"No sé qué me pasa."

Después dobló la hoja y la dejó dentro del cajón, junto a las cartas que nunca terminaba de enviar.

Fuera, la luz del porche seguía encendida.

Muy lejos de allí, otros hombres seguían volando en mitad de la noche.

CAPÍTULO XXXIX

EL AÑO DEL DERRUMBE

Filipinas, Manila y Nagoya — 1944

La selva seguía allí, cerrada, húmeda, implacable, pero ellos ya eran menos. Hiroshi y Takeshima avanzaban a tramos, como si cada metro costara un recuerdo. Habían aprendido a dormir de lado, con el fusil entre las piernas y la mochila por almohada; a guardar el agua como si fuera oro; a contar el arroz grano a grano, no en raciones.

—Dos cargadores y el sobre —dijo Hiroshi, tocándose el pecho.

—Y lo que no se escribe —respondió Takeshima, ajustándose la venda de la pierna.

El sendero se abría lo justo para dejarlos pasar y se cerraba enseguida. Cuando se detenían, Hiroshi sacaba sus dos sobres: el arrugado, con frases cortas y nombres, y el limpio, con la letra más cuidada.

Al amanecer, un enlace sin resuello soltó lo justo:

—Se reagrupa en el norte. Nuevo mando en Filipinas. Lo llaman Yamashita. Dice que hay que resistir.

Takeshima escupió a un lado.

—Resistir… —murmuró—. Con dos hombres también vale, ¿no?

—Con dos basta —respondió Hiroshi—. Mientras sigamos en pie.

A media mañana, un disparo les pasó rozando. Takeshima reaccionó antes de pensar, empujó a Hiroshi y marcó la dirección con la culata. Tres tiros. Silencio.

—Te debía una —dijo Hiroshi.

—Guárdatela —respondió Takeshima—. Me la pagas cuando salgamos de esta.

En Manila, el hospital ya no era un hospital, sino una suma de cuerpos esperando turno. Masako se movía de una mesa a otra sin levantar la voz, con el delantal pegado al cuerpo. Una mujer filipina le puso un bebé en brazos.

—Respira mal —dijo el médico—. No lo sueltes.

Masako lo sostuvo contra el pecho hasta notar el cambio. Cuando se lo devolvió a la madre, no hubo palabras, solo manos que se apretaban.

Cuando tuvo un momento de calma escribió:

"Hoy un niño volvió a respirar. Yo también."

En Nagoya, Haruko preparaba la cesta del refugio sin hablar. Ryōto insistía en abrir la persiana cada mañana.

—Mientras no caiga nada, vivimos.

Haruko no discutía.

La primavera avanzó sin alivio. En la selva, el camino no llevaba a ninguna parte concreta; solo seguía.

—Hoy tiras tú de mí —dijo Takeshima, con media sonrisa cansada.

—Hoy y mañana si hace falta —respondió Hiroshi, echándole más peso al hombro.

Al caer la tarde compartieron el último trago.

—Si mañana toca, que nos pille mirando hacia delante.

—Como siempre —dijo Hiroshi—. No sabemos hacer otra cosa.

En Manila, las paredes empezaron a temblar más a menudo.

—Si bombardean, sacamos a los que puedan andar —ordenó Sato—. El resto, al pasillo.

Un impacto cercano sacudió el edificio. Masako y Yumi levantaron una camilla entre las dos.

—No se me caiga —dijo Yumi, tensando los brazos—. Si se nos va, no lo levantamos otra vez.

—No se cae —respondió Masako—. Aguanta… ya casi.

No hacía falta más.

En verano, junto a la costa, vieron pasar sombras en el mar. Nadie dijo nada en voz alta.

—Por ahí viene lo gordo —murmuró Takeshima.

—Y nosotros aquí —respondió Hiroshi—. Aguantando.

Una emboscada breve: dos fogonazos, respuesta justa y silencio otra vez. Dos soldados de otra unidad se acercaron a su fuego.

—¿Sois los de la escuela?

—Éramos doce —dijo Hiroshi—. Quedamos dos.

El otro les ofreció agua. Hiroshi aceptó y devolvió la mitad.

—Para esto no hace falta nombre —dijo el soldado.

En otoño, la radio empezó a repetir una palabra: Leyte.
—Si el mar trae a los otros, esto cambia —dijo Takeshima.
—Entonces no nos movemos —respondió Hiroshi—. Pase lo que pase.

Una noche compartieron un trozo de dulce.
—Cuando salga de aquí, quiero aprender a cocinar —dijo Takeshima.
—Yo quiero dejar de saber disparar —respondió Hiroshi.

El dulce supo a otra vida.

En Manila, el hospital ya funcionaba sin pensar.
—No puedo más —dijo Tomiko, apoyada en la pared.
—Aguanta un poco más —respondió Masako—. Solo un poco.

Tomiko asintió. Era suficiente.

En Nagoya, una vecina preguntó:
—¿Tú qué crees que pasará?

Haruko miró el patio.
—Que mañana habrá que levantarse.

Nada más.

A finales de año, Hiroshi ya no escribía fechas exactas. Solo contaba:

"Seguimos dos."

Aquella noche se tumbaron espalda con espalda.
—Cuando vuelva, iré a buscar a mi padre —dijo Takeshima.
—Y yo llamaré a una puerta —respondió Hiroshi—. Y si no se abre, empujaré.

No hubo respuesta. No hacía falta.

El año se fue sin un cierre claro. En Manila, el hospital siguió en pie a base de manos que no se detenían. En Nagoya, las sirenas dejaron de sorprender. En la selva, Hiroshi y Takeshima siguieron avanzando sin saber hacia dónde, pero sin detenerse.

Al anochecer, Hiroshi volvió a guardar los sobres bajo la camisa. Takeshima apagó las brasas con tierra. El monte quedó en silencio.
—Mañana nos levantamos otra vez —murmuró Takeshima.

Hiroshi no respondió. Miró la oscuridad y dejó que el aire le entrara despacio en los pulmones. Pensó en los diez nombres que ya no caminaban con ellos. Durante un instante los vio tal como habían

sido: juntos, cargando más de lo que podían, compartiendo lo poco que tenían.

La selva seguía delante, igual que el primer día. A veces el mar se dejaba sentir entre los árboles y desaparecía enseguida.

Takeshima cerró los ojos apoyado contra la mochila. Hiroshi siguió despierto un rato más, escuchando la noche.

Y aunque no sabía qué traería el siguiente amanecer, aún estaban allí. Mientras quedara uno para recordarlo, los doce seguirían caminando.

CAPÍTULO XL

VOLAR HASTA EL FINAL

Estados Unidos — 1945

El sol caía sobre Randolph y el aire vibraba sobre el asfalto. Jack miraba la entrada hasta que vio a Ray bajar del jeep. No esperó; fue hacia él.

—¿Cómo están?

—Mejor dentro.

Caminaron sin hablar. En el barracón, Ray dejó la maleta y se sentó.

—No ha sido fácil.

—Meses sin cartas. Pensaban que estaba muerto.

Ray sostuvo la mirada.

—Sí. Tu madre me hizo repetirlo varias veces.

—¿Y mi padre?

—Al principio nada. Luego me abrazó.

—¿Clara?

—No me dejó ni respirar. Preguntas sin parar.

Jack esbozó una media sonrisa.

—Eso es Clara.

Pausa.

—¿Y Elsie?

—Sigue adelante. No se queja… pero se le nota. Me pidió que te dijera algo.

Jack levantó la vista.

—Que sigue ahí.

Jack asintió, sin decir nada.

Dos días después salieron en patrulla costera: cuatro aviones en formación. Jack delante, Ray a su ala, Leo detrás y Marshall arriba. El despegue fue limpio; los primeros minutos, de rutina.

—Tengo algo raro —dijo Marshall.

—Te veo. Mantén —respondió Jack.

El humo salió sin aviso.

—Presión cayendo.
—No fuerces. Mantén línea.
—Estamos contigo —añadió Ray.
El avión perdió altura.
—Corrige suave —ordenó Jack.
—No responde…
La voz de Gibbons cortó desde tierra:
—¡Manteneos en formación!
Ray tensó la voz.
—Se nos va.
—¡Es una orden!
Un segundo.
—Jack…
El impacto fue seco. Un destello y nada más.
Silencio en la radio.
—Lo hemos perdido —dijo Ray.
Jack no respondió. Mantuvo el rumbo.
Aterrizaron como siempre. Motores fuera, cascos fuera. Nadie habló. En el barracón, la litera de Marshall seguía intacta. Leo se quedó de pie.
—Ayer estaba aquí.
Ray apoyó la mano en la madera.
—Sí.
Jack no tocó nada.
—Lo hemos visto caer.
Nadie respondió.
Esa noche, Ray habló sin mirarlo.
—He querido romper la formación. Acercarme más.
—No cambiaba nada —dijo Jack.
—Ya…
Silencio.
—Si piensas en eso, no vuelas.
Ray no contestó.
Al día siguiente volvieron al aire. El cielo era el mismo; ellos no. Las semanas se comprimieron: más salidas, menos nombres.
—Aquí estaba Elliot —dijo Leo un día.

Nadie respondió. Jack dejó de mirar el tablón; solo el avión.

Gibbons los reunió.

—Alemania se ha rendido.

Un murmullo breve.

—Aquí no.

Silencio.

En Carpintería, la radio anunció lo mismo.

—Se ha acabado —dijo Clara.

—Allí —respondió la madre.

Elsie no se movió.

—Para nosotros no.

Días después llegó la noticia:

—Tommy ha muerto.

Nadie preguntó.

En agosto, la radio volvió a encenderse.

—Japón se ha rendido.

Silencio.

—¿Ya está? —dijo Leo.

Jack tardó un momento.

—Eso dicen.

Ray se pasó la mano por la cara.

—¿Y ahora?

—Parar.

—¿Y luego?

Jack no respondió.

La base se vació poco a poco: camas libres, taquillas abiertas. Jack dobló el uniforme; el pañuelo quedó dentro. Se quedó un segundo con la mano apoyada antes de cerrar.

Al amanecer volvió a la pista. Sin aviones, solo las marcas. Ray llegó después.

—¿Te vas?

—Sí.

—Yo también.

Se miraron.

—Nos vemos fuera.

—Claro.

Ray dudó un instante.

—Gracias.

—Hemos aguantado.

Ray asintió y se marchó.

En Carpintería, Elsie salió al porche y se quedó quieta. Entró en la casa sin encender la luz, subió despacio y se sentó en la cama.

Esperó.

El regreso ya no era una idea. Era lo siguiente.

CAPÍTULO XLI

EL ÚLTIMO INVIERNO DE JAPÓN

Manila, Filipinas y selva de Luzón — 1945

El hospital de Manila ya no era un hospital. Las mesas servían de camillas, los pasillos estaban ocupados por hombres que apenas podían moverse y las paredes acumulaban nombres escritos a toda prisa que nadie borraba. Masako cruzó la sala con un cubo de agua, esquivando cuerpos, vendas y manos que buscaban algo a lo que agarrarse. Yumi iba detrás, midiendo cada paso, aprendiendo a no detenerse aunque alguien la mirara como si fuera la única salida.

En la entrada, Tomiko no levantó la vista del cuaderno.

—Llegarán más. No sé cuántos.

—Nunca lo sabemos —respondió Masako sin detenerse.

El motor se oyó antes de que apareciera el camión. Afuera, las ruedas frenaron sobre tierra suelta y durante un segundo todo pareció quedarse suspendido. Luego empezó el movimiento. Bajaron a los heridos uno tras otro, con una prisa que ya no era nerviosa, sino aprendida.

Un muchacho intentó incorporarse y alargó la mano.

—Agua… por favor…

Masako se inclinó y le sujetó la muñeca con firmeza.

—Despacio. Si bebes así, te va a sentar peor.

El chico la miró sin entender, pero dejó de moverse. Yumi acercó un paño húmedo.

—¿Siempre es así? —preguntó en voz baja.

—No. Cada día es más duro.

El trabajo siguió sin pausas claras. Las órdenes se cruzaban de un lado a otro mientras la base continuaba funcionando sin detenerse un segundo. Cuando por fin pudieron apartarse unos minutos, la actividad seguía viva al fondo.

Yumi sacó una carta arrugada.

Yumi sacó una carta arrugada.

—Mi madre escribe desde Osaka. Dice que bajan al refugio todas las noches. Que ya ni cuentan las sirenas.

Masako apoyó la espalda contra la pared.

—Haruko me escribe algo parecido. Mi padre se queda despierto mirando mapas… como si pudiera adelantarse a lo que viene.

—¿Y tú te lo crees?

Masako negó.

—No. Pero entiendo que lo haga.

Yumi dudó antes de preguntar.

—¿Y de Hiroshi?

Masako miró la libreta, sin abrirla.

—Nada.

—¿Y sigues escribiéndole?

—Sí.

—¿Para qué?

Masako cerró la mano sobre la tapa.

—Para no dejar de hablarle.

El aire cambió antes de que llegara el primer impacto. El suelo vibró, el techo crujió y el polvo cayó en pequeñas ráfagas.

—¡Los que puedan andar, fuera! —gritó Aoki.

Masako ya estaba empujando una camilla con Tomiko.

—A la derecha. Déjala ahí.

—No me sueltes —murmuró el herido.

—Tranquilo. Aguanta.

En el patio, el movimiento era más abierto, pero no más fácil. Las manos seguían ocupadas, las órdenes seguían llegando y el cuerpo seguía respondiendo antes que la cabeza. Tomiko dio dos pasos hacia otra camilla y de pronto se quedó quieta.

—Tomiko.

No respondió. La libreta cayó al suelo antes que ella. Se llevó una mano al pecho, intentó apoyarse en una mesa y terminó desplomándose de lado

—¡Tomiko! —gritó Yumi.

Masako soltó la camilla y se arrodilló junto a ella. Le buscó el pulso. Nada. Volvió a intentarlo mientras alrededor seguían oyéndose órdenes y pasos.

—Tomiko. Mírame.

Los ojos permanecían abiertos, perdidos en algún punto del techo improvisado del patio. Aoki llegó corriendo, se inclinó apenas un instante y entendió la situación sin preguntar.

—Masako.

Ella seguía con los dedos en el cuello de Tomiko, como si insistir pudiera cambiar algo.

—No puede ser.

Yumi se tapó la boca con la mano. Otro estruendo sacudió el hospital. Aoki señaló las camillas.

—Seguid.

Masako cerró los ojos de Tomiko despacio. Después recogió la libreta caída del suelo y se levantó.

—Vamos.

Cuando por fin la presión bajó lo justo para poder sentarse, Masako apoyó el cubo a un lado y escribió una línea rápida sin releerla.

Esa noche, en un banco apartado del pasillo, Yumi dejó caer los hombros.

—Tengo miedo de olvidarlo todo —dijo—. Que dentro de unos años no me acuerde de ninguna cara.

Masako apoyó la mano sobre la libreta.

—A mí me da miedo acordarme de todo.

El silencio no fue vacío. Fue una pausa corta antes de volver.

Muy lejos de allí, en Luzón, el aire no circulaba. Se quedaba atrapado entre los árboles, espeso. El suelo cedía bajo cada paso.

Durante un buen rato no hablaron.

—Si seguimos así, no llegamos a ningún sitio —dijo Takeshima.

Hiroshi apartó una rama.
—Ya estamos en ningún sitio.
Takeshima dejó escapar una risa corta.
—Al menos lo dices claro.
Hiroshi sacó el mapa, lo miró apenas un segundo y lo volvió a guardar.
—Aquí ya no manda eso.
—Entonces dime qué manda.
—Seguir caminando.
Takeshima apoyó las manos en las rodillas.
—Eso lo llevamos haciendo meses.
—Por eso seguimos vivos.
Cuando cayó la noche, el fuego fue apenas una referencia. El arroz estaba duro, pero lo comieron igual.
—Mis padres están en Nagasaki —dijo Takeshima—. O estaban.
Hiroshi removió las brasas.
—Mientras no sepas otra cosa, siguen vivos.
—¿Y si ya no?
Hiroshi levantó la vista.
—Entonces nos enteraremos.
Takeshima no respondió.
El día siguiente empezó igual.
—No puedo seguir este ritmo —dijo Takeshima.
Hiroshi miró la pierna.
—Descansamos cinco minutos.
—No es la mochila.
—Lo sé.
El ataque llegó sin aviso. Disparos entre los árboles, tierra levantándose.

—¿Sigues ahí?
—Sí… pero de milagro.
Se quedaron en el suelo unos segundos antes de levantarse.
En Manila, el murmullo llegó entre vendas y respiraciones cortadas.
—Tokorozawa… Nakamura…
Masako se inclinó de inmediato.
—¿Qué has dicho? Mírame. ¿De dónde vienes?
El hombre abrió los ojos apenas.
—Escuela… pelotón terrestre… doce…
Masako le sujetó el hombro.
—¿Los de Tokorozawa? ¿Conoces a Hiroshi Nakamura? ¿Sigue vivo?
El herido intentó hablar.
—Naka… Naka…
—Sí. Nakamura Hiroshi. Dímelo.
El hombre se agarró a su manga.
—Quedaban… pocos… selva… norte…
—¿Cuántos? ¿Él estaba con ellos?
No hubo respuesta.
—Dímelo… por favor.
El cuerpo se le aflojó de golpe.
Masako no se movió.
—No… espera…
Le sostuvo la cara.
—Un momento más.
Nada.
Yumi habló detrás.
—Masako…
Ella no respondió. Durante un segundo lo había tenido. Y se había ido.
Cerró los ojos. No salió nada.
Acomodó el cuerpo con cuidado.
—Apunta su nombre.
—No lo ha dicho.
—Entonces escribe lo que tenemos. Pero no lo dejes en blanco.
Se levantó y volvió a moverse.

En la selva, caminaron un rato sin hablar.
—¿Te acuerdas de la pista de tierra? —preguntó Takeshima.
—Sí.
—Pensaba que aquello era lo más lejos que íbamos a llegar.
—No sabíamos nada.
—Doce salimos de allí.
—Y dos seguimos andando.
Takeshima dio unos pasos más y se detuvo.
—Han dicho… —empezó— que han arrasado una ciudad entera.
—¿Dónde?
—En Japón… al sur. Dicen que no ha quedado nada.
El silencio se cerró entre los dos. Takeshima levantó la cabeza despacio.
—Mis padres estaban allí.
No fue una afirmación. Fue darse cuenta.
Hiroshi dio un paso hacia él, pero no llegó a tocarlo.
—Puede que…
—No me digas eso.
Se pasó la mano por la cara.
—Llevo meses pensando en volver, en llegar y llamar a la puerta… y ahora no sé ni a qué puerta voy a volver.
Se quedó quieto. No lloró. El monte seguía igual alrededor.
Pasó un rato antes de que volviera a moverse.
—Vamos —dijo al fin—. No tiene sentido pararse aquí.
—Vamos.
Caminaron otra vez.
En Manila, Yumi señaló la libreta.
—¿Sirve de algo?
Masako la abrió.
—Sirve para que no desaparezcan.
—¿Y tú?
Masako dudó.
—Yo ya veré.
En la selva, Takeshima miró sus manos vacías.
—¿Qué somos ahora?
Hiroshi guardó los papeles.

—Los que quedan.
—¿Y con eso te vale?
Hiroshi negó.
—No lo sé.
En el hospital, las manos siguieron ocupadas sin detenerse. En la selva, Hiroshi y Takeshima volvieron a caminar. Nadie sabía cuánto quedaba, pero ninguno se detuvo.

CAPÍTULO XLII

EL CAMINO A CASA

De Randolph a Carpintería, California — 1945

Randolph amaneció en calma. Los hangares estaban cerrados y las pistas, vacías, como si la base hubiera decidido detenerse por unas horas. Jack, Ray y Leo esperaban en el patio con las maletas a los pies. Nadie hablaba. No hacía falta.

Gibbons se detuvo frente a ellos.

—Aquí termina vuestra guerra, pero no vuestro deber. No olvidéis a los que se quedaron en el camino.

Se inclinó hacia Jack.

—Quizá pronto me toque llamarte para otra tarea. Mantente preparado.

A un lado, Kline cerró su cuaderno.

—Id a casa, pero no dejéis atrás lo aprendido.

Leo tragó saliva. Ray bajó la cabeza. Jack se cuadró por última vez. Luego subieron al camión. Al mirar atrás, vio a Gibbons y a Kline inmóviles, cada uno en su sitio, como si la base siguiera ahí aunque ellos ya no pertenecieran a ella.

La estación estaba llena de soldados licenciados con botas gastadas y maletas improvisadas. El tren esperaba con las puertas abiertas. Jack, Ray y Leo encontraron sitio en un vagón abarrotado y se sentaron sin hablar.

Cuando el tren arrancó, el traqueteo llenó el silencio que ninguno sabía romper. Afuera, las llanuras de Texas se extendían sin cambios.

—Se acabó —dijo Ray al cabo de un rato.

Leo negó levemente.

—Lo creeré cuando abrace a los míos.

Jack no intervino. Miraba por la ventanilla, pero no veía el paisaje. Los nombres seguían ahí, uno detrás de otro, sin dejarle espacio.

Ray se inclinó hacia él.

—Cuando llegue a casa, te escribiré. No quiero que esto termine aquí.

Jack le tendió la mano.

—No va a terminar.

Leo puso la suya encima.

—Seguimos siendo Eagles.

Nadie añadió nada más.

El tren se detuvo en una estación de Arizona. El andén estaba lleno de familias esperando. Leo se levantó al ver el cartel.

—Aquí me bajo.

Ray lo miró sorprendido.

—¿Ya?

—Mi familia me espera aquí. Si sigo, me paso de largo.

Cogió la maleta y los miró serio.

—No olvidéis lo que hemos prometido.

Jack lo abrazó con fuerza.

—Ni lo sueñes.

Ray le dio una palmada en la espalda.

—Escribe en cuanto llegues.

Leo asintió, bajó al andén y, antes de perderse entre la gente, levantó la mano. Jack respondió con un gesto corto.

Cuando el tren volvió a ponerse en marcha, el asiento de enfrente quedó vacío. Ray apoyó los codos en las rodillas.

—Se nota, ¿eh?

Jack asintió.

—Sí.

El silencio volvió, pero ya no era el mismo.

—Mi parada es dentro de dos horas —dijo Ray—. Tendría que bajar allí.

Jack lo miró un instante.

—Quédate unos días en Carpintería. A mi familia le alegrará verte.

Ray dudó apenas un segundo.

—Me gustará verlos de nuevo. Avisaré a los míos.

Jack asintió.

—Así mejor.

Ray se acomodó en el asiento. No dijo nada más, pero su expresión había cambiado.

San Diego los recibió al anochecer. El andén estaba a rebosar: uniformes, civiles, madres con telegramas en la mano, abrazos que empezaban antes de que el tren se detuviera del todo.

—Todo el país parece estar aquí —dijo Ray.

—Todos vuelven a la vez —respondió Jack.

Caminaron entre la gente sin detenerse. Jack se quedó un segundo atrás, mirando a una familia que se abrazaba sin soltarse. Luego siguió.

—Nuestro tren hacia el norte sale en una hora —dijo Ray.

Jack asintió.

—Aún queda camino.

El autobús los dejó en la carretera al caer la tarde. Jack bajó primero. Reconoció los álamos, la valla, el camino de tierra. Se quedó quieto un instante antes de avanzar.

La puerta se abrió de golpe. Su madre salió a su encuentro.

—¡Hijo mío!

Lo abrazó con fuerza. El padre llegó detrás y lo estrechó contra sí.

—Estamos orgullosos de ti, Jack.

La madre se apartó lo justo para mirar a Ray.

—Qué alegría tenerte aquí. Esta también es tu casa.

Clara apareció desde la cocina. Jack la miró con sorpresa.

—Clara…

Ella sonrió, nerviosa, y al cruzar la mirada con Ray bajó los ojos.

—Ve a buscar a Elsie —dijo la madre—. Y a la señora Braxton. Hoy cenamos todos juntos.

Jack asintió y salió de nuevo al camino.

La vio antes de llegar. Venía desde la otra casa, con paso firme. Cuando se detuvo frente a él, ninguno habló. Se miraron un instante que se alargó más de lo necesario.

—Has vuelto —dijo ella al fin.

—Sí.

Elsie dio un paso adelante y lo abrazó. Jack cerró los ojos un segundo antes de rodearla. No hubo prisa. Cuando se separaron, siguieron mirándose, como si todavía necesitaran comprobarlo.

—Pensé que… —empezó ella.

—Yo también —respondió él.

No dijeron más. No hacía falta.

La cena se alargó más de lo habitual. La mesa estaba llena y las voces fueron ocupando el espacio poco a poco. El padre alzó el vaso.
—Hoy damos gracias porque han vuelto. Y recordamos a los que no lo han hecho.

La madre encendió una vela. Nadie apartó la vista.
—Tommy no volverá —dijo Clara en voz baja.

Elsie asintió.
—Luis estuvo aquí unos días. Está vivo.

Jack inclinó la cabeza.
—Me alegra saberlo.

El silencio se sostuvo lo justo antes de que alguien cambiara de tema.

Más tarde, en el porche, el aire era distinto.
—Temí perderte —dijo Elsie.

Jack le tomó las manos.
—Yo también.
—No quiero volver a pasar por eso.
—No vas a pasar por eso otra vez.

Elsie lo miró un segundo más y luego lo besó. Esta vez no hubo dudas.

En los días siguientes, el tiempo empezó a colocarse en su sitio. Jack trabajaba en el rancho por la mañana y pasaba las tardes con Elsie. Ray se movía por la casa con naturalidad, pero siempre había un momento del día en el que se quedaba callado más de lo normal.

Una mañana, en el porche, sacó un papel del bolsillo.
—Tengo que escribir a los míos.

Clara lo escuchó desde la puerta.
—¿Lo mandarás hoy?
—En cuanto abra el correo.

Clara asintió y se ofreció a acompañarlo.

Al doblar la esquina, se encontraron con David. Clara se detuvo.
—David…

Ray observó sin intervenir.
—Parecía más que un conocido —dijo después, cuando retomaron el camino.

Clara no respondió.

En noviembre llegó la respuesta. Los padres de Ray lo esperaban. El día de la partida, Clara lo acompañó a la estación.

—¿Volverás? —preguntó en voz baja.

Ray la miró un instante antes de responder.

—Haré lo posible.

El tren arrancó. Clara se quedó en el andén hasta que dejó de verlo.

El invierno fue entrando poco a poco. En la casa de los Sullivan, la vela seguía encendiéndose cada noche. Jack había recuperado el ritmo del trabajo, pero todavía había momentos en los que se detenía sin motivo, como si algo tirara de él hacia atrás.

Una noche, en el porche, miró a Elsie.

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella no dudó.

—Sí.

El beso que siguió no fue apresurado. Fue firme.

Los días siguientes empezaron a tomar forma alrededor de esa decisión. Planes, preparativos, conversaciones que ya no hablaban de la guerra, sino de lo que venía.

El último domingo del año, Jack recibió un sobre con membrete militar. Reconoció la letra antes de abrirlo. Lo leyó sin cambiar el gesto y luego lo guardó en el bolsillo.

Elsie lo miró.

—¿Qué pasa?

Jack negó suavemente.

—Nada que no pueda esperar.

Se quedaron un momento en silencio, uno junto al otro, mirando el campo. Jack metió la mano en el bolsillo y notó el pañuelo. Esta vez no lo apretó.

CAPÍTULO XLIII

DESPUÉS DE LA DERROTA

Japón y Filipinas — 1945

En una calle de Nagoya, un cartel medio quemado seguía colgado de una pared que ya no sostenía nada. A su lado, una bicicleta doblada contra un muro y una puerta sin casa marcaban el lugar donde antes había vida. La gente pasaba sin detenerse. Nadie preguntaba. Nadie esperaba respuestas. Para muchos, volver no era regresar a nada conocido, sino llegar a un sitio donde había que empezar sin saber por dónde.

Hiroshi lo entendió en cuanto oyó la voz del emperador anunciando la rendición. Nadie se movió mientras el mensaje sonaba en la radio del campamento. Algunos bajaron la cabeza; otros permanecieron quietos, como si moverse fuera a cambiar algo. Cuando terminó, no hubo órdenes claras. Solo hombres recogiendo lo poco que tenían, evitando cruzarse demasiado.

Hiroshi salió del barracón con el fusil al hombro. A unos metros, Takeshima lo esperaba apoyado contra una pared medio derruida.

—¿Lo has oído?

—Sí.

Takeshima se apartó de la pared y echó a andar despacio. Hiroshi se puso a su lado.

—Entonces… ¿ya está?

Hiroshi tardó en responder.

—La guerra sí. Lo demás… ya veremos.

Takeshima soltó el aire, sin alivio.

—No sé qué se hace ahora.

Siguieron caminando. La selva no había cambiado. Al cabo de un rato, Takeshima volvió a hablar.

—¿Volverás a Nagoya?

—Si encuentro la casa.

—Y si no está.

Hiroshi siguió andando unos pasos antes de contestar.

—Entonces buscaré a mis padres.

Takeshima asintió sin mirarlo.

—Yo no tengo adónde ir.

El silencio se alargó. Hiroshi se detuvo.

—Ven conmigo.

Takeshima levantó la vista.

—Hace demasiado tiempo que no sé qué hacer con mi vida.

—Entonces empieza por no quedarte solo.

Takeshima negó, sin fuerza.

—No voy a entrar en tu casa como si nada.

Hiroshi lo miró por primera vez desde que se habían detenido.

—Entonces entra como alguien que también ha sobrevivido.

Takeshima se quedó quieto un instante largo.

—No sé ni qué voy a hacer mañana.

Hiroshi retomó la marcha.

—Empieza por hoy.

No añadieron nada más.

Cuando la selva empezó a abrirse, apareció la vía del tren. Había gente sentada en los raíles, otros esperando sin saber siquiera si aquello iba a pasar. Un convoy llegó despacio, cargado de hombres como ellos: uniformes gastados, miradas vacías, nadie preguntando a dónde iba el tren.

Subieron sin hablar. Dentro no había sitio para moverse bien. Un hombre dormía sentado con la cabeza apoyada en la madera; otro observaba sus propias manos como si ya no las reconociera.

—Nagoya —dijo Hiroshi.

El tren arrancó con un tirón seco. Hiroshi metió la mano en el bolsillo interior y tocó la carta de Masako un instante antes de soltarla. Takeshima apoyó la espalda contra la pared del vagón.

—Ahora sí empieza lo difícil.

Hiroshi observó por la ventanilla. El paisaje no tenía continuidad: tramos enteros sin nada en pie, chimeneas solas, calles que no llevaban a ninguna parte.

Cuando el tren se detuvo, nadie anunció nada.

Bajaron.

Nagoya estaba allí, pero no como la recordaba. El aire tenía polvo suspendido y un silencio extraño ocupaba las calles abiertas. No se oían bicicletas. No se oían radios. Solo pasos y madera crujiendo bajo los escombros.

Hiroshi caminó unos metros sin reconocer nada, giró sobre sí mismo y volvió a avanzar.

—Tiene que estar por aquí.

No sonaba convencido.

Caminaron durante horas entre restos y paredes abiertas. En cada esquina Hiroshi dudaba. Al fin, al girar en una calle más estrecha, algo encajó: un muro de piedra agrietado y un portón inclinado.

—Aquí es.

La puerta estaba entreabierta. La empujó con cuidado y entró. El patio seguía en su sitio. Una mujer salió con un cubo de agua, se quedó parada al verlo y el cubo cayó al suelo.

—¿Hiroshi?

Él dio dos pasos y la abrazó. Ella se aferró sin soltarlo. Un hombre apareció detrás, más encorvado. Hiroshi se inclinó.

—Padre…

El hombre lo levantó y lo abrazó sin decir nada. Cuando se separaron, Hiroshi miró hacia la calle.

Cuando se separaron, Hiroshi miró hacia la calle.

—Hay alguien más.

Takeshima seguía fuera.

—Ven.

Dudó un segundo antes de entrar.

—Es Takeshima. No tiene adónde ir.

El padre lo observó un instante.

—Entonces ya tiene.

La madre le tocó el brazo.

—Pasa.

Takeshima cruzó el umbral sin decir nada. El padre se sentó despacio antes de hablar.

—La radio no se oía bien. Hubo que acercarse mucho. Nadie entendía las palabras, pero todos sabían lo que significaban.

Se quedó con la vista fija en el suelo un momento.

—Algunos se arrodillaron. Otros se fueron sin decir nada.

La madre dejó un cuenco en la mesa.

—Aquí no hubo tiempo para eso. Había que apagar lo que quedaba y guardar lo poco que no ardió.

El padre asintió una vez.

—No es perder la guerra. Es quedarse sin país durante un tiempo.

Nadie discutió aquella frase.

Esa noche, delante de un cuenco de arroz, Takeshima comió despacio.

—Mañana me iré —dijo al fin—. No quiero quedarme más de lo necesario.

Hiroshi negó.

—Mañana ya veremos.

La madre dejó el cuenco en la mesa.

—Mientras esta casa siga en pie, nadie sobra.

Takeshima bajó la cabeza. No discutió.

Después de cenar salieron al porche. La calle estaba a oscuras.

—Han dicho que fue una sola bomba —dijo Takeshima—. Una sola.

Hiroshi permaneció callado.

—Que no quedó nada en pie. Nada. Mi padre abría la tienda antes de amanecer… no sé si llegó a abrir ese día.

Se pasó la mano por la cara y empezó a caminar de un lado a otro del porche sin darse cuenta.

—No puedo ni ir a buscarles.

Se detuvo un momento, respirando fuerte.

—Ni siquiera sé por dónde empezar a recordarles.

Hiroshi se quedó a su lado.

—Si los olvido, entonces sí que desaparecen.

Hiroshi asintió.

—No los vas a olvidar.

Takeshima bajó la vista y apoyó las manos en la barandilla sin responder.

En Manila, el hospital japonés era ya un edificio vacío: camas sin sábanas, pasillos sin voces, puertas abiertas que no llevaban a nada.

Masako recogía vendas que nadie iba a usar mientras el sonido de botas extranjeras cruzaba el lugar sin detenerse.

Se detuvo un momento con un vendaje en la mano. Observó la sala vacía.

—Aquí estaban —dijo en voz baja—. Todos.

Yumi siguió doblando telas antes de contestar.

—Se han ido donde han podido.

Masako dejó la venda sobre la mesa.

—No. Algunos no se han ido a ninguna parte.

Las dos siguieron trabajando en silencio.

—Dicen que nos mandan de vuelta —añadió Yumi.

Masako asintió. No preguntó cuándo.Masako.

En el puerto, la gente se amontonaba sin orden. Sacos improvisados, niños agarrados a la ropa de sus madres, miradas perdidas. Nadie explicaba nada con claridad. Masako subió por la pasarela con su maleta; dentro llevaba el cuaderno y poco más. Yumi subió detrás.

—Si nos separan, escribe dónde estás.

—Haz lo mismo.

En cubierta no había sitio. La gente ocupaba cada hueco. Masako se agarró a la barandilla, sacó el cuaderno y dudó un segundo antes de escribir.

—Puede que nadie lo lea —dijo Yumi.

Masako cerró el cuaderno.

—Yo sí.

El barco avanzó despacio. Las noches eran largas y el mar no cambiaba. Algunos rezaban en voz baja; otros permanecían inmóviles durante horas.

Cuando llegaron a Japón, el puerto estaba desbordado. Nadie preguntaba nombres. Masako bajó con la multitud y acabó en un almacén lleno de gente. Se sentó en el suelo, apoyó la espalda en la pared, sacó el cuaderno y escribió su nombre.

Luego añadió una línea más, apretando la mano al final.

Sigo aquí.

En Nagoya, Hiroshi preguntaba en listas y oficinas sin encontrarla.

—¿Algo? —preguntó Takeshima.

Hiroshi negó.

—No.

Se quedó un momento con la carta en la mano, sin abrirla.

Esa tarde, en el patio, clavó una tabla en el marco de la puerta. El golpe sonó seco. Su madre levantó la vista un instante y siguió con lo suyo. Hiroshi observó el tablón, volvió a guardar la carta en el bolsillo y miró hacia la calle vacía.

Dentro de la casa había sitio, pero todavía no sabía dónde buscar a Masako.

CAPÍTULO XLIV

UN AÑO DE REGRESO

Carpintería, California — 1946

1946 empezó en silencio. Las campanas sonaron el primer día, pero nadie salió a festejar. En Carpintería se hablaba de lluvias, de cosechas y de cómo seguir con la vida. Las ventanas cerradas de la casa de Tommy recordaban que había nombres que no volverían. Luis seguía escribiendo desde la marina; sus cartas eran breves, pero cada sobre daba un alivio que mantenía viva la esperanza.

En casa de los Sullivan, la rutina ayudaba a tirar del ánimo. La madre encendía el fogón al amanecer, Clara se ocupaba de las tareas y Jack trabajaba en el rancho con su padre. Elsie y su madre cruzaban a menudo el patio con fruta o pan, y poco a poco la separación entre ambas casas se fue borrando. Ray, lejos pero presente, enviaba cartas a Jack llenas de recuerdos compartidos y bromas que solo ellos entendían. Clara era la primera en ofrecerse a llevar el sobre y la última en soltarlo. En 1946 ya no había batallas, pero sí decisiones que acabarían marcando sus vidas.

Una mañana, Clara entró en el cobertizo con un sobre en la mano.

—Otra de Ray.

Jack dejó el saco que estaba moviendo.

—Parece que mis cartas te interesan más de lo que pensaba.

Clara le tendió el sobre con demasiada prisa. Él lo abrió y leyó en voz alta:

—Sigo con la instrucción. No sé cuánto durará, pero espero pasar pronto por Carpintería. Me alegrará veros.

Clara repitió en voz baja:

—Veros…

Jack la miró de reojo.

—Si tanto te interesa, igual te dejo responder tú.

Ella se puso colorada y salió sin contestar.

Cuando se quedó solo, Jack fue a su cuarto. Sacó del cajón el sobre que había guardado desde Randolph y lo abrió por fin. Reconoció la letra de Gibbons desde la primera línea.

«Sullivan: no te escribo para sacarte de casa. Pero quiero que sepas que hay bases en Japón que buscan instructores. Si algún día decides volver a volar, avísame. No es una orden. Es una oportunidad. Y de los Eagles que quedan, eres de los que pueden hacerlo.

Saluda a los tuyos.

Gibbons.»

Dejó la carta sobre la cama. No era una orden, pero sí una puerta abierta. Se quedó un momento mirando el papel. Japón volvía a aparecer como si nunca se hubiera ido del todo. Cerró el cajón sin responderse nada.

Por la tarde ayudaba con la cerca cuando Elsie apareció con un cesto de naranjas.

—Para que no digas que no te cuido.

Jack sonrió y dejó el martillo.

—He abierto la carta de Gibbons. Quieren instructores en Japón.

Elsie lo miró un segundo más de la cuenta.

—Claro que no me gusta. Pero tampoco voy a pararte.

Jack dejó de sonreír.

—No quiero volver a lo mismo.

Elsie no respondió al instante.

—Pues dilo claro —dijo al fin—. ¿Quieres ir o no?

Jack apartó la vista hacia la cerca.

—Pensé que te ibas a enfadar.

Elsie soltó una risa corta.

—Claro que me enfada.

Él levantó la vista.

—Pero no por eso —añadió ella—. Me enfada verte así.

Jack tensó la mandíbula.

—No es tan fácil.

—Ya lo sé.

Elsie dio un paso más cerca.

—Pero llevas días igual. Ni te vas ni te quedas.

Jack bajó la mirada al martillo.

—No quiero meterme otra vez en algo que no controlo.

Elsie asintió despacio.

—Entonces decide con los ojos abiertos.

El silencio se quedó entre los dos.

—Si te vas, sabrás por qué —continuó ella—. Y si te quedas… también.

Jack no respondió.

Elsie cogió una naranja del cesto y se la puso en la mano.

—Anda.

Él dudó un segundo antes de cogerla.

—Trabaja —dijo ella—. Que dándole vueltas no vas a arreglarlo.

Jack dejó escapar una media sonrisa.

—Y no tardes —añadió Elsie ya de espaldas.

Jack la vio alejarse sin moverse. Luego volvió a la cerca.

La madre regresó del mercado con la cesta medio vacía. Dejó el pañuelo sobre la mesa.

—He visto a la madre de Luis. Le ha llegado carta. Dice que está vivo, pero aún no sabe cuándo volverá.

Clara levantó la cabeza de golpe.

—¿Está bien?

—Eso parece. Lo mueven de base en base, pero sigue en la marina.

Jack asintió despacio.

—Sigue vivo, que ya es mucho.

El nombre de Tommy no se pronunció, pero quedó en la cocina. Más tarde, la madre se detuvo frente a la silla vacía donde solía sentarse. Apoyó la mano en el respaldo y siguió con lo que estaba haciendo.

El café estaba aguado, pero lo sirvió igual. Jack levantó la vista.

—Me quedo aquí. Hay trabajo y no pienso marcharme otra vez.

—¿Y si te llaman? —preguntó Clara.

—Si me llaman, decidiré. Pero ahora estoy en casa.

La madre asintió con alivio.

—Pues aprovechemos eso mientras podamos.

Clara no se aguantó.

—¿Has sabido algo más de Ray?

Jack arqueó una ceja.
—Empiezas a repetirte. ¿Qué escondes?
Clara se levantó de golpe y salió al patio. Jack soltó una risa corta.
Los días fueron pasando con ese ritmo tranquilo que había vuelto al pueblo. Cuando llegó la feria de primavera, la plaza volvió a llenarse de gente. Clara se encontró con David junto a la fuente.
—Hola, Clara.
—Hola.
Se miraron un instante.
—Hace tiempo que no hablamos —dijo él.
—Sí.
—Pensé que quizá podríamos vernos, como antes.
Clara respiró hondo.
—David, me gusta un chico.
Él la miró fijo.
—No soy yo, ¿verdad?
Ella negó despacio.
—No.
David apretó la mandíbula y luego esbozó media sonrisa.
—Espero que lo merezca.
Clara sostuvo su mirada.
—Lo merece.
David inclinó la cabeza y se perdió entre la gente.
Una mañana el cartero dejó un sobre en el buzón. Clara fue la primera en verlo.
—¿Qué dice?
Jack lo abrió y leyó en voz alta:
—Todo sigue igual. Ojalá pase pronto por Carpintería. Os llevo conmigo.
Clara guardó silencio.
—Siempre directo —dijo Jack.
Ella apenas sonrió.
La cena del domingo reunió a todos.
—Has recibido carta, ¿verdad? —preguntó la madre.
Jack asintió.

—De Gibbons. Dice que hay trabajo en Japón para instructores.

La madre apoyó la cuchara.

—Hijo, yo sé lo que ha pasado con todos. McCaan, Elliot, Marshall… y esa silla vacía en casa de Tommy. Luis aún lejos. ¿De verdad quieres volver a un uniforme?

Jack bajó la vista.

—No me ha pedido nada. Solo que lo piense.

Ella suspiró.

—Entonces piénsalo bien. Aquí te necesitamos vivo.

La noche estaba despejada. Jack y Elsie se quedaron en el porche.

—¿Qué has pensado? —preguntó ella.

Jack tardó en responder.

—Que nos casamos este año.

Elsie fingió apartar la mirada, pero sonrió.

—Eso suena a orden, Sullivan.

—Alguna tengo que dar.

—Más te vale que me guste obedecer.

Jack se inclinó hacia ella.

—¿Y te gusta?

Elsie no apartó la mirada.

—Depende de la orden.

—Esta sí.

Ella tardó un segundo más.

—Entonces no llegues tarde.

Jack la abrazó.

—Este año, Elsie. Pase lo que pase.

Ella apoyó la frente en la suya.

—Este año.

Días después, Elsie ayudó a la madre de Clara con la colada. Al despedirse, Clara la acompañó.

—Te acompaño un rato.

Caminaron despacio.

—¿Y cómo van esas cosas de amores? —preguntó Elsie.

Clara rió.

—Le dije que no a David.

—¿Por fin?
—Sí. Le tengo cariño, pero ya está.
Elsie asintió.
—Eso se nota enseguida.
Clara bajó la vista.
—Jack se ríe de mí porque pregunto mucho por Ray.
Elsie la miró de lado.
—Será por algo.
Las dos rieron. Luego Clara se quedó más seria.
—A veces pienso que me estoy montando una historia yo sola.
Elsie se detuvo.
—Puede ser… pero si no te deja tranquila, por algo es.
Clara no dijo nada.
—Y a ti no te deja —añadió Elsie.
Clara apoyó la cabeza en su hombro.
—Menos mal que puedo hablar contigo.
—Y yo contigo.
Se separaron poco después.

Esa noche, el pueblo fue apagando luces una a una. Jack se apoyó en la barandilla del porche, con la mirada fija en el camino. Metió la mano en el bolsillo y notó el doblez de la carta. La giró entre los dedos, pero no la sacó.

Se quedó allí un buen rato. Luego levantó la vista hacia la casa de Elsie.

La luz seguía encendida. No entró.

CAPÍTULO XLV

SOMBRAS DE 1946

Nagoya y Kure, Japón — 1946

El nuevo año llegó sin nada que celebrar. Las calles seguían llenas de ruinas, los templos abiertos en canal y los mercados medio vacíos. En cada esquina había carteles en inglés y soldados americanos con el fusil al hombro. Para los japoneses, 1946 no era un comienzo: era aprender a tirar hacia delante después de la derrota. Los vecinos hacían cola desde antes del amanecer con cuencos y cupones de racionamiento. Unos cambiaban herramientas por arroz; otros guardaban las últimas monedas para comprar sal. En los muros se pegaban papeles con nombres de repatriados, casi siempre mal escritos. Nadie sabía con certeza quién había vuelto y quién no. Se vivía al día: un poco de carbón, un cuenco de sopa, una tarjeta sellada y seguir.

Masako bajó del barco con la multitud. Nadie le preguntó su nombre ni de dónde venía. Solo le pusieron en la mano una ficha arrugada con un número. El muelle era un empujón constante de gente, órdenes a gritos y manos que señalaban sin parar.

—¿Dónde nos llevan? —preguntó Yumi, a su lado.

—No lo sé… pero no nos van a dejar elegir —respondió Masako, empujada por aquella marea de gente.

Un funcionario gritó:

—¡Mujeres y niños, a la derecha! ¡Refugio provisional!

Las separaron por grupos. Un intérprete señaló un almacén con el tejado parcheado. Dentro había decenas de camillas improvisadas, mantas en el suelo y un médico que intentaba poner algo de orden. Masako ayudó a sujetar a un anciano que se venía abajo. El médico se fijó en sus manos.

—¿Eres enfermera?

—Sí. He estado en Manila.

—Entonces quédate. No damos abasto.

Yumi dudó un instante.

—Luego te busco.
—Aquí estaré —dijo Masako.

Los días siguientes fueron una cadena de fiebres, diarreas y heridas mal curadas. Masako trabajaba con Yumi bajo la mirada del médico, un hombre canoso que apenas dormía. Montaron un rincón para apartar a quienes llegaban con tos persistente, separaron a los niños sin familia y anotaron lo que pudieron. Por la noche, el almacén bajaba el ritmo, pero nadie descansaba del todo. Masako salía a la entrada y se apoyaba en la pared. Yumi le llevaba una taza.

—¿Vas a buscar a tu familia?

Masako tardó en responder.

—Quiero hacerlo… pero he visto lo que pasa cuando faltan manos. No puedo irme así.

Se quedaron en silencio. Masako miró hacia la oscuridad.

—Y tampoco sé qué voy a encontrar cuando llegue.

Yumi asintió, sin decir nada más.

—Mañana pregunto en la oficina de listas. Si aparece tu nombre en algún sitio, te aviso.

Esa misma semana llegó una niña sola. No recordaba su dirección. Masako se agachó a su altura.

—¿Cómo te llamas?

—Sachiko.

—Sachiko, te vas a quedar con nosotras hasta que encontremos a alguien de tu familia.

La niña asintió sin llorar. Se agarró a la manga de Masako y no la soltó en todo el día.

En Nagoya, Hiroshi pasaba las jornadas retirando escombros del patio y levantando un tejado con tablones remendados. Su madre cocinaba lo que podía; su padre trabajaba la parcela que había quedado en pie. Cada clavo que clavaba en la madera era una forma de seguir adelante. Una vez por semana, Hiroshi recorría oficinas y templos donde colgaban listas de repatriados. Las hojas, húmedas y torcidas, se despegaban por las esquinas. Al volver, Takeshima lo esperaba en el porche.

—¿Hoy tampoco?

Hiroshi negó.

—Dicen que los barcos llegan a muchos puertos y nadie apunta bien.

—Puede que esté en el sur… o en cualquier otro sitio.

—O en ninguna lista.

La madre los llamó a comer. Había arroz mezclado con cebada y una sopa clara.

—Guardad fuerzas. Mañana seguimos con el tejado.

Takeshima intentaba ayudar en todo, pero cada gesto le resultaba ajeno. Un día apareció con un manojo de leña que había cambiado por un cuchillo viejo. La madre lo miró y asintió.

—Has hecho bien. En invierno, esto vale más que el arroz.

Aquella noche, mientras cenaban, él habló claro.

—Si me quedo mucho, estorbo.

La madre dejó el cuenco.

—Mientras estés aquí, esta es tu casa.

Hiroshi levantó la vista.

—Y nos hace falta ayuda.

Takeshima no respondió. Terminó el cuenco hasta el último grano y, antes de acostarse, dejó la leña apilada bajo el alero, bien colocada.

En primavera, los americanos instalaron un puesto en el centro. Repartían pan, queso en latas y arroz a cambio de colas interminables y registros de números. Hiroshi y Takeshima acudieron con sus tarjetas.

—¿Hasta cuándo vamos a estar así? —preguntó Takeshima.

—Hasta que esto se levante —respondió Hiroshi.

Un intérprete pedía calma y anotaba datos. Una mujer rompió a llorar cuando le dijeron que su hijo no figuraba en ninguna lista. Nadie insistió. Al salir, Hiroshi y Takeshima cargaron dos sacos pequeños. La madre los guardó sin decir nada.

—Con esto tiramos unos días —dijo al fin.

Aquella tarde, en el templo del barrio, Hiroshi escribió en un papel: «Busco a Masako. Manila. Enfermera». Lo pegó junto a otros avisos. Un anciano se acercó.

—Muchos llegan por Kure.

Hiroshi asintió.

—Gracias.

En Kure, el médico entregó a Masako un cuaderno de tapas rotas.

—Apunta los nombres. Los que llegan y los que no salen.

Masako lo abrió sin decir nada.

—Nadie más lo hace —añadió él.

Aprendió a escuchar apellidos entre voces, a preguntar la edad dos veces, a revisar bolsillos buscando papeles. Por la noche copiaba los nombres en hojas sueltas. Si el cuaderno se perdía, al menos quedaría algo.

—Se acaba perdiendo todo —dijo Yumi una noche.

Masako negó.

—Si nadie los apunta, es como si no hubieran llegado nunca.

Intentó enviar una postal a Nagoya. En correos le explicaron que el envío no estaba asegurado. La escribió de todos modos: «Madre, estoy en Kure. Si alguien pregunta por mí, que lo sepa». Guardó una copia en el cuaderno.

En verano, Hiroshi volvió al templo. Leyó hoja por hoja. Nada. Un anciano que ordenaba mesas le dijo que muchos llegaban sin que nadie los apuntara. De vuelta a casa, Hiroshi se encerró en su cuarto. Takeshima oyó un golpe seco al otro lado de la pared y no se movió. Esa noche se sentó con él en el porche.

—No la encuentras, pero no está muerta —dijo—. Si hubiera pasado, lo notarías.

Hiroshi no respondió. Sacó una de las cartas de Masako, la leyó otra vez y la guardó con cuidado.

Días después habló con su padre al amanecer.

—Voy a salir del barrio.

—Vuelve antes de que anochezca —respondió el padre.

Volvió con las manos vacías.

En Kure, Masako seguía en el refugio. El médico cayó enfermo y ella y Yumi se hicieron cargo de turnos más largos. Sachiko dejó de agarrarse a su manga y empezó a doblar mantas.

—Cuando encuentre a mi madre, volveré a buscarte —dijo Masako.

La niña negó.

—Si no la encuentras, me quedo contigo.

Masako la miró un instante.

—A partir de ahora, no vas a estar sola.

Sachiko dudó.

—¿Me contarás historias por la noche?

Masako le colocó la manta mejor.

—Si no te duermes antes, sí.

—¿Dormiré contigo?

Masako la miró un segundo antes de responder.

—Esta noche te quedas aquí.

La nieve cubrió los caminos. Masako conservaba la copia de la última carta enviada a su madre desde Manila: «Volveré, espérame». Nunca recibió respuesta. Buscó entre sacas atrasadas, preguntó en la oficina, volvió al muelle. Nada.

En Nagoya, Hiroshi fue a buscar a Haruko. Encontró la casa medio en ruinas. Preguntó a los vecinos. Uno dijo que la había visto marcharse con una bolsa pequeña. Nadie supo decir hacia dónde.

Aquella noche, la madre sirvió un cuenco de más en la mesa, sin decir nada. Hiroshi repasó en voz baja los nombres de los Doce. Takeshima escuchaba desde el futón.

—Si olvido uno, será como perderlo otra vez.

Takeshima giró la cabeza.

—Entonces no pares.

En Kure, Yumi se sentó junto a Masako al acabar el turno.

—Hoy han llegado más de Hiroshima.

Masako cerró el cuaderno.

—Mañana no va a caber más gente aquí.

Apoyó la mano sobre la tapa, sujetándolo un instante. A su lado, Sachiko dormía con la manta subida hasta la barbilla. Yumi apagó la lámpara sin decir nada más.

En Nagoya, Hiroshi volvió al templo y se detuvo frente al papel que había pegado días antes. Se quedó mirándolo. Dudó un segundo. Apretó los dedos… pero no avanzó enseguida.

Se quedó un instante más, inmóvil, como si esperara oír su nombre entre todos los demás.

No llegó nada.

Entonces sí, se dio la vuelta y echó a andar.

No volvió a mirar atrás

CAPÍTULO XLVI

ENTRE CARTAS Y PROMESAS

Carpintería, California — 1947

El año empezó con las manos ocupadas en las cosas de siempre. Clara tendía sábanas al sol, la madre removía un guiso sencillo y Jack arreglaba una cerca con su padre. No hubo campanas ni festejos, solo el día a día que mantenía todo en marcha. En el pueblo, la ausencia de Tommy seguía presente en cada esquina, y de Luis apenas llegaban noticias desde la marina. La vida continuaba, pero ya no era la misma.

Elsie iba a menudo con su madre hasta la casa de los Sullivan, llevando fruta o pan. Aquellas visitas ya ni se llamaban visitas: formaban parte de la rutina, y las dos familias se habían mezclado sin necesidad de decirlo en voz alta. Clara había cerrado la puerta a David meses atrás. Ahora, cada vez que llegaba un sobre con la letra de Ray, se le encendía la cara. Jack lo veía y se divertía en silencio. Y sobre la mesa de su cuarto seguía la carta de Gibbons. La había leído, la había doblado otra vez y aún no había dado respuesta.

Una mañana, la madre dejó el sobre junto al pan, como si fuera un comensal más. Nadie habló al principio. Jack lo reconoció enseguida y apartó la vista.

—¿Ya has pensado qué hacer con eso? —preguntó el padre.

Jack se frotó las manos, todavía manchadas de tierra.

—Lo he leído, pero aún no.

Clara inclinó la cabeza.

—¿Qué dice exactamente?

—Que buscan instructores en Japón. Gibbons me recomienda si acepto.

La madre frunció el ceño.

—¿Volver a marcharte? Apenas te tenemos aquí otra vez.

Jack negó despacio.

—No voy a volver a lo de antes. Esto sería distinto.

—Pero está lejos —replicó ella.

Clara se mordió el labio.
—Japón suena muy lejos.
El padre golpeó la mesa con los nudillos.
—Decidas lo que decidas, hazlo pensando en tu futuro. El rancho seguirá aquí.
Jack asintió despacio. El sobre siguió allí, blanco e intacto.
Aquella tarde, acompañó a Elsie hasta la acequia. El agua corría despacio y el aire empezaba a enfriarse.
—Mi madre no quiere ni oír hablar de que me marche —dijo él.
—Las madres quieren tener a los hijos cerca —respondió Elsie—, pero no son ellas las que deciden.
Jack se quedó callado un momento. Luego habló sin rodeos.
—Si acepto… quiero casarme contigo antes de irme.
Elsie se detuvo.
—¿Lo dices en serio?
—Sí. No quiero dejar esto en el aire.
Elsie lo miró un momento largo.
—Si me caso contigo, no es para esperar sentada.
Jack negó.
—No lo sería.
Elsie asintió despacio.
—Entonces hazlo bien.
Jack apretó sus manos.
—Dime cuándo.
—Cuando vuelvas —respondió ella—. Porque vas a volver.
Se besaron sin decir nada más.
Clara abrió el cajón y sacó la última carta de Ray. La había leído tantas veces que ya se la sabía de memoria. Jack la sorprendió en la cocina.
—¿Otra vez con eso?
Clara no escondió la carta.
—Me gusta cómo escribe.
Jack apoyó el hombro en la puerta.
—Normales, dices… pero las lees como si hubiera algo más.
Clara sostuvo la carta entre los dedos.
—¿Y si lo hay?

Jack sonrió.
—Entonces ya te has metido sola.
Clara dobló la carta con cuidado. No dijo nada más, pero en la cara se le veía algo que Jack no veía desde antes de la guerra.
La madre volvió del mercado y dejó la bolsa en la mesa.
—He visto a la hermana de Luis. Han recibido aviso: sigue en la marina.
Clara levantó la cabeza.
—¿De verdad?
—No saben cuándo volverá, pero sí, está vivo.
Luego miró a su hija.
—Tú también estás distinta últimamente. ¿Es por Ray?
Clara se encogió un poco.
—Puede.
—No tengas prisa —dijo la madre—, pero tampoco te lo guardes todo.
Clara asintió. Bajó la vista, con la carta aún en la mano.
La señora Sullivan se acercó al rancho de los Braxton con un tarro de mermelada.
—La hice ayer. Pensé que os vendría bien.
—Quédate un rato —respondió la señora Braxton—. Hace días que no hablamos.
Hablaron primero del mercado y del campo. Luego la conversación cambió.
—Cuando pienso en mis primeros años con mi marido —dijo la señora Braxton—, recuerdo que también nos miraban raro.
La señora Sullivan sonrió.
—Nosotros también empezamos así.
—Teníamos poco —añadió la señora Braxton—, pero no nos faltaba lo importante.
—Eso es lo que cuenta —respondió la señora Sullivan.
Se quedaron un momento en silencio.
—Estaría bien volver a oír niños por aquí —dijo la señora Sullivan.
—Le daría otra vida a la casa —respondió la señora Braxton.
En ese momento, Elsie entró con un cesto de ropa.
—Justo hablábamos de ti —dijo una de ellas.

Elsie sonrió, sin saber muy bien qué decir.

Al volver a casa, la señora Sullivan dejó el abrigo sobre una silla.

—He estado con la señora Braxton. Dice que veros así le da esperanza.

Clara doblaba unos manteles sin levantar la vista.

—Normal.

Se quedó un momento parada. Luego siguió doblando.

Aquella noche la mesa estaba puesta con más cuidado de lo normal. El padre se sentó en su sitio y Clara, nerviosa, frente a Jack. Sobre la mesa descansaba el sobre de Gibbons.

Jack aclaró la voz.

—Voy a pedir la mano de Elsie.

La madre sonrió.

—Ya era hora.

El padre asintió.

—Pues adelante.

Clara soltó una risa breve.

—Pensaba que ibas a tardar más.

La cena siguió con un aire más ligero. Después se quedaron junto al fuego. Jack giraba el sobre de Gibbons entre las manos.

—Si acepto lo de Japón, no quiero que parezca que dejo esto atrás.

El padre negó.

—No es lo mismo. Estarías trabajando.

—Y está Elsie —añadió la madre—. Eso lo cambia todo.

Clara levantó la vista.

—Si te vas, no será para siempre.

Jack la miró.

—Eso espero.

Clara se encogió de hombros.

—Y para entonces Ray ya habrá vuelto.

Jack sonrió.

—Ahí está.

Clara bajó la mirada, sonrojada.

—Si tú puedes hablar de boda, yo también puedo pensar en lo mío.

Los cuatro rieron y el ambiente se aflojó.

Más tarde, en su cuarto, Jack encendió la lámpara y escribió:

«Ray, quiero contarte algo antes de que lo oigas por otros. Voy a pedir la mano de Elsie. Y sigo pensando en lo que me propuso Gibbons: un puesto como instructor en Japón. Aún no he respondido, pero si lo acepto, quiero que seas el primero en saberlo».

Al terminar, se quedó con la hoja en la mano. La dobló despacio y la dejó sobre la mesa sin meterla en el sobre. Se acercó a la ventana. El rancho estaba en silencio. Los naranjos apenas se movían y la luz de la cocina seguía encendida. Jack apoyó las manos en el marco, miró hacia fuera y volvió a la mesa. Rozó la carta con los dedos, no la guardó, apagó la lámpara y salió del cuarto, dejándola donde estaba.

CAPÍTULO XLVII

BAJO LA OCUPACIÓN

Nagoya y Kure, Japón — 1947

Las colas empezaban antes de que amaneciera del todo. A esa hora el frío todavía se pegaba a la ropa y a las manos, pero nadie se movía de su sitio. Mujeres con cuencos vacíos, ancianos inclinados hacia delante como si el cuerpo ya no les respondiera y muchachos que miraban sin saber muy bien qué estaban esperando. Dos soldados americanos vigilaban la entrada del almacén sin hablar entre ellos, con ese gesto de quien no necesita decir nada para que se le entienda.

En las cajas descargadas había letras en inglés que casi nadie sabía leer. Algunos las seguían con el dedo, como si de ahí pudiera salir una respuesta. Los niños se movían entre los escombros, pateaban latas aplastadas, se acercaban demasiado a los soldados y luego retrocedían a tiempo. No pedían. Esperaban a que algo cayera por error.

Era 1947. Nadie miraba más allá del día. Con no perder el sitio en la fila, ya tenían bastante.

En el puerto de Kure los barcos seguían llegando sin descanso. Cada día desembarcaban más repatriados: mujeres agotadas, hombres con la mirada vacía, niños que no sabían decir de dónde venían ni a quién pertenecían. Los americanos descargaban sacos y cajas mientras las familias se apretaban bajo lonas que no protegían de nada. La fila doblaba la esquina del almacén y apenas avanzaba.

Un empujón desplazó a Takeshima hacia un lado. Hiroshi lo sujetó antes de que perdiera el equilibrio.

—Quédate dentro de la fila.

Takeshima resopló, recolocándose el abrigo.

—Como si hubiera otro sitio. Aquí te sales medio paso y ya te miran como si te colaras.

Hiroshi no respondió. Tenía la vista fija en el camión.

—¿Tú qué dices? —insistió Takeshima, bajando la voz—. ¿Hoy cae algo que se pueda comer de verdad o volvemos igual que ayer?

Hiroshi tardó en contestar.

—Si cae arroz, vendrá mezclado.

—Claro —murmuró Takeshima—. Ni eso lo dejan en paz.

El intérprete recogía cupones sin levantar la cabeza. Cuando Hiroshi le tendió el suyo, habló en voz baja, rápida.

—Buscan gente para la base. Carga, limpieza. Pagan con raciones.

Hiroshi no retiró la mano enseguida.

—¿Dónde?

El hombre señaló sin mirarlo.

Salieron con un saco pequeño bajo el brazo. No pesaba casi nada, pero Hiroshi lo sujetaba con firmeza. Takeshima caminaba a su lado en silencio, hasta que no pudo más.

—Trabajar para ellos… —dijo, arrastrando las palabras—. No sé si morderme la lengua o largarme.

Hiroshi no dudó.

—Yo ya me la he mordido.

Takeshima lo miró de reojo.

—¿Ah, sí?

—Prefiero volver con algo en las manos que plantarme en casa con excusas.

Takeshima bajó la vista un instante.

—No te falta razón… pero me revuelve.

Hiroshi ajustó el saco contra el pecho.

—A mí también.

Siguieron caminando. La fila volvió a ponerse en marcha, ocupándolo todo otra vez.

El cuenco de Sachiko se le escapó de las manos y cayó al suelo. El golpe hizo que varias cabezas se giraran un segundo, lo justo para comprobar que no era asunto suyo. Masako se agachó antes de que rodara más lejos, lo recogió y se lo devolvió.

—Sujétalo bien.

Sachiko lo agarró con fuerza.

—Está vacío.

Masako se sentó frente a ella.

—Ya lo ves.

La niña levantó la vista.

—Tengo hambre.

Masako sostuvo esa mirada.

—Hoy no hay más.

Sachiko frunció el ceño.

—Siempre dices eso.

Masako bajó un poco la voz.

—Y sigues aquí.

La niña dudó.

—No quiero estar así.

Masako la miró un segundo más.

—Yo tampoco.

Hubo un silencio breve.

—¿Y ahora qué hacemos?

Masako no apartó los ojos.

—Hoy tiramos con esto. Mañana será otra pelea.

Sachiko no respondió, pero dejó de insistir.

La base estaba llena de civiles con chapas al cuello. Nadie decía nombres. Eran números, órdenes cortas y manos señalando direcciones. A Hiroshi le tocó la 42; a Takeshima, la 57. Los separaron sin explicaciones.

El hangar vibraba con motores en prueba. La vibración se metía en el pecho. Hiroshi cogió un cepillo y empezó a fregar. El suelo estaba cubierto de manchas que no terminaban de irse. Takeshima se quedó de pie un momento antes de agacharse a su lado.

—Nos hacen limpiar lo que ellos ensucian.

Hiroshi siguió frotando.

—Y nosotros recogemos lo que dejan atrás.

Takeshima apretó el cepillo.

—Esto me sigue revolviendo por dentro. Y no se me pasa.

—A mí tampoco —respondió Hiroshi—. Pero mañana volvemos.

El cepillo marcó el ritmo contra el suelo.

Al final del día les dieron arroz y una pastilla de jabón. Hiroshi lo sostuvo un momento antes de guardarlo. Takeshima lo metió en la bolsa sin mirarlo.

—¿Cuánto más vamos a seguir así?

Hiroshi echó a andar sin responder.

En Kure, el refugio estaba lleno hasta los pasillos. Gente en el suelo, contra las paredes, en cualquier hueco donde cupiera una manta. Masako escribía nombres en el cuaderno mientras el médico, Ishiwa, hablaba sin parar.

—Más despacio —dijo ella—. Así no te sigo.

Ishiwa se pasó la mano por la cara.

—Voy corriendo y aun así se me quedan atrás.

Masako no levantó la vista.

—Se nos quedan a todos.

Ishiwa la miró un momento.

—Contigo se paran. Conmigo no.

Masako terminó de escribir.

—Porque entras atropellando.

—Es que no hay tiempo —respondió él.

—Y aun así no llegas.

Ishiwa dejó salir una sonrisa cansada.

—Pues estamos bien.

Yumi apareció con vendas en los brazos.

—Masako, te lo digo yo: te están subiendo de puesto.

Masako levantó la cabeza despacio.

—Déjalo ya.

—Que sí. Te quedas aquí, hablas con él, llevas todo…

—Estoy trabajando.

—Ya —respondió Yumi—. Y él también.

Ishiwa no dijo nada.

Masako cerró el cuaderno.

—Voy a repartir mantas.

Salió sin esperar respuesta.

El tablón estaba cubierto de hojas húmedas. Hiroshi recorría los nombres con el dedo, uno a uno. Se detuvo. Volvió atrás. Repitió el gesto.

—Lees lo que quieres ver —dijo un hombre a su lado.

Hiroshi no respondió. Arrancó una hoja y la sostuvo más cerca.

—¿Son todas?

El anciano negó.

—Nunca lo son, y lo sabes.

Hiroshi dobló el papel… y esta vez no lo guardó enseguida. Se quedó con él abierto, mirándolo como si pudiera obligar a que cambiara.

—Tiene que estar —dijo en voz baja, sin mirar al hombre—. Tiene que haber algo.

El anciano no respondió.

Hiroshi apretó el papel con fuerza, arrugándolo sin darse cuenta.

—No puede acabarse así.

El silencio se le vino encima. Bajó la mirada, respiró una vez, pero no le bastó.

—No puede —repitió, más bajo.

Entonces dobló el papel con cuidado, demasiado despacio, como si así pudiera recomponer lo que no estaba. Se lo guardó sin decir nada más.

La casa estaba en silencio. En el porche, Hiroshi y Takeshima compartían una manta.

—Has vuelto tarde.

—Me quedé en el templo.

Hiroshi sacó el papel.

—No estaba. Pero han llegado más de Manila. Si queda alguien que sepa algo, estará ahí.

Takeshima lo miró sin interés.

—Llevas días con eso… te va a consumir.

—Si queda una pista, la sigo. Aunque no lleve a nada.

Takeshima apoyó la cabeza en la pared.

—Yo dejé de buscar. No me quedaba nada.

Hiroshi no respondió.

—Quédate aquí —añadió Takeshima—. Al menos sabemos dónde dormimos.

Hiroshi asintió apenas. El porche quedó en silencio, con el papel doblado en su mano.

La noche fue cayendo poco a poco. En el patio, una madera mal ajustada golpeó con el viento y luego volvió a quedarse quieta. Nadie salió a mirarlo.

En el refugio, Sachiko se movió bajo la manta.

—Masako…

—Aquí estoy.

La niña tardó un segundo.

—¿Dónde está mi madre?

Masako no respondió al momento.

—No lo sé. Ojalá pudiera decirte otra cosa.

—¿Y mi padre?

—Tampoco lo sé.

Hubo un silencio breve.

—¿Me estarán buscando?

Masako le apartó el pelo de la cara.

—Quiero pensar que sí. Y no voy a soltar esa idea.

—¿Y si no saben dónde estoy?

Masako mantuvo la mano en su cabeza.

—Entonces tendremos que ponérselo fácil.

—¿Cómo?

—Volviendo cada día. Diciendo tu nombre. El mío. Que sepan que seguimos aquí.

Sachiko dudó.

—¿Y si no vienen?

Masako bajó la voz.

—Entonces no te suelto. Ni hoy ni mañana.

La niña la miró largo.

—Vale.

Se acercó más.

—Cuéntame algo.

Masako respiró hondo.

—¿Qué quieres oír?

Sachiko cerró un poco los ojos.

—Una historia.

Masako la miró un segundo, entendiendo.

—Te cuento una donde alguien no deja de buscar.

Sachiko cerró los ojos, agarrada a su manga. Su respiración se fue calmando.

A unos kilómetros de allí, Hiroshi desplegó el papel bajo la lámpara. La palabra “Kure” apenas se distinguía entre las manchas. Pasó el dedo por encima, lo dobló con cuidado y lo guardó despacio, como si así pudiera evitar que se deshiciera.

En Kure, Masako cerró el cuaderno y dejó la mano sobre la tapa. Sachiko dormía, aferrada a su manga, y Masako se quedó allí un rato más, sin moverse, con la vista fija en nada y el nombre de Hiroshi todavía presente.

CAPÍTULO XLVIII

UN DÍA PARA DAR GRACIAS

Carpintería, California — 1948

La mañana de Acción de Gracias empezó antes de que el sol terminara de colarse entre los naranjos. En la cocina no quedaba un hueco libre: ollas destapadas, platos apilados, harina en la mesa y el fuego trabajando desde primera hora. Helen se movía sin parar, de un lado a otro, con ese ritmo suyo que no dejaba espacio para dudas.

Clara entró desde el patio con las manos frías y un manojo de ramas. Las dejó sobre el mantel y se quedó mirándolas un segundo, sin decidir si encajaban o no.

—Cierra bien —dijo Helen.

Clara empujó la puerta con el pie.

Helen miró las ramas solo un instante.

—¿Eso qué es?

—Para que no parezca un entierro.

Helen soltó aire, sin detenerse.

—Ahora parece que has metido el campo entero aquí dentro.

Clara no las tocó.

—Pues se quedan.

—No me molestan las ramas —dijo Helen—. Me molesta verte dando vueltas.

Clara sostuvo la mirada un segundo, luego se apartó.

—Ya está decidido.

El padre cruzó la cocina con dos bancos y los dejó junto a la pared.

—Vamos a ir justos.

—Tú coloca eso y no estorbes —respondió Helen.

—Luego nadie se queje.

La señora Braxton entró con una olla humeante y la dejó en el centro con cuidado.

—Esto no se toca.

—No se me ocurre —dijo Clara.
—Eso decís todos.

En ese momento entraron Elsie y Jack. Ella traía platos; él, una jarra que movía sin encontrarle sitio.
—Ahí —indicó Helen.

Jack la dejó y volvió a moverla.

Clara lo miró de lado.
—Si la sigues tocando, la tiras.
—Está torcida.
—No. Lo estás tú.

Jack soltó la jarra. Se quedó quieto, incómodo, sin saber dónde ponerse. Elsie le rozó el brazo.
—Déjala.

Clara no apartó los ojos.
—Esa cara no se te va a quitar por mover cosas.

Jack la miró.
—No empieces.

Helen señaló la puerta sin girarse.
—Clara, leña.

Clara salió. Fuera, la mesa ya estaba puesta. Nada encajaba del todo: platos distintos, bancos desiguales, ramas torcidas. Aun así, estaba lleno. Eso sí encajaba. Volvió con la leña.

Cuando se sentaron, el silencio duró más de lo normal. Solo se oían cubiertos y pan partiéndose. Helen servía sin preguntar. Jack giraba el vaso entre los dedos.
—A la hermana de Luis le ha llegado otra carta —dijo Helen—. Sigue en la marina.

El padre asintió.
—Mientras escriba…

Clara bebió.
—No saben cuándo vuelve.

Hubo un silencio breve. Elsie miró a Jack.
—¿Vas a seguir así toda la comida?
—No es momento.

Clara dejó el tenedor.
—Nunca lo es contigo.

—Clara…
—No te estoy buscando —dijo—, pero llevas días así. Y estamos aquí delante.
El padre intervino.
—Déjale.
Clara no apartó la mirada.
—Luego no digas nada.
Helen empujó el plato de Jack hacia él.
—Come.
—Ahora.
Helen lo miró por fin.
—Siempre lo dejas para después.
Jack soltó el vaso. Esta vez no volvió a tocarlo. Empujó la silla y se levantó. La conversación fue apagándose sola alrededor de la mesa. Rodeó la mesa despacio y se detuvo frente a Elsie.
—No me va a salir bien —dijo—, así que lo digo ya.
Elsie dejó el cubierto.
—Dilo.
Jack tragó saliva.
—No sé qué va a pasar con Japón, ni cuándo, ni dónde vamos a estar dentro de un año, pero sí sé una cosa. No pienso irme a ningún sitio sin ti, ni quedarme aquí fingiendo que puedo esperar más. Quiero casarme contigo.
Elsie no respondió al instante. Bajó la mirada, respiró y volvió a mirarlo.
—¿Y esto lo tienes claro de verdad?
Jack no dudó.
—Lo único que no me hace dudar eres tú.
A Elsie se le humedecieron los ojos.
—Eso sí suena mejor.
Jack soltó una risa corta.
—He tenido tiempo de estropearlo antes.
—Bastante —respondió ella.
Nadie habló.
—Si te mandan fuera —dijo ella más bajo—, ¿qué hacemos?
Jack dio un paso.

—Nos iremos. O nos quedamos. Pero juntos.

Elsie lo sostuvo un segundo largo.

—Entonces sí.

Jack sacó el anillo.

—No es gran cosa.

—No empieces.

Se lo puso. Clara fue la primera en levantarse.

—Por fin.

El padre golpeó la mesa.

—Así se hace.

Helen se llevó la mano a la boca y la señora Braxton no ocultó las lágrimas. Todo volvió de golpe a su alrededor. Clara abrazó a su hermano.

—No la líes.

—No.

—Te vigilo igual.

—Hazlo.

Y por primera vez en toda la mañana, Jack sonrió de verdad.

Los días siguientes pasaron rápidos. La casa se llenó de telas, flores y gente entrando y saliendo. Helen y la señora Braxton discutían cada detalle como si fuera definitivo. Clara ayudaba sin que se lo pidieran, más pendiente de lo que ocurría que de lo que hacía. Jack seguía con la carta de Gibbons, dándole vueltas.

Una tarde, Elsie lo encontró otra vez mirándola.

—¿Vas a escribir o vas a seguir dándole vueltas?

Jack dejó la pluma.

—Estoy pensando.

—No. Estás dando vueltas sin decidir.

Hubo un silencio breve.

—Si acepto, nos vamos.

—Ya.

—Y nos cambia todo.

Elsie cerró la puerta.

—También te estás quedando aquí dándole vueltas y no haces nada.

Jack levantó la vista.

—No quiero que acabes pagando mis líos.

Ella apoyó los nudillos en la mesa.
—A mí no me arrastra nadie. Si me voy, es porque quiero. Y si me quedo, igual. Lo que no voy a hacer es quedarme quieta porque tú no te decides.
Jack la miró.
—Contigo no hay rodeos.
—Pues escribe.
Y escribió.
La invitación a Ray salió esa misma semana. Cuando llegó la respuesta, Jack la abrió sin esperar.
—Viene.
Clara no se giró.
—Bien.
Pero Elsie vio el gesto.
El día de la boda amaneció claro. En la sacristía, Helen ajustaba el velo.
—No te muevas.
—No me muevo.
—Aguanta.
Elsie sonrió.
—Si lo tocas más, lo vas a estropear.
Helen se detuvo y la miró.
—Déjame verte bien.
Elsie suavizó el gesto.
—Pues mira rápido.
Helen dio un paso atrás.
—Ahora sí.
En el altar, Jack esperaba demasiado recto.
—Cuando entre, no te quedes mudo —le dijo el padre.
—No me va a pasar.
—Ya te he visto.
Jack negó.
—Hoy no.
El padre asintió.
Las puertas se abrieron. Clara miró atrás por instinto. Ray acababa de entrar. No fue una sonrisa; fue ese segundo limpio en el

que ninguno apartó la mirada. Algo pasó ahí, sin aviso. Clara bajó la vista. Cuando volvió al frente, todo seguía igual; ella no.

La ceremonia salió sin tropiezos. Las campanas repicaron y la fiesta se hizo bajo los naranjos. Ray terminó sentado junto a Clara.

—Sigo en San Diego —dijo—, enseñando a los nuevos.

—Confían en ti.

—O me tienen controlado.

Clara sonrió.

—No te imagino quieto.

—Ni yo.

Hubo un silencio breve.

—Has cambiado —dijo él.

Clara lo miró.

—¿Para bien o para mal?

Ray tardó un segundo.

—No dices todo.

Clara no se movió.

—A lo mejor no hace falta decirlo todo.

—No lo parece.

Le dio de lleno. Se notó. Ray aflojó.

—Tu hermano ha tenido valor.

—Sí.

—No es fácil.

Clara miró a Jack y Elsie.

—No.

Ray la miró.

—A veces se te pasa el tiempo y ni te enteras.

Clara volvió la cara.

—¿Eso va por ti?

Ray sostuvo la mirada.

—Puede.

Clara no se movió.

Más tarde, Elsie la llamó junto al cobertizo. Tenía el pañuelo en las manos.

—Esto me acompañó todo este tiempo.

Clara lo miró.

—No tienes que dármelo.
—Por eso te lo doy.
Se lo puso en la mano.
—Guárdalo.
Clara lo apretó.
—Gracias.
A unos pasos, Ray vio la escena y no se acercó.
Aquella noche, Clara entró en su cuarto con el pañuelo. Lo extendió sobre la cama y pasó los dedos por las palabras: Vértigo, Sostén, Brújula.
No era solo lo que había sido para Elsie, sino lo que empezaba a ser para ella.
Lo dobló con cuidado, lo dejó junto a la almohada y apagó la luz. En la oscuridad volvió a ver la iglesia, el instante en la puerta y aquella mirada que no se había ido.
Seguía ahí, quieta, ocupando el mismo lugar.

CAPÍTULO XLIX

CADENAS INVISIBLES

Nagoya y Kure, Japón — 1948

El invierno terminó, pero el país apenas había cambiado. En Nagoya, muchas casas seguían medio derrumbadas y los templos se habían convertido en tablones de anuncios improvisados. En Kure, los barcos aliados continuaban llenando el puerto y cada jornada desembarcaban nuevos repatriados. Japón seguía de rodillas, aunque la vida buscaba abrirse paso como podía: colas de arroz al amanecer, trueques de leña por ropa usada, herramientas remendadas una y otra vez. Era 1948, un año que prometía calma y dejaba a todos agotados.

Hiroshi se ajustó la camisa gris de faena mientras Takeshima lo esperaba en la puerta con la caja de herramientas apoyada en la cadera.

—Hoy hay que hacer inventario en los hangares —avisó.

—Otra vez piezas que ni sabemos qué son —respondió Hiroshi, cerrándose la chaqueta.

La base americana de Nagoya era otro mundo. Alambradas nuevas, torres de vigilancia, soldados altos que hablaban entre sí con voces rápidas, como si siempre discutieran. Los hangares estaban llenos de motores desmontados, alas apiladas y cajas marcadas con letras que no significaban nada para ellos. Los japoneses hacían lo básico: cargar, limpiar, ordenar. Nadie preguntaba para qué servía nada. Habían aprendido a no hacerlo.

Las jornadas se parecían unas a otras. Hiroshi había dejado de contar los días; los medía por tareas repetidas: desmontar, clasificar, volver a montar piezas que quizá no despegarían nunca. A veces se detenía unos segundos más de lo permitido frente a un fuselaje abierto, como si pudiera adivinar la historia de aquella máquina, pero enseguida retomaba el trabajo. En aquel lugar, pararse era una forma de llamar la atención.

En el descanso, Hiroshi sacó el cuaderno del bolsillo interior. Era el mismo de la guerra: tapas duras, bordes gastados, páginas manchadas de humedad. Takeshima lo observó en silencio un rato, hasta que habló.

—Todavía piensas en ella.

—No la he olvidado.

Takeshima se sentó a su lado, con los codos apoyados en las rodillas.

—Los dos la quisimos, ¿recuerdas? En Tokorozawa ya estaba claro. Yo me lo callé. Tú lo escribiste. Y al final… fuiste tú.

Hiroshi no respondió al instante.

—Sigo pensando en ella.

Takeshima bajó la vista.

—Yo también. Tú lo pusiste por escrito. Yo me lo tragué.

Hiroshi escribió despacio: Hoy trabajé para los americanos. No sé si es derrota o comienzo. Masako, sigo aquí.

Cerró el cuaderno y se lo guardó.

—Escribes por los dos —dijo Takeshima al levantarse.

El toque de campana los devolvió al trabajo.

A media mañana, un operario volcó una caja de piezas junto al banco de Hiroshi. Tornillos, válvulas y fragmentos de metal rodaron por el suelo. Uno de los soldados se giró, dijo algo en inglés y señaló con brusquedad.

Hiroshi se agachó de inmediato, recogiendo sin mirar. Takeshima se movió más despacio.

—No ha sido culpa nuestra —murmuró.

El soldado volvió a hablar, esta vez más alto.

Takeshima apretó la mandíbula.

—Siempre igual…

Hiroshi le agarró del brazo antes de que se incorporara del todo.

—Déjalo.

—No —respondió Takeshima, bajando la voz pero sin ceder—. No siempre.

El soldado dio un paso hacia ellos. El sargento apareció al instante.

—Work. Now.

El tono no admitía réplica.

Hiroshi soltó el brazo de Takeshima y siguió recogiendo, uno a uno, los restos de la caja. Takeshima se quedó un segundo más de lo debido, respirando hondo, hasta que acabó agachándose también.

El hangar volvió a llenarse de motores y movimiento.

Pero algo ya no era igual.

Pero algo ya no encajaba igual.

Aquella tarde, Hiroshi tardó más de lo habitual en marcharse. Se quedó solo un momento frente a un fuselaje abierto, pasando la mano por la estructura.

—Encajaba mejor antes —murmuró.

No era la pieza.

Salió sin mirar atrás.

En la casa de Nagoya, las mañanas empezaban antes de que clareara. La madre de Hiroshi calentaba agua con cuidado, sin desperdiciar ni una astilla, y repartía las tareas. El padre salía al patio a revisar lo que hubiera que reparar: una valla, una herramienta vieja, una tabla suelta. Takeshima se movía por la casa como si llevara años allí. Nadie se lo había pedido, pero sabía cuándo barrer, cuándo cargar cubos, cuándo apartarse para no estorbar.

Hiroshi observaba aquella rutina con una mezcla de alivio y desconcierto. La vida se recomponía sin consultarles. A veces, al volver de la base, encontraba a Takeshima hablando con su padre sobre cómo reforzar una pared o aprovechar mejor la leña. No eran conversaciones largas ni profundas, pero en ellas había algo firme.

Una tarde, mientras arreglaban una puerta del cobertizo, el padre de Hiroshi señaló un punto débil en la madera.

—Si no la reforzamos ahora, no pasa del invierno.

Takeshima asintió y se puso manos a la obra sin responder. Hiroshi sujetó la tabla. Durante unos segundos, los tres trabajaron acompasados, sin decir nada.

Entonces la madera cedió más de lo esperado.

El tablón se partió por la mitad con un golpe seco.

Los tres se quedaron quietos.

Hiroshi apretó la pieza rota entre las manos.

—No aguanta —dijo.

Su padre lo miró un segundo.

—Pues se cambia.

Hiroshi no soltó la madera.

—No todo se puede cambiar.

El padre sostuvo la mirada.

—Lo que no se cambia, se cae.

Hubo un silencio breve. Hiroshi dejó la tabla a un lado y buscó otra sin decir nada más. Esa noche no habló durante la cena.

En Kure, el refugio estaba lleno desde temprano. Las mantas servían de camas y las enfermeras se turnaban para recibir a cada grupo nuevo. Masako ayudaba a un anciano a sentarse cuando el médico apareció en la puerta con unas notas en la mano.

—Hoy llegan más del sur —dijo—. Quiero que los recibas tú. Tienes mano para esto.

Masako bajó la vista.

—Haré lo posible.

—Llegas a eso y a más.

En la pausa abrió su cuaderno. Allí apuntaba nombres y edades, pero también frases más íntimas: Madre, sigo en Kure. Nadie sabe dónde fuiste. Si alguien pregunta por mí, que sepa que sigo aquí.

Sachiko, que comía arroz junto a ella, preguntó:

—¿Para quién escribes?

—Para que, si alguien me busca, sepa dónde estoy.

La niña tomó el lápiz y dibujó un sol torcido. Masako lo observó en silencio.

Las jornadas en Kure apenas se diferenciaban unas de otras. Llegaban personas exhaustas, algunas solas, otras en grupos pequeños que se deshacían al cruzar la puerta. Masako aprendió a reconocer las miradas que no pedían nada y las que lo pedían todo. Sachiko se movía a su lado sin despegarse.

Un día, al terminar el turno, Masako se sentó un momento en el escalón de la entrada. El médico se quedó de pie a su lado, sin hablar.

—Cada día llegan más —dijo él.

—No llegamos.

No era una queja.

Él asintió.

—Pero tú te quedas.

Masako levantó la vista.

—Alguien tiene que hacerlo.

—No todo el mundo aguanta.

Masako no respondió.

En Nagoya, al salir de la base, Takeshima caminaba más rápido de lo habitual. Hiroshi lo alcanzó.

—Lo de antes…

Takeshima no se detuvo.

—Un día voy a decir algo.

—Y no va a servir de nada.

—Pero será mío.

Hiroshi lo miró de lado.

—Y después volvemos mañana.

Takeshima soltó el aire.

—Eso es lo que más me fastidia.

Siguieron caminando en silencio.

Aquella noche, Hiroshi abrió el cuaderno. Tardó más en escribir. Hoy he visto hasta dónde llego. Se detuvo, apretó el lápiz. Hoy no he dicho nada. Se quedó mirando la frase y añadió que no sabía si aquello lo mantenía en pie o lo estaba rompiendo.

Cerró el cuaderno con más fuerza de lo habitual.

En Kure, el médico buscó a Masako.

—Has aprendido a llevar registros con detalle. Pocos lo hacen.

—Lo intento.

—Se te ve.

Masako sintió el gesto, pero no se apartó. Más tarde, Yumi dejó caer:

—Nuestro médico no te quita ojo.

Masako no respondió.

Esa noche escribió: Hiroshi, sigo fiel a ti, aunque otros se acerquen. No sé si algún día volveré a encontrarte.

En la casa de Nagoya, el padre comentó después de cenar:

—Takeshima, hoy conseguiste leña para dos semanas.

—Hacía falta.
—Aquí no sobra nada, pero tampoco falta mientras trabajemos juntos.

Takeshima asintió sin levantar la vista. Aquella noche se durmió sin dar vueltas.

En Nagoya y en Kure, la vida avanzaba sin giros visibles. No había liberación ni derrota, solo una sucesión de gestos repetidos que mantenían a todos en pie. Hiroshi, Takeshima, Masako y Sachiko respiraban el mismo tiempo, separados por kilómetros y unidos por la misma obligación callada: seguir.

Hiroshi caminaba junto a Takeshima hacia la base, cargando una caja de herramientas.
—¿Pensaste alguna vez que acabaríamos aquí? —preguntó Takeshima.
—No de esta manera.
—Y al final hemos acabado aquí.
—Aquí seguimos, nos guste o no.

Diciembre llegó sin marcar fechas. En Nagoya, el frío se colaba por las rendijas y obligaba a levantarse antes de amanecer. Hiroshi empezó a medir el tiempo por jornadas iguales: el camino hasta la base, el inventario, el regreso.

En Kure, Masako llegó al final de aquel invierno sin marcar fechas tampoco. El refugio continuaba lleno y los listados no se agotaban nunca. Sachiko ya no preguntaba cuándo volverían a casa.

Hiroshi abrió su cuaderno y escribió con letra firme: He aprendido a quedarme. No sé si eso es rendirse o resistir. Masako, sigo aquí.

En Kure, Masako escribió: Si este cuaderno sobrevive, sabrás que no solté tu nombre.

Dos ciudades, dos cuadernos y un mismo tiempo llevado a pulso. Nadie hablaba de ello, pero todos sabían dónde dolía. No se veía desde fuera, pero estaba en cada decisión, en cada paso medido y en cada palabra que se quedaba dentro.

Y aun así, seguían avanzando.

CAPÍTULO L

BRINDIS BAJO LOS NARANJOS

Carpintería, California — 1949

El primer año de matrimonio se les fue trabajando. El rancho no entendía de lunas de miel ni de promesas: entendía de acequias que limpiar, árboles que podar y días que empezaban antes de que el sol tocara los naranjos. Jack y Elsie aprendieron pronto que la vida de casados se parecía mucho a la de antes, con una diferencia sencilla y definitiva: ahora cada noche terminaba en la misma habitación, y eso lo cambiaba todo.

Jack salía al amanecer con su padre. Caminaban entre los árboles mientras el rocío brillaba en las hojas, revisaban los surcos, seguían el agua por las acequias y tanteaban la tierra con la punta de la bota.

—A este le falta aire.

Jack se agachó un poco, miró la tierra antes de responder.

—Luego lo dejo listo.

—Luego no —replicó su padre sin alzar la voz—. Hazlo hoy.

Jack asintió, sin discutir.

—Vale.

Trabajaban así, sin necesidad de explicarse más de la cuenta. A veces hablaban poco; otras, nada. Pero el ritmo era el mismo, firme, sin titubeos.

En la casa, el día arrancaba con el fogón. Helen ya estaba en la cocina cuando Elsie entraba con las mangas subidas.

—Pásame el cazo.

—Toma.

Helen no levantó la vista.

—Abre la ventana, que aquí no corre el aire.

—Ahora voy.

Clara limpiaba fruta en la mesa, observándolo todo sin intervenir. El matrimonio de su hermano no tenía nada de solemne. Era algo más sencillo: dos personas moviéndose por la misma casa como si

siempre hubieran vivido allí. Sin ceremonias, sin esfuerzo visible, como si encajaran desde antes.

A media mañana Jack entraba con barro en las botas.

—¿Queda café?

—Claro.

Elsie le acercó la taza. Al cogerla, él le rozó la cintura sin pensarlo.

—Jack…

—¿Qué?

—Está tu madre delante.

Jack dio un trago al café, como si no fuera con él.

—Yo solo pasaba.

Helen no dijo nada, pero Clara la vio sonreír más de una vez. No hacía falta comentarlo: la casa volvía a tener un pulso que no recordaban desde antes de la guerra.

Los meses avanzaron con ese mismo ritmo: trabajo, cenas en familia, domingos en el pueblo. Cuando alguien sacaba la luna de miel que no habían tenido, Elsie lo zanjaba sin darle vueltas.

—Ya iremos.

Una tarde Clara lo dijo más claro:

—Lo normal habría sido que os marcharais unos días.

Jack levantó la vista desde la mesa.

—Lo normal también habría sido no pasar por la guerra.

Elsie le dio un empujón leve con el hombro.

—No pasa nada.

—¿Seguro?

Ella sostuvo la mirada.

—El mar sigue ahí.

Jack no respondió. Se quedó un segundo más mirándola, como si aquella frase le hubiera abierto algo que no estaba del todo resuelto.

Ray empezó a aparecer algunos fines de semana desde San Diego. Seguía volando y hablaba del aire con la misma energía de siempre.

—No hay nada como despegar al amanecer.

—Eso no se olvida —respondía Jack—, pero ahora echo en falta otras cosas.

Ray miró hacia la casa, donde Elsie sacudía un mantel.
—Se te nota.
Clara fingía ordenar herramientas cerca del granero. Una tarde, Ray la encontró sola junto al corral.
—Siempre te apartas cuando hay gente.
—No me aparto.
Ray se apoyó en la valla.
—Ya…
Clara se quedó mirándolo.
—¿Y tú? ¿Qué haces aquí tan callado?
—Parar un momento.
—Eso nunca te ha ido mucho.
—Depende del día.
Se hizo un silencio corto.
—Oye…
—A ver.
Ray no desvió la mirada.
—¿Hay alguien?
Clara tardó un segundo en responder.
—Que yo sepa… no.
Ray asintió despacio.
—Vale.
Clara bajó la vista, rompiendo el momento antes de que creciera más.
—¿Y tú? ¿Tienes a alguien en San Diego?
Ray negó.
—No.
Clara arrancó una brizna de hierba.
—Entonces estamos igual.
Ray dejó escapar una risa breve.
—Parece.
Cogió dos vasos de una caja cercana.
—¿Te echo una mano?
—Me viene bien.
Caminaron hacia la casa sin añadir nada más, pero el silencio ya no era el mismo.

El verano dejó árboles cargados y jornadas largas. Una tarde, el cartero apareció por el camino con la bicicleta.

—Carta para ti, Jack.

El sobre llevaba un nombre conocido: Gibbons. Jack lo abrió apoyado en la mesa.

"Sigo contando contigo para el puesto de instructor en Japón. Si mantienes tu decisión, necesito confirmación antes de final de año."

Doblar el papel le llevó un segundo más de lo normal.

Helen levantó la vista.

—¿Del aire?

—Gibbons insiste.

Elsie habló antes de que nadie más lo hiciera.

—¿Japón?

—Japón.

El padre se acomodó en la silla.

—Ese no se olvida de los suyos.

—Y yo tampoco quiero olvidarme —respondió Jack.

Pero no sonó igual que otras veces.

La casa se quedó en silencio.

Esa noche, Jack no salió al porche de inmediato. Se quedó dentro, con la carta en la mano, mirándola sin volver a leerla.

Elsie lo encontró así.

—¿Te está costando decidir?

Jack tardó en responder.

—Más de lo que pensaba.

—No es por el viaje.

Jack negó.

—Es por todo lo demás.

Se pasó la mano por la cara.

—Me fui una vez… y sé lo que se queda aquí cuando te vas.

Elsie no interrumpió.

—No es lo mismo —añadió él—. Pero tampoco es tan distinto.

Levantó la vista.

—No quiero volver a irme y que todo se quede pendiente de esperar.

Elsie se acercó un paso.

—No vas a dejar nada a medias.

—Eso quiero pensar.

Hubo un silencio breve.

—¿Y si me equivoco? —dijo Jack, más bajo—. ¿Y si te llevo allí y no es lo que esperabas?

Elsie no dudó.

—Entonces lo afrontamos.

Jack la miró.

—No es solo ir. Es todo lo que viene detrás.

—Lo sé.

Se sostuvo en su mirada.

—No sé cómo será —dijo—, pero contigo tengo claro dónde quiero estar.

Algo se aflojó en Jack. Respiró más hondo.

—No quiero repetir lo de antes.

—No lo vas a repetir —respondió ella—. Porque ahora no te vas solo.

Eso fue lo que le hizo asentir sin dudar.

—Entonces iremos.

No sonó ligero. Sonó decidido.

Salieron al porche. El campo estaba oscuro y solo se oía algún insecto entre los árboles.

Jack se apoyó en la barandilla.

—Antes de irnos quiero hacer algo bien.

—¿El qué?

Elsie lo miró, sabiendo la respuesta antes de que la dijera.

—La luna de miel que te debo.

Elsie dejó escapar una sonrisa.

—Ya iba tocando.

Se apoyó a su lado, mirando hacia el campo.

—Una casa pequeña… cerca del mar.

Se quedó un instante en esa idea.

—Sin gente alrededor. Sin tener que mirar el reloj.

Jack la miró sin responder.

—Solo nosotros —añadió ella—. Sin correr.

Jack asintió despacio.

—Eso sí que lo voy a hacer bien.

Helen organizó una comida de despedida.

—Si os vais tan lejos, al menos que el pueblo brinde por vosotros.

El domingo colocaron mesas bajo los naranjos. Llegaron vecinos con comida, vino y una guitarra que siempre aparecía en esos días. El campo se llenó de voces.

Cuando todos estuvieron sentados, el padre de Jack se puso en pie con el vaso.

—Un momento.

Las conversaciones se apagaron.

—Cuando Jack volvió de la guerra pensé que lo peor había pasado —dijo—. Pero la vida sigue.

Miró a su hijo y a Elsie.

—Y estos dos han sabido tirar juntos. Como tiene que ser.

Levantó el vaso.

—Por Jack y Elsie.

—¡Por Jack y Elsie!

Los vasos chocaron y la guitarra empezó a sonar. La tarde se fue alargando entre risas, historias y despedidas que nadie decía en voz alta. Poco a poco, los vecinos se marcharon mientras las lámparas quedaban encendidas entre los árboles.

Jack y Elsie caminaron solos entre los naranjos.

—¿Seguro que quieres dar ese paso? —preguntó él.

—Si es contigo, sí.

Jack le tomó la mano.

—Iremos juntos.

Dieron unos pasos más, despacio.

—Pero antes… —dijo Elsie.

—¿Antes?

Ella lo miró, con una sonrisa que ya no era tímida.

—Antes me debes una noche.

Jack arqueó una ceja.

—Eso es verdad.

—La de la boda se quedó a medias.

Jack soltó una risa breve.

—Con media familia alrededor… complicado.

—Ahora no —dijo Elsie—. Ahora será distinto.

—¿Cómo?

Ella no apartó la mirada.

—Sin nadie. Sin prisa. Sin interrupciones.

Jack se inclinó un poco hacia ella.

—La casa junto al mar.

—Esa misma.

—Sin vecinos.

—Sin nadie llamando.

Jack asintió.

—Me gusta.

—Más te vale.

Apagaron las últimas lámparas. El rancho quedó en silencio y los naranjos apenas se movían bajo la noche.

Antes de cruzar el océano, tendrían por fin unos días para ellos.

CAPÍTULO LI

RUMBO A YOKOSUKA

Nagoya, Japón — 1949

Era pleno invierno en Nagoya. Hiroshi y Takeshima caminaban cada mañana hasta la puerta lateral de la base americana, enseñaban los pases de cartón al soldado de guardia y cruzaban hacia los hangares sin detenerse. El día se les iba moviendo cajas, revisando inventarios y obedeciendo órdenes en inglés que casi nadie se molestaba en explicar. El trabajo apenas alcanzaba para un cuenco de arroz al mediodía y unas pocas monedas para casa. Lo peor no era el cansancio, sino no saber qué podía pasar la semana siguiente: cambiaban jefes, turnos y listas sin avisar, y uno podía quedarse fuera de un día para otro sin más explicación.

Al regresar, la madre de Hiroshi los esperaba con té mientras el padre, encorvado, arreglaba alguna herramienta en el patio. La cena era casi siempre la misma: arroz, verduras y, con suerte, un poco de pescado. Aquella noche, mientras recogían los platos, Takeshima habló sin levantar la voz:

—¿Te imaginas aquí dentro de diez años?

Hiroshi se tomó un momento.

—No miro tan lejos.

—Pues yo sí —dijo Takeshima—. Y no me gusta nada.

Hiroshi dejó el cuenco en la mesa.

—¿Qué ves?

—Lo mismo de ahora. Entrar por esa puerta, agachar la cabeza y salir igual. Todos los días.

Hiroshi no respondió enseguida.

—Mientras haya trabajo, comemos.

—Eso es aguantar —replicó Takeshima—. No es vivir.

El padre levantó la vista un segundo, pero no intervino. La madre siguió recogiendo en silencio.

Hiroshi asintió despacio.

—Ya saldrá algo.

No añadió nada más.

A mitad de semana les pidieron quedarse dos horas extra. Un sargento marcaba el ritmo con la mano y un intérprete resumía a toda prisa:

—Más cajas. Más rápido. Preparan un buque.

Un cajón se abrió mal y varias piezas rodaron por el suelo. Takeshima chasqueó la lengua mientras Hiroshi se agachaba a recoger arandelas.

—¿Para quién va todo esto?

—Para gente que ni veremos —respondió Takeshima—, y aun así lo cargamos nosotros.

El intérprete los oyó y añadió sin mirarlos:

—Hoy aquí. Mañana, quién sabe.

Hiroshi se quedó con esa frase. Mañana en otro sitio. No sonaba a amenaza. Sonaba a salida.

En Kure, la vida seguía otro ritmo. Masako había encontrado una forma de avanzar: trabajaba en la clínica del refugio, ayudando al médico a registrar pacientes y repartir medicinas. A su lado, siempre, Sachiko.

—La niña ya se mueve por aquí como si fuera su casa —comentó el médico.

Masako sonrió.

—Nos encontramos cuando las dos estábamos solas. Desde entonces no se despega de mí.

El médico la miró un instante.

—Eso no pasa porque sí.

—No. Nos encontramos cuando hacía falta.

Sachiko cruzó la sala corriendo y el médico siguió su carrera con la vista.

—Ha tenido suerte.

Masako negó suavemente.

—La tuvimos las dos.

El médico asintió.

—Cuando tengas un rato, cuéntame cómo llegó hasta aquí.

Masako dudó un instante.

—No es fácil su historia.

—Las que importan no lo son.

Esa noche, con la niña dormida, Masako abrió su cuaderno y escribió: Hace dos años que no sé nada de mi madre. Sigo esperando noticias. A veces pienso que quizá ya no esté, pero sigo mirando cada carta como si fuera a llegar mañana. Cerró el cuaderno y se quedó un momento con la mano apoyada sobre la tapa, sin moverse.

Al día siguiente, la sala volvió a llenarse. Una repatriada enseñó una postal vieja.

—La traje por si alguien reconoce a mi hermana.

Yumi la guardó con cuidado.

—Las vamos ordenando por nombre y barrio.

La mujer se marchó sin respuesta.

—¿Cuántas volverán a casa? —preguntó Yumi.

Masako siguió escribiendo.

—Las que encuentren sitio. Las demás tendrán que hacerse uno.

En Nagoya, Hiroshi y Takeshima salieron de la base con la ropa manchada y se sentaron en el puesto de fideos de la esquina. El dueño les sirvió sin preguntar.

—No sé cuánto más soportaré esto —dijo Takeshima.

—Yo tampoco.

Comieron en silencio mientras los jeeps levantaban polvo al pasar.

—¿Tú de verdad te ves quedándote aquí?

Hiroshi dejó los palillos.

—Mientras haya trabajo…

—Eso no es una respuesta.

—Es la que hay.

—No. Es la que te estás dando para no moverte.

Hiroshi lo miró un momento, sin responder.

Takeshima bajó la voz.

—Si no salimos nosotros, nadie nos va a sacar.

Esa noche, ya tumbados, Takeshima murmuró:

—No podemos seguir tragando así.

Hiroshi miró el techo, pensó en Masako —a la que no veía desde 1944— y abrió el cuaderno. Dudó un instante antes de escribir: No

sé si algún día volveré a verte. Luego cerró la libreta sin añadir nada más.

Unos días después, el cartero llamó con un sobre amarillo. Hiroshi lo abrió en el umbral.

Hiroshi. Estoy en Yokosuka. Hay trabajo con los americanos. Resiste. —Yamashita.

Lo leyó varias veces antes de entrar.

—Es de Yamashita.

La madre levantó la vista.

—¿Y qué dice?

—Que vaya a Yokosuka. Que hay trabajo.

El padre murmuró:

—Ese no se rinde.

En el patio, un vecino lo detuvo.

—¿Te vas?

—Si sale, sí.

El hombre asintió.

—Pues no te lo pienses. Aquí no hay nada.

Esa noche, frente al altar familiar, el recuerdo del hermano mayor llenaba la habitación: un cuenco de té, incienso y la fotografía. Nadie hablaba. El silencio pesaba más que cualquier palabra hasta que Takeshima rompió el mutismo.

—Nunca me contaste qué le pasó.

Hiroshi tardó en responder.

—Una fiebre. En pocos días. Tenía quince años.

—No lo sabía.

—Casi nadie.

El padre levantó la vista un instante y volvió al retrato. La madre ajustó el paño con cuidado. Nadie añadió nada más.

En Kure, la clínica no daba tregua. Un estibador llegó con un corte profundo y trabajaron sin parar.

—Aprietas bien —dijo el médico.

—Es lo que hay que hacer —respondió Masako.

Al caer la tarde, Yumi se dejó caer en un banco.

—A veces sigo oyendo a los que se quedaron en la sala.

Masako miró a Sachiko.

—Yo a los que no llegaron.

En Nagoya, el mensaje de Yokosuka ya era una decisión.

—Dicen que es la base más grande —dijo Takeshima—. Habrá trabajo.

Hiroshi no respondió al momento.

—Nos vamos.

Takeshima lo miró.

—¿Y tus padres?

—Les mandaré dinero. Aquí no vamos a salir adelante.

Hiroshi recorrió la casa con la mirada, el patio, las herramientas apoyadas en la pared.

—Quedarnos no cambia nada.

Takeshima bajó la vista un instante.

—No es tan fácil.

—No —respondió Hiroshi—. Pero es peor seguir igual.

Revisaron lo poco que tenían.

—¿Y si allí es lo mismo? —preguntó Takeshima.

—Puede —respondió Hiroshi—, pero no será aquí.

La madre le entregó un pañuelo y una taza sin asa.

—Para que no te olvides.

El padre le dio un destornillador.

—Nunca se sabe.

Aquella noche, Hiroshi escribió la respuesta: Aceptamos el trabajo en Yokosuka. Indique fecha y lugar.

A la mañana siguiente lo llevó a correos y, al volver, pidió hablar con el capataz.

—Se van —dijo el intérprete.

El capataz asintió.

—Os firmo la semana. Mañana, último turno.

Esa noche, en la oscuridad, Takeshima habló sin girarse.

—Cuando lleguemos, nadie sabrá quiénes fuimos.

—Mejor así.

—A veces sueño con los Doce… y ya no recuerdo los nombres.

Hiroshi cerró los ojos.

—Por eso quiero ir. Antes de que se borren del todo.

El día de la partida llegó sin ceremonia. En el andén, Hiroshi abrazó a su madre.

—Escribe.

—Lo haré.

El padre sostuvo su mirada.

—Trabaja. Cuida de Takeshima.

—Lo haré.

Subieron al tren con lo justo. El vagón iba lleno y nadie hablaba. Al amanecer, Hiroshi abrió el cuaderno y escribió: Dejamos Nagoya atrás. Vamos a Yokosuka.

Takeshima leyó por encima y asintió.

El tren empezó a bordear la costa y la luz entraba limpia por la ventanilla. Hiroshi añadió una última línea: Si algún día lees esto, madre, sabrás dónde estoy.

Cerró la libreta y la guardó con cuidado. Compartieron una caja de comida sin decir nada mientras el mar se abría entre edificios y muelles. Durante un buen rato ninguno habló.

—Sea lo que sea, allí empezamos otra vez —dijo Takeshima al fin.

Hiroshi no respondió. Miró la bahía abrirse delante, más grande de lo que había imaginado, y entendió que no estaban dejando Nagoya atrás solo por trabajo.

Dejaban de esperar.

CAPÍTULO LII

LA CASA JUNTO AL MAR

Carpintería, California — 1950

Al amanecer ya estaban en la carretera. La furgoneta avanzaba despacio entre los naranjales, con la luz entrando poco a poco en el valle. Salieron sin alargar nada, como si detenerse lo fuera a complicar todo. Aun así, al tomar la última curva, Elsie miró por el retrovisor y se quedó un instante más de la cuenta.

—Ya está.

Jack no miró atrás.

—Ya está.

Elsie soltó el aire con una media sonrisa.

—Pues ya nos hemos ido.

—Y bien hecho.

—Como me dé por pensarlo mucho, la liamos.

—No te da tiempo.

—Menos mal.

Hubo un segundo de silencio.

—Oye…

—¿Qué?

—Ni se te ocurra darte la vuelta.

Jack soltó una risa baja.

—Ni de broma.

—Más te vale.

—Que vamos de luna de miel, no de visita.

Siguieron un tramo en silencio. La carretera empezó a descender y el mar apareció entre los árboles, primero como una línea y después ocupándolo todo. La casa surgió al fondo, blanca, pequeña, apartada.

Jack aparcó y apagó el motor.

—Bueno.

Elsie miró la casa, luego a él.

—Ahora sí.

Entraron. La casa tenía lo justo: una mesa, dos sillas distintas, una cama junto a la ventana y una cocina pequeña donde apenas cabían dos personas a la vez. Pero el mar se veía desde casi cualquier rincón.

Jack dejó la maleta en el suelo.

—Un año entero esperando esto.

Elsie lo miró con media sonrisa.

—No hemos estado tan mal.

—No, pero siempre había alguien.

—Mi madre.

—Los Braxton.

—Una puerta mal cerrada.

—O el suelo crujiendo.

Elsie levantó un dedo.

—Y tú parándote cada dos minutos.

—Porque siempre había alguien.

Se quedaron mirándose un segundo. Luego ella abrió un poco los brazos.

—Ahora no hay nadie.

Jack cruzó la habitación en dos zancadas.

—Eso cambia todo.

La besó despacio, sin prisa. Elsie lo dejó un momento y luego lo apartó con una mano en el pecho.

—Espera.

—¿Ahora qué?

—Estoy pensando.

—Malo.

—Estoy echando cuentas.

—¿De qué?

Ella se acercó un poco más.

—De lo que puede pasar si seguimos así unos días.

Jack tardó un segundo y soltó una risa.

—Después de un año esperando, ya era hora.

—Pues no pienso ir despacio.

—Ni lo pienses.

Elsie tiró de su camisa.

—Y además…
—¿Qué?
—Aquí nadie va a llamar a la puerta.
Jack alzó las cejas.
—Eso sí que cambia el plan.
—Lo mejora.
Se besaron otra vez, sin bromas. Las manos ya sabían el camino, sin prisa ni dudas, con la confianza de quien ya se conoce. Cuando por fin quedaron tumbados, con la ventana entreabierta y el mar al fondo, Elsie apoyó la cabeza en su pecho.
—Ahora sí.
Jack no respondió al instante. Miraba el techo, con el sonido del mar entrando por la ventana.
—En unos meses estaremos en Japón —dijo al fin.
Elsie levantó la cabeza.
—Lo sé.
—Y esto… —añadió él, mirando alrededor— no va a volver a ser tan fácil.
Hubo un silencio breve.
—Por eso estamos aquí —respondió ella—. Para hacerlo bien ahora.
Jack la miró.
—No quiero que esto se quede en un recuerdo rápido.
—No lo será.
—Allí todo va a ser distinto.
—Entonces nos acordaremos de esto.
Jack bajó la vista un momento.
—Y de por qué estamos juntos.
Elsie sonrió, más suave.
—Eso no se nos va a olvidar.
Volvió a tumbarse sobre él.
—Ni aunque lo intentaras.
Jack dejó escapar una risa corta.
—No lo voy a intentar.
Afuera, las olas seguían entrando y saliendo con un ritmo constante.

—Jack —dijo ella al cabo de un rato—, como me quede embarazada este año…
—¿Qué?
—Tu madre nos lo va a recordar siempre.
Jack resopló.
—Pues tendrá razón.
—Y nos dará igual.
—También.
Durante unas semanas vivieron así, sin reloj y sin más obligación que estar juntos. Dormían hasta tarde, desayunaban en el porche y bajaban a la playa cuando el sol empezaba a caer. A veces salían a caballo; otras, se quedaban frente al mar, hablando sin prisa. Pero ahora, entre esas conversaciones, Japón empezó a colarse sin avisar: en los silencios, en las miradas largas, en las frases que se quedaban a medio decir.
Cuando regresaron a Carpintería, el rancho seguía igual. Helen salió al porche en cuanto oyó la furgoneta.
—Por fin… qué ganas tenía de veros.
Elsie la abrazó riendo.
—Nos lo estábamos pensando.
—Dos meses pensando, sí.
Jack estrechó la mano de su padre.
—¿Cómo va todo?
—Como siempre.
—Entonces va bien.
Aquella noche cenaron los cuatro en la cocina y la conversación acabó girando hacia Japón.
—¿Cuándo salís? —preguntó Helen.
—En unos meses.
—Pues aprovechad.
—En eso estamos.
Unos días después apareció Ray, con el coche cubierto de polvo.
—Así que os vais lejos de verdad.
Jack le dio un abrazo.
—Eso parece.
Ray miró a Elsie.

—A ver si este sabe lo que hace.
—Yo voy a vigilarlo —respondió ella.

Mientras hablaban en el porche, Clara apareció desde el establo con un cubo en la mano. Ray la miró un segundo más de la cuenta.
—Hola, Clara.
—Hola.
—Sigues con todo esto tú sola.
—Alguien tendrá que hacerlo.

Ray sonrió, despacio.
—Pues no se te da mal.

Clara se encogió de hombros y siguió hacia la casa, pero Ray no apartó la mirada hasta que desapareció por la puerta. Jack lo vio.
—Ni lo intentes.
—¿El qué?
—Eso.

Ray soltó una media sonrisa.
—Solo miro.
—Ya.

Aquella tarde hablaron en el porche hasta que cayó el sol. Clara entraba y salía con cualquier excusa, y Ray siempre acababa pendiente de ella.

A finales de año llegó la confirmación del traslado. La carta estaba sobre la mesa cuando Jack entró en la cocina.
—Ya está.

Elsie levantó la vista.
—¿Japón?
—Japón.

Leyó el nombre despacio.
—Yokosuka.

Elsie apoyó la mano sobre la carta.
—Entonces es de verdad.
—Lo es.

Salieron al porche. El viento movía los naranjos y el frío empezaba a entrar en la tierra. Jack pasó el brazo por sus hombros.
—¿Lista?
—Contigo, sí.

Se quedaron mirando el campo en silencio.

—No va a ser fácil —dijo él.

—Nunca lo ha sido.

—Allí todo será distinto.

—Mientras estemos juntos, me vale.

Jack la acercó un poco más hacia él mientras el viento seguía moviendo las ramas de los naranjos.

Durante un rato no hablaron. Se quedaron mirando el campo, las luces encendidas de la casa y el cielo limpio sobre Carpintería.

Elsie apoyó la cabeza en su hombro.

—Quiero acordarme de esto cuando estemos allí.

Jack giró un poco la cabeza hacia ella.

—Yo también.

La noche terminó de caer despacio sobre el rancho, y ninguno de los dos tuvo prisa por entrar.

CAPÍTULO LIII

REUNIR A LOS DOCE

Yokosuka y Kure, Japón — 1950

Era pleno invierno cuando Hiroshi bajó al andén con la bolsa al hombro. Takeshima saltó detrás sin mirar atrás. El puerto de Yokosuka se abría delante como una ciudad entera dedicada al trabajo: grúas en movimiento, camiones entrando y saliendo, cajas apiladas y voces mezcladas en japonés e inglés. Nada que ver con Nagoya. Allí no había pausa, solo ritmo.

Un intérprete los condujo hasta un cobertizo de madera donde se entregaban los pases de trabajo. Al fondo, de pie junto a una mesa cubierta de papeles, esperaba Yamashita.

El antiguo capitán había envejecido lo justo para que la guerra siguiera presente en su forma de estar. Hiroshi se inclinó.

—Capitán.

—Aquí no hay capitanes —respondió Yamashita—. Aquí todos cargamos cajas.

Takeshima esbozó una sonrisa breve.

—Eso habrá que verlo.

Firmaron sin hacer preguntas: turnos de almacén, muelle y descarga, jornadas largas, salario justo. Trabajo, al menos. Cuando terminaron, Yamashita dobló los papeles con cuidado y se tomó un momento antes de hablar.

—No os llamé solo por el trabajo.

Hiroshi lo miró de frente.

—Lo imaginaba.

El viejo oficial dudó un instante.

—Después de la guerra me encontré con otro capitán en Tateyama. Había perdido a todo su pelotón. Igual que nosotros.

—¿Quién? —preguntó Takeshima.

—Sakamura.

Hiroshi lo recordó al instante.

—Sí… el campamento.

—Ahora trabaja cerca del puerto —continuó Yamashita—. Fue él quien me habló de los puestos aquí.

Takeshima cruzó los brazos.

—Así que no estamos tan solos.

—No —dijo Yamashita—. Y puede que venga con nosotros. Cuantos más hombres de confianza tengamos, mejor nos moveremos.

Hiroshi no respondió enseguida.

—¿Y para qué exactamente? —preguntó al fin—. ¿Para cargar cajas juntos?

Takeshima lo miró de lado. Yamashita sostuvo la mirada.

—Para no dispersarnos.

Hiroshi negó muy leve.

—Eso no basta.

El silencio se tensó un instante.

—No estamos en Tokorozawa —añadió Hiroshi—. Aquí nadie nos está esperando. Si los juntamos… será para algo más.

Takeshima bajó los brazos.

—Pues dilo claro.

Hiroshi miró a Yamashita.

—¿Para qué los quieres reunir?

Yamashita no respondió de inmediato. Apretó los papeles entre los dedos.

—Para que no desaparezcan.

Hiroshi dio un paso más.

—Eso es pasado.

—No —cortó Yamashita—. Es lo único que tenemos en común.

Takeshima intervino, más seco:

—Lo que tenemos es esto —señaló el puerto—. Trabajo. Y mañana otra vez lo mismo.

—Y si nos quedamos ahí —dijo Hiroshi—, entonces sí desaparecen.

Los tres se quedaron en silencio un momento.Desde el puerto seguían llegando motores, sirenas lejanas y grúas trabajando incluso a esas horas.

—No quiero una reunión —añadió Hiroshi—. Quiero saber si somos capaces de hacer algo juntos.

Yamashita lo miró fijo.

—Eso se verá.
—No —respondió Hiroshi—. Eso se decide.
Takeshima soltó el aire.
—Pues empieza tú.
Hiroshi no apartó la mirada.
—Primero, encontrarlos. Pero no para recordar. Para trabajar con ellos. Para levantar algo que sea nuestro.
Yamashita asintió despacio.
—Entonces estamos hablando de lo mismo.
—No —dijo Takeshima—. Estamos hablando de hacerlo de verdad.
Firmaron en silencio lo que quedaba y salieron al muelle.
El trabajo empezó al día siguiente y no dio tregua. Cajas de munición, sacos de arroz, barriles de combustible. Todo llegaba y salía sin pausa mientras los americanos marcaban el ritmo y los intérpretes corrían de un lado a otro repitiendo órdenes. Takeshima dejó caer una caja en el suelo y se estiró la espalda.
—En la universidad no hablaban de esto.
—En la universidad hablaban de poesía —respondió Hiroshi, limpiándose las manos.
Takeshima miró el puerto lleno de grúas.
—Y míranos ahora.
Hiroshi alzó otra caja sin detenerse.
—Aquí estamos.
Aquella noche cenaron en el barracón. Arroz, sopa ligera y silencio. Yamashita sacó un papel doblado del bolsillo y lo extendió sobre la mesa. Una lista de nombres.
Takeshima la reconoció al instante.
—¿La sigues guardando?
Yamashita no respondió. Hiroshi leyó los nombres uno a uno. Tokorozawa. La guerra. Los que no volvieron.
Se detuvo en uno.
Volvió a leerlo.
—Este no murió con los demás —dijo.
Yamashita levantó la vista.
—¿Cómo lo sabes?
—Porque no estaba en la última lista.

Takeshima se inclinó sobre el papel.
—¿Estás seguro?
Hiroshi asintió.
—Ese salió antes.
Yamashita frunció el ceño.
—A ese lo enterramos sin nombre.
—Entonces no era él.
El silencio se volvió más denso.
—¿Y si lo fue? —dijo Takeshima—. ¿Y si te estás equivocando?
Hiroshi no cedió.
—No me estoy equivocando.
—Han pasado años —insistió Takeshima—. No tienes la cabeza tan clara como crees.
Hiroshi levantó la mirada.
—Lo recuerdo.
—¿Todo? —apretó Takeshima.
—Lo suficiente.
Yamashita intervino, cortando el cruce.
—Da igual cuál sea —dijo—. Lo importante es que los que quedan… están fuera.
Hiroshi volvió al papel.
—Entonces hay que encontrarlos.
—¿Para qué? —preguntó Takeshima, esta vez sin ironía—. ¿Para traerlos aquí a hacer lo mismo que nosotros?
Hiroshi cerró la lista despacio.
—Para que no se pierdan.
Takeshima negó.
—Eso ya pasó.
—No —dijo Hiroshi—. Lo dejamos pasar.
El silencio se cerró alrededor de la mesa.
Yamashita habló más bajo.
—No quiero que esto se quede en una lista.
Hiroshi levantó la vista.
—Entonces no lo tratemos como una.
Nadie añadió nada más. La lista quedó sobre la mesa.

Los días se llenaron de trabajo. El puerto no daba respiro y, entre turno y turno, Yamashita hablaba de Sakamura, de la posibilidad de reunir a algunos más. Esta vez, sin rodeos.

Una tarde, Hiroshi volvió a preguntarle.

—¿Vendrá?

—Eso dice —respondió Yamashita—. Y quizá traiga a otros.

Hiroshi asintió.

—Entonces empezamos.

En Kure, la vida seguía otro ritmo. Masako pasaba el día en la clínica del refugio. El médico había conseguido más medicinas y cada jornada llegaban nuevos pacientes. La sala no se vaciaba nunca del todo.

—Masako, revisa estas fichas —dijo una mañana.

Ella cogió el cuaderno sin contestar y empezó a ordenar nombres y síntomas con rapidez, pasando páginas con la yema de los dedos. En el suelo, Sachiko dibujaba concentrada, con el lápiz ya casi sin punta.

El médico la miró un momento.

—No se despega de ti, ¿eh?

Masako siguió escribiendo, pero se le notó en la voz.

—La trajeron los soldados un día… así, sin más. Era tan pequeña que cabía en un brazo.

Hizo una pausa corta, sin dejar de escribir.

—Y mírala ahora. A ver quién la suelta.

El médico esbozó una leve sonrisa, sin apartar la vista de la niña.

—Entonces te ha elegido ella.

Masako pasó a la siguiente ficha.

—O nos hemos encontrado a tiempo.

Se hizo un silencio breve, cómodo.

El médico dudó antes de hablar otra vez, como midiendo el momento.

—Cuando acabemos… podríamos ir a tomar algo. Hay una casa cerca del puerto. Tranquila.

Masako levantó la vista lo justo.

—Hoy no.

No fue brusco, pero tampoco dejó espacio.

El médico asintió, sin insistir, aunque no se retiró del todo.
—Mañana, entonces.
Masako volvió al cuaderno.
—Mañana tampoco lo sé.
No hubo tensión en el tono, pero sí en la respuesta. El médico asintió y volvió a lo suyo.
Aquella tarde entró un grupo de heridos del puerto. Uno de los hombres sangraba por la frente.
—Gasas.
Masako reaccionó al instante. Limpió la herida con firmeza mientras el hombre apretaba los dientes.
—Va a escocer.
—No es nada.
El médico la observó trabajar.
—Tienes buen pulso.
—He tenido muchas horas de práctica.
Cuando terminaron, cerró el registro del día. Sachiko corrió hacia ella.
—¿Hemos acabado?
—Por hoy sí.
El médico apagó la lámpara.
—Mañana vendrán más.
Masako asintió.
En Yokosuka, el invierno empezó a notarse. El viento del mar cortaba la cara mientras cargaban cajas. Takeshima se frotó las manos.
—Cuando estudiaba literatura pensaba que acabaría escribiendo libros.
Hiroshi ajustó el peso de una caja.
—Y ahora haces cuentas de carga.
—La vida aprieta.
Yamashita apareció detrás de ellos.
—Descanso. Diez minutos.
Se sentaron en el borde del muelle. El mar estaba gris y quieto. Durante un rato nadie habló.

—Sakamura dice que habrá más puestos —dijo Yamashita al fin—. Dos, quizá tres.
—Vendrán bien —respondió Hiroshi.
Takeshima lanzó una piedra al agua.
—Lo importante es no quedarse atrás.
Yamashita miró el mar.
—Y no olvidarse de por qué seguimos aquí.
Hiroshi no apartó la vista del agua.
—Ya lo hemos decidido.
Takeshima lo miró.
—Entonces no lo dejemos a medias.
El día terminó con el puerto en calma. Las grúas se detuvieron y los camiones desaparecieron uno a uno. Hiroshi se quedó un momento mirando la bahía. Un barco americano se alejaba despacio hacia mar abierto.
Takeshima se acercó a su lado.
—Mañana más.
—Mañana empezamos.
Takeshima frunció el ceño.
—¿No hemos empezado ya?
Hiroshi negó.
—No de verdad.
Hubo un silencio breve.
—Entonces habrá que hacerlo bien —dijo Takeshima.
Hiroshi asintió.
—Por eso estamos aquí.
El viento volvió a entrar desde el mar. Detrás quedaba todo lo que habían perdido; delante, trabajo, días largos y algo que esta vez sí dependía de ellos. Hiroshi echó a andar y Takeshima lo siguió sin decir nada.

A esas horas el puerto empezaba a vaciarse despacio. Las últimas grúas se detenían una a una y el mar recuperaba un silencio raro después de todo el día de trabajo.
Hiroshi miró un instante las luces lejanas de los barcos antes de seguir caminando.

Esta vez no iban a juntarse para recordar, sino para decidir qué hacer con lo que quedaba.

CAPÍTULO LIV

AL OTRO LADO DEL OCÉANO

Yokosuka, Japón — 1951

El patio se llenó desde temprano. Vecinos, familia, gente de la iglesia y del mercado se movían entre saludos, manos apretadas y frases que se repetían sin orden. Helen iba de un lado a otro con el delantal puesto. El padre de Jack intentaba mantener la calma, pero no lo conseguía del todo.

La señora Braxton llegó del brazo de un sobrino. Se detuvo frente a Elsie, la miró un instante y habló en voz baja.

—Escribe.

Elsie asintió.

—Lo haré.

Clara salió de la casa, la abrazó con fuerza y luego miró a su hermano.

—Cuídate.

—Siempre.

Helen llamó a su hijo con un gesto.

—Ven aquí.

Le arregló el cuello de la camisa como cuando era niño.

—Si necesitas algo, dilo. No te hagas el fuerte.

Luego miró a Elsie.

—Y tú igual. No te quedes callada.

—Sabes que no.

El señor Sullivan alzó la voz para reunir a todos. Las conversaciones se apagaron lo justo.

—Cuidaos. Y escribid.

—Volved —añadió alguien.

Helen los abrazó a los dos.

—Esta sigue siendo vuestra casa.

Subieron al coche entre despedidas cortas. Clara se quedó en la entrada junto a la señora Braxton. Jack levantó la mano. El motor

arrancó. Elsie miró por la ventanilla hasta que el patio desapareció al tomar la curva.

La carretera se abrió entre naranjales. Jack conducía en silencio, con la vista fija al frente. Elsie apoyó la cabeza en la ventanilla. Los postes de teléfono marcaban el ritmo del trayecto.

—No pensé que doliera así.

Jack tardó un momento en responder.

—Es raro… como si fuéramos a volver en unos días.

En Santa Bárbara pararon a repostar. Mientras Jack llenaba el depósito, Elsie compró refrescos. Un camionero les preguntó adónde iban.

—San Francisco. Embarcamos rumbo a Japón.

El hombre asintió.

—Buen viaje.

Siguieron hacia el norte. Comieron en un merendero, con bocadillos y café de termo. Elsie repasó una lista.

—¿De verdad necesitamos tantas fotos?

—Luego las echaremos de menos.

Esa noche durmieron en una pensión cerca de San José. El dueño, un veterano, les dejó una manta extra.

—Suerte.

Antes de apagar la luz, Elsie escribió en su libreta: primera noche fuera. Todo nuevo. Todo incierto.

A la mañana siguiente, la bahía de San Francisco apareció cubierta de niebla. El puente asomaba entre la bruma.

Elsie se apretó contra Jack.

—Es enorme.

Jack miró hacia el agua.

—Y aún no hemos empezado.

Aparcaron frente a la terminal naval. Familias despidiéndose, marineros formando filas, equipajes amontonados. Elsie respiró hondo. Jack apoyó la mano en su espalda.

—Aquí empieza la aventura.

La explanada estaba llena. Un altavoz repetía órdenes en inglés que apenas conseguían imponerse sobre el movimiento constante

del muelle. Jack entregó la documentación. Un suboficial señaló la pasarela.

Elsie subió sin vacilar, con la maleta pegada al pecho. Al pisar la cubierta se detuvo un instante. La ciudad quedaba atrás, envuelta en niebla.

—Ya está.

Jack la rodeó por la cintura.

—Ya hemos embarcado.

El camarote era estrecho: dos literas, un baúl, una ventanilla redonda.

—Más pequeño que la casa de la costa.

—Pero es nuestro.

Los primeros días fueron un desfile de caras nuevas. En el comedor, en cubierta. Una pareja de Texas con un niño inquieto. Mujeres que dejaban atrás casas y familias, algunas calladas, otras riendo demasiado.

Jack pasaba horas apoyado en la barandilla, mirando la estela del barco. Elsie se colocaba a su lado.

—¿En qué estás pensando?

—En todo lo que se queda atrás… y en no pensarlo demasiado.

Elsie apoyó el codo en la barandilla.

—Pues mira el mar un rato y descansa la cabeza.

Las noches eran agitadas. Motores vibrando bajo el suelo, pasos en los pasillos. Aun así dormían abrazados en la litera estrecha.

Los días empezaron a confundirse. Agua hasta el horizonte. Horas iguales.

Elsie escribía cartas que no enviaba. A Helen. A Clara. Contaba cosas pequeñas. Preguntas que dejaba abiertas. Luego doblaba las hojas y las guardaba.

Jack escribía menos. Frases cortas.

Una noche dejó la pluma.

—Esto cuesta más que volar.

—Normal. Aquí no puedes aterrizar.

Elsie cerró su libreta sin responder.

La rutina se impuso. Comidas a horas fijas, paseos en cubierta, alguna película improvisada. Elsie cosía o hablaba con otras mujeres.

Jack escuchaba historias de marineros.

Al anochecer subían a cubierta.

—Ray va a acabar diciendo algo —dijo Elsie una tarde.

Jack la miró.

—Ray no habla de esas cosas.

—No hace falta. Se le ve venir.

Jack rió.

—Siempre vas un paso por delante.

—Alguien tiene que hacerlo.

En la tercera semana llegó mal tiempo. El barco empezó a moverse con más fuerza. Las tazas chocaban. Los marineros aseguraban todo.

Elsie se agarró al brazo de Jack.

—¿Esto es normal?

—Sí. Pero no acostumbra.

La tormenta no duró mucho, pero bastó. El agua golpeaba. Aquella noche durmieron vestidos. La mano de Jack no soltó la de ella hasta que el barco volvió a estabilizarse.

A la mañana siguiente, el mar estaba en calma. Los marineros bromeaban.

Elsie soltó una risa breve.

—Vaya noche.

—Y lo que queda.

Los últimos días se llenaron de expectación. Se hablaba del desembarco, de la base, de lo que vendría. Elsie revisaba la maleta una y otra vez.

Una tarde apareció tierra.

Elsie cerró los ojos un segundo.

—Se acabó el viaje.

Jack le apretó la mano.

—Ahora empieza lo serio.

El barco atracó en Yokohama a media mañana. El puerto bullía. Soldados, trabajadores japoneses, intérpretes cruzando con papeles, carteles que Elsie no entendía.

—Parece otro mundo.

—Lo es.

Un oficial los llamó por su nombre. Bajaron con las maletas. Todo sonaba distinto. Más rápido.

Un niño japonés pasó corriendo con una cesta. Se detuvo un segundo, miró a Elsie y siguió.

—Nos miran igual que nosotros —dijo Jack.

Los subieron a un camión. Calles estrechas, bicicletas, puestos, mujeres con kimonos. Soldados americanos apoyados en esquinas.

—No sé dónde mirar.

—Ni yo.

Llegaron a Yokosuka poco después. La base parecía una ciudad levantada con prisa: barracones alineados, hangares abiertos, antenas que recortaban el cielo y un movimiento constante que no se detenía en ningún punto.

El oficial los condujo por un camino de tierra hasta una casa baja, apartada del paso principal.

—Alojamiento temporal.

Jack abrió la puerta sin ceremonia. Dentro había lo justo: una mesa, dos camas estrechas, un armario viejo que crujía al tocarlo. Elsie cruzó la habitación, abrió la ventana y dejó que entrara el aire frío del puerto.

—No es Carpintería.

Jack dejó la maleta en el suelo.

—Ya lo haremos nuestro.

Esa misma tarde se presentó en los hangares. Elsie se quedó en la casa, colocando lo poco que tenían. Colgó dos fotos en la pared: Helen junto al pozo y Clara riendo en el patio. Las ajustó con cuidado.

Después salió a caminar.

Al otro lado de la verja encontró un pequeño mercado, improvisado entre tablones y cajas. Compró un cuenco de arroz. La mujer que se lo entregó la miró un instante. Ninguna dijo nada. Solo un leve gesto de cabeza.

Cuando Jack volvió ya era de noche. Traía las manos manchadas y el cansancio pegado a la ropa.

—¿Qué tal?

—Más trabajo del que esperaba.

Elsie dejó el arroz sobre la mesa.

—Habrá que aprender rápido.

Jack sonrió, cansado.

—Para eso te tengo.

Las semanas fueron tomando forma sin que ninguno de los dos se detuviera a pensarlo. Jack salía temprano y regresaba tarde; Elsie aprendía a moverse por la base, a comprar, a orientarse. Poco a poco, los recorridos dejaron de ser extraños.

Una tarde volvió a ver al niño del puerto. Él la reconoció antes y se acercó señalando la bolsa que llevaba.

—Hello.

Elsie sonrió sin saber qué decir. El niño rió y salió corriendo.

Esa noche encontró a Jack escribiendo en la mesa.

—¿Qué pones?

—Que estamos bien. Y que dentro de unos meses igual hasta sabemos dónde está cada cosa.

Elsie asintió.

—Pon eso.

Jack añadió la frase y dobló el papel con cuidado.

El viento del puerto movía las cortinas. Afuera todo seguía siendo nuevo. Luego volvió a la mesa, apartó una taza y se sentó frente a Jack.

CAPÍTULO LV

EL JAPONÉS EN LA BASE

Yokosuka y Kure — 1951–1952

Hiroshi llevaba semanas moviendo vigas y cajas sin pensar más allá del turno siguiente. Cada jornada se parecía demasiado a la anterior, hasta que aquella mañana oyó algo distinto entre las órdenes del intérprete:

—Buscan gente con formación técnica. Ingenieros, mecánicos… cualquiera que haya trabajado en aviones.

El murmullo corrió por la fila. Algunos bajaron la vista. Nadie quería destacar; en aquel muelle, pasar desapercibido era una forma de protección.

Hiroshi sintió un golpe en el pecho. Tokorozawa seguía ahí, intacto en la memoria: hangares, planos, medidas exactas. Lo que pedían era suyo, aunque nadie allí lo supiera.

—Ni lo intentes —murmuró Takeshima—. Aquí venimos a aguantar, no a destacar.

Yamashita lo observó desde atrás, sin decir nada.

—¿Nadie? —insistió el intérprete.

Hiroshi alzó la mano.

El intérprete lo señaló.

—Nombre. Formación.

Respondió inmediatamente. El oficial americano tomó nota y lo apartó de la fila.

Al pasar junto a Yamashita, este habló bajo:

—Si entras, no olvides de dónde vienes.

El resto siguió descargando. Hiroshi quedó a un lado, con el pulso acelerado. Sabía que aquello no era un turno más.

La entrada a la base imponía: vallas altas, guardias, carteles en inglés. Lo llevaron a un hangar lleno de motores abiertos y herramientas en movimiento.

—Haz lo que te pidan —dijo el intérprete.

Hiroshi asintió. Aquello le resultaba cercano y ajeno al mismo tiempo.

Al fondo, un oficial explicaba algo a varios cadetes. Jack señalaba un esquema con precisión. Aunque Hiroshi no entendía las palabras, la forma de mandar era clara.

Jack se acercó. Señaló una pieza.

—Ask him what this is.

—Un colector. Está mal montado —dijo Hiroshi.

El intérprete tradujo.

Jack no respondió al momento. Miró la pieza, luego a Hiroshi.

—Fix it.

Hiroshi señaló la herramienta que necesitaba. Ajustó, recolocó, probó. El motor arrancó limpio.

Jack se inclinó un poco sobre el conjunto, comprobó la vibración con la mano y dijo:

—Again.

Hiroshi no discutió. Aflojó, recolocó y volvió a cerrar. Esta vez el motor respondió más fino.

Jack asintió apenas.

—Fine.

—Dice que te quedes —tradujo el intérprete.

Hiroshi volvió al trabajo. Pensó: no confía. Mejor así.

En Kure, la cola avanzaba despacio. Masako repartía medicinas mientras Yumi anotaba nombres de las nuevas llegadas.

Sachiko levantó la cabeza de su dibujo.

—Ese es mi nombre.

—Pronto leerás todo —dijo Yumi.

Masako la miró con orgullo y preocupación. La niña empezaba a preguntar.

Al salir, Sachiko señaló un cartel.

—Quiero ir al colegio.

—Irás —respondió Masako.

En el registro, la funcionaria fue directa:

—Nombre del padre.

Masako dudó.

—Puedes dejarlo en blanco —añadió la mujer.

Masako trazó una línea. No todo cabía en un formulario.

Esa noche, el médico caminó a su lado.

—La niña necesita estabilidad.

—La tiene.

—Y tú descanso.

Masako negó.

—Ahora no es el momento.

Más tarde escribió: Hoy me pidieron su nombre. No supe qué poner.

En el hangar, el intérprete señaló unos planos.

—Dice que este modelo se recalienta. Quiere una solución rápida.

Hiroshi estudió el esquema.

—Aquí hay que abrir salida y reforzar esto.

—¿Tiempo? —preguntó Jack.

—Dos horas.

—Una.

Hiroshi sostuvo la mirada.

—Dame una y lo dejo listo.

Jack no respondió. Solo señaló el reloj.

Trabajaron sin hablar. El motor quedó ajustado en poco más de una hora.

Jack comprobó el resultado, pasó la mano por la carcasa y asintió.

—Así está bien.

—Tomorrow. No interpreter.

—Mañana sin intérprete —repitió el traductor.

Hiroshi entendió el cambio. Ya no era una prueba: era trabajo directo.

Esa tarde, Yamashita llegó con Sakamura.

—Sakamura.

El recién llegado habló claro:

—He encontrado trabajo aquí. Si aún hay sitio.

—Siempre lo hay —respondió Takeshima.

Sakamura asintió y el turno se alargó, pero se mantuvo. Por la noche, Hiroshi se sentó con él en el muelle.

—Pensaba que no vendrías.

—Yo tampoco —dijo Sakamura—. Pero era esto o quedarme parado.
—Aquí siempre están buscando gente para trabajar —respondió Hiroshi.

Yamashita llegó con dos tazas.

—Ya estamos cuatro.
—No es lo mismo —dijo Sakamura.
—No —respondió Yamashita—. Pero es la realidad.

Más tarde, guardó la lista sin abrirla.

—De momento, nos tenemos a nosotros.
—Y con eso tiramos —dijo Takeshima.
—Paso a paso —añadió Hiroshi.

En Kure, Masako cerró el cuaderno mientras Sachiko dormía aferrada a él; en la base, Jack anotó algo breve sobre el japonés que no fallaba. Todo seguía en marcha, aunque nada estuviera resuelto.

Con el frío instalado, los días siguieron siendo duros, pero en el hangar algo había cambiado.

Una mañana, Jack entró sin intérprete. Se acercó a Hiroshi.

—Good work.

Hiroshi asintió.

—Thank you.

Jack señaló el motor.

—Careful here. Heat.

Hiroshi revisó la unión.

—Está controlado.

Jack sostuvo la mirada un instante más y se marchó sin añadir nada.

No dijeron más; bastó. Al salir, Hiroshi miró el puerto y pensó en Yamashita, en Takeshima, en Sakamura y en Masako, sin saber dónde estaba ni si seguía esperando. El calendario ya marcaba 1952 y, sin grandes cambios, algo había empezado a abrirse.

CAPÍTULO LVI

UN AÑO EN YOKOSUKA

Japón — 1952

Jack cerró la puerta con cuidado y colgó el abrigo húmedo en el respaldo de una silla. La casa era pequeña, de madera ligera, con una estufa de queroseno en el centro que apenas bastaba para mantener el frío a raya. Elsie estaba sentada cerca de la llama, con el cuaderno apoyado en las rodillas, mientras el vapor del té subía despacio y, fuera, la base seguía con su ritmo de siempre: pasos de tropa, voces en inglés, el silbato corto de un suboficial marcando el final de un turno.

—Hoy llegaste tarde —dijo ella sin levantar la vista.

—Los nuevos no entienden de relojes —respondió Jack, dejándose caer en la silla.

Así transcurrían los días en Yokosuka. Fuera, todo era movimiento: motores, órdenes, cadetes que avanzaban deprisa o demasiado despacio, aparatos que entraban y salían del hangar con la misma urgencia con la que otros hombres tomaban el relevo. Dentro, en cambio, había una calma firme, como si aquella casa de madera lograra mantener a raya el resto del mundo. No era grande ni cómoda, pero les daba algo que durante mucho tiempo no habían tenido: intimidad, costumbre y una rutina que ya empezaba a parecerles suya.

Aun así, había noches en las que Jack tardaba más en hablar. Se quedaba sentado junto a la mesa, con la taza entre las manos, escuchando los aviones pasar a lo lejos sobre la base. A veces parecía cansado incluso cuando sonreía.

Hiroshi había aparecido en el hangar semanas antes, casi sin hacerse notar. Lo destinaron a mover cajas, pero Jack tardó poco en fijarse en él. No se limitaba a cargar; cada vez que pasaba junto a un motor se detenía un segundo más que los demás, miraba con atención, comprobaba, como si su cabeza siguiera trabajando

incluso cuando las manos fingían otra tarea. Una tarde lo vio ajustar una pieza con la punta de los dedos y se acercó.
—A ver… —murmuró—. ¿Te limitas a seguir órdenes o sabes lo que estás ajustando?

Hiroshi levantó la vista sin entender del todo. Jack negó con la cabeza y lo dejó seguir. El japonés volvió al motor y encajó la pieza con una seguridad y destreza difícil de encontrar. El ajuste fue limpio, exacto.

Con la llegada de la primavera aparecieron cadetes nuevos y más horas en la pista. Jack repetía una y otra vez cómo entrar en un viraje bajo, cómo corregir con viento cruzado, cómo mantener la cabeza fría cuando el aparato parecía querer decidir por sí solo. Desde tierra, Hiroshi observaba y tomaba notas rápidas en un cuaderno pequeño. Dibujaba cables, tornillos, piezas; a veces señalaba algo que nadie más había visto. Una tarde, mientras revisaban un avión que debía volar al día siguiente, encontró un tornillo flojo bajo el carenado. Jack lo miró un instante.
—Si no hubieras visto eso, mañana perderíamos medio día.

Hiroshi respondió en un inglés poco fluido:
—No quiero que fallen en vuelo.

Aquella frase quedó en la cabeza de Jack. Esa noche se lo contó a Elsie mientras ella servía arroz en dos cuencos. Dijo que aquel hombre trabajaba como si hubiera dejado algo pendiente, como si cada motor que tocaba tuviera que salir bien por respeto a alguien que ya no estaba. Elsie le preguntó si se lo había dicho. Jack respondió que no hacía falta. Ella no insistió, pero se quedó pensativa mientras recogía la mesa. Allí, al otro lado del mundo, todos parecían cargar con algo que no se veía a simple vista.

El verano llegó espeso. El calor se pegaba a las paredes y a la ropa, y hasta las horas parecían moverse más despacio. Elsie empezó a encontrarse mal algunas mañanas. Al principio lo achacó al cansancio, al aire del puerto o a cualquier cosa sin nombre, pero un día tropezó al doblar la ropa y Jack decidió llevarla al médico de la base.

La sala de espera estaba llena de esposas de soldados. Algunas hablaban en voz baja; otras miraban al suelo con la misma expresión

cansada. Elsie oyó durante un momento una canción americana saliendo de una radio pequeña al fondo del pasillo y notó un nudo inesperado en la garganta. Pensó en Carpintería, en la cocina de Helen, en el porche de los Braxton, y durante unos segundos sintió de golpe la distancia real que los separaba de todo aquello.

Cuando el médico terminó de examinarla sonrió con una calma casi doméstica.

—Enhorabuena. Van a ser padres.

Elsie se llevó la mano a la cara. Jack la abrazó con fuerza. Aquella noche hablaron en voz baja.

—¿Estás bien? —preguntó Jack.

—Estoy… —Elsie sonrió—. Estoy contigo.

Jack dijo que su hijo nacería allí. Elsie asintió: en Japón, al otro lado del océano.

En cuanto pudo, él escribió a Helen: Tendrás un nieto americano nacido en Japón. A partir de entonces las cartas empezaron a llegar con más frecuencia. Helen contaba que Luis aparecía ahora del brazo de una muchacha del pueblo, que la señora Braxton había vuelto al huerto con don Vicente. El trabajo nunca da tregua, pero los naranjos siguen firmes. Jack la leyó en voz alta mientras Elsie apoyaba la cabeza en su hombro.

También llegó una carta de Clara: Con Ray me siento tranquila. Y eso ya es mucho. Jack dobló la hoja despacio.

—Acabarán juntos.

—Ya lo están —respondió Elsie.

Mientras tanto, Elsie empezó a salir más al mercado del barrio. Allí conoció a Yukiko, una vendedora joven que le guardaba verduras frescas y le enseñaba palabras en japonés entre cliente y cliente. Un día, el hijo pequeño de Yukiko corrió hacia ella con un dulce envuelto en papel. Elsie se agachó y le revolvió el pelo; el niño sonrió y salió corriendo.

Por la noche se lo contó a Jack.

—Ese crío me miró como si me conociera.

—Ya tienes tu primer amigo japonés —respondió él.

Elsie se tocó el vientre con cuidado.

—Ojalá nuestro hijo pueda reír así.

En la base, los vuelos de instrucción no daban descanso. Un día un cadete se bloqueó durante la aproximación y el avión osciló demasiado alto. Jack mantuvo la voz firme por radio, le ordenó otra vuelta, sin prisa, y el muchacho corrigió y aterrizó. Cuando bajó del aparato temblaba. Jack le dio una palmada en el hombro.

—Bien. Ya estás en tierra.

El chico asintió sin poder hablar y se marchó apartando la mirada. Jack se quedó observándolo más tiempo del normal.

Aquella noche salió un momento al porche antes de entrar en casa. Encendió un cigarrillo y miró las luces lejanas del puerto. A veces pensaba en los chavales que tenía delante y veía en ellos el miedo que él mismo había tenido años atrás. La diferencia era que ahora era él quien debía mantener la calma.

Hiroshi lo había visto todo desde la pista y, cuando quedaron solos, dijo en su inglés entrecortado:

—A veces… la voz ayuda.

Jack asintió. Bastaba con que fuera verdad.

En casa, las tardes empezaron a llenarse de preparativos. Elsie cosía camisas diminutas y Jack trabajaba unas tablas apoyadas contra la pared.

—No te va a caber —dijo ella.

—Ya verás cómo sí.

—Eres muy cabezota.

—Para esto, sí.

—¿Qué estás haciendo?

—Una cuna.

Al decirlo, miró la habitación pequeña.

—Irá aquí, junto a la ventana.

Elsie lo miró con ternura.

—Será la más bonita.

El otoño llegó con lluvia constante. Para entonces Jack y Hiroshi ya trabajaban sin intérprete; se entendían con palabras sueltas y gestos claros. Una tarde Jack señaló el horizonte rojizo.

—En California, cuando el sol cae así, es hora de volver.

Hiroshi repitió despacio:

—Volver.

Se quedó mirando el puerto unos segundos más.

—Yo ya no sé dónde sería eso.

Jack no respondió enseguida. Ambos siguieron observando el agua en silencio hasta que otro mecánico los llamó desde el hangar.

Las cartas siguieron llegando. En una de ellas Clara anunció que Ray le había pedido matrimonio y ella había dicho que sí. Elsie dejó la carta sobre la mesa.

—Por fin.

Con el frío, empezó a descansar más. Hiroshi cubría algunos turnos sin decir nada. Una tarde apareció con unos planos y Jack lo invitó a cenar.

Hiroshi dudó en la puerta, pero Elsie lo hizo pasar. Se sentó en silencio con el cuenco entre las manos y, al ver a Elsie llevarse la mano al vientre, inclinó la cabeza.

—He oído… enhorabuena.

—Gracias, Hiroshi —respondió ella.

Durante unos segundos ninguno habló. Afuera seguía cayendo lluvia fina sobre el barrio de la base.

Cuando se marchó, Elsie comentó:

—Me cae bien.

—¿Tan rápido? —respondió Jack.

—Sí. Es claro.

El temporal llegó desde el puerto una noche. El viento golpeaba la base con fuerza y los hangares crujían bajo las ráfagas. Jack ayudó a asegurar los aparatos; Hiroshi trabajó rápido con las cuerdas. Cuando Jack volvió a casa estaba empapado y agotado. Se quitó las botas junto a la puerta y se quedó sentado unos segundos sin fuerzas para hablar.

Elsie lo observó en silencio.

—Ha sido duro hoy, ¿no?

Jack tardó un momento en responder.

—Hay días en los que parece que todo depende de que nadie falle ni un segundo.

Ella se acercó despacio y le apartó el pelo mojado de la frente.

—Pero hoy tampoco habéis fallado.

Hiroshi apareció un instante en la puerta.

—Mañana revisar.

Y se fue.

Después del temporal vino la revisión médica. Todo estaba en orden. De camino a casa hablaron de nombres.

—Si es niña, Anna —dijo Elsie.

—¿Y si es niño?

—Jack junior.

Él sonrió.

—Pobre crío.

—Saldrá mejor que tú.

Poco después llegó un paquete de Carpintería: un chal tejido por Helen, unos patucos diminutos y varias cartas. Jack las leyó en voz alta.

—Me alegro por ellos —dijo al terminar.

Esa noche avanzó con la cuna mientras Elsie bordaba unas iniciales.

El año terminó con un brindis sencillo. Jack abrió una botella de sake que les había regalado un vecino. Hiroshi alzó su cuenco.

—Año nuevo.

Elsie no dijo nada; se limitó a acariciarse el vientre.

Cuando Hiroshi se marchó, la casa quedó en calma. La cuna a medio hacer estaba junto a la pared.

Jack miró por la ventana. A lo lejos todavía se oía movimiento en la base.

—Estamos lejos.

Elsie apoyó la cabeza en su hombro.

—Tenemos dos casas.

—Y una vida.

Jack asintió, pero siguió mirando la oscuridad del puerto unos segundos más. La mesa pequeña de Yokosuka y la mesa larga de Carpintería seguían unidas por las cartas. Aquel año había pasado entre trabajo, amigos nuevos y un hijo en camino. No era el lugar donde habían empezado su vida juntos.

Pero quizá era el lugar donde estaban aprendiendo quiénes iban a ser a partir de entonces.

CAPÍTULO LVII

LO QUE QUEDA DE LOS DOCE

Yokosuka y Kure, Japón — 1953

El puerto de Yokosuka no dejaba de crecer. Desde el muelle se alzaban nuevas grúas sobre los almacenes y largas filas de camiones aguardaban su turno para descargar. Las voces en japonés e inglés se cruzaban en el aire, mezcladas con cadenas y motores que no descansaban nunca.

Tres años antes, Hiroshi había llegado allí con una bolsa al hombro y más dudas que certezas. No sabía cuánto tiempo se quedaría. Ahora caminaba por aquellos muelles como quien reconoce un lugar propio.

Takeshima dejó una caja en el suelo, se limpió las manos en el pantalón y recorrió el puerto con una media sonrisa cansada.

—Si alguien nos lo llega a decir en Tokorozawa…

Hiroshi respondió con otra sonrisa leve.

—En la universidad pensábamos otra cosa.

—Exacto.

Takeshima miró el ir y venir de hombres, las grúas, los barcos entrando y saliendo sin pausa. Luego soltó el aire.

—Y ahora míranos.

—Seguimos en pie —dijo Hiroshi.

Aquella noche cenaron en el barracón. Arroz, sopa ligera y ese cansancio que no se quitaba ni al sentarse. El sonido de las cucharas marcaba el ritmo cuando Yamashita sacó del bolsillo del abrigo un papel doblado y lo dejó sobre la mesa.

Takeshima lo reconoció al instante.

—¿Aún la guardas?

Yamashita no respondió. Hiroshi recorrió los nombres en silencio. Tokorozawa. La guerra. Los que faltaban.

Yamashita apoyó dos dedos sobre el papel.

—Los Doce no pueden desaparecer.

Takeshima dejó la cuchara.

—Ya casi todos han caído. Y nosotros ya no estamos allí.

Yamashita levantó la mirada.

—Para vosotros puede que no sea importante.

Hiroshi habló sin levantar la voz.

—No es eso. Es que aquello terminó.

Yamashita tardó en contestar.

—La guerra fue lo único que tuve… y lo único que supe hacer bien.

Nadie respondió al momento.

Takeshima se inclinó hacia delante.

—Pues habrá que aprender otra cosa.

Hiroshi asintió.

—Hicimos lo que pudimos. Pero ahora cada uno está en un sitio distinto.

Yamashita sostuvo la lista un segundo más. Luego la dobló despacio.

—Sí… seguimos aquí.

Los días siguientes se llenaron de trabajo. Siempre había algo que descargar: camiones, barcos, cajas que no se acababan nunca. El puerto no se detenía, y ellos tampoco.

A veces Sakamura aparecía para hablar con Yamashita; se quedaban mirando el muelle, comentando turnos o cambios en los almacenes.

Una tarde, Sakamura se acercó a Hiroshi y lo observó un instante.

—Tokorozawa, ¿no?

—Sí.

—Buen ingeniero. Te recuerdo en Tateyama.

Hiroshi sonrió apenas.

—Ahora soy uno más descargando cajas.

Sakamura miró alrededor.

—Unos siguen, otros desaparecen. Es lo que hay.

Hiroshi no respondió.

En Kure, la vida seguía otro compás. Más lento, pero igual de exigente. Masako pasaba el día en la pequeña clínica del refugio. El médico había conseguido más medicinas y cada jornada llegaban nuevos pacientes.

Aquella mañana le pidió que revisara unas fichas. Masako ordenó nombres y síntomas con su letra clara. A su lado, Sachiko dibujaba en el suelo, concentrada, con el lápiz ya gastado.

El médico la miró un momento.

—No se despega de ti, ¿eh?

Masako no dejó de escribir.

—La trajeron los soldados un día… tan pequeña que cabía en un brazo.

Pasó a la siguiente ficha sin detenerse.

—Y ahora a ver quién la separa de mí.

El médico asintió, con una leve sonrisa.

—Eso explica muchas cosas.

Masako siguió con el cuaderno.

Hubo un silencio corto antes de que él volviera a hablar.

—Cuando terminemos… podríamos tomar un té. Hay una casa cerca del puerto.

Masako levantó la vista lo justo.

—Hoy no.

El médico se quedó un segundo en silencio.

—Mañana, entonces.

Masako volvió a las fichas.

—Mañana tampoco lo sé.

Aquella tarde llegó un grupo de heridos. Uno sangraba por la frente.

—Gasas —pidió el médico.

Masako ya estaba trabajando.

—Va a molestar un poco.

—He pasado cosas peores —respondió el hombre.

El médico la miró.

—Tienes buen pulso.

—He tenido que aprender a la fuerza.

Cuando terminaron, Masako cerró el registro. Sachiko corrió hacia ella.

—¿Ya?

—Por hoy, sí.

El médico apagó la lámpara.

—Mañana más.

En Yokosuka, el frío se metía en los huesos. Takeshima se frotó las manos.

—Yo pensaba que acabaría escribiendo libros.

Hiroshi levantó una caja.

—Y ahora haces listas.

—Algo es algo.

Yamashita apareció detrás.

—Diez minutos.

Se sentaron al borde del muelle. El mar estaba en calma.

—Sakamura dice que puede conseguir dos puestos más —dijo Yamashita.

—Vendrán bien —respondió Hiroshi.

—Mejor juntos que cada uno por su lado —añadió Yamashita.

Takeshima negó muy leve.

—Juntos ya no estamos. Coincidimos, que es distinto.

Nadie discutió eso.

El día terminó con el puerto en silencio. Las grúas quietas, los camiones fuera, solo un murmullo lejano.

Hiroshi miraba la bahía cuando un barco americano se alejó despacio.

Takeshima se acercó.

—Mañana más.

—Como siempre.

Takeshima miró las luces sobre el agua.

—Al final… no nos ha ido tan mal.

Hiroshi no respondió. Metió la mano en el bolsillo del abrigo, sacó el papel doblado que Yamashita había dejado sobre la mesa y lo abrió despacio. Los nombres seguían ahí. Algunos ya sin rostro. Otros sin voz.

Lo sostuvo un instante. No buscó nada en ellos. Luego lo dobló con cuidado y volvió a guardarlo.

—No hace falta volver a aquello —dijo.

Takeshima lo miró.

—No.

El puerto siguió en pie, con sus grúas nuevas y el movimiento continuo de los muelles. Y Hiroshi entendió que lo que quedaba de los Doce no era un grupo, ni una promesa, ni un regreso pendiente. Era solo eso: lo que cada uno hacía ahora con lo que había sobrevivido.

CAPÍTULO LVIII

EL PRIMER VUELO DE UNA VIDA

Yokosuka, Japón — 1953

La casa asignada en la base parecía tranquila desde fuera. Una más entre las viviendas de madera junto al perímetro del aeródromo, con paredes claras, un porche estrecho y una bombilla amarilla encendida sobre la puerta. Desde el camino solo llegaba el viento del puerto y, a lo lejos, los motores que empezaban a despertar antes del amanecer. Allí el día nacía siempre igual: pasos sobre el pavimento, alguna voz cruzando la madrugada y el primer avión rodando hacia la pista.

Dentro no había calma. La tensión lo ocupaba todo.

Elsie se apoyaba en la mesa de la cocina, agarrando el respaldo de una silla con tanta fuerza que los nudillos se le marcaban blancos. Tenía el rostro húmedo, la respiración entrecortada y el cuerpo doblándose cada vez que una contracción la atravesaba. Intentaba recuperar aire, pero apenas lo conseguía antes de la siguiente.

La estufa zumbaba en el centro de la habitación. Sobre la mesa quedaba el rastro de una cena interrumpida: un cuenco de arroz a medio terminar, una taza de té ya fría y el cuaderno abierto donde había estado escribiendo horas antes, cuando todo parecía todavía bajo control.

Jack no paraba de moverse. Iba de la mesa a la puerta y de la puerta a la ventana sin saber dónde colocarse. Había salido a buscar ayuda y había vuelto con el pulso disparado, con la sensación de que el tiempo se había quedado detenido en algún punto del camino. Miraba la puerta una y otra vez, como si alguien fuera a entrar en cualquier momento.

Fuera, la base seguía su rutina: botas cruzando el pavimento, una camioneta hacia los hangares, un motor arrancando en la distancia. El mundo seguía su curso. Allí dentro, el tiempo se había detenido.

Jack se acercó a Elsie y le habló despacio, obligando a su voz a no temblar.

—Mírame… mírame. Vamos a hacerlo juntos.

Otra contracción la dobló.

—Jack… no puedo…

Él le sostuvo las manos.

—Sí puedes. Respira conmigo.

Ella negó, sin fuerzas.

—Dilo… como antes. Vamos.

Elsie tomó aire como pudo.

—Vértigo…

—Otra vez.

—Sostén…

—Eso es. Sigue.

Cerró los ojos.

—Brújula.

Otra contracción llegó, más fuerte, más profunda. Elsie se dobló sobre sí misma, pero esta vez no se rompió. Se sostuvo. Apretó los dientes, buscó el aire como pudo y dejó que el dolor pasara a través de ella sin perderse del todo.

El reloj avanzaba con una lentitud insoportable. Jack intentó aferrarse a recuerdos de Carpintería: las historias de su madre, casas llenas, agua hirviendo, voces seguras que siempre sabían qué hacer. Allí nunca se estaba solo. Siempre había alguien. Siempre había manos. Pero aquello no era Carpintería. Aquello era Japón. Y estaban solos.

Por primera vez, no tenía nada que hacer… y eso le dejaba sin sitio.

Entonces se oyeron pasos en el porche. Rápidos. Decididos. La puerta se abrió de golpe y el médico entró con una enfermera, sin saludos ni rodeos.

—A la habitación. Ahora.

La enfermera ayudó a Elsie a incorporarse. Jack intentó seguirlos, pero una mano firme se apoyó en su pecho.

—Espere fuera.

La puerta se cerró.

No hubo silencio. Llegaron voces, indicaciones rápidas, el sonido del agua calentándose, más luz encendiéndose, telas moviéndose. "Empuje cuando le diga". Todo ocurría al otro lado, demasiado cerca y, al mismo tiempo, fuera de su alcance.

Jack apoyó la espalda en la pared. Esperó. Caminó. Volvió a esperar. Intentó ordenar el tiempo como lo hacía en la pista, buscar una lógica, una secuencia. Allí siempre sabía qué hacer. Allí todo dependía de él. Pero ahora no.

La puerta se abrió un instante.

—Puede pasar.

Entró. Elsie estaba tendida, agotada, con el rostro desencajado y los ojos buscando algo a lo que agarrarse.

—No te vayas…

—Estoy aquí.

Le sostuvo la mano con firmeza.

—Respira conmigo.

El médico levantó la vista.

—Necesitamos espacio.

Jack dudó un segundo, pero acabó saliendo.

En el pasillo, el tiempo volvió a detenerse. Y entonces lo vio. Hiroshi, sentado en silencio, esperando. Se levantó al verlo.

—¿Su esposa?

Jack asintió.

Hiroshi miró hacia la puerta cerrada.

—Todo irá bien.

—Eso espero.

Se sentaron uno junto al otro. El pasillo se llenó de ese silencio que pesa, que obliga a escuchar lo que ocurre detrás de una puerta que no puedes cruzar. Desde dentro llegaban el esfuerzo, la respiración entrecortada, las órdenes que marcaban el ritmo de algo que no se podía detener.

Hiroshi habló en voz baja, sin apartar la vista.

—En mi familia decían que el primer llanto abre el camino del mañana.

Jack lo miró un momento.

—Ojalá.

La puerta volvió a abrirse.

—Ahora.

Jack entró. Elsie abrió los ojos al sentirlo cerca.

—Jack…

—Estoy aquí.

—Empuje —dijo el médico.

Gritó. Otra contracción. Otra más. El cuerpo trabajando por sí solo, empujando más allá de cualquier límite.

—Otra vez.

El tiempo dejó de tener forma. Solo existía el esfuerzo, el dolor y la voz que le marcaba el siguiente paso.

Y entonces llegó el llanto.

Agudo. Claro. Imposible de confundir.

El médico levantó al niño.

—Un niño.

Elsie rompió a llorar, sin fuerzas para contenerlo. Jack se inclinó y besó su frente.

—Lo has conseguido.

El niño estaba en sus brazos. Pequeño, vivo, real. Respirando por primera vez en un mundo que acababa de abrirse para él.

Jack salió al pasillo. Hiroshi seguía allí.

—Ha sido un niño.

Hiroshi sonrió, con una calma que parecía sostenerlo todo.

—Entonces el mañana ya ha empezado.

Jack le tendió la mano.

—Gracias.

—Esperar también es trabajo.

Entraron. Hiroshi se acercó despacio.

—Enhorabuena.

Elsie sonrió, agotada. El niño respiraba con calma, ajeno a todo lo que acababa de ocurrir. Jack se sentó a su lado. Nadie dijo nada. No hacía falta.

La casa era la misma, pero ya no lo era.

Hiroshi salió en silencio y cerró la puerta. Elsie acomodó al niño contra su pecho. Jack apoyó la mano sobre los dos y sintió el latido: nuevo, frágil, firme.

Afuera, un avión rodaba hacia el amanecer. Dentro, ya no estaban esperando. Esta vez, la vida no venía hacia ellos: había llegado.

CAPÍTULO LIX

UN LUGAR EN EL MUELLE

Yokosuka y Kure — 1954

El amanecer en Yokosuka llegó con la exactitud de siempre: primero los silbatos breves en el muelle, después el arrastre de cadenas sobre la grava húmeda y, por último, las botas golpeando el pavimento mientras los turnos cambiaban junto a las vallas de la base. Hiroshi y Takeshima cruzaron la garita con paso tranquilo. El guardia revisó los pases, levantó la barrera y siguió con el siguiente grupo sin prestar demasiada atención.

Las grúas ya estaban en marcha cuando alcanzaron el muelle. Las primeras cargas del día pasaban de un camión a otro mientras los mecánicos abrían los hangares y el puerto despertaba con su mezcla habitual de herramientas, órdenes breves y motores que arrancaban uno tras otro. Aquello ya no sorprendía. Era el ritmo al que se habían acostumbrado.

Hiroshi caminó hacia el hangar junto a Takeshima y, a lo lejos, vio a Jack avanzando con dos cadetes. Caminaban deprisa; uno señalaba algo en un cuaderno y el otro asentía sin levantar la vista. Detrás iba Elsie, con un cesto cubierto por mantas donde dormía el niño. Algunas mañanas ella pasaba por la base antes de regresar a casa.

—Mira eso —dijo Takeshima—. Ha nacido aquí y ya conoce todo esto mejor que nosotros.

Hiroshi lo observó un instante.

—No va a recordarlo.

—Mejor.

—Hiroshi —llamó Takeshima desde la puerta.

—Voy.

Guardó la libreta en el bolsillo interior y entró.

Dentro, el sargento repartía el trabajo con la precisión de quien no necesita repetir dos veces.

—Registro, recepción y ajuste de motores. Rápido.

Las órdenes cayeron sin discusión. Hiroshi y Takeshima se acercaron al primer lote. El metal estaba frío y las piezas venían cubiertas de grasa y papel aceitado.

El primer motor falló nada más girar el eje.

—Llave mediana.

Takeshima se la pasó. Hiroshi desmontó la tapa, alineó piezas y señaló:

—Apunta esto. Tercera junta cambiada.

—Apuntado.

Giró el eje otra vez. Falló. Ajustó dos arandelas, recolocó la junta y volvió a probar. El motor respondió limpio.

El sargento se acercó.

—Eso no venía en el parte.

—Por eso fallaba.

El sargento sostuvo la mirada un segundo.

—Bien visto.

Señaló el resto.

—Échales un ojo a esos también.

—Ya voy.

La mañana avanzó entre cajas, herramientas y órdenes cortas. A media mañana, Jack pasó con los cadetes y se detuvo junto al banco.

—Este vuela mañana.

—Ya está listo.

Jack probó el eje y asintió. Uno de los cadetes dudó.

—¿Siempre los deja así?

Jack ni lo pensó.

—Si pasa por sus manos, sí.

Hiroshi ya estaba en el siguiente.

Al mediodía se sentaron en el comedor: arroz, sopa clara y pan compartido.

—Cada día igual —dijo Takeshima.

—Eso dices hasta que falta trabajo —respondió Yamashita.

—Ese día no llega.

—Mejor que no llegue.

Hiroshi comió en silencio. Al terminar, salió al umbral del hangar. Sacó la libreta y escribió: Hay días que no cambian nada y, aun así, mantienen el camino. Cerró el cuaderno y volvió dentro.

Al caer la tarde, el barracón apenas retenía el calor. El brasero iluminaba la mesa cuando la puerta se abrió y apareció Sakamura.

Sakamura miró alrededor.

—En Tateyama… ya no queda nada igual.

—Ni en todo Japón —respondió Yamashita.

Sakamura dejó el gorro sobre la mesa.

—A veces pienso que lo que éramos se quedó allí.

Yamashita asintió despacio.

—Tokorozawa… Éramos otros.

Hubo un silencio corto. Takeshima apoyó los codos en la mesa.

—Y ahora somos estos.

Sakamura lo miró.

—No es tan sencillo.

—No —intervino Hiroshi—, pero es lo que hay.

Yamashita negó muy leve.

—Mirar atrás tampoco hace daño.

Hiroshi sostuvo la mirada.

—Depende de cuánto tiempo te quedes allí.

Sakamura bajó la vista un momento.

—No se trata de quedarse.

—A veces lo parece —dijo Takeshima—. Y no nos va a sacar de aquí.

Nadie respondió de inmediato. Hiroshi habló sin levantar la voz.

—Lo que venga ahora depende de lo que hagamos, no de lo que ya pasó.

Yamashita apretó los labios, pensativo.

—No es tan fácil.

—Nunca lo ha sido.

—No —admitió Hiroshi—, pero quedarse ahí no lo va a hacer mejor.

Sakamura recogió el gorro.

—Supongo que no.

—Buenas noches.

Cuando salió, el brasero crujió. Takeshima miró el fuego.

—El trabajo ha cambiado.

—Todos —respondió Hiroshi.

En Kure, la clínica abrió con la fila de siempre. La puerta no dejaba de abrirse y cerrarse, y el murmullo de voces llenaba el pasillo mientras Sachiko intentaba apilar gasas sobre la mesa.

—Así no se te van a venir abajo —dijo Masako, recolocándolas.

Sachiko lo intentó otra vez.

—Ahora sí.

—Mejor.

Masako se llevó la mano a la nuca un instante y miró hacia la ventana.

—Haz una cosa —dijo—. Prepara agua.

Sachiko levantó la vista.

—¿Para té?

—Sí. Vamos a parar un momento.

La niña asintió y salió. Ishikawa entró con su maletín.

—Hoy te has adelantado.

—No me gusta llegar con prisa.

—A mí tampoco.

Masako apoyó las manos en la mesa.

—Antes de empezar, tomamos un té.

Ishikawa dudó un segundo, luego dejó el maletín.

—Nos vendrá bien.

Trabajaron sin pausa después. A media mañana, Sachiko apareció con un dibujo.

—Mira.

Señaló una línea larga que cruzaba el papel de un extremo a otro.

—No se detiene —dijo—. Sigue y sigue.

Masako sostuvo el papel un momento.

—Va alto.

Sachiko asintió.

—Y no se cae.

Masako dejó que pasara un segundo.

—¿Y luego?

Sachiko se encogió de hombros.

—Seguirá.

Masako ladeó la cabeza.

—¿Y sabe volver?
Sachiko pensó un momento.
—Si quiere, sí.
Masako dobló el papel con cuidado.
Al caer la tarde, caminaron hasta el río.
—Creí que no volvería a pensar en el mañana —dijo Ishikawa.
—Yo dejé de buscar respuestas.
—¿Y ahora?
Masako miró el agua.
—Ahora miro hacia delante.
Ishikawa asintió.
—Es suficiente.
Sachiko pidió una mandarina. Masako la partió.
—Parte y reparte.
—Siempre —dijo la niña.
En Yokosuka, Jack apareció al final del turno.
—Hiroshi.
—Sí.
—Ven a cenar con nosotros.
Hiroshi dudó un segundo, como asegurándose de haber entendido bien.
—Hoy… ¿sí?
Jack asintió.
—Hoy.
Hiroshi hizo un leve gesto con la cabeza.
—Bien.
La casa estaba templada. Elsie abrió con el niño en brazos.
—Pasa.
En la mesa había arroz, pescado y pan. Jack se sentó, apoyando los codos un momento.
—Hoy casi pierdo a uno en la pista.
Hiroshi levantó la vista.
—¿Venía verde o de los que no escuchan?
Jack soltó aire por la nariz.
—De los que pisan fuerte, miran poco y creen que esto ya lo traen aprendido.

Hiroshi asintió despacio.
—Esos duran poco… o aprenden a tiempo.
—Este casi no llega a lo segundo.
Hiroshi dejó caer una leve sonrisa.
—Siempre hay uno así en cada grupo.
Jack apoyó la espalda en la silla.
—Sí. Y siempre piensa que no va con él.
Hiroshi sostuvo la mirada un segundo.
—Hasta que le toca.
Jack sonrió.
—En eso somos iguales en todas partes.
El niño se movió en la cuna. Elsie se acercó enseguida.
—Se despierta con cualuier cosa.
—Ya se irá acostumbrando —dijo Jack.
—Eso espero…
Hiroshi sacó un pequeño avión de madera y lo dejó con cuidado sobre la mesa.
—Para él.
Elsie lo cogió con suavidad.
—Gracias.
Lo colocó junto al avión de la repisa.
Jack miró la escena un instante más de la cuenta.
—Se está bien aquí.
Hiroshi bajó la mirada un momento antes de responder.
—Sí.
—Volveré.

Esa noche, en la clínica, Yumi se quedó un poco más. La puerta ya estaba cerrada. El silencio ocupaba el pasillo donde horas antes no cabía una voz más. Recogió los últimos utensilios despacio, sin prisa. Se sentó un momento junto a la mesa, con las manos apoyadas sobre la madera. El cansancio le pesaba en los hombros. Cada día terminaba igual: trabajo, silencio y ese rato en el que ya no quedaba nada por hacer.

Miró alrededor. Allí dentro estaban todos: Masako, Ishikawa, la niña corriendo de un lado a otro. No era poco. Pensó en lo que faltaba, pero no se quedó ahí.

Se levantó, apagó la última luz y se detuvo un segundo antes de salir.

Mañana volverían a abrir la puerta. Y esta vez no sería empezar de cero, sino seguir construyendo lo poco que ya tenían.

CAPÍTULO LX

DE VUELTA EN CARPINTERÍA

Yokosuka y Carpintería — 1954

La mañana en Yokosuka amaneció clara y fría. Desde la ventana de la casa asignada en la base se veía la línea de hangares, el patio de grava donde los cadetes empezaban a reunirse y, más allá, el puerto extendido sobre el agua gris del invierno. Un avión de entrenamiento rodaba despacio hacia la pista mientras dos mecánicos caminaban junto al ala hablando en voz baja. Aquella escena se había repetido durante años hasta convertirse en rutina y, aun así, aquella mañana no era una más.

En el despacho de la base, el comandante Gibbons permanecía sentado frente a la mesa. Había dejado a un lado varios informes. Delante tenía el impreso oficial de telegramas y una hoja en blanco.

«Jack,

No es una orden.

Llegan pilotos nuevos. Buenos. Preparados. Pueden cubrir tu puesto.

Si quieres irte a Carpintería, este es el momento.

No lo tomes como una orden. Es una sugerencia. Háblalo con Elsie.

A mí me gusta Japón. Pero estar en casa… eso es otra cosa.»

Jack dejó el lápiz sobre la mesa, pero no se levantó. El telegrama estaba abierto delante de él.

—Elsie…

Ella se volvió desde la ventana.

—¿Qué pasa?

Jack deslizó el papel hacia ella.

—Mira.

Elsie leyó despacio. Cuando terminó, levantó la vista.

—Te está dejando elegir.

—Sí.

—¿Y eso te inquieta?

Jack soltó una pequeña risa sin ganas.
—Más de lo que pensaba.
Elsie apoyó la mano en la mesa.
—A ver… cuéntame.
Jack tardó un momento.
—La casa. El taller. Mi padre… todo eso.
—Claro.
—Y también otra cosa.
Elsie lo miró.
—¿El qué?
Jack se inclinó un poco.
—Podríamos montar algo allí.
—¿Cómo qué?
—Una escuela.
Elsie parpadeó.
—¿Una escuela?
—De aviación.
Ahora hablaba sin rodeos.
—Aquí formamos gente para otros. Allí lo haríamos a nuestra manera.
—Con chavales nuestros.
Elsie asintió despacio.
—Eso ya es otra cosa.
Se miraron un momento.
—Y no estaría solo —añadió Jack.
—Hiroshi.
—Sí.
Elsie miró hacia la cuna.
—¿Lo has pensado bien?
—No he dejado de darle vueltas.
—¿Y lo tienes claro?
Jack negó muy leve.
—Todavía no.
Elsie asintió.
—Entonces no corras.
Jack respiró hondo.

—No.

Ella dio un paso más cerca.

—Pero hay algo que sí sabes.

—¿Qué?

—Que quedarte aquí así… no es lo que quieres.

Jack no respondió.

—Y que si te vas —añadió— es para levantar algo de verdad.

Jack asintió.

—Sí.

—Entonces habla con él.

—Eso voy a hacer.

—Y luego decidimos los dos.

Jack asintió.

—Como siempre.

—Claro.

Un rato después lo encontró al final del turno, limpiando herramientas.

—Hiroshi.

—Dime.

Jack se apoyó en la mesa.

—Ha llegado un telegrama de Gibbons.

Hiroshi levantó la vista.

—¿Ha pasado algo?

Jack negó.

—No… es por mí. Dice que si quiero irme, puedo hacerlo ya.

Hiroshi lo observó.

—¿Y tú qué quieres?

—Eso es lo que estoy intentando aclarar.

—¿A América?

—A Carpintería.

Hiroshi dudó un instante.

—No lo esperaba…

Jack dio un paso.

—Quiero que vengas con nosotros.

Hiroshi levantó la vista.

—¿Ir… con vosotros?

—Sí. Podemos montar algo allí. Una escuela. Yo me encargo de enseñar a volar… y tú de los motores. Pero esta vez sería cosa nuestra.

Hiroshi pasó la mano por la mesa, despacio.

—Aquí… ya no estoy en mi sitio. Sigo haciendo lo mismo, pero no es igual.

Jack no apartó la mirada.

—Allí podríamos empezar de cero.

Hiroshi dudó un momento.

—¿De verdad lo crees?

—Sí.

—¿Y si no sale bien?

Jack se encogió ligeramente de hombros.

—Pues ya veremos. Pero al menos será decisión nuestra.

Hiroshi tomó aire.

—Aquí ya no hay nada que me empuje a quedarme. Voy contigo.

Jack asintió.

—Bien.

Al anochecer, Hiroshi se lo dijo a Takeshima.

Este lo escuchó sin interrumpir.

—No me gusta —dijo al final.

—A mí tampoco quedarme.

Takeshima apoyó las manos en la mesa.

—Aquí sabes cómo funciona todo.

—Precisamente.

—Allí no tienes nada.

Hiroshi negó muy leve.

—Aquí tampoco.

Takeshima lo miró un instante más.

—¿Y Masako?

Hiroshi bajó la mirada.

—Hace tiempo que no sé nada de ella. No puedo quedarme esperando.

Takeshima lo estudió un momento.

—Es arriesgado.

—También lo es seguir aquí.

Se miraron.

—Necesito moverme.

Takeshima soltó el aire.

—Entonces vete. Y escribe.

—Escribiré.

—Y vuelve cuando quieras.

—Volveré.

El muelle de Yokosuka estaba lleno el día de la partida. Jack subió la rampa con el niño al hombro. Elsie caminaba detrás. Hiroshi cerraba la fila.

Desde cubierta, el puerto parecía aún más grande.

—Cuatro años —dijo Jack.

—Y han pasado rápido —respondió Elsie.

Hiroshi miró el agua.

—Ya he mirado bastante.

El viaje fue duro al principio. El camarote era estrecho y el mar no siempre estaba tranquilo.

—Jack… está ardiendo.

—Voy al médico.

Hiroshi ya estaba con los paños.

La noche se hizo larga. Al amanecer, la fiebre cedió.

—Ha pasado —dijo Hiroshi.

Jack miró al niño.

—Sí.

Días después apareció la costa.

Jack condujo hacia Carpintería entre naranjos.

—Ya estamos.

En el porche había gente esperando. Clara corrió la primera.

—¡Por fin!

Abrazos, voces, manos.

—Él es Hiroshi —dijo Jack.

—Bienvenido —respondió la madre Sullivan—. Aquí estarás bien.

Hiroshi inclinó la cabeza.

—Gracias.

Los días se llenaron solos: taller, cocina, patio.

—Es de los nuestros —dijo Jack cuando preguntaron por él.

Y lo fue.

El hangar del pueblo estaba cubierto de polvo.

—Tiene arreglo —dijo el padre Sullivan.

—Se puede hacer —añadió Hiroshi.

Dos chavales aparecieron.

—¿Podemos aprender?

—Empieza por barrer —dijo Jack—. Si volvéis mañana, seguimos.

—Volvemos.

Las tardes se llenaron de trabajo.

En la última noche del año, en el porche, Jack lo dejó claro:

—En enero abrimos la Escuela Braxton.

—Yo vuelo.

—Yo motores.

—Eso es.

Elsie sonrió.

—Pues adelante.

Esa noche, en el cobertizo, Hiroshi apagó la lámpara. Afuera, Carpintería descansaba junto al mar. Se quedó quieto un momento, escuchando la calma de la casa y el mar rompiendo a lo lejos.

Ya no estaba de paso.

CAPÍTULO LXI

LA VIDA QUE SIGUE

Yokosuka, Nagoya y Kure — 1955

El sobre llegó arrugado, con matasellos extranjero. Takeshima lo encontró en el buzón de la pequeña casa de madera que alquilaba cerca del puerto de Yokosuka. Al cerrar la puerta, el viento del mar movió el papel. Reconoció la letra al instante: Hiroshi. Dejó el abrigo sobre el respaldo de una silla, abrió el sobre con cuidado y extendió la hoja sobre la mesa. Leyó despacio.

Queridos compañeros:

El idioma me cuesta, pero avanzo. Ellos me corrigen, yo repito, y algo se me va quedando. Trabajo en un taller de aviación, entre planos y motores. Ahora enseño a los más jóvenes lo que aprendí a pulso.

A veces me parece increíble: hace pocos años luchábamos contra los americanos y hoy comemos y trabajamos juntos. No son soldados. Son hombres con familias y cuentas que pagar.

Os recuerdo a menudo. Mientras trabajo pienso en aquellos días, aunque fueran duros.

Aquí sigo, con la esperanza de que un día volvamos a vernos.

H.

Takeshima dejó la carta sobre la mesa. Se quedó quieto un momento, con la vista en la última línea. Afuera, el puerto no se detenía. Un barco soltaba vapor, los camiones entraban y salían, alguien gritaba órdenes que acababan perdiéndose entre el movimiento del muelle. El té se había quedado frío. Aun así, lo apuró.

No había sido el único en seguir. Durante el último año había terminado las asignaturas que dejó a medias cuando todo se rompió. Volver a un aula no fue sencillo, pero tampoco imposible. Al principio escuchaba más de lo que entendía; después empezó a ordenar ideas, a leer con calma, a escribir sin prisa. Cuando llegaron los exámenes, no dudó. Y cuando los aprobó, siguió adelante.

El trabajo en el instituto llegó poco después. Literatura. Aulas pequeñas, pupitres gastados y alumnos que a veces miraban más allá de la ventana que a la pizarra. Aun así, cada día encontraba una razón para quedarse. No era lo que había imaginado de joven, pero era suyo.

Aquella noche, en la academia, cerró los cuadernos cuando el reloj marcó la hora.

—El que tenga dudas, que se quede.

Los alumnos salieron deprisa. Ayako no. Se quedó junto a la puerta.

—Profesor… ¿puedo robarle un minuto?

—Si es un minuto, adelante.

Caminaron hasta una casa de té cercana. El local era pequeño, con una lámpara junto a la ventana. Ayako sirvió sin prisa.

—Se queda más tiempo que los demás.

Takeshima levantó la vista.

—A veces.

—Aunque no haya nadie.

—Más de la cuenta.

Ayako dudó un instante.

—No parece que le cueste.

Takeshima sostuvo la taza entre las manos.

—Ya me he acostumbrado.

Silencio breve.

—Mi padre también decía eso —dijo ella al fin—. Luego se fue.

Takeshima no preguntó.

—No volvió —añadió Ayako.

El vapor del té subió entre los dos.

—Mi madre dice que hay que seguir —continuó ella—. Yo lo intento.

—Hay días que el té se enfría y sigues sentado.

Ayako asintió.

—Sí.

Otro silencio.

—Cuando le escucho… —empezó, pero se detuvo—.

Takeshima esperó.

—Se me hace más corto.

Takeshima dejó la taza en la mesa.
—Entonces agárrate a eso.
Ayako asintió.
No dijeron más.
En Kure, la clínica funcionaba con ritmo constante. Masako y el doctor Ishikawa se repartían el trabajo sin hablar más de lo necesario. Afuera, la fila crecía cada mañana. Dentro, todo tenía un orden que antes no existía.
Sachiko entró una tarde sin llamar. Tenía catorce años y esa forma de moverse entre la niñez y algo que ya empezaba a quedarse atrás.
—¡He leído delante de todos! Y hemos ganado.
Yumi se volvió desde la mesa.
—Seguro que ese compañero nuevo ha tenido algo que ver.
—Siempre igual —protestó Sachiko.
—Déjala —dijo Masako.
Sachiko salió corriendo y la puerta se cerró de golpe.
Esa misma tarde, cuando todo quedó en silencio, Ishikawa se sentó frente a Masako.
—Llevamos tiempo trabajando juntos…
Masako levantó la vista.
—Quiero que nos casemos.
Masako no apartó la mirada de la mesa.
—Tengo demasiadas cosas detrás.
—No te he pedido que las cierres.
—No necesito que nadie tire de mí.
—No estoy intentando salvarte.
Masako apoyó las manos en la mesa.
—Sachiko sí.
—Sachiko y tú.
Masako negó muy leve.
—Llevo demasiados años sola.
—Aguantar no es lo mismo que estar bien.
Se hizo un silencio.
—Te he escuchado alguna vez… —añadió él—. Y el nombre salía siempre. Hiroshi.

Masako no respondió.
—No te he pedido que dejes nada atrás —continuó—. Solo que decidas qué haces ahora.
Masako cerró los ojos un instante.
—Ahora está Sachiko.
—Entonces decide también por ella.
Masako abrió los ojos.
—De acuerdo.
Semanas después, reunió sus cuadernos sobre la mesa. Sachiko miraba desde la puerta.
—¿Vas a tirarlos?
—No todos.
—¿Por qué?
Masako la miró.
—Porque lo importante no depende del papel.
—¿Y entonces?
—Te lo contaré yo.
Yumi apoyó una mano en su hombro.
—Pues ya iba siendo hora.
En Yokosuka, la noticia de Sakamura corrió rápido. El funeral fue breve. Takeshima encendió incienso mientras Yamashita permanecía de pie junto al retrato.
—Para mí esto era todo —dijo—. Sin esto… no sé qué queda.
—Algo había antes.
—No me acuerdo.
—Pues te tocará acordarte.
Esa primavera volvieron a verse en un izakaya del puerto.
—¿Y Hiroshi? —preguntó Yamashita.
—Trabaja, da clase… y se ha ido haciendo su sitio.
Yamashita asintió apenas.
—Siempre fue así.
Se hizo un silencio.
—Llegué a pensar en casarme —dijo al cabo—. Pero al final me quedé. Y cuando te quedas… luego cuesta moverse.
—Pues muévete.
—¿Y para ir a dónde?

—A donde sea. Peor es seguir ahí parado.

Yamashita no respondió. Dejó unas monedas sobre la mesa y se marchó.

CAPÍTULO LXII

NUEVOS RUMBOS

California y San Diego — 1955

La rutina se instaló poco a poco. Antes de que el sol despejara la niebla de los naranjos, Jack y Hiroshi ya abrían el hangar. La chapa devolvía un frío limpio a las manos y el aire de la mañana traía madera, aceite y tierra húmeda. Durante unos segundos, antes de que llegaran los primeros pasos, todo quedaba en silencio.

Los primeros alumnos entraron arrastrando los pies. Uno dejó caer la bolsa sobre la mesa, se frotó los ojos y soltó:

—Si llego a saber que esto empieza tan pronto, me quedo en la granja.

Jack ni levantó la vista del plano.

—Pues en la granja no vuelas.

El chico resopló, pero se colocó en su sitio.

A unos metros, Hiroshi vio a otro ajustando una pieza sin mirar bien. Se acercó y le apartó la mano con suavidad.

—Quieto. Así no.

—Pero si encaja —respondió el muchacho.

Hiroshi señaló el punto exacto.

—Ahora sí. Luego vibra. Mira bien.

Le guio el gesto despacio. El chico probó otra vez.

—¿Así?

—Eso es. Y si no lo tienes claro, paras.

En el siguiente intento volvió a ir rápido. La pieza encajó mal y el golpe sonó más de la cuenta. Jack levantó la cabeza, dejó el plano y se acercó sin apurar el paso.

—Para ahí.

El chico se quedó quieto.

—¿Qué has hecho ahí?

—Pensaba que estaba bien…

Jack señaló la pieza.

—No estabas mirando. Ibas con prisa.

El chico tragó saliva. Incluso los del fondo se quedaron pendientes.

—Sal un momento fuera.

Salió sin discutir. La puerta se cerró con un golpe leve.

Hiroshi recogió la pieza y la sostuvo entre los dedos.

—Ha querido correr.

Jack asintió.

—Ha decidido antes de tiempo.

Hiroshi levantó la vista.

—Ahora lo entiende.

Jack no respondió y salió. El chico estaba apoyado en la pared, con las manos tensas.

—Oye —dijo Jack—. Aquí puedes meter la pata. Lo que no puedes hacer es seguir cuando no lo ves claro.

El chico asintió, esta vez mirándolo.

—He querido terminar antes.

—Y casi lo rompes todo.

Hubo un silencio breve.

—Cuando se te pase la prisa, entras.

Regresaron. Hiroshi ya tenía la pieza preparada.

—Venga, otra vez. Sin correr.

El chico respiró hondo y repitió el gesto. Esta vez encajó bien. Hiroshi asintió apenas.

—Así sí.

El hangar recuperó el ritmo: menos distracciones, más atención.

Un rato después, otro alumno dejó una pieza sobre la mesa con media sonrisa.

—Yo esto lo daba por bueno.

Hiroshi la miró sin tocarla.

—¿Lo sabes o lo crees?

El chico dudó.

—Bueno… creo.

Jack se acercó, la cogió, la giró y la dejó caer con suavidad. Algo cedió dentro. Nadie habló. Hiroshi la abrió y le mostró el fallo.

—Mira aquí.

El muchacho se inclinó.

—No lo había visto…

Jack negó despacio.

—Porque has ido a acabar rápido.

El chico apretó la mandíbula.

—Sí.

Hiroshi intervino, tranquilo.

—Explícalo tú.

El chico respiró hondo.

—Tengo que mirarlo bien antes de darlo por bueno.

—Eso es —respondió Hiroshi—. Ahora desmóntalo y vuelves a empezar.

—¿Entero?

—Entero.

El chico asintió y se puso a ello. Jack miró al resto.

—Me da igual que tardéis más. Lo que no quiero es chapuzas.

Nadie apartó la vista. Hiroshi añadió:

—Si no lo tienes claro, paras. Siempre.

A media mañana apareció Elsie con el niño en brazos. Se quedó un momento en la puerta antes de avanzar.

—A ver si coméis algo, que luego no rendís.

Uno de los chicos levantó la cabeza.

—Si paramos ahora, no acabamos.

Elsie dejó la cesta sobre la mesa.

—Eso lo dices ahora. Luego vienes temblando.

El chico bajó la mirada y cogió un trozo de pan.

El padre Sullivan observaba desde la puerta, con la taza en la mano.

—Esto parece un cuartel.

Jack dejó el lápiz.

—Aquí cada uno responde por lo que hace.

El padre lo miró con calma.

—Luego no es tan fácil.

Hiroshi, sin levantar la vista, añadió:

—Se nota rápido quién se lo toma en serio.

El padre no respondió. Dio un sorbo y se quedó un rato más antes de irse.

Por la tarde, la luz entraba de lado y el polvo quedaba suspendido en el aire. Jack dibujaba en el suelo con tiza.

—Entras por aquí, corriges aquí… y sales limpio.

Un chico levantó la mano.

—¿Y si me paso?

Hiroshi señaló el punto.

—Te comes la curva. Y eso hay que verlo antes.

El chico frunció el ceño.

—Dicho así parece fácil.

—No —respondió Hiroshi—. Pero tropezar dos veces con lo mismo sí es fácil.

Jack lo miró un instante en silencio.

En primavera organizaron una reunión en el patio de los Sullivan. Las sillas acabaron movidas de sitio y alguien seguía tocando cuando otros ya se habían quedado en silencio. Jack señaló a Hiroshi con un gesto sencillo.

—Es familia.

Un vecino asintió.

—Claro.

A media tarde, Ray habló con una seriedad que no había usado hasta entonces.

—Tenemos fecha. En junio.

Jack le sostuvo la mirada un segundo más de lo normal.

—Pues ya estáis metidos hasta el cuello.

Clara se acercó, mirando a Elsie con una media sonrisa que no terminaba de salir.

—Igual salgo corriendo.

Elsie negó muy leve.

—No lo estás pensando.

Clara se quedó quieta un instante.

—No.

La señora Ramírez levantó la copa.

—Por los que estamos… y por los que faltan.

El patio se quedó en silencio.

—Tommy estaría aquí liándola —dijo Jack.

—Y sin avisar —añadió Clara.

La risa llegó, pero no duró mucho.

En junio llegó la boda. Antes de entrar, Jack y Clara se quedaron un momento junto a la puerta.

—Si quieres salir, es ahora.

Clara negó despacio.

—No es por eso.

Jack esperó.

—No voy a echarme atrás.

Hubo un silencio breve.

—Pues deja de marear y entra.

Clara giró el pomo. Ray ya estaba ahí.

—Pensé que ibas a tardar más.

—He tardado lo justo.

Ray soltó el aire, casi riendo.

—Menos mal.

Durante la ceremonia no se soltaron.

—Aún podemos salir por esa puerta —murmuró él.

Clara apretó su mano.

—Ni se te ocurra.

—Lo digo en serio.

Clara negó muy leve.

—Yo no.

Fuera, en el patio, la música volvió.

Esa noche, ya con menos gente, Clara se acercó a Jack.

—Gracias por dejarme hacerlo a mi manera.

—Siempre fue así.

Un mes después, San Diego. El coche estaba cargado.

Clara miró atrás un segundo.

—Bueno.

Elsie la miró.

—Bueno.

El niño alargó los brazos hacia Hiroshi.

—Tío Hiro…

Hiroshi lo sostuvo un momento y lo devolvió con cuidado.

—Cuida de ellos.

Ray cerró el maletero.

—Nos vemos.

El coche arrancó despacio. Nadie habló hasta que desapareció.

Semanas después, el hangar abrió sus puertas a todo el pueblo. Los chavales enseñaban lo aprendido.

Uno se acercó a Hiroshi con la hélice en la mano.

—Yo diría que está bien… aunque ya no me fío.

Hiroshi la giró despacio y se la devolvió.

—O lo sabes o no lo sabes.

El chico volvió a mirarla con calma.

—Está bien.

Hiroshi asintió.

—Ahora sí.

Jack observaba desde el fondo. Al terminar, levantó la maqueta.

—Esto está bien hecho.

Las manos se alzaron.

—¿Y la beca?

Jack miró a Hiroshi un segundo.

—Para quien no pueda pagar. Se llama Tommy.

El aplauso llegó sin duda.

Al caer la tarde, el hangar quedó vacío otra vez. La luz se apagaba poco a poco. Jack se quedó un momento dentro, mirando el espacio, las mesas y las herramientas en su sitio. Luego bajó la puerta despacio. El golpe seco resonó más de lo habitual y se quedó un segundo allí, sin moverse, antes de marcharse.

CAPÍTULO LXIII

EL CUADERNO NUEVO

Kure y Yokosuka, Japón — 1955

La clínica amanecía antes que el barrio. Yumi ventilaba las salas y pasaba lista con su letra menuda; Sachiko, con catorce años recién cumplidos, colocaba gasas con orden y sin que nadie se lo pidiera; el doctor Ishikawa repasaba el instrumental con su calma de siempre. Masako entraba la última, después de dejar agua al fuego y un cuenco preparado para la merienda.

—Hoy tenemos tres curas de taller y una de pesca —anunció Yumi, señalando el tablón.

—Y dos vacunaciones —añadió Ishikawa, guardándose un lápiz tras la oreja.

El primero en llegar fue un joven con la ceja abierta. Masako limpió, suturó y habló lo justo.

—No te rasques. Vuelves en dos días.

Luego entró un pescador con las manos ásperas y llenas de grietas.

—Aquí falta piel —dijo ella, extendiendo pomada—. Y paciencia.

El hombre retiró la mano antes de tiempo.

—Eso no va a cerrar así.

Masako volvió a sujetarle la muñeca, firme.

—Si no te lo cuidas, vuelves peor.

El hombre amagó con apartarse otra vez, pero se quedó quieto hasta que Masako terminó.

La mañana pasó sin huecos. Entraban unos, salían otros, y el pasillo no dejó de llenarse. Al mediodía, cuando por fin quedó un momento de respiro, Ishikawa se apoyó en el quicio del almacén.

—¿Comes?

—Después —contestó Masako—. Quiero terminar los registros.

Ishikawa esperó un segundo más.

—Se enfría.

Masako no levantó la vista.

—Luego como.

Ishikawa no insistió.

Aquella tarde, cuando todo quedó en silencio y la luz bajó un tono sobre las paredes, Masako llamó a Yumi. Sobre la mesa apiló varios cuadernos: listados, notas, cartas nunca enviadas. Sachiko se quedó en el marco, atenta.

—¿Vas a tirarlos?

Masako separó despacio: lo útil a un lado, lo demás al otro.

—Lo que ya no sirve, no se queda.

Yumi acercó el brasero. Masako tomó el primer cuaderno. No lo soltó enseguida. Pasó el dedo por el borde, como si midiera el grosor.

—¿Es lo último? —preguntó Yumi.

Masako abrió el cuaderno por la mitad. Se detuvo en una página.

—Aquí empecé a escribirle.

Cerró.

—Y aquí dejé de saber qué decir.

Hubo un silencio breve. Lo dejó caer. El papel empezó a encogerse.

Siguieron otros. Uno tras otro. Sin prisa.

Cuando llegó al último, el más cuidado, dudó un instante más largo. Ishikawa apareció en la puerta, sin decir nada. Masako sostuvo el cuaderno con ambas manos.

—Si lo guardo, vuelvo a lo mismo.

No miró a nadie. Lo soltó. El fuego lo tomó despacio. Se quedaron los tres mirando hasta que las hojas se doblaron sobre sí mismas.

Masako apartó el brasero unos centímetros.

—Ahora sí.

Ishikawa dio un paso.

—¿Ahora sí qué?

Masako levantó la vista.

—Ahora no tengo nada pendiente.

Ishikawa sostuvo la mirada.

—Entonces quédate.

Masako asintió. Sachiko no apartaba los ojos; no parecía triste, solo atenta.

Esa misma tarde, en el pasillo, Sachiko extendió un papel grande sobre el suelo. Tenía las manos manchadas de pintura.

—No lo toquéis.

Yumi se inclinó.

—¿Qué estás haciendo?

—El muelle.

Masako se detuvo a mirar. Las líneas no eran rectas. El horizonte estaba desplazado. Había movimiento donde no debería haberlo. Sachiko corrigió un trazo, dudó y lo repitió.

—Eso no lo has copiado —dijo Ishikawa.

Sachiko negó sin levantar la cabeza.

—No.

Se apartó un poco, midiendo el conjunto. Frunció el ceño y volvió a agacharse.

—Si lo haces igual, no dice nada —murmuró.

Masako dio un paso más cerca.

—Sigue.

Sachiko no respondió. Cambió la línea del fondo, más inclinada, más inestable. Se quedó quieta un momento.

—Ahora sí —dijo en voz baja.

Yumi sonrió sin decir nada.

Los días siguieron: la clínica llenándose, vaciándose, volviendo a empezar.

Una tarde de tormenta, cuando todo el barrio parecía venir de golpe, Ishikawa marcó un descanso.

—Cinco minutos.

—Tres —dijo Masako.

Pero se sentó.

Sachiko apareció con una jarrita y la dejó sobre la mesa. Masako bebió un sorbo.

—Gracias.

Sachiko se apoyó en la pared.

—He cambiado el dibujo.

Masako dejó la jarra.

—¿Y?

Sachiko dudó un segundo.

—No sé si está mejor.

Masako la miró.

—Entonces no has terminado.

Sachiko asintió.

—Vale.

Se fue sin añadir nada más.

En Yokosuka, Yamashita salía de la oficina cuando se cruzó con un grupo de reclutas. Uno de ellos lo miró de arriba abajo y soltó, medio en broma:

—¿Y a este viejo qué se le ha perdido aquí?

Yamashita se detuvo. Se giró despacio y dio un paso hacia él. El grupo dejó de reír.

—El viejo es el que te va a enseñar a no perder los dedos.

El chico sostuvo la mirada un segundo. Luego bajó los ojos.

—Sí, señor.

—Y el día que no esté —añadió Yamashita—, no vas a tener a nadie que te avise.

Nadie dijo nada. Yamashita siguió su camino sin mirar atrás.

Esa misma semana, Takeshima entró en el aula de una escuela improvisada para hijos de refugiados. Dejó el libro sobre la mesa.

—Hoy leemos esto. Luego me decís qué os deja.

Un chico levantó la mano.

—¿Y esto para qué sirve?

Takeshima lo miró.

—Para que no te cuelen cualquier cosa. Y para que sepas cuándo decir basta.

Abrió el libro.

Al terminar la clase, nadie se levantó enseguida. La directora se acercó.

—Se quedan.

Takeshima cerró el cuaderno.

—Eso ya es mucho.

Salió con él bajo el brazo.

Aquella noche, ya en casa, Masako abrió un cuaderno nuevo. Lo sostuvo un momento entre las manos. Desde la otra habitación llegaba el sonido del lápiz sobre el papel, constante: Sachiko trabajaba. Yumi recogía en silencio. Ishikawa cerró la puerta con cuidado.

Masako escribió despacio: "Se acabó." Se quedó mirando la frase un instante, como si fuera a añadir algo más. No lo hizo. Cerró el cuaderno y lo dejó sobre la mesa.

En Yokosuka, Yamashita guardó la lista de los Doce en el cajón. La mano se le quedó un segundo sobre la madera antes de cerrarlo.

En Kure, Masako se acostó junto a su hija. Sachiko se acomodó sin buscar sitio, ocupando el suyo. Masako apoyó la mano sobre su brazo y se quedó quieta mientras, fuera, la ciudad seguía despierta como cualquier otra noche. Dentro, por primera vez en mucho tiempo, no quedaba nada pendiente.

CAPÍTULO LXIV

RAÍCES QUE CRECEN

Carpintería, California — 1956

Jack llevaba horas recorriendo el pasillo entre la cocina y el dormitorio. No sabía cuántas veces había pasado frente a la puerta cerrada, pero el suelo de madera ya parecía marcarle el camino. Cada vuelta era igual a la anterior, salvo por los sonidos que llegaban desde dentro: respiraciones entrecortadas, una voz firme marcando el ritmo y el murmullo constante de las mujeres, que no pensaban cederle el mando a la noche.

—Siéntate, hijo —dijo su padre desde la mecedora—. Así no arreglas nada.

—No puedo —replicó Jack, sin detenerse.

Desde el cuarto llegaban los esfuerzos de Elsie, hondos y breves. La señora Braxton daba instrucciones sin vacilar, pidiendo agua caliente y toallas limpias, marcando el paso con experiencia. La madre Sullivan no se apartaba del cabecero; le acariciaba el pelo con una calma que venía de lejos.

—Respira conmigo, hija. Ya falta menos.

Un golpe seco dentro del cuarto hizo que Jack se detuviera en seco. Miró a la puerta, sin atreverse a abrirla.

—¿Va todo bien? —preguntó, sin alzar la voz.

—Jack —dijo al fin la señora Braxton desde dentro—. Espera fuera.

El silencio que siguió le tensó el cuerpo entero. Se apoyó en la pared, por primera vez sin moverse.

—Estoy aquí.

No podía hacer nada. Y eso le apretaba más que cualquier otra cosa.

En el cobertizo, Hiroshi encendió un candil y se sentó en el banco bajo. Sacó del bolsillo una navaja y empezó a trabajar un trozo de madera. No miraba el reloj. Cada viruta que caía parecía ordenar la espera. En un momento dado se detuvo, escuchó y luego siguió, más despacio.

El grito final lo detuvo todo. Después llegó el llanto de un bebé, claro y firme, llenando la casa.

Jack empujó la puerta y se quedó quieto en el umbral. Elsie estaba agotada, con una niña en brazos. Al verla, soltó el aire de golpe.

—Es preciosa.

Elsie sonrió, rendida, y le acercó a la pequeña un instante.

—Mírala…

Jack dio un paso más, con cuidado, como si el suelo pudiera fallarle. No miró a nadie. Solo a la niña. Le rozó la mejilla con un dedo, casi sin tocarla, y se quedó ahí un segundo más de lo necesario.

En ese momento, Helen Sullivan apareció en la puerta con Jack Jr. de la mano. El niño miró en silencio, muy serio, y se acercó despacio hasta la cama.

—Es muy pequeña…

Nadie dijo nada.

El niño alargó la mano con cuidado, sin llegar a tocarla.

—No la despiertes… que está aprendiendo a estar aquí.

Elsie lo miró, con una emoción que no terminó de contener. Jack mantuvo la vista en la niña.

Salió al patio con la niña dormida sobre el pecho. El aire frío le despejó la cabeza. Su padre lo siguió despacio, con la pipa apagada en la mano.

—Nunca pensé que me tocaría verte con dos criaturas.

—Yo tampoco —respondió Jack—. A veces siento que sigo siendo un chaval.

—Lo mismo me pasó cuando naciste tú. No hay manual. Se aprende a base de noches en vela.

Jack miró el cielo oscuro. Ajustó a la niña contra el pecho antes de responder.

—Me da miedo no estar a la altura.

Su padre tardó un segundo.

—Harás lo de siempre: madrugar, trabajar y escuchar a los tuyos.

Jack no contestó. Asintió apenas.

Cuando la casa se calmó, Hiroshi entró con pasos cortos. Llevaba una muñeca de madera con brazos de alambre y un lazo rojo. La dejó en la cuna con cierta torpeza y se quedó mirándola un segundo más.

—Para ella.

Elsie se incorporó un poco.

—Gracias, Hiroshi.

Jack le dio una palmada en el hombro.

—Ya eres tío.

Hiroshi no respondió. Miró la muñeca, luego a la niña.

—Es pequeña —dijo al fin.

—Y crecerá —respondió Jack.

Hiroshi asintió, pero no apartó la vista enseguida.

Más tarde, en su cuaderno, escribió una sola línea:

Hoy ha nacido una niña. Anna.

Se quedó mirando la frase un instante antes de cerrar.

Días después, el coche de San Diego apareció por el camino. Clara bajó casi corriendo y se echó sobre Elsie, que salió al porche con Anna en brazos.

—¡Déjame verla!

—Ten cuidado —dijo Elsie, riendo.

Clara se inclinó, pero se detuvo antes de tocarla.

—Es…

No terminó la frase.

Ray abrazó a Jack con fuerza.

—Hermano, ahora sí que vais a tener la casa llena.

—Y lo que traes tú —respondió Jack.

Clara se enderezó despacio. Se llevó la mano al vientre antes de hablar.

—Yo también estoy embarazada.

Durante un segundo nadie reaccionó. Luego la casa se llenó de voces. La madre Sullivan lloró sin ocultarlo; el padre soltó una carcajada. Elsie abrazó a Clara con fuerza.

—Van a criarse juntos.

Aquella noche la mesa se quedó pequeña. Los Ramírez llegaron con naranjas y pan dulce; los vecinos dejaron flores y platos

calientes. Hiroshi movía sillas, atento a todo sin hacerse notar.
—Cuando yo nací, no había médicos —recordó la madre Sullivan.
—Y saliste mandona desde el primer día —respondió su marido.
Ray alzó la voz.
—¿Y cómo se va a llamar?
Jack miró a Elsie.
—Anna.
Las risas corrieron de un lado a otro de la mesa.
Jack alzó la copa.
—Por los que llegan… y por los que se quedan.
Hiroshi levantó la suya un segundo más tarde que los demás.
Los meses siguientes trajeron más alumnos al hangar. Jack y su padre revisaban matrículas, Elsie anotaba cuentas, Hiroshi ordenaba herramientas con precisión. Jack Jr. corría entre los bancos.
—Papá, ¿yo cuándo vuelo?
—Cuando seas más alto que la hélice.
La primavera marcó la primera práctica real. Dos muchachos viajaron a Santa Bárbara. Jack fue con ellos; Hiroshi revisó el motor en silencio, deteniéndose en un ajuste que no le convencía. Lo volvió a montar.
El aparato se elevó torpe al principio y luego firme. Aterrizó sin problemas.
—Primeros pasos —dijo Jack.
Hiroshi no respondió. Anotó algo en su cuaderno.
No todos siguieron el mismo camino. Aquel verano, Roberto subió a la cabina y se quedó inmóvil.
—No puedo.
Jack sostuvo la puerta un segundo más de lo necesario.
—No todos valen para esto.
Roberto bajó sin mirar atrás.
Hiroshi siguió con la mirada la puerta abierta.
—También es aprender —dijo al final.
Jack asintió.
Esa noche, Jack Jr. preguntó si él también podía tener miedo.
—Sí —dijo Jack—. Lo importante es qué haces con él.

El niño no respondió enseguida. Se quedó pensando antes de asentir.

Más adelante, un descuido dejó un corte profundo en la mano de un alumno. Jack reaccionó al instante; Hiroshi presionó la herida y Elsie vendó con calma.

—Esto no es un juego —dijo Jack—. Nadie entra aquí sin repasar las normas.

Hiroshi colgó un cartón con tres palabras:

Orden. Calma. Cabeza.

El condado exigió registro y seguro. Un inspector recorrió el hangar y estampó un sello en la puerta.

—Centro de instrucción provisional.

Jack lo miró un segundo.

—Provisional no significa que esto sea cualquier cosa.

El inspector no respondió.

Ese otoño, Clara dio a luz en San Diego a un niño sano: Samuel Carter, Sam para todos. Semanas después, los tres primos compartían el patio: Jack Jr., Anna y Sam.

—Esto ya parece una tribu —dijo la madre Sullivan.

—Y no paran —añadió Ray.

En la feria de verano, la escuela tuvo su propio puesto. Un vecino preguntó hasta dónde crecería aquello. Jack miró a los suyos antes de responder.

—Hasta donde sea seguro.

Llegó diciembre. Dos cunas dentro, un primo de visita y el hangar con más vida que nunca. Jack se detuvo antes de apagar la luz. Miró la pista, luego el hangar y después la casa al fondo. Dentro había dos cunas; fuera, el taller en pie.

Se quedó un segundo más de lo necesario antes de bajar la palanca y cerrar el día.

Jack llevaba horas recorriendo el pasillo entre la cocina y el dormitorio. No sabía

CAPÍTULO LXV

QUEDARSE DE VERDAD

Kure y Tokio — 1956–1958

La lluvia había barrido la ciudad durante la noche. Al amanecer, Tokio quedaba limpia, con los tejados aún húmedos y un brillo apagado en las losas del patio. El aire era frío, pero claro. En el instituto, el bullicio empezaba antes de que el sol terminara de levantarse.

Takeshima cruzó el pasillo con los papeles bajo el brazo mientras los alumnos se abrían paso entre empujones y risas. No apartó a nadie. Tampoco aceleró. Ya no estaba de paso allí.

Las puertas de las aulas quedaban entreabiertas. En la suya, no la cerró del todo.

Dejó los papeles sobre la mesa, tomó la tiza y escribió con trazo firme:

WILLIAM SHAKESPEARE

El aula fue apagándose poco a poco. No por orden, sino por atención.

—Hoy no vamos a explicar el texto —dijo—. Vamos a ver qué pasa cuando alguien ya no puede seguir viviendo igual que antes.

Se giró hacia ellos y leyó:

—To be, or not to be…

No alargó la frase. La dejó caer sin adornos.

—No es una frase bonita —continuó—. Es alguien que se ha quedado sin salida.

Un chico al fondo soltó una risa breve.

—¿Y eso para qué sirve?

Takeshima lo miró un segundo.

—Levántate.

El chico dudó, pero lo hizo.

—Léelo.

Lo leyó rápido, sin ganas.

—Otra vez.

Esta vez se detuvo.
—¿Qué estás leyendo?
—No lo sé.
—Pues entonces léelo en serio.
El chico apretó el papel.
—No sé qué quiere decir.
Takeshima dio un paso hacia él.
—Que ya no puedes seguir igual.
Silencio.
—Y haces algo.
El chico no volvió a sentarse igual.
En la puerta, Ayako escuchaba. Llevaba el cuaderno de dibujo bajo el brazo, con los dedos manchados de grafito. Venía del edificio de al lado, como otras veces, y se había detenido al oír la voz.
No entró. Tampoco se fue.
Cuando la clase terminó, esperó a que el aula se vaciara.
—Ha dicho que decidir cambia todo.
Takeshima recogía los papeles.
—Sí.
Ella abrió el cuaderno. Había trazos rápidos, líneas superpuestas, figuras apenas insinuadas.
—En pintura pasa igual. Si no decides, se queda a medio hacer.
Se quedó buscando la palabra.
—Flojo.
Takeshima miró el papel.
—Porque no te decides.
Ella alzó la vista.
—O porque no sé qué mirar.
—Es lo mismo.
Silencio.
—Si dibujo una escena —dijo ella— puedo copiarla. O puedo quedarme con el momento en el que cambia.
—Entonces no dibujes la escena.
Ella frunció el ceño.
—¿Qué dibujo?
—El instante en el que alguien decide.

La mujer cerró el cuaderno.

—Eso no se ve.

—Pero está.

Ella sostuvo la mirada.

—Da miedo equivocarse.

—Más da quedarse quieto.

La frase quedó entre ellos.

—Soy Ayako —dijo—. Estoy en la escuela de arte.

—Takeshima.

—Ya lo sé.

Se marchó sin añadir nada más.

Takeshima se quedó solo en el aula. Miró la pizarra, la palabra aún escrita, el polvo de tiza en sus dedos. Había explicado ese pasaje muchas veces. No siempre había sentido que hablaba de él.

Borró despacio, dejando una sombra leve.

En Kure, la clínica abría antes de que el barrio terminara de despertar. Las puertas se quedaban abiertas para que corriera el aire. Yumi ventilaba las salas, movía las cortinas y ordenaba las bandejas. Ishikawa revisaba el instrumental con precisión. Sachiko trabajaba sin esperar indicaciones.

Masako llegó la última. Se recogió el pelo con un gesto rápido y abrió el cuaderno.

—Hoy viene gente del astillero —dijo Ishikawa.

—Y el de la fiebre de anoche —añadió Yumi.

El trabajo llenó la mañana. Un hombre del astillero apartó la mano cuando Masako iba a vendar.

—Ya está.

Masako no la soltó.

—No.

—Tengo que volver.

—Así vuelves aquí en dos horas.

El hombre tiró con más fuerza.

—He dicho que está bien.

Masako mantuvo la presión sin ceder.

—Y yo digo que no.

Se miraron.

El hombre apretó los dientes un segundo más, pero no consiguió soltarse. Terminó por ceder.

—Hazlo rápido.

Masako no cambió el ritmo.

—Cuando esté bien, termino.

Ajustó el vendaje con cuidado, asegurando el pliegue.

—Ahora sí.

El hombre probó a mover la mano. Esta vez no dijo nada.

Sachiko observaba desde el otro lado.

—Ahí se habría abierto —dijo señalando el punto de tensión.

Masako lo revisó y ajustó un poco más.

—Sí.

La mañana siguió sin pausa. Un vendaje hubo que repetirlo. Un niño no dejaba de moverse.

—Quieto —dijo Yumi, perdiendo la paciencia un instante.

Masako cambió de sitio con ella sin decir nada y terminó el trabajo, asegurando bien cada vuelta.

A media mañana, Sachiko dejó un cuaderno sobre la mesa.

—He cambiado esto.

Masako lo miró sin tocarlo.

—Ahora se entiende mejor.

Ishikawa se acercó.

—¿Qué es?

—La sala —dijo Sachiko—. Pero como se siente cuando no paras.

Ishikawa asintió.

—Se mueve.

Sachiko cerró el cuaderno.

—Tiene que moverse.

Yumi la siguió con la mirada.

—Va en serio.

Masako no respondió al momento.

—Sí.

A última hora cerraron antes. Esa noche cenaron los cuatro.

Ishikawa dejó los palillos.

—Han escrito del hospital.

Masako levantó la vista.

—¿De dónde?
—De Tokio. Hay una plaza. Quieren que vaya.
Yumi dejó de comer.
—¿Cuándo?
—En cuanto responda.
Silencio.
Masako miró la mesa.
—¿Y la clínica?
Ishikawa negó.
—Esto ya no da más.
Yumi apoyó los codos.
—Lo sabemos.
Nadie discutió eso.
—Allí podemos hacerlo mejor —dijo Ishikawa—. Desde el principio.
Masako levantó la vista.
—¿Nosotras?
—Sí.
—¿Y el médico?
—Se contrata allí.
Sachiko dejó el cuenco.
—¿Y yo?
Masako la miró.
—Allí tendrás más sitio.
—¿Para pintar?
—Sí.
Silencio.
Sachiko asintió.
—Quiero ir.
Yumi la miró un segundo, más despacio que antes.
—No es fácil —dijo—. Dejar esto.
Nadie respondió enseguida.
Masako apoyó la mano en la mesa.
—Estar aquí tampoco ha sido fácil.
El aire cambió ahí.
Ishikawa no añadió nada.
Yumi bajó la mirada y asintió una vez.

—Entonces vamos.

Nadie discutió.

Al día siguiente, la clínica abrió como siempre, pero nadie trabajaba igual. A última hora, Masako se quedó un momento en la puerta y miró la sala entera, como si quisiera guardarla sin tocar nada. No dijo nada.

Ishikawa fue el que habló.

—Subo primero a Tokio. Busco sitio cerca del hospital.

Yumi respondió sin mirarle.

—Cuando lo tengas, nos encontramos.

Masako cerró la puerta despacio.

No hicieron más planes. Cada uno recogió lo justo. Lo demás se quedó donde estaba, como si aún fuera a hacer falta al día siguiente.

Ishikawa se marchó al amanecer siguiente, sin despedidas largas.

Masako y las demás se quedaron unos días más. Lo justo para cerrar lo pendiente: una última visita, un nombre más en el cuaderno, la puerta abierta por última vez. Después, el viaje.

La ciudad no esperaba.

Takeshima cerró el aula al final del día. El pasillo estaba vacío cuando salió sin mirar atrás.

Al día siguiente, en la clínica, Masako abrió el cuaderno antes de empezar. Dudó un segundo, escribió una palabra y lo cerró sin releer.

Esta vez no dejaba nada atrás.

CAPÍTULO LXVI

EL INICIO DE UNA DÉCADA

Carpintería, California — 1960

Los años sesenta habían cambiado el país, pero en Carpintería los cambios entraban despacio, como la brisa que llegaba desde el mar. Las radios sonaban más alto, los chavales hablaban de grupos nuevos y en la calle se veían cosas que antes no se veían, pero en la Escuela Braxton el día empezaba igual: portón abierto, bancos alineados y manos ocupadas.

Jack levantó la puerta del taller y dejó pasar la luz.

—Orden y cabeza —marcó—. Lo demás viene después.

Hiroshi ya estaba dentro. No levantó la voz. No hacía falta. Colocó la hélice en el soporte y reunió a los nuevos.

—Aquí —dijo, señalando—. Mano firme. Si dudáis, paráis.

Los muchachos asentían. Algunos miraban sin perder detalle. Otros no miraban lo suficiente. Hiroshi los iba corrigiendo uno a uno, sin prisa.

Jack observaba desde atrás. Aquello funcionaba.

El taller ya no era un intento. Era un sitio.

En la puerta apareció Jack Jr. con un bocadillo a medio comer. Detrás, su hermana, empujando para entrar.

—Hoy me toca altímetro —dijo el niño.

—Hoy te toca escuela —respondió Jack sin mirarle.

Elsie cruzó el patio con un cesto.

—Tío Hiro, dile a este que deje la llave donde va.

El niño la soltó sin protestar.

Nada de aquello llamaba la atención, pero todo estaba en su sitio. La escuela había crecido así, casi sin darse cuenta: un banco, luego otro; un tablón con normas; nombres que se repetían y otros nuevos que se iban quedando. Ya no dependía de un día bueno. Funcionaba.

Al día siguiente, el sobre apareció sin previo aviso. Hiroshi lo abrió en el porche mientras Jack permanecía cerca, sin decir nada. Leyó

despacio.

No cambió el gesto, pero se quedó quieto un segundo pensativo.

Elsie pasó a su lado con el cesto. Se detuvo al verle así.

—¿Qué ha pasado?

Hiroshi tardó en responder.

—Mi padre.

Silencio.

—Ha muerto.

Elsie asintió despacio.

—¿Y tu madre?

—Está enferma. Quiere verme.

Elsie dejó el cesto en el suelo.

—Entonces tendrás que ir.

Hiroshi no respondió.

—No es solo eso —dijo ella.

Hiroshi levantó la vista.

—¿Cómo?

Elsie sostuvo la mirada.

—Hay algo más.

Silencio.

—No.

—Sí.

No alzó la voz.

—Nada más conocerte supe que había algo ahí dentro —añadió—. No era solo la guerra.

Hiroshi bajó la vista.

—No hace falta…

—Sí hace falta. Porque no es Japón.

Pausa.

—Es alguien.

Hiroshi no respondió.

Elsie dio un paso más cerca.

—¿Hay alguien por lo que no quieres volver?

El silencio se alargó.

Hiroshi apretó el papel entre los dedos.

—Sí.

Elsie esperó.
—Había una mujer —dijo al fin—. Antes de todo.
—Estaba enamorado de ella.
Pausa.
—La guerra lo cambió todo.
Se detuvo.
—Cuando terminó, volví a Nagoya con un compañero. La busqué durante mucho tiempo.
Negó muy leve.
—No encontré nada.
Silencio.
—Su casa había desaparecido. Su familia tampoco estaba. Nadie supo decirme nada.
Elsie no intervino.
—Me quedé un tiempo… pero no había nada que retuviera
Levantó la vista un instante.
—Entonces me fui a Yokosuka.
Pausa.
—Y allí conocí a Jack.
Elsie asintió despacio.
—Cuando me ofrecieron ir a América… no lo vi claro al principio.
Se quedó un momento callado.
—Pero entendí que, si no lo hacía, me quedaba allí para siempre.
Elsie lo miró sin prisa.
—¿Y eso era lo que no querías?
Hiroshi negó levemente.
—No.
Pausa.
Elsie sostuvo la mirada un instante más.
—Entonces ahora te toca volver.
Hiroshi no respondió enseguida.
—No vuelves por tu padre —dijo ella.
—No —respondió él—. Vuelvo porque tengo que ir
El viento cruzó el porche. Hiroshi bajó la vista al sobre un segundo antes de alargarlo hacia Jack.
Jack lo cogió, lo leyó despacio y se lo devolvió.

—Lo siento por tu padre.

Hiroshi asintió.

—¿Cuándo sales?

Hiroshi dudó un momento, mirando hacia dentro.

—La escuela…

Jack negó, sin pensarlo mucho.

—Nos apañaremos. No te preocupes por eso.

Silencio breve.

Hiroshi asintió

Volvió al taller sin dar explicaciones y trabajó hasta el final del día como siempre, aunque no era igual: cada movimiento iba medido, como si necesitara detenerse un segundo más de lo normal en cada cosa. Cuando el último alumno se marchó, se quedó solo y el silencio fue entrando poco a poco. Pasó la mano por la mesa, por las herramientas, por las marcas que se habían ido quedando con los años. Aquello no era solo un lugar; era el tiempo que había pasado allí.

Jack entró sin llamar y dejó dos tazas sobre la mesa.

—Te has quedado más de lo que pensabas.

Hiroshi no levantó la vista.

—Sí.

Jack acercó una de las tazas.

—Se enfría.

Hiroshi la cogió, pero no bebió.

Silencio.

—No sé qué hago aquí ahora mismo —dijo al fin, en voz baja—. Tendría que haber estado allí hace tiempo.

Jack se apoyó en la mesa, sin acercarse más de la cuenta.

—No podías estar en todo.

Hiroshi negó levemente.

—Pero es mi casa.

Jack alzó la vista hacia él.

—Y esto también.

Hiroshi lo miró un segundo, sin saber qué decir.

—No sé si llego a tiempo —añadió—. Para nada.

Jack sostuvo la mirada.

—Eso solo lo sabes yendo.

Silencio.

Hiroshi asintió despacio.

—Sí.

No dijeron más.

Esa noche no hubo cena larga. Cuando la casa quedó en silencio, Hiroshi volvió al taller. Se sentó, sacó la carta y la leyó otra vez. Luego la dejó a un lado y abrió el cuaderno. Escribió que lo llamaban desde Japón, que su padre había muerto y que su madre estaba enferma; que aquí tenía una vida hecha y que, aun así, tenía que volver. No añadió más. Cerró el cuaderno.

En el porche, Jack seguía allí.

—¿Mañana?

—Mañana.

Jack asintió. La casa dormía. El taller también. Hiroshi se quedó un momento más mirando hacia dentro, dio un paso atrás y cerró.

CAPÍTULO LXVII

EL REGRESO A LA OTRA ORILLA

Japón — 1960

Nagoya ya no era la ciudad que Hiroshi recordaba. Seguían ahí algunas calles estrechas, los tejados bajos y los comercios que resistían entre esquinas conocidas, pero ahora crecían bloques grises, postes nuevos y escaparates donde convivían radios, zapatos importados y palabras en inglés. Japón avanzaba deprisa. No miraba atrás. Hiroshi sí.

Caminó hasta la casa con la maleta en la mano. El frío le despejaba la cabeza. Reconocía los giros, las distancias, los rincones, pero nada encajaba del todo. Frente al portón estaba Takeshima.

—Has llegado antes de lo que pensaba.

—No quería retrasarme.

—Tu madre está despierta.

Entraron sin más. El pasillo sonó bajo sus pasos. El altar familiar estaba limpio, ordenado. El retrato del padre ocupaba el centro.

Su madre estaba junto a la ventana.

—Hiroshi…

—Estoy aquí.

La mujer tardó en enfocar. Luego sonrió, muy despacio.

—Tu padre hablaba de ti todos los días.

Hiroshi se sentó a su lado.

—He estado trabajando.

—Lo sé.

Le contó su vida en California: el taller, la escuela, los chicos, el trabajo diario. Sin adornos. Su madre escuchaba sin interrumpir.

—Has hecho lo que tenías que hacer —dijo al final.

Aquella tarde ordenaron el altar. Entre papeles viejos aparecieron los sobres. Cartas sin abrir. Hiroshi reconoció su letra.

Las dejó sobre la mesa.

—Me las llevo.

—¿Para qué?

—No deben quedarse aquí.

Los días pasaron despacio. Su madre dormía mucho. A veces hablaban. Otras no hacía falta.

Una noche le pidió que se acercara.

—Sigue escribiendo.

—Sí.

Murió antes del amanecer. Nadie lo vio venir.

El funeral fue breve. Poca gente. Lo justo.

Después caminaron sin rumbo por el barrio. Las persianas bajaban, un tren sonaba a lo lejos, una bicicleta pasaba por la calle húmeda.

—Se acaba todo muy rápido —dijo Takeshima.

—No se acaba. Cambia.

Pasaron frente a un taller donde un aprendiz trabajaba la madera.

—Japón está como eso —dijo Hiroshi—. Nuevo, pero con marcas.

—Nosotros también.

Caminaron unos metros más.

—¿Alguna vez piensas en cómo habría sido todo sin la guerra? —preguntó Takeshima.

—A veces. Pero no habría sido nuestra vida.

Takeshima tardó en volver a hablar.

—Quizá Masako seguiría aquí.

Hiroshi negó con la cabeza.

—Nunca fue de quedarse.

Esa noche salieron a cenar. Un local pequeño, con el calor justo y las mesas ocupadas por gente que hablaba bajo. Se sentaron sin prisa. Pidieron algo caliente y sake.

Durante un rato no dijeron nada.

—Cuando vuelvo a casa, todo está en orden —dijo Takeshima—. Demasiado en orden.

Hiroshi lo miró.

—El trabajo va bien. Las clases también. Pero fuera de eso… no hay nadie.

—¿Y quieres que lo haya?

Takeshima dudó.

—Entonces empieza por alguien.

Takeshima bajó la vista.
—He conocido a una mujer.
—¿Te interesa?
—Sí. La veo de vez en cuando. No es algo serio. Pero me hace pensar.
—Eso ya es mucho.
—No quiero equivocarme.
—No puedes evitarlo.
Takeshima apoyó los codos en la mesa.
—Hace años lo tenía claro. Ahora no.
—Ahora sabes lo que cuesta —respondió Hiroshi—. Pero eso no es motivo para no intentarlo.
El silencio volvió, pero distinto.
—Me parece alguien con quien podría estar bien —dijo Takeshima.
—Entonces acércate. Lo demás ya vendrá.
Takeshima asintió despacio.
Salieron al frío. Caminaron un rato sin hablar.
Al día siguiente tomaron el tren hacia Tokio. El paisaje pasaba rápido: campos, fábricas, estaciones llenas. Japón avanzaba, y Hiroshi lo miraba sin apartar la vista.
Se despidieron en la estación.
—¿Vas a bajar al mar? —preguntó Takeshima.
—Sí.
Takeshima asintió, sin mirarlo del todo.
—Pues no lo alargues más.
Hiroshi lo miró un instante.
—No.
El tren lo llevó hasta la costa. El cielo estaba despejado. El mar, en calma.
Caminó hasta el muelle con la caja bien sujeta y se sentó en el borde. La abrió. Dentro, los sobres.
No los leyó. Los sostuvo un momento entre las manos. Sacó uno, lo giró y miró la fecha. Lo acercó al borde. El mar seguía quieto. Podía hacerlo. Soltarlo y acabar de una vez.
El papel se inclinó hacia el vacío.
No lo soltó.

Se quedó así un instante más, con la mano suspendida, y al final lo retiró despacio. Lo dejó otra vez en la caja.

Miró el agua. No esperaba nada, pero aun así se quedó.

Sacó el último sobre. El de Masako.

Ese sí tardó más en cogerlo. Lo sostuvo entre los dedos, como si pesara más que los demás. No lo abrió. Lo llevó hasta el borde y lo mantuvo ahí un momento largo.

Esta vez sí dudó.

Apretó un poco más.

Luego negó, apenas.

Lo retiró.

Lo guardó con el resto.

Cerró la caja sin prisa.

Se quedó sentado un momento más, mirando el mar en calma.

No todo tenía que desaparecer para seguir adelante.

Sacó el cuaderno, escribió una línea breve y cerró la tapa. Luego se levantó con la caja en las manos.

En Tokio, cuando llegaron, la clínica todavía no estaba del todo lista. Camillas por colocar, cajas abiertas, instrumental sin ordenar. No se detuvieron. Empezaron ese mismo día.

Desde primera hora, la puerta no dejó de abrirse. Un hombre con tos, una mujer mayor, un niño inquieto. Masako trabajaba sin pausa. Ishikawa se adelantaba a cada cosa.

El ritmo no se rompía.

En una mesa al fondo, Sachiko tenía abierto el cuaderno. No miraba caras. Miraba cómo se movían. Cómo esperaban. Cómo se sentaban. Luego dibujaba.

Probaba, tachaba, volvía a empezar.

Masako pasó junto a ella.

—No estás copiando.

—No quiero copiar —respondió Sachiko—. Quiero entenderlo.

Masako siguió sin detenerse.

Horas después, cuando la sala quedó vacía, Sachiko seguía dibujando.

—¿No paras? —preguntó Ishikawa.

—Ahora no.

—¿Por qué?

Sachiko levantó la vista un segundo.

—Porque ahora lo veo.

Volvió al papel. Masako recogía los instrumentos y se detuvo un instante al mirarla. El trazo ya no dudaba.

Al caer la tarde, la luz entraba de lado por la ventana. Sachiko cambió de hoja y empezó otra vez. Fuera, la ciudad seguía en marcha.

Masako cerraba una bandeja cuando Ishikawa volvió a entrar, con la chaqueta aún puesta.

—¿Qué tal en el hospital?

—Lleno —respondió él—. No dan abasto.

—Aquí tampoco.

No añadieron más.

En el aire, Hiroshi miraba por la ventanilla mientras el mar quedaba atrás. Esta vez no había dejado nada allí.

Al cerrar, Masako apagó la luz. Ishikawa bajó la persiana. Sachiko seguía dibujando junto a la ventana. El trazo avanzaba sin detenerse.

CAPÍTULO LXVIII

VOLVER A PISAR TIERRA

Carpintería, California — 1961–1962

La luz del amanecer se colaba por la bruma del puerto cuando el barco atracó en San Francisco. El aire era frío y denso. Hiroshi bajó la pasarela con la maleta en una mano y el abrigo sobre el brazo. No sentía cansancio. Sintió alivio… y algo más, más difícil de colocar, como si el cuerpo hubiera llegado antes que el resto.

El tren hacia el sur ocupó el día entero. No leyó. No escribió. Miró por la ventanilla. Fábricas, carreteras, campos, costa. Todo parecía ordenarse al pasar, pero en algún punto, al fondo, algo no terminaba de encajar.

Cuando llegó a Carpintería, el sol caía entre los naranjos.

—¡Tío Hiro!

Jack Jr. echó a correr. Anna lo siguió, riéndose. Hiroshi dejó la maleta y se agachó. Los abrazó a los dos con fuerza, más de la cuenta.

Elsie esperaba unos pasos más atrás.

—Bienvenido a casa.

—Gracias, Elsie.

Jack llegó con la camioneta. Se dieron la mano sin rodeos.

—Te hemos echado de menos.

—Y yo a vosotros.

La carretera seguía igual. Los árboles, la tierra, las casas bajas. Todo en su sitio. Demasiado en su sitio.

En el porche, la señora Braxton se levantó como pudo.

—Hijo. Ya iba siendo hora.

Hiroshi asintió, pero no respondió enseguida.

Dentro, la mesa estaba puesta. Nadie habló de Japón. No hacía falta.

—Mañana abrimos —dijo Jack—. Te he dejado los mejores motores.

Hiroshi miró la mesa, luego a él.

—He venido para eso.

Pausa breve.

—Y para ver si sigo sabiendo hacerlo.

Jack no contestó. Solo asintió.

Esa noche dejó un paquete sobre la repisa.

—Cartas. Estas ya han llegado.

Jack las miró sin tocarlas.

—Aquí se quedan.

Al amanecer, el taller volvió a llenarse.

—Orden y cabeza —marcó Jack.

—Y si dudáis, paráis —añadió Hiroshi.

El taller ya no era el de antes: más bancos, más herramientas, una pizarra nueva. El sello del condado colgaba en la pared.

Hiroshi caminó entre los alumnos. Observaba sin prisa. Se detuvo junto a un chico que forzaba una pieza.

—Mide.

El muchacho dudó.

—Creo que entra.

Hiroshi apoyó la mano en el banco, firme.

—Aquí no trabajamos con "creo".

El chico tragó saliva, midió mal, corrigió. A la tercera, acertó.

—Otra vez —dijo Hiroshi.

Repitió. Esta vez sin error.

Hiroshi lo miró un segundo más.

—Ahora sí estás mirando.

Un golpe al otro lado del taller. Una herramienta al suelo. El silencio cayó de golpe.

Hiroshi no alzó la voz. Recogió la herramienta, la dejó en su sitio y miró al alumno.

—Antes de seguir, deja esto como lo has encontrado.

El chico asintió rápido.

El trabajo siguió, pero Hiroshi tardó unos segundos en moverse. Se quedó quieto, como midiendo el pulso del lugar.

A media mañana, Jack se acercó.

—Han pedido más plazas.

—¿Cuántas?

—El doble.

Hiroshi miró el taller. Luego a los chicos. Luego a las manos.
—No caben.
—Podemos ampliarlo.
Hiroshi negó sin dudar.
—No así.
Jack lo sostuvo.
—Entonces hay que elegir.
Hiroshi apoyó la palma sobre la mesa.
—Si entra todo el mundo, esto deja de ser lo que es.
Jack no respondió de inmediato.
—No todos lo van a ver igual.
—No hace falta.
Silencio.
—Con que lo tengamos claro nosotros, vale.
Un motor arrancó de forma brusca y rompió el momento. Uno de los alumnos había puesto la máquina en marcha antes de tiempo. La pieza vibraba fuera de control.
—Para —dijo Hiroshi.
El chico dudó.
Hiroshi avanzó dos pasos.
—Ahora.
El motor siguió un segundo más. Demasiado.
Hiroshi cerró el paso de combustible y detuvo la máquina. El silencio fue inmediato.
Miró al alumno de frente.
—¿Qué te ha hecho pensar que estaba listo?
El chico no supo responder.
—Aquí no se prueba a ver qué pasa —añadió Hiroshi, más bajo—. Aquí sabes lo que va a pasar antes de tocar nada.
El chico asintió, sin levantar la vista.
Jack observaba desde un lado. Luego habló:
—Se queda así. No ampliamos.
Nadie discutió.
Al mediodía, Elsie apareció con los niños.
—Hoy comemos aquí.

La tensión empezó a aflojarse poco a poco. Volvieron las risas, el pan pasando de mano en mano y los vasos sobre la mesa.

—Por los que vuelven —dijo la señora Braxton—. Y por los que tiran adelante.

El aplauso fue sincero. Hiroshi también aplaudió, pero no levantó la vista.

Esa tarde, Elsie abrió la Casita. Los niños se sentaron con cuadernos.

—Aquí no se corre —dijo—. Aquí se entiende.

Hiroshi se quedó al fondo. Un niño dudaba con una palabra.

—No mires el final —le dijo Elsie—. Empieza otra vez.

El niño volvió al principio, más despacio.

—Así.

Hiroshi observó la escena. Durante un segundo, le resultó ajena. Luego no.

Días después, Ray y Clara llegaron.

—Nos quedamos —dijo Clara.

Ray dejó la base de San Diego según lo previsto. Cerraron lo de allí y, en pocos días, ya estaban instalados en Carpintería.

La casa volvió a llenarse. El taller también. El ritmo de siempre se puso en marcha otra vez… aunque Hiroshi aún no estaba del todo allí.

Una mañana, Ray apareció en el taller.

—Ven.

No explicó más.

La pista estaba a unos kilómetros del pueblo. Subieron al avión. Ray arrancó y el motor respondió limpio. Despegaron sin hablar.

Arriba, el mar se abría como siempre. La costa, los campos, el pueblo al fondo. Hiroshi miró abajo más tiempo del habitual.

—Todo sigue igual —dijo Ray.

—Sí.

Pausa.

—Nosotros no.

Hiroshi apoyó la mano en la rodilla.

—No.

Ray bajó un poco la altura.

—Pensé que querrías volver.

Hiroshi tardó un segundo.

—Yo también lo pensé.

—¿Y?

Hiroshi miró al frente.

—No sabría ni a dónde volver.

Ray no dijo nada.

Al aterrizar, el avión rodó despacio hasta detenerse. El motor se apagó. El silencio pesó un poco más de lo esperado.

—Aquí estamos mejor —dijo Ray.

Hiroshi asintió.

—Aquí sabemos lo que hacemos.

Una mañana, antes de abrir, Hiroshi caminó hasta la playa. El mar estaba en calma. Se quedó mirándolo un rato. No buscaba nada. Solo comprobaba.

Se dio la vuelta y regresó al pueblo.

Ese mismo día sacó la caja de cartas y las ordenó una a una sobre la mesa. No las leyó. Solo las colocó en su sitio. Al final escribió en una hoja limpia: Cartas. 1939–1945. Para cuando alguien quiera entender el principio.

Jack lo observaba desde la puerta.

—¿Ya no te cuesta mirarlas?

Hiroshi negó.

—No es eso.

Jack no dijo nada.

Hiroshi apoyó la tapa sin cerrarla del todo.

—Es que ya no estoy allí.

Jack asintió despacio.

—Entonces déjalas aquí.

Hiroshi cerró la caja y la dejó en la repisa, junto al avión de madera.

Esa noche escribió en el cuaderno. No mucho. Solo una línea: Aquí sí sé qué hacer con lo que tengo.

Cerró el cuaderno.

A la mañana siguiente, el taller abrió como siempre. Los muchachos ocuparon sus puestos y el sonido de las herramientas

fue entrando en ritmo. Hiroshi recorrió el espacio sin prisa, deteniéndose donde hacía falta y corrigiendo lo justo.

Esta vez no dudó al entrar. El taller siguió, y él con él.

CAPÍTULO LXIX

CUENTAS SALDADAS

Tokio y Yokosuka — 1961–1962

El frío se adelantó aquel año en Tokio. Las aceras amanecían cubiertas de escarcha y el vapor de los trenes envolvía los andenes con un velo que subía y se deshacía entre pasos y conversaciones aún medio dormidas. Desde la ventana del segundo piso, Masako observaba el movimiento de la ciudad con una serenidad que no había tenido años atrás. Llevaban casi un año instalados en aquel barrio del norte, donde la vida se colaba entre los tejados y los días seguían un orden claro. Ishikawa trabajaba en el hospital del distrito; ella dirigía la clínica junto a la estación de Sugamo. Dirigía a dos enfermeras jóvenes que la ayudaban con los pacientes

Aquella mañana llamaron a la puerta antes de la hora habitual. Una de las enfermeras abrió y dejó pasar a un joven alto, delgado, con el abrigo aún puesto y un maletín sujeto contra el costado. Dudó apenas al entrar.

—Perdone… vengo de parte del doctor Ishikawa.

Masako se volvió desde la ventana. El muchacho avanzó dos pasos y dejó el maletín sobre la mesa.

—Soy Kenji. Trabajo con él en el hospital.

No levantaba la voz ni miraba alrededor. Iba directo a lo necesario.

—Ha tenido que quedarse en una intervención. Me ha pedido que le traiga esto y que revise los informes antes del mediodía, si le encaja.

Abrió el maletín con cuidado y dejó una carpeta perfectamente ordenada. Masako se acercó, la tomó y pasó las primeras páginas.

—Está limpio —dijo—. Esto no sale solo.

Kenji negó una vez, sin darse importancia.

—Solo lo dejo listo para que él no pierda tiempo.

Masako cerró la carpeta.

—¿Estás en prácticas?

—Terminando. De momento cubro ingresos y seguimiento.

Masako asintió.
—Has venido antes de tu turno.
—Prefiero no dejar cosas a medias.
Se miraron un segundo. No hacía falta más.
—Dile que lo tendrá antes de comer —dijo ella.
Kenji recogió el maletín vacío. Antes de salir, se detuvo un instante.
—Si surge algo, puedo volver después.
Masako negó con un gesto breve, señalando la carpeta.
—Con esto me basta para empezar. Si hace falta, ya te mandaré llamar.
Kenji inclinó la cabeza y salió sin decir nada más.
—Aquí al menos todo se mueve —dijo Yumi mientras ordenaba historiales—. En Kure parecía que el tiempo se había quedado quieto.
Masako asintió. Le gustaba esa forma directa de decir las cosas. La clínica no paraba: obreros con cortes, ancianas con tos persistente, madres con niños febriles. Al caer la tarde, Masako revisaba registros y levantaba la vista al reloj. A esa hora, Sachiko solía llegar del instituto.
Ese día entró en silencio. Dejó los zapatos en su sitio y avanzó hasta la mesa con el cuaderno apretado contra el pecho.
—Hoy he defendido un trabajo —dijo, abriéndolo—. Sobre cómo cambia la luz en invierno.
Masako se acercó y miró las páginas con atención.
—¿Y qué te han dicho?
—Que observo bien… pero que aún no decido qué quiero contar con eso.
Masako sostuvo su mirada.
—Eso no te lo puede resolver nadie.
Sachiko asintió despacio.
—Lo sé.
Por las noches, Masako repasaba cuentas junto al brasero. Tokio era exigente, pero la clínica empezaba a sostenerse. A veces pensaba en Kure, en la casa antigua, en los nombres que quedaron

atrás. También en Hiroshi, aunque ya sin inquietud. Solo como parte de lo que había sido.

A comienzos del 62 llegó una carta desde Yokosuka. Takeshima la leyó en silencio, sentado frente a su escritorio, con la taza de té intacta a un lado. Yamashita había muerto, caído al agua en el puerto mientras trabajaba. No había sufrido. Lo habían enterrado en el templo donde ayudaba desde hacía años. Dejaba una navaja, un reloj detenido y una lista con doce nombres.

Takeshima volvió a leer la última línea. Después dobló el papel con cuidado y lo dejó sobre la mesa. No miró la ventana. No buscó aire. Se quedó quieto, como si al moverse fuera a romper algo que aún no terminaba de asentarse dentro de él.

Esa noche abrió su cuaderno.

Pasó varias páginas. Nombres. Fechas. Lugares que ya no existían como entonces.

Al final añadió una línea breve, al grano: Yamashita ha muerto. Y con él se cierra otra etapa.

Se detuvo ahí. No añadió nada más.

Cerró el cuaderno y apoyó las manos sobre la tapa durante un momento más largo de lo habitual. No era tristeza lo que sentía. Era otra cosa. Una certeza seca: ya no quedaban casi nadie de aquel tiempo.

Al día siguiente fue al templo donde habían dejado las cenizas. No había ceremonia. Solo un espacio limpio, ordenado, con el silencio propio de los lugares donde nadie necesita explicar nada. Takeshima dejó la navaja junto a la urna. No hizo reverencias largas ni buscó palabras que no tenía. Se limitó a quedarse un instante, lo justo para entender que aquel nombre ya no iba a moverse de ahí.

Al salir, el aire frío le despejó la cabeza. Caminó sin rumbo fijo durante un rato. No pensaba en Yamashita como en el pasado. Pensaba en lo que quedaba. En lo que todavía dependía de él.

El invierno avanzó con nuevas rutinas. Masako seguía sosteniendo la clínica. Sachiko hablaba menos y observaba más. Un día dejó su cuaderno sobre la mesa.

Masako lo abrió. No eran dibujos sueltos. Había intención, repetición, búsqueda.

—Aquí ya no estás mirando sin más —dijo—. Estás metida en ello.

Sachiko apoyó las manos en la mesa.

—Quiero entender por qué unas cosas se me quedan… y otras no.

Masako cerró el cuaderno con cuidado.

—Entonces no aflojes ahora.

Esa noche, Ishikawa llegó tarde. Masako le enseñó el cuaderno.

—Mírala.

Él lo hojeó despacio y luego miró a su hija.

—Pues ya sabe lo que hace. Que siga.

A finales de febrero, el colegio organizó un recital de invierno. Masako ayudó a colocar sillas desde primera hora y, cuando por fin se sentó, el salón ya estaba lleno de padres, profesores y niños repasando en voz baja lo que iban a mostrar. No era un acto de lectura: cada alumno enseñaba lo que sabía hacer.

—Masako… ¿eres tú?

Se giró.

Takeshima.

Se quedaron mirándose más tiempo del que ninguno habría querido reconocer. No era sorpresa. Era medir lo que quedaba entre los dos.

—No pensaba encontrarte aquí —dijo él al fin.

Masako sostuvo la mirada un segundo más antes de responder.

—Ni yo.

No se acercaron. La distancia no era grande, pero ninguno la cruzó.

—Estás igual —añadió Takeshima.

Masako negó muy leve.

—No.

Hubo un silencio corto, incómodo sin llegar a serlo del todo.

—Estamos en Tokio desde hace unos meses —dijo ella—. Tengo una clínica cerca de Sugamo.

Takeshima frunció levemente el ceño.

—¿Tienes una clínica?

—Sí —respondió ella—. Empecé hace poco.

Takeshima asintió, despacio.

—Yo doy clase por aquí.

No añadieron nada más. El acto empezó justo entonces, y ninguno hizo por evitarlo.

Pasaron varios alumnos hasta que llamaron a Sachiko. Masako se tensó sin querer. Su hija subió, colocó la pintura y se apartó un poco para dejarla respirar.

—No es un sitio —dijo—. Es lo que pasa cuando nadie se detiene.

Señaló distintas partes del cuadro.

—Aquí esperan, trabajan… aquí alguien toma una decisión… y cuando la toma, ya no puede seguir igual.

Levantó la vista un instante.

—Eso es lo que he querido pintar.

No añadió nada más. El aplauso llegó después, breve y contenido.

Takeshima seguía mirando el cuadro.

—Tiene las ideas claras.

Masako no apartó la vista de su hija.

—Le ha costado.

—Pero lo ha sacado.

Salieron juntos sin comentar nada más. El frío apretaba y el parque estaba cubierto de nieve. Caminaron despacio. Durante unos segundos, solo se oyeron los pasos.

—No sabía si volvería a verte —dijo él al fin.

Masako tardó en responder.

—No pensaba en eso —dijo—. Bastante tenía con seguir.

Takeshima la miró de reojo.

—Siempre has sido así.

Masako negó, leve.

—No siempre.

Siguieron un tramo más.

—Hubo momentos en que no sabía si avanzaba… o solo daba vueltas.

Takeshima no dijo nada.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Te has quedado aquí todo este tiempo?

—Sí.

—¿Sin moverte?

Takeshima se encogió de hombros.

—Lo justo.

Masako asintió, con la mirada al frente.

—Eso también cansa.

El silencio volvió, pero ya no era incómodo.

—Sigo en contacto con Hiroshi —dijo Takeshima, casi sin cambiar el tono.

Masako no se detuvo, pero el paso se le descolocó un instante.

—¿Está bien?

—Sí. Está en América. Da clase.

Masako asintió despacio, sin mirarlo.

—Me alegro.

—Escribe a veces —añadió Takeshima.

Masako apretó los dedos dentro del abrigo, apenas.

—Ya.

Siguieron caminando.

—A veces me acuerdo de todo aquello.

Masako negó sin girarse.

—Yo no podía pararme.

—Ya.

—Si paraba… no salía.

Takeshima la miró un segundo, pero no insistió.

El silencio volvió a su sitio.

—Y aun así estás aquí —dijo él al cabo.

Masako soltó el aire despacio.

—Sí.

Se detuvieron un momento.

—Me alegra verte.

Masako dudó apenas, lo justo.

—A mí también.

Se despidieron sin alargarlo. Cada uno siguió su camino. La nieve seguía cayendo despacio.

Los días continuaron. Masako empezó a sentirse parte de la ciudad. Los domingos salía con Sachiko a caminar. Se detenían ante librerías de segunda mano o pintores callejeros.

Una tarde, Sachiko dejó el cuaderno sobre la mesa.

—Necesito pinceles nuevos… y papel.

Masako levantó la vista.

—Pues vamos.

Salieron sin prisa. Recorrieron dos calles hasta una tienda pequeña, con el escaparate lleno de tubos de pintura y cuadernos apilados sin orden. Sachiko fue directa al fondo. Probó el tacto de varios pinceles, los giró entre los dedos, eligió tres sin dudar. Luego pasó al papel. Tocaba las hojas antes de decidir.

—¿Seguro? —preguntó Masako.

—Sí.

Pagaron y salieron de nuevo a la calle.

Una tarde, Sachiko se detuvo ante una acuarela.

—No parece un mar que asuste.

Masako la miró un momento.

—El mar no asusta. Aguanta.

Sachiko no respondió. Se quedó mirando el cuadro.

Esa noche dejó el cuaderno sobre la mesa.

—Voy a intentarlo con la escuela de arte.

Masako no contestó al instante.

—Esto no es algo que se haga por probar.

—Ya lo sé.

Masako la sostuvo un segundo.

—Entonces hazlo porque es lo que te llena… y porque sabes que vales para ello.

Días después, en el parque, Sachiko trabajaba bajo un cerezo. El cuaderno apoyado sobre una carpeta rígida, el lápiz moviéndose sin pausa.

Masako se acercó sin interrumpir.

—¿Qué buscas?

Sachiko terminó el trazo antes de responder.

—Que no se me escape.

Masako miró el dibujo. No eran las flores. Era el momento en que caían.

—No estás pintando el árbol.

El viento movió las ramas. Algunos pétalos cayeron sobre el papel. Sachiko no los apartó. Los integró en el dibujo.

Masako se quedó observando.

Esta vez no intervino.

Esa misma noche, Takeshima volvió a su escritorio. Sacó una hoja en blanco y empezó a escribir. No dudó. No tachó. Escribió sobre Hiroshi, sobre Masako, sobre Yamashita y sobre lo que habían sido. Escribió que no quedaba nada pendiente, que cada uno había encontrado su sitio y que no tenía sentido seguir mirando atrás.

Cuando terminó, leyó el texto una vez y lo dobló con cuidado. No lo guardó. Encendió el brasero y sostuvo el papel unos segundos antes de soltarlo. La llama lo tomó despacio. No apartó la mirada hasta que quedó reducido a ceniza.

Al día siguiente volvió a clase y dio la literatura como siempre. Al terminar, borró la pizarra sin prisa. Esperaba ver a Ayako y poder charlar un rato con ella.

No quedaba nada pendiente.

En Tokio, la clínica abrió a su hora. Ishikawa salió antes del amanecer, Sachiko llenó una nueva página y Masako revisó la agenda antes de cerrar el cuaderno y dejar el lápiz sobre la mesa.

El día empezó.

CAPÍTULO LXX

EL PATIO LLENO

Carpintería, California — 1963–1964

La luz del amanecer se colaba por las persianas de la Casita de los Naranjos. Hiroshi llevaba rato despierto. El café se había quedado frío entre las manos mientras, poco a poco, el lugar empezaba a moverse: alguien cruzaba el patio, una puerta se abría, otro llegaba y dejaba las cosas en su sitio sin decir nada.

El sobre estaba en el buzón. Lo sostuvo un momento antes de abrirlo. Reconoció la letra al instante: Takeshima. Al sacar la hoja, notó cómo los dedos le perdían fuerza un segundo. Leyó de pie, sin moverse. A mitad de la carta, bajó la vista un instante, como si necesitara apoyarse en algo que no estaba allí. Terminó sin prisa. Se quedó un segundo más con el papel abierto y luego lo dobló con cuidado para guardárselo en el bolsillo interior.

Elsie apareció en la puerta con una carpeta bajo el brazo. Lo miró y entendió que algo no era como siempre.

—¿De Japón?

Hiroshi asintió.

—¿Qué dicen?

—Algo que no esperaba.

Elsie dio un paso más cerca.

—¿Tiene que ver con ella?

Hiroshi no respondió.

Elsie sostuvo la mirada.

—Hacía tiempo que no te veía así.

Hiroshi bajó la vista un instante.

—Pensé que ya no me iba a afectar.

Elsie no apartó los ojos de él.

—No puedes quedarte ahí.

Hiroshi no respondió.

—Ya has hecho todo lo que tenías que hacer con eso —añadió ella, más suave—. No te lo lleves otra vez contigo.

Hiroshi pasó el pulgar por el borde del sobre.

—No es tan fácil.

Elsie negó muy leve.

—No. Pero tampoco puedes seguir mirando hacia atrás como si fuera a cambiar algo.

Dejó pasar un segundo antes de añadir:

—En la escuela te esperan. Ve cuando estés listo.

En la casita, los niños ya estaban sentados. Elsie dejó la carpeta sobre la mesa y apoyó las manos con suavidad.

—Hoy leemos. Despacio.

—¿Y si me equivoco? —preguntó uno.

—Repites y sigues leyendo.

Hiroshi se quedó al fondo, observando. Los mismos chavales, los mismos gestos, pero ya no era como al principio: sabían dónde ponerse, cuándo empezar y cuándo parar.

El frío entraba con la gente, pegado a las chaquetas húmedas y a las manos rojas. El suelo amanecía marcado de pisadas y alguien pasaba un trapo antes de empezar. El taller no cerró. Los de siempre llegaban a su hora, ocupaban su sitio y se ponían a trabajar sin esperar indicaciones. A media mañana aparecía alguno nuevo, se quedaba al fondo y miraba. Al día siguiente volvía, y ya no se quedaba atrás.

—No te quedes ahí —le dijo Jack a uno—. Si vienes, vienes a trabajar.

El chico dudó un instante, pero terminó por acercarse.

Hiroshi lo vio pasar entre los bancos y señaló una mesa.

—Ahí.

El chico asintió y se puso.

En noviembre, la radio se cortó en mitad del boletín. Cuando volvió la voz, el locutor habló más despacio: el presidente había sido tiroteado en Dallas. Nadie dijo nada al principio. Jack se quedó con la mano apoyada en la mesa, sin terminar el gesto. Hiroshi miró la radio como si la voz viniera de muy lejos. En el taller dejaron de moverse. En las casas subieron el volumen. En la tienda, la gente se quedó mirando el aparato sin tocar nada. Ese día cerraron.

En la iglesia, los adultos hablaban entre ellos; los niños miraban sin entender.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó Anna.

Elsie se agachó frente a ella.

—Porque hay gente que hace daño.

—¿Y entonces?

Elsie dudó un segundo.

—Entonces nosotros no. Eso no se hace.

Anna se quedó pensando, pero no volvió a preguntar.

A principios de año, la madre de los Sullivan empezó a apagarse poco a poco. Aquella mañana no se levantó. A media mañana ya había gente en la puerta: vecinos, conocidos, gente del taller. El porche se fue llenando sin que hiciera falta avisar.

Clara y Ray llegaron desde San Diego con el niño. Clara cruzó la casa sin quitarse el abrigo, se detuvo un instante en la puerta del cuarto y se acercó a la cama. Dudó un segundo antes de tocar la sábana y, cuando lo hizo, apoyó la frente sin decir nada.

La casa cambió de ritmo desde ese momento. Nadie hablaba alto. Las puertas se abrían y se cerraban con cuidado. Elsie iba de un lado a otro, preparando, atendiendo, sin detenerse. Margaret la seguía, fijándose en cada gesto para no estorbar.

Murió esa misma noche.

El entierro fue al día siguiente. La iglesia se llenó y nadie quiso quedarse fuera. Jack no levantó la cabeza durante la ceremonia. Tenía las manos apoyadas en las rodillas. Hiroshi estaba a su lado. En el cementerio, cuando terminó todo, nadie se marchó enseguida.

Al volver a la casa, hubo un momento en que nadie supo qué hacer. Jack entró en la cocina, se quedó quieto un instante y luego se remangó.

—Hay que preparar algo.

Abrió armarios, sacó pan y una tabla.

—Ray, corta esto. Clara, saca platos.

as manos se pusieron en marcha. Elsie se colocó a su lado y fue pasando los platos. En poco rato la mesa estuvo llena. La gente se sentó como pudo y comieron sin prisa. Clara dejó la mano apoyada en la mesa; Jack la miró desde el otro lado, pero no dijeron nada.

Al caer la tarde, la casa se fue quedando solo con los de siempre. Jack salió al porche, miró el camino vacío y volvió dentro sin decir nada.

Pasaron los meses. Una tarde, Elsie dejó una carta sobre la mesa.

—Mi prima viene.

Clara levantó la vista.

—¿Cuándo?

—En unos días.

Jack asintió sin más.

La tarde en que Margaret llegó, el patio estaba lleno. Se quedó un momento en el porche antes de acercarse. Elsie fue a por ella.

—Pasa.

Margaret dejó la cesta sobre la mesa.

—No sabía si pasar o darme la vuelta.

Elsie sonrió apenas.

—Has hecho bien en pasar.

Miró hacia el fondo y alzó la voz:

—Hiroshi, ven un momento.

Él se acercó, secándose las manos en un trapo.

—Mira, te presento. Es Margaret, mi prima.

Margaret dio un paso al frente.

—Encantada.

—Hiroshi.

Se dieron la mano, breve, sin forzar.

Elsie los miró a los dos, como comprobando algo.

—Acaba de llegar. Va a quedarse unos días… o lo que le apetezca.

Margaret sonrió, un poco incómoda.

—Eso espero aclararlo pronto.

Hiroshi la miró un segundo más de lo habitual, con curiosidad abierta.

—No es muy común ver a alguien como yo por aquí, ¿verdad?

Margaret dejó escapar una pequeña risa.

—Eso estaba pensando. ¿Qué hace un japonés en Carpintería?

Hiroshi apoyó el trapo sobre la mesa.

—Llegué hace años. Conocí a Jack y a Elsie en Japón, en Yokosuka. Él estaba destinado allí después de la guerra. Coincidimos varias

veces… y al final me trajeron conmigo cuando volvieron.

Margaret lo escuchaba con atención.

—¿Y te quedaste sin más?

Hiroshi negó muy leve.

—No fue tan rápido. Al principio pensaba que sería algo temporal. Pero empezamos con el taller… luego la escuela… y un día te das cuenta de que ya no estás de paso.

Margaret miró el patio, la gente moviéndose, cada uno en lo suyo.

—Tiene pinta de eso.

Se apoyó ligeramente en la mesa.

—Yo hice justo lo contrario.

Hiroshi no dijo nada, pero esperó.

—Me casé muy joven —continuó ella—. Todo parecía claro. Casa, vida hecha… lo normal.

Se quedó un segundo en silencio.

—Y se acabó.

No cambió el tono, pero el peso estaba ahí.

—Murió. Y después de eso… no tenía sentido seguir donde estaba.

Hiroshi sostuvo la mirada sin interrumpir.

—Así que hablé con Elsie —añadió—. Pensé que empezar en un sitio donde al menos alguien te conoce sería más fácil que hacerlo sola en cualquier otro lado.

Hiroshi asintió despacio.

—Tiene sentido.

Margaret lo miró con algo más de firmeza.

—Eso espero.

Silencio breve, pero esta vez natural.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Nunca pensaste en volver?

Hiroshi tardó un segundo.

—Sí.

No añadió nada más al principio.

—Pero no volví.

Margaret lo observó, como midiendo la respuesta.

—Entonces supongo que también estás empezando otra cosa.

Hiroshi no respondió con palabras. Pero no apartó la mirada.

Desde la mesa, Clara los observaba.

—Se va a quedar —dijo en voz baja.

Elsie siguió mirando un momento antes de responder.

—Mírale.

Clara no apartó la vista.

Hiroshi estaba apoyado en la mesa, escuchando a Margaret sin prisa, sin mirar alrededor.

—No le había visto así —añadió Elsie.

Clara frunció un poco el ceño.

—¿Así cómo?

Elsie tardó un segundo.

—Cómodo hablando con una mujer más de cinco minutos.

Clara soltó una risa corta, sin apartar la vista de ellos.

—Pues ya era hora, ¿no?

Elsie no respondió enseguida. Se quedó mirando un poco más, fijándose en cómo se buscaban sin darse cuenta, en las pausas que no resultaban incómodas, en la forma en que ninguno tenía prisa por irse.

—No es solo eso —dijo al fin, en voz baja.

Clara giró la cabeza hacia ella.

—¿El qué?

Elsie entrecerró un poco los ojos, como si midiera lo que veía.

—Míralos bien. No están probando… están a gusto.

Clara volvió a observarlos, ahora con más atención.

—Puede ser —admitió—. Pero eso no dice mucho.

Elsie negó despacio.

—Sí que dice.

Pausa breve.

—Esto no viene de ahora.

Clara frunció ligeramente el ceño.

—¿Tú crees?

Elsie dejó escapar una media sonrisa, casi sin darse cuenta.

—Te digo yo que esos dos no se han cruzado por casualidad.

Clara volvió la vista hacia ellos, esta vez sin reír.

—Bueno… pues a ver por dónde sale.

Elsie no respondió. Siguió mirando un momento más, como si estuviera viendo algo que todavía no había pasado.

En diciembre celebraron el aniversario. El patio volvió a llenarse. Jack levantó el vaso.

—Hace años esto no estaba.

Hiroshi miró alrededor antes de hablar.

—Y hubo un momento en que pudo no salir adelante.

Jack asintió.

—Y aun así aquí sigue.

Cuando todo terminó, Hiroshi se quedó en la puerta. El patio estaba vacío, con algunos vasos sobre las mesas y una silla torcida junto al banco. Entró, recogió un plato, volvió a salir y enderezó la silla, dejándola alineada con las otras. Se quedó un momento más con la mano apoyada en el respaldo, mirando el patio ya en silencio. No era el mismo de antes, y él tampoco. Durante un instante, ese silencio no fue cómodo. Luego soltó la silla, apagó la luz del porche y cerró la puerta.

CAPÍTULO LXXI

LUCES NUEVAS EN EL HORIZONTE

Tokio, Japón — 1963–1964

La ciudad había terminado de acomodarse. Donde antes hubo andamios, ahora se alzaban fachadas limpias; por la noche, los anuncios encendían las avenidas y en el metro colgaban carteles con una fecha que parecía moverlo todo: 1964, los Juegos. Masako se había acostumbrado a ese ritmo. Por las mañanas abría la clínica de Sugamo; Ishikawa salía temprano hacia el hospital; por la tarde ella ajustaba la agenda; al anochecer regresaba con una bolsa de verduras y las cuentas bajo el brazo. Vivía con orden, y ese orden le bastaba.

Había llegado para ayudar y acabó organizándolo todo: proveedores, turnos, material. Impuso una fila única y evitó más de una discusión en la sala de espera.

Un mediodía llevó comida al hospital. Se equivocó de pasillo y acabó en una zona que no conocía. Kenji revisaba un equipo sobre una mesa metálica.

—Te has pasado. Es el siguiente pasillo.

Yumi miró alrededor, como si no fuera la primera vez.

—Siempre termino aquí.

Kenji apoyó la herramienta.

—Entonces ya no es un error.

Yumi sonrió, esta vez sin esconderlo.

—Puede.

Se quedó un segundo más de lo necesario antes de irse.

A partir de ahí empezaron a cruzarse. Sin buscarlo al principio. Luego ya no tanto. Coincidían al salir, bajaban un tramo juntos. A veces hablaban. Otras no hacía falta.

Una tarde la lluvia la retuvo bajo el alero. Kenji ya estaba allí.

—Al final nos ha tocado —dijo ella, mirando el agua caer.

—Parece que sí.

Yumi no se movió.

—No tenía prisa por irme.

Kenji la miró de lado.

—Yo tampoco.

Cuando la lluvia aflojó, salieron juntos. Ninguno lo propuso.

Se vieron más. No lo hablaron, pero empezó a ser costumbre.

Una noche, al cerrar la clínica, Yumi no recogió nada. Se apoyó en la mesa.

—Hoy he salido del hospital… y me he quedado dando una vuelta.

Masako no levantó la vista.

—Eso en ti es raro.

Yumi asintió.

—Sí.

Pausa.

—Con él todo es más fácil.

Masako dejó lo que tenía en la mano.

—¿Fácil cómo?

Yumi dudó un segundo.

—No tengo que estar pensando qué decir.

Masako la miró.

Yumi respiró hondo.

—Nos casamos.

Masako se quedó quieta un instante.

—¿Tan claro?

—Sí. Nos entendemos bien… y no quiero darle tantas vueltas que lo estropee.

Masako la sostuvo un momento.

—Entonces no lo alargues.

A finales de año se casaron. Fue una boda discreta.

Los días siguientes no cambiaron demasiado. Yumi siguió con su rutina.

Una mañana se quedó quieta con un papel en la mano.

—Llevas un rato con eso —dijo Masako.

—He ido al hospital antes de venir.

—¿Te pasa algo?

—Me han hecho una prueba.

Levantó la mirada.

—Ha salido positiva.

Masako esperó.

—¿Cuánto?

—Muy poco.

—¿Lo sabes desde hoy?

—Sí. He venido directa.

Masako apoyó la mano cerca de la suya.

—¿Y cómo estás?

—No lo sé muy bien… pero no me ha asustado.

—Eso ya dice bastante.

Yumi respiró hondo.

—Se lo he dicho a Kenji.

—¿Y?

—Primero se ha quedado callado… y luego ha empezado a hablar de todo a la vez.

Masako esbozó una leve sonrisa.

—Normal.

—Creo que está más nervioso que yo.

—Ya se le pasará. Si le dejamos.

Se quedaron un momento en silencio.

—Habrá que reorganizar horarios —dijo Masako.

—Sí… eso estaba pensando.

Masako la miró de arriba abajo.

—Y vas a tener que bajar el ritmo.

Yumi torció la boca.

—Ya…

—No es "ya". —Masako sostuvo la mirada—. Es en serio.

Yumi asintió, esta vez sin esquivarlo.

—Vale.

Dobló el papel y volvió a su sitio.

Sachiko tenía veinte años y una mirada firme. Llenaba cuadernos con escenas del metro y rostros que retenía sin esfuerzo.

—Sigues mirando igual —dijo Masako.

Sachiko dudó un segundo.

—No del todo.

Pausa.

—Ahora sé qué me interesa… y qué no.

Un sábado llegaron a una sala de madera. Un cartel: Clases de pintura — Profesora Ayako Nakamori.

Al fondo, un hombre colocaba láminas.

—Masako.

—Takeshima.

Se saludaron con una leve inclinación.

Takeshima miró el cuaderno abierto.

—¿Llevas tiempo dibujando así?

Sachiko sostuvo la mirada.

—Sí.

Pasó una página despacio.

Takeshima se volvió hacia Masako.

—Tiene buen pulso.

Masako respondió con una media sonrisa.

—Lleva tiempo a lo suyo.

Takeshima volvió a Sachiko.

—Yo aquí no pinto. Esto es un taller de arte y literatura.

Señaló hacia el fondo.

—Ayako lleva la parte de pintura.

Sachiko miró en esa dirección.

—¿La profesora?

—Sí —dijo Takeshima—. Y mi pareja.

Masako alzó ligeramente las cejas.

—No lo sabía.

—Desde hace un tiempo.

La clase empezó. Ayako habló de la línea.

—No copiéis. Si copiáis, no decidís.

Sachiko trabajó sin distraerse.

Al salir, esperaron el tranvía.

—Tienes en casa a alguien con mucho ojo —dijo Takeshima.

Masako miró hacia Sachiko.

—Sí… es especial.

Pausa.

—Me alegro de haberte visto.

Masako sostuvo la mirada.

—Yo también.

El tranvía llegó.

Esa noche, al cerrar, Yumi se quedó un momento más.

—Con la boda se me pasó decírtelo. Me he cruzado con alguien. Takeshima.

—¿Y?

—Estuvo con Hiroshi.

El nombre quedó en el aire.

—No lo esperaba.

—¿Cómo fue?

Masako soltó el aire despacio.

—Normal… hasta que dijo su nombre.

—Eso no se va —dijo Yumi.

—No hace falta.

—¿Y tú?

—Estoy bien con Ishikawa.

Yumi asintió.

—Eso se ve.

Masako sostuvo la respuesta sin añadir nada.

—Mientras no mande…

—Vale.

Apagaron la luz y salieron.

Tokio se preparaba para los Juegos. En la clínica se notó: más trabajo, más urgencias. Ishikawa dormía menos. Masako ajustaba la agenda. Yumi organizaba prioridades. Kenji apareció con un maletín nuevo.

—Para análisis rápidos.

—Nos va a ahorrar tiempo —dijo Masako.

Sachiko avanzaba. El instituto le encargó un mural. Los sábados trabajaba con Takeshima.

Una noche dejó el lápiz.

—No termina de salir.

Masako no respondió.

—Lo tengo en la cabeza… pero en el papel se rompe.

Cambió de hoja.

—Sigue —dijo Masako.

La beca llegó.

—Empiezo en agosto.

—Habrá que hacer sitio.

La ciudad miraba a octubre. Vieron la inauguración desde un escaparate.

—¿Qué te emociona? —preguntó Ishikawa.

Sachiko tardó un momento.

—Todo lo que han tenido que dejar atrás para estar ahí.

En el piso, al final del día, Ishikawa dormía mientras Sachiko seguía trabajando. Masako se quedó un momento en la puerta y luego apagó la luz; el lápiz siguió, constante.

CAPÍTULO LXXII

PUERTAS AL MUNDO

Carpintería, California — 1965–1966

Una mañana de primavera, el cartero dejó sobre el porche un sobre con sello extranjero. Hiroshi lo encontró al volver del taller, con los puños de la camisa remangados y las manos todavía marcadas por la grasa de la mañana. Se quedó un instante de pie, antes de sentarse, con aquel papel entre los dedos. La letra era la de Takeshima.

El patio estaba tranquilo. En la mesa había restos de serrín, una taza olvidada y una hoja caída del pimentero. Hiroshi apartó la hoja con el dorso de la mano y abrió el sobre despacio, procurando no romper el borde.

Ayako y yo nos casamos en otoño. Al final te hice caso… me acerqué a hablar con una alumna, y hoy es profesora de arte. Es una mujer estupenda; estoy seguro de que te caerá bien. Nos hará mucha ilusión ir a verte. Cruzaremos el océano al final del curso y quizá pasemos por California. Nos encontramos en una clase de dibujo y no hablamos del pasado más de lo prudente.

Leyó la carta sin moverse. En una línea concreta se detuvo un poco más, como si el papel hubiera traído algo que no estaba escrito del todo. Después siguió hasta el final, dobló la carta por las mismas marcas y la guardó en el bolsillo del chaleco.

En la cocina, Elsie preparaba pan con manteca para los críos del taller. Había dispuesto los platos en fila, con esa rapidez suya que parecía desorden hasta que todo acababa en su sitio.

—¿Qué dice?

Hiroshi dejó la carta junto a la jarra.

—Takeshima se casa. En otoño. Y quieren venir.

Elsie soltó el cuchillo sobre la tabla. La noticia le cambió la cara antes de que dijera nada.

—Mira qué alegría.

Cogió la carta, leyó unas líneas por encima y la dejó de nuevo en la mesa.

—Escríbeles hoy. Que se vengan aquí, nada de hoteles.

—No quería comprometeros.

Elsie le lanzó una mirada breve, casi de regañina.

—No digas tonterías. Si cruzan medio mundo, no van a dormir en cualquier sitio.

Jack apareció desde el pasillo, con la gorra en la mano y una mancha de aceite en la muñeca.

—¿A quién vamos a meter en casa ahora?

Elsie le señaló la carta.

—Takeshima se casa. Y quizá vengan a vernos.

Jack leyó apenas dos líneas. No necesitó más.

—Pues que vengan. Ya haremos sitio.

Hiroshi recogió la carta. No encontró una respuesta que no sonara pequeña, así que solo inclinó la cabeza. Durante el resto de la mañana, cada vez que cruzó el patio o se inclinó sobre el banco del taller, notó el papel contra el pecho. No era solo una visita. Era una parte de su vida anterior acercándose, con años de retraso, a aquella casa de California donde ya casi todo parecía haber encontrado su sitio.

El verano de 1965 trajo días largos a la Escuela Braxton. Desde primera hora, el patio se llenaba de bicicletas apoyadas contra la pared, muchachos con carpetas bajo el brazo, camisas claras, botas manchadas de polvo y madres que dejaban encargos a Elsie antes de marcharse. En la entrada, el cartel recién pintado recibía a todos con letras firmes:

Escuela Braxton — Formación Técnica y Oficio

Jack explicaba sistemas de vuelo en el aula grande, con piezas desmontadas sobre la mesa y dibujos en la pizarra. Hiroshi dirigía el taller de mecánica. Ray se ocupaba de la seguridad y no perdía detalle de nada. Elsie cruzaba de un aula a otra con una libreta en la mano, ordenando horarios, meriendas, avisos y permisos. Aquello ya no parecía un empeño levantado entre amigos, sino una maquinaria viva que exigía atención a todas horas.

A media mañana, un grupo nuevo entró en el taller. Llegaban con esa mezcla de nervios y soberbia que Hiroshi conocía bien: unos miraban las herramientas con respeto; otros buscaban, antes de aprender nada, la manera de parecer seguros.

Ray los colocó junto al banco principal.

—Escuchad bien. Aquí no venís a luciros. Venís a aprender. El que quiera hacerse el gallito, que lo haga fuera.

El murmullo se apagó. Hiroshi puso una pieza sobre el banco y esperó a que todos se fijaran en ella. Era una pieza limpia, preparada para la práctica, pero bastaba ver cómo encajaban sus partes para entender que no admitía manos torpes.

—Primero observáis cómo trabaja —dijo—. Después metéis mano.

Uno de los chicos, alto, con el pelo demasiado peinado y la sonrisa fácil, se inclinó antes de tiempo. Hiroshi lo vio por el rabillo del ojo.

—Todavía no.

El chico retiró los dedos, pero el gesto le salió a medias. Esperó un segundo, quizá por vergüenza ante los demás, y volvió a acercar la mano. La pieza respondió mal y golpeó contra el banco con un chasquido que cortó la clase de golpe.

Varios se quedaron rígidos.

Hiroshi paró el mecanismo al instante y se plantó delante de él.

—La mano.

—No me he hecho nada.

—La mano.

El muchacho obedeció. Los dedos estaban enteros, aunque la cara ya no conservaba aquella suficiencia de hacía un minuto.

—Has tenido suerte.

—Solo quería ver—

—No querías ver nada. Querías adelantarte.

El taller quedó en silencio. Hiroshi señaló la pieza.

—Esto no es una cerradura vieja ni una rueda de bicicleta. Forma parte de un sistema de aviación. Si no sabes cómo responde, no metes la mano.

El chico tragó saliva.

—Perdón.

—El perdón viene después. A mí me interesa lo que haces antes.

Jack, desde la puerta, dejó los papeles que llevaba y se quedó escuchando. Ray no se movió.

Hiroshi volvió a colocar la pieza.

—Aquí no queremos gente rápida. Queremos gente seria. Pilotos que piensen antes de maniobrar. Mecánicos que no entreguen una pieza a medias. Ingenieros que entiendan una cosa desde el primer día: un fallo aquí abajo puede matar a alguien arriba.

Nadie dijo nada.

—Si vienes con prisa, te vas. Si vienes a demostrar lo listo que eres, te vas. Si vienes a aprender, empiezas por callarte y observar.

El chico bajó la cabeza.

—Sí.

—No me contestes por cumplir. Hazlo.

Hiroshi dio un paso atrás.

—Empieza otra vez.

Esta vez el muchacho no se adelantó. Siguió el giro con atención, esperó la indicación y colocó la mano en el punto exacto. La pieza giró limpia.

Hiroshi no sonrió.

—Ahí.

Jack avanzó entonces hasta el banco. Se quitó la gorra y la dejó junto a la pieza.

—Escuchad un momento.

Los alumnos se volvieron hacia él.

—Yo también fui un imbécil una vez. En Randolph. Creí que sabía más de lo que sabía y forcé una maniobra durante un vuelo de entrenamiento.

Algunos alzaron la vista. Jack no adornó la historia.

—Salió mal. No acabé en el suelo porque hubo alguien más listo que yo pendiente de lo que hacía.

Apoyó una mano en el banco.

—Cuando bajé, Gibbons me estaba esperando. No me gritó. No le hizo falta. Me dijo que un avión no perdona la vanidad. Que ahí arriba no hay sitio para quien necesita demostrar algo antes de saber hacerlo bien.

El chico no levantó la cabeza.

Jack señaló la pieza.

—Con esto pasa igual. Una pieza mal montada no falla para avisarte. Falla cuando alguien confía en ella.

El silencio fue más serio que cualquier bronca.

—Así que dejad las prisas y las tonterías en la puerta. Aquí quien trabaja bien se queda. El que no esté a la altura, se va.

Hiroshi retomó la clase sin suavizar nada.

—Otra vez. Todos. Despacio.

El taller volvió a ponerse en marcha. Ya no había risas por lo bajo ni gestos de suficiencia. Las manos se acercaban con prudencia. Los ojos seguían cada movimiento antes de intervenir. Aquel golpe contra el banco había hecho más por la lección que media hora de teoría.

Al cabo de un rato, Elsie apareció en la puerta.

—Cinco minutos fuera. Agua y sombra.

Los alumnos salieron al patio. El chico alto se quedó rezagado junto al banco, con una mezcla de vergüenza y terquedad en la cara.

—Señor Nakamura…

Hiroshi cerró una caja de herramientas.

—¿Qué quieres?

—Repetirlo después. Hasta que salga bien.

Hiroshi tardó un instante en contestar.

—Conmigo delante.

—Sí.

—Y sin hacerte el listo.

El chico aceptó la reprimenda.

—Sin hacerme el listo.

Cuando salió, Jack se acercó al banco y recogió la gorra.

—Ese vuelve mañana.

—Depende de lo que haya aprendido.

—Le ha dolido más el orgullo que la mano.

Hiroshi guardó la pieza en su sitio.

—Mejor eso que perder los dedos.

Por la tarde, la casa cambiaba de sonido. El taller quedaba atrás y el porche se llenaba de niños con cuadernos abiertos, lápices

mordidos y rodillas manchadas de tierra. Elsie pasaba de uno a otro sin levantar la voz, corrigiendo una suma, enderezando una letra, mandando repetir una línea cuando hacía falta. No regalaba elogios, pero cuando un niño entendía algo, se le notaba en la cara antes de que ella dijera nada.

Anna se sentaba a veces junto a la radio. No escuchaba por pasar el rato. Se inclinaba hacia el aparato con una concentración seria, como si intentara descubrir qué quedaba fuera de aquellas voces.

Una tarde, el locutor hablaba de disturbios en otra ciudad. Daba nombres de calles, cifras de heridos, declaraciones del alcalde y respuestas de la policía. Todo salía con la misma entonación, una frase detrás de otra, sin que la voz cambiara al hablar de una carga o de una rueda de prensa.

Anna bajó un poco el volumen.

—Lleva cinco minutos y no ha contado nada.

Elsie siguió corrigiendo un cuaderno.

—¿Qué está contando?

—Que ha habido cargas, que hay heridos, que el alcalde pide calma y que la policía dice que actuó porque no había más remedio.

El locutor siguió. Anna apagó la radio.

—Lo dicen como si lo estuvieran leyendo desde una oficina cerrada.

Elsie dejó el lápiz.

—¿Y tú qué querrías saber?

Anna tardó en responder. No estaba jugando a ser mayor. Aquello le importaba.

—Quién estaba allí. Por qué habían salido. Qué pasó antes de que cargaran. Si alguien se quedó tirado en la calle. Si había una madre buscando a su hijo. Algo.

Elsie la escuchó sin interrumpirla.

—No empezaría por las cifras —continuó Anna—. Empezaría por una persona. Una sola. Y desde ahí ya puedes contar lo demás.

Elsie apoyó el antebrazo sobre la mesa.

—Entonces aprende a escuchar de esa manera. La radio, a la gente, a los que hablan y a los que no saben cómo contar lo que les ha pasado.

Anna volvió a encender el aparato, pero ya no se sentó igual. Se acercó un poco más, como si entre aquellas frases ordenadas pudiera encontrar, escondida, la historia de alguien.

Un domingo, Jack Jr. apareció con unos papeles bajo el brazo. No entró presumiendo. Los dejó sobre la mesa cuando Jack terminaba de arreglar una bisagra de la despensa.

—Papá, ven un momento.

Jack apretó el último tornillo.

—¿Qué has encontrado?

Jack Jr. señaló una línea.

—Aquí parece que te dan permiso. Pero tres líneas más abajo te lo quitan.

Jack leyó el documento. Luego volvió al principio y lo leyó otra vez.

—¿Quién te ha explicado esto?

—Nadie. Me sonaba raro.

—¿Raro cómo?

—Demasiado limpio. Como si quisieran que pasaras por encima sin pararte.

Hiroshi, apoyado en la pared, dejó de ordenar unas piezas.

Jack se sentó frente al chico.

—¿Y qué quieres hacer con esa cabeza?

—Derecho.

Lo dijo sin solemnidad, pero tampoco como una ocurrencia. Aquella idea llevaba tiempo dentro y acababa de salir entera.

Jack apoyó las manos sobre la mesa.

—Derecho no es hablar más alto que otro.

—Ya lo sé.

—Es leer hasta donde los demás se cansan. Es no tragarte una frase porque esté bien puesta. Es defender a alguien cuando todos prefieren mirar hacia otro lado.

Jack Jr. sostuvo la mirada de su padre.

—Por eso quiero hacerlo.

Hiroshi intervino entonces:

—Has visto la trampa antes de que te la explicaran.

—No estaba seguro.

—Pero te has parado.

Jack dobló los papeles y se los devolvió.

—Empieza por ahí. Si algo parece demasiado fácil, léelo otra vez.

Jack Jr. guardó el documento con cuidado.

—Eso puedo hacerlo.

En octubre celebraron la jornada abierta. Durante varios días, la escuela fue un ir y venir de listas, bancos movidos, herramientas revisadas y aulas preparadas. Elsie ordenó horarios y nombres. Ray comprobó accesos. Jack preparó piezas para explicar los mandos de vuelo. Hiroshi dejó el taller limpio, pero no tanto como para que pareciera un escaparate. Quería que se viera el trabajo.

El patio se llenó antes del mediodía. Padres, vecinos, antiguos alumnos, muchachos que todavía no sabían si atreverse. Jack explicó cómo respondía un sistema de vuelo cuando cada pieza hacía su función. Hiroshi mostró cómo una reparación empezaba antes de coger la herramienta. Ray habló de seguridad sin adornos, y nadie se permitió una broma. Elsie enseñó el aula de los pequeños, abrió cuadernos, respondió preguntas y acabó apuntando nombres nuevos en una libreta.

En el muro colgaba el cartel que Anna había preparado con letras grandes:

Puertas al mundo

Al caer la tarde, cuando el último coche salió del camino, el patio quedó con sillas movidas, vasos vacíos y polvo levantado junto a la entrada. No se fueron de inmediato. Había en todos una mezcla de cansancio y vértigo, aunque nadie lo dijera.

Jack se quedó junto a la mesa del patio, mirando el trajín que acababa de terminar.

—Hace nada cabíamos en medio cobertizo.

Elsie recogía vasos en una bandeja.

—Y tú decías que nos apañábamos.

—Nos apañábamos.

—Nos faltaba medio mundo y tú empeñado en decir que bastaba.

Ray cerró la puerta del taller.

—Ahora sobra gente mirando.

—Que miren —dijo Elsie—. Para eso hemos abierto las puertas.

Hiroshi contempló el cartel, las pisadas, los bancos fuera de sitio.
—Ahora habrá que responder por esto.

Jack se volvió hacia él.
—Sí.

Hiroshi no añadió nada. La escuela ya no era solo una idea levantada con esfuerzo. Había familias esperando algo de ellos. Chicos que querían entrar. Niños que aprendían en el porche. Aquello exigía más que ganas.

Días después, Margaret volvió.

Llegó a media tarde, cuando el taller empezaba a calmarse. No traía cesta ni excusa. Solo un bolso de trabajo y una carpeta bajo el brazo. Se quedó un momento en la puerta abierta, como si aún estuviera decidiendo si entrar.

Elsie la vio desde la cocina.
—Margaret, pasa. No te quedes ahí.
—No quería aparecer a estas horas.
—A estas horas entra todo el mundo. Anda.

Margaret obedeció. Saludó a Jack y a Ray, dejó la carpeta sobre una silla y aceptó un vaso de agua.
—Me han dado el puesto en la biblioteca del condado.

Elsie sonrió.
—Eso sí que es una buena noticia.
—Archivo, préstamos y lo que vaya saliendo. Me han dejado claro que allí nadie se libra de nada.
—Pues vas a estar entretenida.
—Eso espero.

Elsie notó algo en su cara.
—¿Dónde estás durmiendo?
—En una pensión, cerca de la calle principal.

La respuesta salió firme, pero no alegre.
—Podrías quedarte aquí unos días —dijo Elsie—. No hace falta que te vayas a una pensión teniendo esta casa.

Margaret bajó un momento la vista al vaso.
—Lo sé. Y te lo agradezco.
—No lo digo por quedar bien.

—Por eso mismo no quiero aprovecharme. Necesito empezar por mi cuenta, aunque me cueste.

Elsie la observó, midiendo si debía insistir. Al final soltó aire por la nariz y cedió.

—Muy bien. Hazlo a tu manera. Pero si una noche se te cae todo encima, vienes. Sin pedir permiso.

Margaret apretó el vaso con las dos manos.

—Eso sí puedo prometerlo.

Más tarde, cuando la casa fue quedándose más tranquila, Margaret salió al porche. Hiroshi recogía herramientas en el banco exterior. La tarde caía despacio sobre el patio; quedaban un par de sillas fuera de sitio y una cuerda de tender moviéndose apenas.

—Ya he empezado en la biblioteca —dijo ella.

Hiroshi dejó una llave en la caja.

—¿Y cómo ha ido?

Margaret apoyó la carpeta en la barandilla.

—He pasado media mañana buscando fichas que todo el mundo encontraba menos yo. Una señora me ha explicado el archivo como si llevara allí treinta años, y creo que solo quería que dejara de preguntarle.

Hiroshi casi sonrió.

—Mañana te costará menos.

—Eso espero, porque hoy he salido con la cabeza como un bombo.

Hubo un silencio cómodo. Dentro se oía a Elsie mover platos.

—La pensión no está mal —añadió Margaret—. Es pequeña, pero limpia. Y nadie pregunta más de la cuenta.

—Eso ayuda.

—Sí. Aunque a ratos se hace raro volver y no tener a nadie esperando.

Hiroshi cerró la caja despacio.

—También se aprende.

Margaret se volvió hacia él.

—Tú lo sabes bien.

No lo dijo con lástima. Por eso él no se defendió.

—Un poco.

Ella miró hacia el camino.

—Donde estaba antes no iba a pasarme nada. Y eso era justo lo que me estaba dando miedo.

Hiroshi apoyó las manos en el banco.

—Aquí pasan demasiadas cosas algunos días.

—Por eso he vuelto.

La frase quedó en el aire sin necesidad de adornos.

Margaret recogió la carpeta.

—Vendré otro día, si no molesto.

—No molestas.

—Bien.

Se fue sin alargar la despedida. Hiroshi permaneció en el porche, con la caja de herramientas ya cerrada, oyendo sus pasos alejarse por el camino.

A comienzos de 1966 llegó el inspector estatal. Apareció una mañana clara, con traje oscuro, libreta y una forma de observar que no se dejaba distraer por sonrisas. Recorrió las aulas, revisó ejercicios, habló con alumnos y permaneció largo rato en el taller.

El chico alto del verano seguía allí. Había perdido aquella prisa inicial. Trabajaba con los labios apretados, atento a cada movimiento de la pieza, sin adelantar las manos.

El inspector se detuvo junto a él.

—¿Cuánto lleva este alumno?

—Desde verano —respondió Hiroshi.

—Trabaja con cuidado.

—Antes no.

El inspector levantó un poco la cabeza, esperando.

—El primer día quiso correr —dijo Hiroshi—. La pieza le dio un aviso.

El chico, que había oído parte de la conversación, no apartó la atención del banco.

—Y volvió al día siguiente.

—Volvió.

El inspector cerró la libreta.

—Eso dice bastante de él.

Hiroshi observó al muchacho ajustar la pieza sin prisa.

—Y de la escuela.

Antes de marcharse, el inspector estrechó la mano de Jack.

—He visitado centros con más presupuesto y menos oficio.

Jack aceptó el comentario sin sonreír demasiado.

—Aquí no podemos permitirnos enseñar a medias.

—Eso he visto.

Cuando se fue, nadie celebró nada. Siguieron trabajando. Tal vez por eso la visita había salido bien.

Aquella tarde, después de cerrar, Hiroshi se quedó junto a la mesa del taller con la carta de Takeshima en las manos. El papel estaba más blando en los dobleces. Lo había leído tantas veces que ya no necesitaba abrirlo para saber qué decía.

Elsie salió de la casa y dejó una taza a su lado.

—Sigues con la carta.

—Vendrán.

—Me alegro.

Elsie no se marchó. Se apoyó en el marco de la puerta, mirando el patio donde unas horas antes aún quedaban alumnos.

—No es solo la visita, ¿verdad?

Hiroshi guardó la carta en el bolsillo.

—No.

—Traen otra vida en la maleta.

Él tardó en responder.

—Una parte.

Elsie aceptó la respuesta. Había cosas que no hacía falta abrir de golpe.

—Pues que vengan —dijo—. Esta casa ya ha visto llegar a gente con más pasado que equipaje.

Hiroshi bajó la vista un instante, agradecido por la forma en que ella había dicho aquello.

Dentro, Jack cerró una ventana. El sonido llegó limpio hasta el porche. El patio empezaba a quedarse en sombra, con el cartel de la escuela un poco torcido en la pared.

Hiroshi salió, lo enderezó y dejó la mano apoyada en la madera.

Escuela Braxton — Formación Técnica y Oficio.

Pensó en Takeshima cruzando el océano con Ayako. En los alumnos aprendiendo a frenar las manos antes de cometer un error. En Anna pegada a la radio, buscando personas detrás de las

noticias. En Jack Jr. leyendo papeles como quien descubre una puerta. En Margaret, con la carpeta bajo el brazo, decidida a no quedarse quieta en una vida que ya no quería.

Esta vez no apartó la idea.

Entró en la casa con la carta en el bolsillo, mientras el patio quedaba vacío a su espalda y las luces empezaban a encenderse una a una.

CAPÍTULO LXXIII

EL VIAJE PROMETIDO

Tokio y Carpintería — 1966–1967

El avión empezó a descender sobre la costa. A través de la ventanilla, la línea del mar se abría limpia, sin obstáculos, con una claridad distinta a la de Japón. Takeshima no dijo nada. Apoyó la frente un instante en el cristal y siguió la curva de la bahía hasta que aparecieron las primeras casas.

—Es más abierto —murmuró Ayako, inclinándose hacia él.

Takeshima asintió.

—Aquí todo parece más lejos… y más cerca a la vez.

El motor bajó de intensidad. El avión se inclinó ligeramente. Takeshima pensó en Yokosuka: muelles llenos, órdenes en inglés, días que no dejaban espacio para pensar en el siguiente paso. Entonces todo era provisional. Nadie sabía cuánto duraría. Ahora no. Ahora cruzaban el océano con un destino claro.

—Han cambiado muchas cosas —dijo en voz baja.

Ayako lo miró.

—Y las que faltan.

El coche se detuvo frente a la Escuela Braxton al caer la tarde. El polvo aún flotaba cuando la puerta se abrió y Takeshima bajó primero, mirando alrededor con calma. Ayako salió detrás. Hiroshi levantó la vista desde el banco del taller. Tardó un segundo en reconocerlo.

—Takeshima.

—Hiroshi.

Se acercaron y se dieron la mano.

—Has llegado.

—Tenía que hacerlo.

Ayako observaba el lugar con atención.

—Es distinto a como lo imaginaba.

—Suele pasar —respondió Hiroshi.

Elsie apareció en la puerta.

—Entrad, que esto desde fuera engaña.

Los hizo pasar sin más.

En pocos minutos, la casa empezó a llenarse. Jack llegó del taller, Ray se acercó desde el patio, Clara apareció con Sam y la señora Sullivan se asomó desde dentro.

—Ellos son Takeshima y Ayako —dijo Elsie.

Jack dio un paso al frente.

—Jack.

—Encantado —respondió Takeshima.

Jack sonrió.

—Se te entiende.

—A ratos.

—Suficiente.

Jack Jr. apareció entonces.

—¿Habla inglés?

—Se defiende —dijo Hiroshi.

Sam ya estaba delante de Takeshima.

—A ver, di "airplane".

—Air… plane.

Sam frunció el gesto.

—Casi.

Clara intervino desde la mesa.

—Ya quisieras tú decir algo en japonés.

—Otra vez —insistió Sam.

Takeshima repitió, mejor esta vez. Sam lo pensó un segundo y acabó asintiendo.

—Ahora sí.

Ray, desde la pared, añadió:

—Ya tienes profesor.

Ayako sonreía sin seguirlo todo.

—Me voy a perder la mitad.

Elsie se acercó.

—Tranquila. Aquí primero se entiende lo importante. Las palabras ya vendrán.

Ayako la miró un momento, midiendo el tono.

—Entonces estoy en buen sitio.

La tarde fue cogiendo ritmo: mesas fuera, platos que iban y venían, vecinos entrando sin llamar. Carpintería se llenó. Ray sacó la guitarra, Luis apareció con vino, los niños corrían entre las mesas mezclando palabras sin orden.

En un momento, Takeshima se apartó con Hiroshi hacia un lateral del porche. Desde allí se veía todo el patio.

Margaret pasaba entre las mesas con un trapo en la mano. Se detenía un momento aquí, otro allí, y seguía.

Takeshima la miró un instante y luego volvió a Hiroshi.

—¿Te acuerdas de Yokosuka?

Hiroshi apoyó los codos en la barandilla.

—Claro que me acuerdo.

—Si entonces nos dicen que íbamos a acabar así…

Hiroshi negó con una sonrisa corta.

—No me lo creo.

Takeshima dejó escapar una risa baja.

—Ni tú ni yo.

—Y mira ahora —añadió—. Cada uno por su lado… y los dos hemos dado con alguien de verdad.

Hiroshi miró hacia Margaret un instante.

—Sí.

—Me alegro por ti —dijo Takeshima—. Te hacía falta salir de ahí.

Hiroshi bajó la vista un momento antes de responder.

—Sí. Aquello no tenía mucho sentido ya.

Takeshima asintió, despacio.

—Se te ve mejor.

Hiroshi se encogió de hombros.

—Con ella es más fácil. No estoy todo el rato dándole vueltas a todo.

Takeshima giró la cabeza hacia él.

—Pues no la líes ahora.

Hiroshi dejó escapar una media sonrisa.

—Ni de broma.

Se quedaron un instante mirando el movimiento de las mesas.

Se quedaron un instante mirando el movimiento de las mesas.

Los días fueron cayendo uno tras otro. Por la mañana, Takeshima se quedaba en el taller, primero mirando y luego metiendo mano

cuando hacía falta; Ayako acompañaba a Elsie y empezó a moverse por la cocina sin pedir permiso. A mediodía se sentaban todos juntos y las palabras ya no frenaban nada. El tercer día, Takeshima dejó de preguntar; el cuarto, Ayako cruzaba la casa como si ya supiera dónde estaba cada cosa.

La mañana de la despedida encontró el coche listo y las maletas junto a la puerta.

Elsie salió primero.

—Se os ha hecho corto.

Ayako sonrió.

—Eso siempre es buena señal.

Jack le dio la mano a Takeshima.

—La próxima vez vienes con más tiempo.

—La próxima vez vendré directo.

Ray levantó la mano desde atrás.

—Buen viaje.

Clara abrazó a Ayako.

—Escribe cuando lleguéis.

—Lo haré.

Sam apareció corriendo.

—A ver, "airplane".

—Airplane —dijo Takeshima.

Sam asintió.

—Ahora sí.

Hiroshi se acercó el último. No hablaron al principio.

—Me alegro de que vinieras.

—Yo también.

—Esto no se levanta solo —dijo Takeshima, señalando el patio.

Hiroshi bajó la vista un segundo.

—Lo sé.

Ayako se inclinó levemente.

—Gracias por estos días.

Elsie le apretó el brazo.

—Volved.

Subieron al coche. El motor arrancó. Nadie se movió hasta que desaparecieron en la curva.

Durante un rato condujeron en silencio. La carretera se abría entre campos bajos y, más adelante, el mar aparecía a la derecha, entrando y saliendo entre las curvas. Dentro del coche no hacía falta hablar. Lo que dejaban atrás no se quedaba allí; se iba asentando poco a poco.

Ayako se acomodó en el asiento. Takeshima mantuvo la mirada al frente. No volvieron la cabeza. El coche siguió hacia el sur, estable, sin prisa.

En Tokio, unos días después, Masako caminaba con Sachiko por una calle comercial.

—Vamos a sentarnos un momento.

Entraron en una cafetería cercana. Se sentaron junto a una mesa ocupada por un chico solo. Tenía libros abiertos y cuadernos llenos de anotaciones. No levantaba la cabeza.

Al poco, alguien entró con prisa. La puerta se cerró de golpe y una corriente movió los papeles de la mesa de al lado. Una hoja voló y cayó junto a Sachiko.

Ella la recogió.

—Perdona.

El chico levantó la vista.

—Gracias.

Se miraron un segundo más de lo normal. Luego cada uno volvió a lo suyo.

Masako apoyó la taza en la mesa.

—No está mal el chico.

Sachiko no levantó la vista.

—Está estudiando.

—Medicina, seguro.

—Eso me pareció.

Masako sonrió.

—Guapo… y médico.

Sachiko negó muy leve.

—No empieces.

—A ti no te interesan los chicos.

Sachiko siguió dibujando una línea.

—Ahora no.

Masako no insistió. Se quedó mirando un momento más.

Al terminar, Sachiko guardó el cuaderno.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Pagaron y salieron.

Masako fue la única que miró atrás.

Más tarde, en el parque, Sachiko volvió a abrir el cuaderno. Esta vez no dudó.

Masako la observó en silencio.

—O lo haces, o no lo haces. Pero a medias, no.

Sachiko siguió dibujando.

—No voy a dejarlo a medias.

El lápiz avanzó sobre el papel.

Alrededor, el parque se fue vaciando poco a poco. Cuando Sachiko cerró el cuaderno, se levantaron y echaron a andar sin prisa. La ciudad seguía en marcha, pero ya no parecía lejana.

CAPÍTULO LXXIV

LA CASA EN MARCHA

Carpintería — 1970

La mañana empezaba antes de que el sol terminara de subir. En la Escuela Braxton, las puertas ya estaban abiertas y el taller tenía ese ir y venir constante que nadie notaba ya: herramientas colocándose, pasos firmes, indicaciones cortas.

Hiroshi revisaba una mesa de trabajo cuando Jack entró con un papel doblado en la mano.

—Han llamado del distrito —dijo, dejándolo sobre el banco—. Quieren ampliar el programa.

Hiroshi no respondió de inmediato. Terminó de ajustar una pieza antes de levantar la vista.

—¿Cuántos más?

—Los que podamos asumir… o eso dicen.

Hiroshi se limpió las manos con un trapo.

—Entonces no lo dicen en serio.

Jack sonrió de lado.

—Eso he pensado yo.

Se quedaron un segundo en silencio, mirando el taller en marcha.

—Habrá que decidir qué queremos que sea esto —añadió Jack.

—Eso ya lo sabemos —respondió Hiroshi—. Lo que falta es mantenerlo así.

El flujo de alumnos no dejaba huecos. A media mañana, Ray organizaba grupos con la misma precisión de siempre.

—No os juntéis por afinidad —decía—. Aquí se trabaja con quien toque.

Un chico protestó en voz baja.

—Pues te acostumbras —respondió Ray sin alzar la voz.

Elsie cruzaba de un aula a otra, con papeles en la mano.

—Cinco minutos y cambiáis de ejercicio —indicó—. Nadie se queda atascado.

Ya no eran los mismos que habían empezado allí. Y tampoco trabajaban como entonces.

La Casita de los Naranjos también estaba en marcha. Los más pequeños repetían en voz alta mientras Anna anotaba en una libreta, sentada en un rincón.

—¿Otra vez con la libreta? —preguntó Elsie al pasar.

—No estoy escribiendo… estoy poniendo orden a mis ideas.

Elsie se detuvo un segundo, miró la hoja y luego a ella.

—Pues dale forma.

Anna asintió sin levantar la vista. Miró un momento hacia el taller antes de volver a escribir.

—Si no lo dejo apuntado ahora, luego nadie se acuerda de cómo empezó.

A mediodía, el porche se llenó. No era una pausa real, solo un cambio de ritmo. Jack Jr. llegó con unos documentos bajo el brazo.

—He estado mirando el contrato del material —dijo—. Hay una cláusula que no me cuadra.

Jack alzó la vista.

—A ver.

Jack Jr. desplegó el papel.

—Parece que nos dan margen… pero nos están cerrando la salida.

Jack leyó sin prisa, recorriendo las líneas con el dedo. No dijo nada.

Hiroshi habló desde el otro lado.

—Eso no se ve a la primera.

Jack Jr. negó levemente.

—Se ve cuando sabes qué buscar.

Señaló una línea.

—Firmamos esto y nos obligan a renovar antes de tiempo. Y si no, pagamos.

Jack levantó la vista, sosteniéndole un segundo más de lo normal.

—¿Desde cuándo te fijas en eso?

Jack Jr. no cambió el gesto.

—Desde que esto ya no es pequeño.

Jack dobló el papel despacio, sin apartar del todo la mirada.

Por la tarde, Margaret llegó. No llamó. Entró directamente al porche y dejó una carpeta sobre la mesa. Desde que trabajaba en la biblioteca pública del condado, le llegaban cosas que antes ni veía; había ido conociendo a gente y ahora se movía con soltura entre oficinas y despachos.

—He encontrado algo.

Elsie salió desde dentro.

—¿Qué pasa?

Margaret abrió la carpeta.

—Son del condado. Subvenciones que siguen sin moverse.

Jack se acercó, echando un vistazo por encima.

—¿Y eso por qué?

Margaret se encogió ligeramente de hombros.

—Porque nadie se ha puesto con ello.

Hiroshi observaba los papeles desde el otro lado, sin tocarlos.

—Siempre hay algo detrás.

Margaret asintió, como si ya esperara esa pregunta.

—Sí. Que alguien lo lleve bien. Orden, seguimiento… lo de siempre.

Hubo un momento de silencio.

—Eso ya lo hacemos —dijo Elsie, apoyándose en la mesa.

Margaret la miró.

—Por eso os lo traigo.

Jack apoyó las manos, pensativo.

—No quiero que esto se nos complique sin darnos cuenta.

—No se complica —respondió Margaret, tranquila—. Solo deja de ir justo todo el tiempo.

Hiroshi intervino, sin apartar la vista de la carpeta.

—Mientras no cambie cómo trabajamos aquí.

Margaret sostuvo la mirada un instante.

—No cambia. Solo os da margen.

Jack miró a Elsie.

—¿Tú cómo lo ves?

Elsie no tardó.

—Si nos da aire sin tocar lo importante… adelante.

Jack asintió despacio, volviendo a los papeles.

—Vale. Lo miramos con calma.

Margaret cerró la carpeta con suavidad.
—Os la dejo aquí.
Se dio la vuelta y salió sin más.
El taller siguió hasta que la luz empezó a caer. Los alumnos se fueron marchando poco a poco. Ray fue el último en salir del interior.
—Mañana vienen más.
Jack miró alrededor, calculando el espacio.
—De momento caben.
Ray se apoyó en la puerta.
—De momento.
Hiroshi cerró la caja de herramientas con calma.
Mientras podamos mantener el orden, vamos bien.
La tarde fue cayendo despacio. En el porche, la familia se quedó sin prisa, como si nadie tuviera nada más urgente que hacer.
Jack Jr. revisaba unos papeles mientras Sam se dejaba caer en la silla, con los pies en la mesa.
—Te vas a quedar sin sitio si sigues así —dijo Jack Jr., sin levantar la vista.
—Pues haremos sitio —respondió Sam, sin moverse.
Anna seguía con la libreta, más pendiente de ellos que de la página.
—No todo se arregla haciendo más.
Sam giró la cabeza hacia ella.
—Tú siempre con la libreta.
Anna levantó la vista un segundo.
—Y tú siempre metiéndote donde no debes.
Jack Jr. dejó el papel, por fin.
—Y luego alguien tiene que recogerlo.
Sam sonrió, sin molestarse.
—Para eso estás tú.
Jack Jr. volvió a los papeles.
Anna bajó la vista a la libreta.
El porche se quedó en calma; cada uno siguió a lo suyo.
Clara hablaba con Elsie en voz baja, sin quitar ojo al taller.
—Oye… ¿te has fijado?
Elsie no se giró.

—Llevo un rato.

Clara sonrió, apoyándose mejor en la silla.

—Ya no sale corriendo en cuanto puede.

—Ni ella le deja —respondió Elsie, bajando un poco la voz.

Clara soltó una risa corta.

—Eso antes no pasaba ni de lejos.

—Antes él no estaba para nada de esto.

Clara inclinó un poco la cabeza, mirando hacia ellos.

—Pues mírale ahora. No se mueve.

Elsie siguió observando, con una media sonrisa que no terminó de esconder.

—Y bien que está.

Pausa breve.

Clara se acercó un poco más.

—¿Tú cómo lo ves?

Elsie tardó lo justo.

—Va despacio… pero va en serio.

Clara arqueó una ceja.

—¿Tanto?

Elsie no apartó la vista.

—Fíjate cómo la mira.

Clara volvió a mirar, ahora con más intención.

—A ella tampoco se la ve de paso.

Elsie negó casi sin pensarlo.

—No. Mi prima sabe lo que hace.

Clara sonrió, divertida.

—Y él encantado de la vida.

Elsie dejó escapar una risa baja.

—Ni disimula.

Clara se acomodó mejor, sin perder detalle.

—Pues nada… ya tenemos tema para rato.

Elsie no respondió, pero la sonrisa se le quedó. Sabía que su intuición rara vez fallaba.

Al caer la noche, Jack se quedó un momento más en el taller. Hiroshi estaba recogiendo.

—Cada vez es más grande —dijo Jack.

—Sí.
—Y cada vez depende más de nosotros.
Hiroshi dejó la herramienta en su sitio.
—Siempre ha dependido de nosotros.
Jack negó despacio.
—Antes era más simple.
—No mejor.
Jack se quedó un momento dándole vueltas.
—No.

Salieron juntos. La casa seguía encendida y en marcha, con gente entrando y saliendo sin que nadie marcara el ritmo. Hiroshi se detuvo un instante antes de entrar y miró el porche: papeles sin recoger, una silla torcida, la libreta de Anna abierta donde la había dejado. Sam pasó por detrás, cogiendo algo al vuelo sin pedirlo, y Jack Jr. seguía con lo suyo, concentrado en los papeles, ajeno a todo.

Nada era como al principio, pero todo funcionaba. Hiroshi lo entendió en ese momento y entró sin decir nada.

CAPÍTULO LXXV

EL COLOR DEL FUTURO

Tokio — 1970–1971

El frío se adelantó aquel año en Tokio. Las aceras amanecían cubiertas de escarcha y el vapor de los trenes envolvía los andenes con un velo que subía y se deshacía entre pasos y voces aún medio dormidas. Desde la ventana del segundo piso, Masako observaba el movimiento de la ciudad con una serenidad que no había tenido años atrás. Llevaban casi un año instalados en aquel barrio del norte, donde la vida se colaba entre los tejados y los días seguían un orden claro. Ishikawa trabajaba en el hospital del distrito; ella estaba al frente de la clínica junto a la estación de Sugamo. Allí trabajaba con dos enfermeras jóvenes que la ayudaban con los pacientes..

La ciudad seguía cambiando a la vista de todos. Las avenidas se llenaban de carteles nuevos, cafeterías con nombres extranjeros y jóvenes que caminaban deprisa, cuadernos bajo el brazo, guitarras a la espalda. En los periódicos se hablaba de la Expo de Osaka, del progreso y de los tiempos modernos. La guerra quedaba lejos en las conversaciones, y todo parecía arrancar otra vez.

Masako lo notaba cada mañana al ir a la clínica. Las calles de Sugamo parecían otras: fachadas recién pintadas, escaparates llenos de relojes y trenes que llegaban a su hora. A veces se detenía frente a librerías que ofrecían cursos de idiomas. “Parlez-vous français?”, leyó un día en un cartel azul, y pensó en Noriko, la amiga de Sachiko que se había marchado a París. También recordó una conversación de años atrás, cuando su hija decía que Tokio le bastaba. Ahora hablaba de museos, de pintores que Masako no conocía y de la luz como si fuera algo que se pudiera aprender.

El cambio llegó una mañana de febrero. Sobre la mesa del desayuno esperaba un sobre con el sello de la Universidad de Artes de Tokio.

—¿Y?

Sachiko lo abrió sin prisa.

—He entrado.

Se miraron un segundo y se les escapó la risa. La casa pareció abrirse un poco más.

Los días siguientes fueron de preparativos: cuadernos, pinceles, una caja de acuarelas que Masako envolvió con cuidado. Dentro dejó una nota breve que Sachiko encontraría después y guardaría sin decir nada.

La universidad quedaba en Ueno. El primer día, Masako acompañó a Sachiko hasta la entrada. El patio estaba lleno de estudiantes que iban y venían sin detenerse.

—No hace falta que te quedes.

—Me quedo un momento.

Avanzaron entre los edificios hasta que una voz las detuvo.

—Sachiko.

Se giraron. Ayako se acercaba desde el pasillo lateral, con una carpeta bajo el brazo.

—Ayako…

—Me han dicho que empezabas hoy.

Se quedaron frente a frente. Masako observó en silencio.

—Gracias —dijo Sachiko—. Por lo de la beca.

Ayako negó con una media sonrisa.

—Si no hubieras valido, no habría servido de nada.

Sachiko bajó la vista un instante.

—Aún me queda mucho.

—Claro —dijo Ayako—. Pero ya estás dentro.

Se volvió hacia Masako.

—Encantada.

—Gracias. Y dale recuerdos a Takeshima.

Ayako asintió y siguió su camino.

Sachiko la siguió con la mirada un momento.

—Ahora sí.

Cada mañana salía temprano y regresaba con las manos manchadas de pintura.

—Dicen que el blanco no existe —comentó un día—, que siempre hay otro color debajo.

Masako la miró.

—Entonces también pasará con las personas.

Sachiko asintió, sin levantar la vista del cuaderno.

—Eso es lo que me interesa.

Masako no añadió nada. La dejó hablar.

Pero no todo era fácil. Una tarde volvió antes de lo habitual y dejó la carpeta sobre la mesa sin abrirla.

—Hoy no ha salido nada.

—Pasa.

Sachiko negó.

—No es eso. Hoy he mirado lo que hacen los demás… y voy por detrás.

Masako esperó.

—¿Y mañana?

Sachiko se encogió de hombros, pero ya había tomado la decisión.

—Mañana vuelvo.

Masako asintió.

En abril llegó una carta de Noriko desde París.

—¿Te irías? —preguntó Masako.

Sachiko pensó un segundo.

—Sí… pero no ahora.

—Eso ya es una decisión.

En la clínica, los pacientes eran más jóvenes y hablaban de estudios o viajes. Masako empezó a acudir a un curso de lectura en la biblioteca del distrito.

Mientras tanto, Sachiko se adaptaba al campus. El profesor Mizuno se detuvo un día ante su caballete.

—Tienes mano, pero te falta soltarte.

Aquella tarde dudó. Luego cargó el pincel y no corrigió. No quedó limpio, pero no lo tapó.

El verano llegó con calor. Los domingos iban al parque de Ueno.

—Nadie mira esto —dijo Sachiko—, y por eso merece la pena.

En otoño, en la clínica empezó a correr un comentario: desde el hospital iban a incorporar a un médico.

Una mañana, en el hospital, Ishikawa coincidió con Masako en el pasillo.

—Hoy se incorpora alguien.

Masako asintió, sin darle más.

Esa tarde los reunió en una sala.

—Este es Haruto —dijo—. Empieza hoy con nosotros.

El joven inclinó la cabeza.

—Encantado.

Masako lo miró un segundo más.

—¿Nos conocemos?

Haruto negó, sorprendido.

Masako sonrió levemente.

—Hace un par de años… en una cafetería. Libros de medicina. No levantabas la cabeza.

Haruto pensó y asintió.

—En exámenes estudiaba donde fuera.

—Me alegra ver que lo sacaste adelante.

—Costó.

Salieron al pasillo.

—¿De verdad te acordabas? —preguntó Sachiko.

—Sí.

—¿Por qué?

Masako tardó un segundo.

—Porque estaba a lo suyo… como si lo demás no importara.

La miró de reojo.

—Y tú también te acuerdas.

Sachiko bajó la vista.

—No sé.

Siguieron andando.

Días después, Sachiko volvió al hospital. Al girar la esquina, se encontró con Haruto.

—Hola.

—Hola.

—¿Vienes a ver a tu padre?

—Sí.

—Está dentro.

Sachiko dio un paso, pero se quedó.

—Gracias.

Silencio breve.
—Aún me pierdo por aquí —dijo él.
—Nosotros tampoco llevamos tanto.
Haruto sonrió.
—Entonces no voy tan mal.
Pausa.
—Tu padre dice que pintas.
Sachiko levantó la vista.
—Sí… estoy en ello.
Haruto asintió.
—A mí me gusta, pero no lo entiendo del todo.
Sachiko alzó el cuaderno.
—Yo tampoco. Voy probando.
—¿Me dejas verlo?
Sachiko negó muy leve.
—Aún no.
Haruto aceptó sin insistir.
—Hay una sala cerca de la universidad —añadió después—. No es oficial… pero cuelgan cosas.
Sachiko se quedó un segundo más.
—¿Una exposición?
—Más o menos. La gente entra, mira y se va. Yo también… pero vuelvo.
—¿Por qué?
Haruto se encogió de hombros.
—Porque a veces alguien se para delante de un cuadro… y se queda.
Sachiko sostuvo la mirada.
—Si te apetece, podemos ir.
Haruto asintió.
—Me apetece.
Se separaron.
Días después, Sachiko fue a la sala. No colgó su boceto. Miró. Salió.
En mayo empezó un cuadro distinto.
Una tarde, Masako entró.
—¿Puedo?

—Dame un segundo.

Esperó.

El cuadro se titulaba Primera luz.

Masako no dijo nada. Se quedó un segundo más delante del lienzo.

Mientras tanto, en la clínica, Masako empezó a notar algo en Ishikawa. No fue de golpe, sino en detalles pequeños: una pausa más larga al revisar un caso, una indicación repetida sin darse cuenta.

—¿Te has fijado? —dijo Yumi, en voz baja.

—Sí.

—Hoy ha vuelto a decir lo mismo dos veces.

Masako siguió ordenando el material.

—Saca el trabajo.

—Sí… pero no igual.

Masako no respondió.

Esa noche, en el hospital, Ishikawa se quedó unos minutos más en la consulta. Tenía una ficha abierta. La leyó, se detuvo y volvió a empezar. Antes no necesitaba hacerlo así. Se quedó un momento con el bolígrafo en la mano, pensando. Luego corrigió, firmó y cerró la carpeta.

Al día siguiente, en la clínica, el ambiente era el de siempre, pero algo no terminaba de encajar.

—¿Él se da cuenta? —preguntó Yumi.

Masako tardó en responder.

—No quiere ni planteárselo.

—Lleva toda la vida en esto.

—Por eso.

Yumi bajó la mirada.

—No sabría hacer otra cosa.

Masako negó despacio.

—No me lo imagino fuera de esto.

Se quedaron un momento en silencio.

Masako retomó lo que tenía entre manos, más despacio que de costumbre.

—Nadie te prepara para dejarlo.

Yumi no dijo nada.
El verano avanzó con días largos.
—Tu padre no está bien —dijo Masako una tarde.
Sachiko levantó la vista.
—¿Qué le pasa?
—Se le olvidan cosas… y se queda dudando. Antes no le pasaba eso.
Sachiko dejó la taza en la mesa.
—Habrá que decírselo.
Masako negó.
—No así.
Sachiko la miró.
—Entonces, ¿cómo?
Masako dudó un segundo.
—Si se lo digo, va a decir que está bien… y no va a cambiar nada.
Silencio.
Sachiko pensó un momento.
—Entonces no vale con decírselo.
Masako frunció apenas el ceño.
—¿Y qué hago?
Sachiko sostuvo la mirada.
—Que lo vea él.
Masako giró la cabeza.
—No es un paciente.
Sachiko negó.
—No.
Pausa.
—Es peor.

Se quedaron quietas un momento más. Desde la calle seguían llegando trenes, bicicletas y conversaciones que subían apagadas hasta la ventana de la cocina.
Sachiko miró el cuadro apoyado junto a la pared. La última pincelada aún estaba fresca.
Masako también lo observó en silencio antes de volver la vista hacia

su hija.
La luz se fue retirando poco a poco, pero el color seguía ahí.

CAPÍTULO LXXVI

EL VUELO DE ANNA

Carpintería y Los Ángeles — 1973

En Carpintería el tiempo no se detenía. Seguía su curso con la calma de siempre. Las colinas continuaban verdes, la pista de aviación se mantenía activa y el aire traía la certeza de que los años habían pasado bien. Una avioneta cruzó el cielo a baja altura y, durante un segundo, todo el valle levantó la vista. Luego cada uno siguió a lo suyo.

La granja de los Braxton seguía siendo el centro de muchas cosas. Los padres ya no vivían, y en la oficina, junto al escritorio, colgaba la foto de ambos. Antes de empezar la jornada, Elsie pasaba el paño por el marco y seguía con el día. Don Vicente llevaba las riendas del rancho y de los jornaleros; ella se ocupaba de la Casita de los Naranjos, la escuela que llevaba años empeñada en sacar adelante y que, al fin, era enteramente suya. Por las mañanas explicaba cuentas sencillas y cómo llevar un registro sin liarse; por las tardes revisaba planillas con Don Vicente para que nada quedara al azar.

Al otro lado del valle, la escuela de aviación marchaba firme. Jack había sumado instructores jóvenes y antiguos alumnos que volvían para enseñar lo aprendido. De vez en cuando, al volver a casa, comentaba lo de siempre con una sonrisa tranquila.

—Van tirando solos.

—Es lo que queríamos.

A mediados de verano regresó Jack Jr. para pasar unos días. Venía con libros subrayados, un cuaderno lleno de apuntes y un aire distinto, más de hombre que de muchacho. Aquella tarde se sentó con su padre en el taller.

—He ganado el certamen estatal de debate. Y me ofrecen una beca en una firma de Santa Bárbara.

Jack lo miró satisfecho.

—Te lo has trabajado.

—Ha sido trabajo de equipo… pero hay que aprovecharlo.

Jack dejó la herramienta y se limpió las manos.

—Claro.

—En Nueva York no te dejan parar. Si te frenas, otro ocupa tu sitio.

—¿Y tú cómo lo llevas?

—A ratos bien… y a ratos voy a ciegas, pero ahí voy.

Jack asintió.

—Con ganas todo sale.

Elsie escuchaba desde la puerta. No dijo nada. Le acercó un plato y se quedó un instante antes de marcharse.

Se fue unos días después. Anna lo vio subir al coche y no apartó la mirada hasta que desapareció por el camino.

Anna, mientras tanto, cerraba etapa en el instituto. Había sido admitida para estudiar Periodismo en Los Ángeles y aún no acababa de creérselo. Entre recados y despedidas, llenaba su cuaderno de titulares que no pensaba publicar.

Sam la acompañaba muchas tardes.

—¿Nerviosa?

—Sí.

—Te he visto peor.

Anna soltó una risa breve.

—No sé qué me voy a encontrar allí.

—Ni tú ni nadie. Por eso merece la pena.

La noticia no llegó de golpe. Hiroshi y Margaret fueron coincidiendo cada vez más: un café, un paseo, una conversación que se alargaba. Acabó siendo natural verles juntos.

Una tarde, en el jardín de la Escuela Braxton, se quedaron solos.

Hiroshi se quedó de pie un momento, sin saber por dónde empezar. Miró alrededor, al suelo, y acabó fijándose en ella.

Margaret no dijo nada. Esperó.

—Creo que te quiero.

La frase salió baja, sin seguridad.

Margaret no apartó la mirada.

—Yo también.

Hiroshi tragó saliva. Dudó un segundo.

—No suelo decir estas cosas.

Margaret esbozó una sonrisa leve.
—Ya lo sé.
Se quedaron un momento así, cerca, sin moverse.
Hiroshi dio un paso.
—Quiero casarme contigo.
Margaret bajó la vista un instante, se recolocó el pelo con la mano y volvió a mirarlo.
—Sí.
Esta vez no hubo duda.
Se quedaron ahí, sin hablar, pero ya no era el mismo silencio.
En los días siguientes, lo dijeron en casa.
—Nos vamos a casar.
Jack asintió.
—Bien hecho.
Elsie los abrazó.
—Nos alegra mucho.
La boda se celebró en los jardines. Carpintería acudió en pleno. Hubo mesas, música y flores. El juez leyó lo justo. Firmaron. El aplauso se alargó.
A un lado, Clara habló en voz baja:
—Al final tenías razón.
Elsie no respondió al momento.
—Se han encontrado.
Más tarde, Hiroshi habló con Jack.
—No pensé que volvería a sentir esto.
Jack lo miró un momento, sin prisa.
—Te lo mereces.
Hiroshi sostuvo la mirada y asintió.
Días después, Takeshima leyó la carta en silencio.
—Hiroshi…
Ayako levantó la vista.
—¿Qué pasa?
Takeshima dejó la carta sobre la mesa.
—Se casa.
Ayako se quedó quieta.
—¿Con Margaret?

—Sí.

Ayako bajó la mirada, pensándolo.

—Bueno…

Se tomó un segundo.

—Me alegro por él.

No sonó ligero. Tampoco forzado.

Takeshima volvió a la carta, más despacio. No añadió nada más.

Al terminar la boda, cuando la gente empezaba a marcharse y el jardín se quedaba en calma, Anna se apartó un momento y miró su billete.

—Me gusta que empiece todo a la vez.

Elsie se colocó a su lado.

—Las cosas llegan cuando tienen que llegar.

La despedida fue sencilla.

—Fíjate bien en todo. No escribas corriendo.

—Ya lo sé.

—Y no te olvides de vivirlo.

Anna asintió. Subió al tren.

El paisaje empezó a correr. Apoyó la frente en el cristal un instante y luego abrió la libreta.

Primer día. No sé qué quiero contar todavía. Pero lo voy a encontrar.

Pasaron las primeras semanas sin darse cuenta. Clases, gente nueva, calles que no terminaban.

En octubre llamó a casa.

—Mamá.

—¿Dónde estás?

—En la residencia. Acabo de llegar.

—¿Y?

—Bien… un poco caótico, pero bien. Me han dejado escribir en el periódico.

—¿Ya? Pues entonces espabila.

—Eso intento.

—¿Sobre qué vas a escribir?

—No lo sé todavía.

—Observa bien antes de escribir.

—Que sí…
—¿Y con quién estás?
—Con una chica española. Lola. Compartimos habitación… no para quieta.
Elsie rió.
—Ya te ha arrastrado.
—Todo el rato. Habla sin parar. Empieza en español, se pasa al inglés y vuelve al español sin darse cuenta. Deja la ropa por medio, canta mientras se viste y conoce a todo el mundo en dos días.
—Tiene gracia.
—Mucha.
Jack cogió el teléfono.
—¿Cómo lo llevas?
—Bien… un poco cansada.
—Normal.
—Hay mucha gente, todo va rápido.
—Ya.
—Pero estoy bien.
—Eso es lo importante.
—Sí.
Cuando colgaron, Elsie se quedó un momento quieta.
—Ha crecido.
Jack asintió.
—Sí. Y va a su aire.
En Carpintería, la vida seguía. Sam ya no iba solo a mirar.
—A ver, enséñame eso.
—Espera…
—Déjame verlo.
—No sé si está bien.
—Está muy bien resuelto. No lo toques más.
—¿Tú crees?
—Sí.
Sam sonrió, leve.
Anna, en Los Ángeles, seguía avanzando.
—Esta ciudad no se acaba.
—Pues cuéntalo.

Una tarde, Elsie se detuvo en el porche mientras el sol bajaba. Dentro, Jack ordenaba herramientas.

Esa noche abrió la libreta de las cartas antiguas y pasó las páginas despacio. Luego la cerró, dejando la mano un instante sobre la tapa.

Fuera, Carpintería se quedaba en silencio. Dentro, la casa seguía en marcha.

CAPÍTULO LXXVII

APRENDER A MIRAR

Tokio — 1973

Masako salía de casa a la misma hora cada mañana. Cerraba la puerta con cuidado, ajustaba el bolso al hombro y echaba a andar hacia la clínica sin prisa. A esas horas, las persianas empezaban a subir y los primeros trenes dejaban gente en la estación. Una mujer colocaba fruta en un puesto, un hombre se abrochaba la chaqueta mientras caminaba, alguien bostezaba sin taparse. El día arrancaba así, sin pedir nada a cambio.

Había empezado a fijarse en esas cosas; antes pasaban sin dejar nada y ahora se quedaban un poco más.

Sachiko también había cambiado. Pasaba cada vez más tiempo en el estudio y regresaba a casa con la ropa manchada de pintura. Ya no hablaba tanto de clases. Ahora hablaba de lo que quería hacer.

Una tarde dejó la carpeta sobre la mesa.

—Hoy el profesor nos ha hecho tapar un cuadro entero.

Masako levantó la vista.

—¿Taparlo?

—Sí. Sin pensarlo. Coger otro color y cubrirlo todo.

Masako frunció un poco el ceño.

—¿Y no da rabia?

Sachiko apoyó las manos en la mesa.

—Mucha. Pero dice que, si no sabes perder un cuadro, no vas a poder pintar otro.

Masako asintió despacio.

—Tiene sentido.

Sachiko la miró un instante más.

—No solo para pintar.

Masako sostuvo la mirada.

—No. Para casi todo.

En la clínica, el trabajo no daba tregua. Pacientes que entraban y salían, historias que se repetían con nombres distintos. Masako

hablaba lo justo; con los años había aprendido que muchas veces lo importante era quedarse y escuchar.

Una mañana, Yumi llegó más tarde de lo habitual. Caminaba despacio. Antes de entrar se quedó un segundo apoyada en el marco de la puerta.

Masako la vio enseguida.

—No tienes buena cara.

Yumi evitó mirarla del todo.

—Estoy bien.

No lo estaba.

Kenji apareció detrás.

—La he acompañado al hospital.

Masako dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado?

Yumi se sentó con cuidado, como si cada movimiento le costara.

—Hoy tenía revisión.

Kenji no dio rodeos.

—El médico dice que el bebé no está creciendo como debería.

Yumi bajó la mirada. Tenía las manos apoyadas sobre las rodillas, quietas, sin fuerza.

—Puede que no salga adelante.

Masako no respondió de inmediato. Se acercó y apoyó la mano en su hombro.

—Nos han pedido que esperemos —añadió Kenji—. Unas semanas.

Yumi asintió, pero no parecía escucharle.

Se hizo un silencio extraño.

—Yo ya lo había notado —dijo al fin, muy bajo—. Algo no iba bien…

Nadie dijo nada.

—Pensaba que eran cosas mías. Que se pasaría.

Se le quebró la voz en la última palabra.

Masako apretó un poco el hombro.

—Y ahora… —Yumi tragó saliva— ahora tengo que esperar a ver si lo pierdo.

Esta vez sí levantó la vista. No lloraba.

Eso era lo que más dolía.

Desde la calle pasó el tranvía. El sonido cruzó la ventana y se fue. Dentro, nadie se movió.

—Que esto no salga de aquí.

Masako asintió.

—Tranquila, se queda aquí.

Yumi cerró los ojos un segundo.

No se le escapó ninguna lágrima.

Masako volvió a su mesa, pero ya no estaba en lo que hacía. Los papeles se le iban acumulando sin orden. Intentó centrarse. No lo consiguió.

Aquella tarde pasó por el hospital para hablar con Ishikawa. En el pasillo se cruzó con Haruto.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Haruto señaló las carpetas que llevaba.

—Vas cargada.

Masako miró lo que llevaba en las manos, como si no se hubiera dado cuenta hasta entonces.

—Un poco.

Haruto sonrió breve, sin insistir.

En ese momento apareció Sachiko al fondo del pasillo.

—Hola.

Se detuvieron los dos.

Haruto señaló el cuaderno.

—¿Sigues con ese?

Sachiko lo sujetó un poco más firme.

—Sí.

—Dijiste que ibas a taparlo.

Sachiko negó despacio.

—Al final no.

—¿Por qué?

Sachiko miró el cuaderno antes de responder.

—Solo tenía que volver a cogerle el hilo.

Haruto asintió, pensándolo.

—Mejor así.

Sachiko dejó escapar una sonrisa muy leve.

—Sí.

No añadieron nada más.

Ishikawa salió de la consulta.

—¿Interrumpo?

—No.

Al despedirse, Haruto inclinó la cabeza.

—Nos vemos.

Sachiko lo siguió con la mirada un instante antes de girarse.

Caminaron unos pasos.

—Me cae bien.

Sachiko no respondió.

Masako la miró de lado.

—Y diría que a ti también.

Sachiko dejó que se le escapara una sonrisa, muy leve.

Aquella noche, al volver a casa, Masako se detuvo antes de abrir. Dentro, el sonido de los pinceles, constante.

Entró sin anunciarse.

El estudio estaba lleno de papeles. Sachiko trabajaba de pie, inclinada sobre el lienzo.

—¿Qué haces?

Sachiko no se giró.

—No lo termino de ver… pero voy a seguir trabajándolo.

Masako se acercó. En el lienzo había un rostro que no terminaba de encajar.

—Está esperando.

Sachiko negó muy poco.

—O ya se ha dado cuenta.

Masako se quedó mirando un momento más. Pensó en Yumi.

—Puede que vaya por ahí.

El domingo fueron al parque de Ueno. Sachiko dibujaba sentada en un banco.

—¿Qué estás haciendo?

—La gente.

Masako miró alrededor: un banco, dos hombres hablando, una pareja quieta junto al estanque.

—Pero si no hacen nada.

Sachiko alzó un poco el lápiz.

—Por eso.

Masako volvió al cuaderno.

—Entonces hay que observar más.

Sachiko siguió dibujando.

—Si no miras bien, se te escapan los detalles.

En Nagoya, la luz de la tarde caía de lado sobre la mesa. Takeshima corregía trabajos en silencio, pasando páginas sin prisa. Ayako recogía los cuadernos uno a uno, golpeando los bordes para alinearlos.

—No copiéis —decía él sin levantar la voz—. Mirad primero.

El último alumno salió. La puerta se cerró con cuidado.

Takeshima dejó el bolígrafo y se quedó un segundo mirando el papel.

—Ha escrito Hiroshi.

Ayako se detuvo con un cuaderno en la mano.

—¿Qué dice?

—Que vendrán en primavera.

Ayako dejó el cuaderno sobre la pila.

—Vendrán…

Takeshima asintió apenas.

—Eso parece.

Ayako apoyó las manos en la mesa.

—Me alegrará mucho verlos de nuevo.

—Sí, a mí también.

El aula quedó en silencio.

—Después de tantos años sin venir a Japón, le va a parecer muy distinto.

Ayako asintió.

No añadieron nada más.

Los días siguieron sin grandes cambios.

Una mañana, antes de que amaneciera del todo, Sachiko despertó a su madre.

—Ven.

Salieron al balcón. Apoyado contra la pared estaba el cuadro terminado.

La ciudad desde lo alto. Tejados ordenados, calles abiertas, una franja clara de cielo.

Masako no dijo nada.

—¿Te gusta?

Masako se acercó despacio.

—Sí.

Se inclinó un poco. En una esquina, junto a la firma, una palabra:

Madre.

Masako respiró hondo, sin apartar la vista.

—Cada vez que lo mire, voy a ver algo distinto.

Sachiko asintió.

No hacía falta añadir nada más.

A la semana siguiente, Yumi no volvió a la clínica.

La llamaron del hospital de madrugada. Kenji abrió la puerta cuando Masako llegó. Yumi estaba en la cama, inmóvil, con los ojos abiertos.

—No ha salido adelante —dijo él en voz baja.

Masako se sentó a su lado y le cogió la mano. Yumi no lloraba.

—Lo he perdido —murmuró al cabo de un rato.

Silencio.

Yumi miraba al techo.

—Esta mañana seguía ahí… —dijo—. Y ahora ya no.

Masako no soltó su mano.

—No sé en qué momento ha dejado de estar.

Se quedó quieta.

—Ni siquiera he sabido despedirme.

Masako apretó un poco más.

—Estoy aquí.

Yumi cerró los ojos.

Kenji se quedó de pie, sin saber dónde ponerse, hasta que apoyó la espalda en la pared y bajó la cabeza.

La luz de la mañana entró por la ventana sin cambiar nada.

Cuando Yumi volvió a la clínica días después, lo hizo despacio. Masako no le preguntó nada. Kenji se quedó un momento más de lo habitual junto a la puerta antes de marcharse. Aquella noche, en el

estudio, Sachiko no dibujó a nadie en concreto; dejó un espacio abierto que ocupaba casi todo el lienzo.

CAPÍTULO LXXVIII

LOS QUE EMPIEZAN A MARCHARSE

Carpintería y Los Ángeles — 1975

Hiroshi y Margaret se despidieron en la Escuela Braxton sin alargarlo más de la cuenta. Habían decidido viajar a Japón: ella quería conocer Nagoya; él, volver a ver a Takeshima y Ayako después de tantos años. Los alumnos prepararon algo sencillo, sin discursos, solo un apretón de manos y palabras justas.

—Cuídate, amigo —dijo Jack.

—Nos veremos pronto —respondió Hiroshi.

Elsie abrazó a Margaret.

—Mándanos una postal cuando lleguéis.

—La tendrás.

El coche se alejó entre los naranjos. Jack siguió mirando el camino incluso después de que desapareciera.

—Pensé que se quedaba ahí.

—Pues no —dijo Elsie—. Sigue.

Jack asintió despacio. Durante un momento pareció más cansado que triste.

Carpintería había cambiado sin dejar de ser la misma. Más gente, más movimiento, pero el fondo seguía ahí: el rancho Braxton, la escuela, las caras conocidas repitiéndose en los mismos sitios. Elsie llevaba la Casita con firmeza; por la mañana enseñaba cuentas y por la tarde revisaba números con Don Vicente.

—Ese no cuadra.

—Cuadra. Mira otra vez.

Elsie repasó la línea y acabó soltando el lápiz con una sonrisa cansada.

—Vale.

A veces necesitaba ponerse las gafas incluso para revisar cuentas sencillas. Ya no decía nada cuando le dolía la espalda al levantarse.

En el hangar, Jack trabajaba con los suyos. Sam ya no rondaba: se metía en faena.

—Cuidado con eso.
—Lo tengo.
Jack no apartó la vista hasta que vio que la pieza encajaba.
—Ahora sí.
Ray, desde la puerta, dejó caer una sonrisa.
—Ya le ha cogido la medida.
—Sí… ya no duda.
Jack se limpió las manos con un trapo y observó a Sam un momento más largo de lo normal. A veces le sorprendía descubrir cuánto se parecían ya aquellos chavales a los hombres con los que había compartido Randolph.
En Los Ángeles, Anna aprendía a no perderse. Caminaba deprisa, entraba y salía de la redacción sin dudar, discutía titulares y volvía al campus sin mirar atrás cada dos pasos. Aún había días en los que todo le quedaba grande, pero ya no se detenía.
El cuarto de la residencia era pequeño: dos camas, dos mesas, una pared cubierta de recortes, entradas de cine y fotos. Anna tenía una imagen de Carpintería pegada cerca del espejo.
Una tarde, cerrando una nota, se abrió la puerta.
—Perdonad, ¿este es el aula del comité de prensa?
Anna levantó la vista.
—Si vienes a currar, sí.
El chico sonrió.
—Soy Erik. Vengo de Berlín.
Lola le señaló una silla sin miramientos.
—Pues siéntate y ponte a trabajar, Erik de Berlín. Aquí no hay calentamiento.
—Vaya recibimiento…
—Peor es fuera —añadió ella—. Aquí al menos te vamos a ofrecer café.
A partir de ahí, Erik empezó a aparecer donde antes solo estaban ellas dos. No se hacía notar. Pero estaba.
Los fines de semana se alargaban entre trabajos, risas y planes que no terminaban de cerrarse.
—Como te despistes, te pasan por encima —decía Lola.
—Habla por ti —respondía Anna—. Yo paro cuando quiero.

Lola la miró un segundo.
—Eso te lo crees tú.
Anna soltó una risa.
—Anda ya.
—Que no sabes parar —insistió Lola—. Te sientas un momento y se te va la tarde.
Erik sonrió de lado.
—Tiene razón.
Anna giró la cabeza hacia él.
—¿Tú desde cuándo te metes?
—Desde que te veo todos los días.
Anna negó, medio riéndose.
—Tú te fijas demasiado.
Erik se encogió de hombros.
—Más de lo que te imaginas.
Lola chasqueó la lengua.
—Pues muévete, que aquí el que se queda quieto, se queda fuera.
Una noche, al salir de la redacción, se quedaron los tres en la puerta. La calle seguía llena, gente pasando, coches que no paraban.
—Algún día nos cae algo gordo —dijo Lola, apoyándose en la pared —. Ya veréis.
Anna se cruzó de brazos.
—Y nos pilla sin dormir.
Erik miró el reloj sin levantar la muñeca.
—Como hoy.
Lola soltó una risa corta.
—Mejor. Así no nos da tiempo a darle vueltas.
Se quedaron un momento más, sin decidirse a irse. Luego cada uno tiró por su lado.
En Carpintería, las cartas de Anna llegaban puntuales. Elsie las guardaba en una caja. Jack las leía en voz alta al cerrar el taller.
—Cada vez escribe más como periodista.
Elsie no dijo nada. Se quedó con la carta en la mano un segundo más antes de doblarla.
—Cada vez habla menos de aquí.

Jack levantó la vista.

—Eso es porque ya está haciendo su vida.

Elsie asintió, aunque le costó un poco más guardar la carta aquella noche.

A mitad de año, Luis volvió con Elena y los niños. La puerta apenas se abrió y la casa recuperó de golpe la vida de otros tiempos.

—Pero bueno… —dijo Elsie, apartándose—, si no cabéis ni por la puerta.

Elena agarró a uno antes de que tirara algo.

—Y eso que hemos dejado cosas fuera.

Elsie los miró con calma.

—Cómo han cambiado…

—Y lo que les queda —respondió Elena.

Por la noche, cuando por fin se sentaron, la mesa quedó llena sin darse cuenta. Platos a medio vaciar, vasos moviéndose de un lado a otro, voces cruzándose.

Ray apoyó el vaso y miró alrededor.

—Al final vamos quedando menos.

Jack tardó en responder. Se tomó su tiempo antes de hablar.

—Yo no lo veo así.

Ray ladeó la cabeza, medio sonriendo.

—Ya… pero sabes por dónde voy.

Jack volvió a mirar la mesa. Nadie estaba quieto del todo.

—Yo lo que veo es esto.

Ray no contestó. Se quedó mirando un momento más y al final asintió sin decir nada.

En otoño llegó una carta desde Japón. Jack la guardó en la caja de las importantes. Elsie dejó la mano un segundo sobre la tapa antes de retirarla.

A veces las cartas tardaban semanas. Otras llegaban seguidas. Y cada vez que aparecía una con la letra de Hiroshi, Jack tenía la sensación de que una parte de su vida seguía ocurriendo muy lejos de allí.

A finales de año, Anna llamó a casa.

—Mamá, este año voy con Lola y Erik.

—¿Los tres? —se oyó a Jack desde el fondo.
—Los tres.
Elsie sonrió.
—Menudo trío.
Pausa breve.
—A ver qué liáis.
Anna se rió al otro lado.
—Ya verás.
—Pues venid —dijo Elsie—. Tengo ganas de ponerles cara.
Llegaron unos días después.
—Así que este es el famoso rancho —dijo Erik, mirando alrededor.
—Pasad —respondió Elsie.
Aquella noche, Anna subió a su cuarto, encendió la lámpara y abrió la ventana. Se quedó un momento escuchando la casa. Todo seguía igual… y ya no del todo. Luego cerró la ventana despacio.
La comida fue soltándose poco a poco, con voces cruzándose sin orden. Anna miró alrededor un instante.
Lola dejó el vaso y alzó las cejas.
—Pero bueno… ¿aquí nadie canta ni toca la guitarra?
Silencio corto.
—¿Cómo que no? —añadió, levantándose—. ¿Entonces qué hacéis?
Jack soltó una risa.
—Comer.
—Pues vaya plan —dijo Lola—. Venga, a ver… ¿Sabéis lo que es el flamenco?
Sin esperar respuesta, dio dos palmadas secas.
—Así.
Otra más, marcando el compás.
—No es difícil. Bueno… sí, pero da igual.
Se arrancó sin más, marcando el ritmo con los pies.
—¡Vamos! —señaló a Sam—. Tú, arriba.
—¿Yo?
—Tú.
Sam se levantó entre risas.
—No tengo ni idea.
—Mejor —dijo ella—. Así no te lías.

Las palmas empezaron a acompañarla. Alguien golpeó la mesa, otro marcó con el pie.

—¡Eso es! —gritó Lola—. ¡Más!

Se giró hacia Jack.

—Tú también.

—Ni de broma.

—Ni de broma nada —replicó ella—. Venga.

Acabó tirando de él igual.

Las risas se soltaron. Clara se tapó la boca, Elsie seguía el ritmo sin darse cuenta y Erik observaba sin perder detalle.

—Esto no me lo esperaba —murmuró.

Anna no respondió enseguida. Siguió mirando a Lola, que no paraba ni un segundo.

—Pues ahí la tienes —dijo al fin—. Empieza a cantar y bailar y lía a todos.

Al caer la noche, la casa fue bajando el ritmo. Lola se despidió a su manera y subió a dormir. Anna se quedó en el porche.

Erik salió al rato y se apoyó en la barandilla.

Se quedaron mirando el campo.

—Esto engaña —dijo él.

—¿El qué?

—Que parece que aquí está todo resuelto… que no falta nada.

Sam apareció desde el lateral, limpiándose las manos con un trapo.

—Para vivir no falta —dijo, apoyándose—. Tienes trabajo, casa… lo de siempre.

Erik negó despacio.

—Sí. Pero si te quedas, es siempre igual.

Sam miró hacia el hangar un segundo.

—Aquí hay faena todos los días.

—Claro —respondió Erik—. Pero no cambia. En Berlín están montando cosas nuevas todo el rato. Talleres grandes, universidades técnicas… gente mezclando ingeniería con oficio de verdad.

Sam frunció el ceño.

—Eso aquí no lo ves.

—Por eso te lo digo.

Sam se quedó callado un momento.

—¿Y alguien como yo tendría una oportunidad allí?

Erik lo miró con calma.

—Si te metes en serio, sí.

—No tengo título.

—Tienes base. Y sabes trabajar. Eso ya es algo.

Anna los observó en silencio.

—¿Te lo estás planteando?

Sam se encogió de hombros.

—No lo sé.

Miró hacia el taller.

—Pero no me importaría salir a ver qué hay fuera.

Erik asintió.

—Si te decides, te paso un contacto.

Sam respiró hondo.

—Con eso me vale.

Se quedaron un momento callados. Desde dentro todavía llegaban voces y alguna risa aislada.

—¿Y tú? —preguntó Sam—. ¿Te irías sin darle muchas vueltas?

Erik observó el campo oscuro.

—Las justas.

Sam dejó escapar una media sonrisa.

—Entonces habrá que darle pocas.

Anna siguió mirándolos un instante más antes de entrar en casa. Aquella noche, antes de acostarse, abrió la libreta.

Escribió varios nombres seguidos: Lola. Erik. Sam. Después se quedó quieta un momento, escuchando la casa al otro lado de la pared. Ya nada parecía quedarse demasiado tiempo en el mismo sitio.

CAPÍTULO LXXIX

DONDE EMPEZÓ TODO

Tokio y Nagoya, Japón — 1975

Hiroshi reconoció la costa antes de que el avión terminara de bajar. No por una forma concreta, sino por la luz. Había algo en cómo caía sobre el agua y se extendía hacia los arrozales que no había cambiado. Se inclinó hacia la ventanilla sin darse cuenta, como si acercándose fuera a confirmar que aquello seguía ahí.

Margaret siguió su mirada.

—¿Es Nagoya?

Hiroshi tardó en responder.

—Sí.

No añadió nada más. Se quedó mirando hasta que el avión tocó tierra.

El aeropuerto era otro. Más grande, más rápido, más lleno. Gente que no se detenía, voces que no reconocía, carteles que no había visto nunca. Aun así, al salir, hubo un instante breve en el que todo encajó: el aire, la humedad, la forma en que el bullicio quedaba siempre un poco al fondo. Ese instante bastó para saber que había vuelto. Después se rompió.

Esa noche, en el hotel, Margaret se durmió enseguida. Hiroshi no. Se quedó sentado junto a la ventana, mirando la ciudad. No buscaba recuerdos. Solo comprobaba algo más simple: que todo había seguido sin él.

Al amanecer subieron al cementerio. El sendero era el mismo. La grava cedía bajo los pies con el mismo sonido de antes. Hiroshi dejó las flores y se inclinó. No se levantó enseguida. Se quedó ahí, con las manos apoyadas, como si necesitara sostener ese momento un poco más.

Margaret esperó unos pasos atrás.

—Tus padres estarían orgullosos.

Hiroshi se incorporó despacio.

—Eso me gustaría pensar.

No se miraron.

Bajaron en silencio.

El tren hacia Tokio avanzó entre campos que Hiroshi no intentó retener. Sabía que no servía de nada. El paisaje pasaba igual que el tiempo: sin pedir permiso.

—¿En qué piensas? —preguntó Margaret.

Hiroshi apoyó la cabeza un segundo en el respaldo.

—En que todo sigue… aunque uno no esté.

Margaret no respondió. Se quedó mirando el cristal.

Llegaron a Tokio al atardecer. Takeshima los esperaba en el andén. El gesto fue el mismo de siempre, pero el cuerpo ya no.

Se abrazaron sin apretar más de lo necesario.

—Me alegra verte.

—Y a mí.

Ayako apareció detrás, organizando ya lo que venía.

—Llegáis a tiempo. Mañana inauguramos.

—Lo sé.

Cenaron los cuatro. Takeshima hablaba, Ayako completaba, Margaret preguntaba. Hiroshi escuchaba. Estaba allí, pero aún no del todo.

A la mañana siguiente, la universidad estaba llena. Gente entrando y saliendo, voces cruzándose, puertas que no dejaban de abrirse. Ese tipo de movimiento que empuja y no deja espacio para pararse.

Ayako los dejó en la sala.

—Ahora empieza.

Hiroshi asintió, sin saber qué esperaba exactamente.

Se quedó de pie, observando. La sala se llenaba poco a poco. Conversaciones sueltas, pasos, saludos. Nada destacaba… hasta que algo dejó de encajar.

No la vio de golpe. Primero fue una sensación que le hizo dejar de atender a lo demás. Luego la reconoció: Masako.

El movimiento a su alrededor siguió igual, pero para él todo quedó reducido a ese punto.

Ella también lo había visto.

Y no apartó la mirada.

Hiroshi dio un paso y se detuvo; el cuerpo no le respondió con la misma seguridad que antes. Masako avanzó otro, hasta quedar frente a él.

No hablaron enseguida. Se sostuvieron la mirada, como si antes de decir nada tuvieran que cruzar todos esos años.

Hiroshi tragó saliva.

—Eres tú.

Masako asintió.

—Sí.

La voz le salió más baja de lo que esperaba.

Hiroshi la observó con atención. Había cambiado. No en lo que recordaba, sino en lo que había perdido… y en cómo lo llevaba ahora.

—No sabía que estarías aquí.

Masako no dudó.

—Yo sí.

Hiroshi frunció el ceño, desconcertado.

—¿Cómo?

Masako sostuvo la mirada.

—Porque sabía que volverías.

No sonó a suposición. Sonó a algo que había estado esperando sin decirlo.

El murmullo de la sala volvió poco a poco. Pero no llegaba del todo.

—Han pasado muchos años —dijo Hiroshi.

Masako respiró hondo.

—Sí.

No dijo "muchos". No hizo falta.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Masako tardó un segundo.

—Sí.

Pausa.

—¿Tú?

Hiroshi asintió.

—Sí.

Se quedaron en eso. Era verdad, pero no era toda la verdad.

Margaret se acercó, cerrando el espacio sin romperlo.

—Hola. Soy Margaret.

Masako la miró con atención. Sin medirla. Sin evitarla.

—Encantada.

Hubo un segundo en el que las tres miradas coincidieron. Nadie lo sostuvo más de lo necesario.

Ayako intervino desde el fondo.

—Vamos a empezar.

Las telas cayeron de los cuadros. La sala cambió de ritmo. La gente se movió.

Hiroshi se apartó unos pasos. Necesitaba aire.

Se detuvo ante un cuadro: una figura de espaldas frente al mar, con un cuaderno en las manos. No necesitó leer la firma.

—Es de Sachiko —dijo Ayako.

Hiroshi asintió. No habló.

Más tarde, cuando la sala se vació un poco, se encontraron otra vez. Esta vez sin gente alrededor.

No buscaron un sitio. Solo se quedaron donde estaban.

Hiroshi habló primero.

—Te busqué.

Masako no se movió.

—Lo sé.

—Fui a Kure. Pregunté. Nadie sabía nada.

Masako bajó la mirada un segundo.

—Me fui antes.

Hiroshi asintió, sin sorpresa.

—Ya.

El silencio que siguió fue más largo. Más pesado.

Masako fue la que lo rompió.

—Esperé.

Hiroshi levantó la vista.

—Más de lo que debía.

La frase no llevaba reproche. Y precisamente por eso dolía más.

Hiroshi tragó saliva.

—Pensé que volverías… —añadió ella—. Y que lo explicarías.

Hiroshi no respondió enseguida. Se pasó la mano por la cara, sin esconderse.

—No supe cómo hacerlo.

Pausa.

—Todo estaba roto… y no sabía por dónde empezar sin hacer más daño.

Masako asintió despacio.

—Yo tampoco lo hice mejor.

Silencio.

—Y luego pasó el tiempo —dijo él.

Masako sostuvo la mirada.

—Sí.

Pausa.

—Y no se detuvo por nosotros.

Se miraron. Esta vez sin protección.

—¿Fuiste feliz? —preguntó ella.

Hiroshi tardó en responder.

—Sí.

Masako no apartó la mirada.

—¿De verdad?

—Sí… pero no como pensaba entonces.

Masako bajó la vista un instante.

—Yo tampoco.

Silencio.

Hiroshi dio un paso más cerca, sin llegar a tocarla.

—A veces pensaba en ti.

Masako negó muy leve.

—Yo no a veces.

Ahí sí hubo algo más en el tono. No reproche. Pero sí años encima.

Hiroshi sostuvo la mirada.

—Ya.

Masako respiró hondo.

—Lo que hubo entre nosotros fue de verdad.

—Sí.

—Y por eso no desapareció —añadió ella—. Se quedó ahí.

—Pero no se puede vivir dentro de eso.

El golpe llegó sin levantar la voz.

Hiroshi bajó la mirada un segundo. Cuando volvió a alzarla, algo había cambiado.

—Lo sé.

El silencio ya no pesaba igual.

Masako dio un paso atrás. No para alejarse. Solo para volver a su sitio.

—Cuídate, Hiroshi.

Él asintió.

—Tú también.

No se acercaron más.

Esa noche Hiroshi no abrió el cuaderno. Lo dejó donde estaba.

Al día siguiente, el almuerzo reunió a todos. Conversaciones cruzadas, vasos, movimiento contenido.

Takeshima levantó el suyo.

—Por los que ya no están.

Hiroshi alzó el vaso.

—Y por los que seguimos aquí.

Al otro lado de la mesa, Masako le sostuvo la mirada un segundo.

Bastó.

Días después, Sachiko les regaló un retrato. Hiroshi aparecía de perfil, con la luz entrando por un lado y la mirada fija al frente, sin intentar suavizar nada.

Margaret lo observó en silencio.

—Te ha pintado tal cual.

Ayako sonrió muy leve.

—Siempre mira así.

El día de la partida amaneció despejado.

Las despedidas fueron breves.

—Buen viaje. Y escribe cuando llegues.

—Cuidaos. Seguimos en contacto.

El avión despegó.

Margaret apoyó la cabeza en su hombro.

—¿La quisiste mucho?

Hiroshi miró por la ventanilla.

—Sí.

Pausa.

—¿Y ahora?

Hiroshi tardó un instante en responder.

—Ahora entiendo lo que fue.

—¿Y qué fue?

Hiroshi dejó escapar el aire despacio.

—Lo que supimos hacer entonces… y lo que no.

Margaret lo observó en silencio.

—¿Y tú?

Hiroshi giró la cabeza hacia ella.

—Estoy aquí.

Pausa.

—Contigo.

Margaret sostuvo la mirada un momento antes de acomodarse contra él.

—Vale.

Debajo quedaba el país donde había empezado todo.

Hiroshi siguió mirando hasta que las luces desaparecieron entre las nubes.

CAPÍTULO LXXX

LOS DÍAS QUE SE QUEDAN

Carpintería y Los Ángeles — 1975

Anna ya no caminaba por Los Ángeles como una recién llegada. Había aprendido a meterse en el bullicio sin dejarse arrastrar, a entrar en la redacción con el café en una mano y la libreta en la otra, a discutir un titular sin echarse atrás.

Aquella tarde de octubre, el cierre del número de la revista universitaria se alargaba más de la cuenta. Las páginas iban y venían entre mesas, alguien discutía un titular al fondo y el reloj ya había dejado de importar.

—Le estás dando demasiadas vueltas —dijo Erik.

—Porque no quiero que suene a algo que me han pedido.

Lola resopló.

—Pues deja de escribir como si te fueran a corregir línea por línea.

Anna se recostó en la silla.

—No termino de encontrar el punto.

Erik cerró el folio que tenía entre manos.

—¿Qué quieres decir de verdad?

Anna dudó un segundo.

—Que no se puede contar desde fuera, hay que estar dentro del lío.

Hubo un silencio breve.

—Pues empieza por ahí —dijo él—. Sin rodeos.

Anna lo miró un instante más y volvió al papel. Esta vez no corrigió: reescribió desde el principio. Media hora después, el texto estaba entregado.

Esa noche salieron los tres. Hablaron de todo y de nada.

—De pronto me han entrado ganas de volver a casa —dijo Anna.

—¿A Carpintería? —preguntó Erik.

Anna asintió.

—Sí.

—Vuelves en Navidad.

Anna negó.

—No es por eso.

Pausa.

—Entonces, ¿por qué?

Anna sostuvo la mirada.

—Porque hay algo que no estoy viendo… y no lo voy a entender desde aquí.

No añadió más.

En Carpintería, diciembre llegó con movimiento. Habían terminado los exámenes apenas unos días antes. Cada uno volvió a su sitio: Lola a España, Erik a Berlín. Anna, a casa.

Cuando llegó, se quedó un segundo en la puerta antes de entrar, como si necesitara medir la distancia. Dentro, la cocina estaba en marcha: voces, platos, manos que iban y venían sin detenerse.

Jack apareció desde el patio.

—Ya estás aquí.

Anna asintió.

No hizo falta decir nada más.

Esa noche la mesa se llenó sin esfuerzo. Jack Jr. hablaba de su primer caso en Nueva York, Ray escuchaba medio sonriendo y Elsie no paraba quieta. Anna apenas intervenía. Escuchaba. No estaba allí para descansar. Buscaba una buena historia y sabía con quién hablar.

Al día siguiente salió con Sam hacia los naranjos. El aire era frío y limpio.

—Erik se vuelve a Berlín —dijo Anna—. Quiere ver si encuentra algo de trabajo interesante allí.

Sam asintió.

—Tiene sentido.

Pausa.

—¿Y tú?

Sam tardó en responder.

—Sigo dándole vueltas.

—¿Se lo has dicho a tus padres?

—Aún no.

Anna lo miró.

—¿Y mientras?

Sam se encogió de hombros.
—Termino el título.
—¿Cuál?
—Ingeniería aeronáutica.
Anna asintió despacio.
—Eso tiene mérito, Sam.
Sam dejó escapar una media sonrisa.
—Está bien… pero no me veo quedándome ahí.
Siguieron andando sin prisa.
Al anochecer, Anna bajó sola a la playa. Se sentó frente al mar. El sonido era el mismo de siempre. Abrió la libreta, pero no escribió. La cerró y regresó despacio.
En el porche había luz cálida y sitio para todos. Se quedó un momento mirando la escena antes de sentarse.
Hiroshi estaba sentado en el porche mirando hacia el campo. No dijo nada cuando ella se acercó.
—No te está saliendo.
Anna no se defendió.
—No encuentro por dónde empezar.
Hiroshi asintió muy leve.
—Eso no es el principio. Es el sitio donde uno se queda dando vueltas.
Anna apoyó los brazos en la barandilla.
—Quiero hacerlo bien… y cada vez que empiezo suena vacío.
Hiroshi giró un poco la cabeza.
—Porque estás escribiendo como si alguien te estuviera mirando.
Anna soltó aire.
—Claro que me miran. Es el trabajo final.
—No hablo de eso. Hablo de que quieres demostrar algo.
Anna no respondió.
—Y ahí es donde deja de funcionar —añadió—. Porque dejas de decir lo que importa.
El silencio se sostuvo un momento.
—¿Y tú cómo lo hiciste? —preguntó ella.
Hiroshi tardó en contestar.
—Mal. Empecé tarde… y ya había cosas que no tenían arreglo.

Pausa.

—No escribía para que quedara bien. Escribía porque, si no lo hacía… lo iba a perder.

Anna bajó la vista.

—¿A Masako?

Hiroshi asintió.

—No podía hablar con ella. No sabía cómo. Así que escribía.

—¿Y eso te servía?

Hiroshi dejó escapar una respiración breve.

—No. Pero al menos no miraba hacia otro lado.

El viento movió las ramas del campo.

—Hay cosas que no se arreglan. Te las quedas… y sigues.

Anna levantó la vista.

—Y tú no te apartaste.

Hiroshi no respondió directamente.

—Las dejé escritas. Las cartas están ahí.

Anna se quedó quieta.

—¿Puedo leerlas?

Hiroshi negó, sin dureza.

—Ahora no. Cuando sepas qué estás buscando.

Anna sostuvo la mirada. Esta vez no preguntó nada más.

A la mañana siguiente, la casa estaba en silencio. Anna entró sola en la oficina y abrió un cajón. La caja azul seguía en su sitio. La rozó con los dedos y volvió a cerrarlo. No era el momento.

Se sentó, abrió la libreta y leyó lo que tenía escrito. No le sirvió. Arrancó la hoja sin cuidado y la dejó a un lado. Se quedó un instante con el bolígrafo suspendido. Esta vez no buscó una frase buena, sino una que no pudiera esquivar.

Empezó a escribir sin levantar la cabeza. No sobre lo que había pasado, sino sobre lo que aún no sabía poner en palabras.

CAPÍTULO LXXXI

BIENVENUE À PARIS

Tokio y París — 1976

Masako abrió la carta sin prisa. El sobre era azul claro, con el membrete de la Universidad de Artes de Tokio. Dentro había un papel doblado y una sola línea:

«Beca de perfeccionamiento artístico en París. Curso de color y composición. Duración: un año.»

La leyó dos veces. No reaccionó enseguida. Se quedó mirando el papel como si necesitara colocarlo en algún sitio que aún no tenía.

Oyó pasos en el pasillo. Sachiko entró con las manos manchadas de pintura.

—¿Qué pasa?

Masako levantó la vista.

—Que te vas a París.

Hubo un segundo suspendido. Luego, una risa corta, incrédula.

—¿De verdad?

—De verdad.

Sachiko no preguntó nada más. Dio un paso y la abrazó. No fue un gesto contenido: fue limpio, directo, sin medirlo.

Durante los días siguientes, la casa cambió de ritmo. Papeles, listas, maletas abiertas que se cerraban y volvían a abrirse. Ayako entraba y salía con naturalidad, como si llevara años esperando ese momento.

—He hablado con una residencia cerca de la escuela —dijo una mañana—. No es grande, pero está bien situada.

—Gracias, Ayako.

—No es ningún favor. Cuando alguien se lanza a la aventura de ser artista, lo normal es echarle una mano.

Pausa breve.

—Además, te hace falta ese viaje.

Sachiko levantó la vista.

—Aquí ya sabes cómo trabajas —continuó Ayako—. Allí no. En París vas a descubrir cómo trabajan otros, cómo piensan… y eso te va a obligar a replantearte lo que haces.
—Es distinto —añadió—. Allí la pintura no se explica igual. Y eso, para alguien como tú, es justo lo que necesitas ahora.

Sachiko no respondió enseguida.
—A veces te pierdes —dijo Ayako, sin dureza—. Pero no porque no sepas, sino porque ves demasiado a la vez.

Silencio.
—París te va a ayudar a poner cada cosa en su sitio.

Masako observó desde la mesa sin intervenir.

Sachiko asintió despacio. Esta vez no como quien acepta, sino como quien empieza a entender.

En la clínica, la noticia empezó a circular. Ishikawa la repetía con un orgullo que no terminaba de disimular.
—Nuestra Sachiko se va a París.

Masako asentía, pero empezó a fijarse en otra cosa. No en lo que decía, sino en cómo lo decía.

En una consulta, Ishikawa revisó una ficha, se detuvo, volvió a empezar.
—Esto ya lo teníamos —dijo.

Masako lo miró.
—Sí.
—Claro… esto ya lo teníamos —repitió él, como si necesitara convencerse.

No era la primera vez.

Aquella tarde, al cerrar, Masako no recogió enseguida. Esperó a que el resto se fuera. Ishikawa seguía dentro, ordenando papeles con un cuidado excesivo.
—Tenemos que hablar.

Ishikawa no levantó la vista.
—Claro.

Masako no se movió.
—De ti.

Eso sí le hizo detenerse.
—¿De mí?

Masako dio un paso.
—Te estás repitiendo.
Silencio.
Ishikawa dejó el bolígrafo.
—No es nada.
Masako sostuvo la mirada.
—Y la mano… no la tienes igual cuando firmas.
Ishikawa no respondió.
—No es de hoy. Lleva tiempo.
Él apoyó las manos sobre la mesa.
—Estoy cansado.
—Sí.
—Eso le pasa a cualquiera.
Masako negó muy leve.
—No así.
El silencio se tensó.
—Llevas toda la vida aquí —continuó ella—. Pero no tienes que aguantar hasta que el cuerpo diga basta.
Ishikawa apretó la mandíbula.
—¿Quieres que lo deje?
—Quiero que no te obligues a seguir.
La frase quedó entre los dos.
Ishikawa bajó la vista.
—No sé hacer otra cosa.
—Sí sabes —dijo Masako—. Solo que nunca te lo has permitido.
Pausa larga.
—Si fuera otro, ya se lo habrías dicho.
Ishikawa no contestó.
—Pero como eres tú, miras hacia otro lado.
Él soltó el aire despacio.
—Déjame pensarlo.
Masako asintió.
—Eso es lo único que te pido.
No añadieron nada más.
Días después, Haruto entró en la clínica con un ramo sencillo. No buscó a nadie más.

—Es para ti.

Sachiko lo cogió.

—Gracias…

Se quedaron un segundo con las manos cerca, sin soltarse del todo.

—He vuelto a ver tus cuadros —añadió él.

Sachiko sostuvo la mirada.

—¿Y qué viste esta vez?

—Que me quedé hasta que apagaron las luces… y que al día siguiente volví.

Ella bajó la vista al ramo, girándolo entre los dedos.

—Eso le pasa a poca gente.

Haruto la miró un instante más de la cuenta.

—No me pasa con cualquiera.

Silencio breve.

—Solo será un año —dijo ella, más baja.

Haruto asintió, sin apartarla.

—El tiempo pasa.

Pausa.

—Pero algunas cosas no.

Sachiko no respondió.

Solo dejó de girar el ramo entre los dedos.

La noche previa al viaje cenaron temprano. Nadie intentó llenar los silencios.

—Cuando eras pequeña dibujabas puertas —dijo Masako.

—Quería saber qué había detrás.

—Pues esta era una de ellas.

Sachiko asintió.

Después no hablaron de París. Hablaron de la casa, de lo que compartían, de lo que no hacía falta explicar.

Más tarde, cuando la casa se apagó, Masako entró en el cuarto. La maleta estaba abierta: ropa doblada, pinceles envueltos, el cuaderno encima.

Se sentó en la cama. Luego escribió una nota y la dejó sobre la mesa:

Pinta sin miedo.

Aquí siempre vas a poder volver.

El día de la despedida amaneció claro.

—Ya está el coche abajo —dijo Ishikawa.

En la estación, todo seguía su curso.

Sachiko se volvió hacia él.

—Cuídate.

Ishikawa asintió, pero no apartó la vista.

—Tú a lo tuyo. Y escribe.

Masako le ajustó el abrigo sin decir nada.

—Cada semana —añadió Sachiko.

El tren arrancó.

Ishikawa se quedó un segundo más de lo normal, siguiendo el vagón con la mirada.

De vuelta, caminaron en silencio.

—He estado dándole vueltas a lo que dijiste —dijo él.

—No voy a decidirlo hoy.

—No hace falta.

Pausa.

—Pero no lo voy a dejar pasar.

Masako asintió.

Muy lejos, en París, Sachiko abrió la ventana. El aire era distinto. Se observó en el espejo y no apartó los ojos.

Se sentó, abrió el cuaderno y escribió una sola línea: Estoy aquí.

Luego lo cerró sin prisa.

CAPÍTULO LXXXII

EL TIEMPO DE AVANZAR

Carpintería y Los Ángeles — 1977

En Carpintería, el día empezaba antes de que nadie dijera nada. La cafetera al fuego, la puerta del taller al abrirse, el porche aún en sombra. Jack cruzaba el patio con el café en la mano; Elsie dejaba la cocina lista sin detenerse más de lo necesario. Todo seguía en su sitio, pero el silencio entre gesto y gesto era distinto. Más largo. Más lleno.

A media mañana sonó el teléfono.

Elsie se secó las manos en el delantal antes de cogerlo.

—¿Sí?

—Mamá.

Se le escapó una sonrisa.

—Jack, es tu hijo.

Jack apareció desde el pasillo.

—A ver.

—He ganado otro caso.

La frase quedó suspendida un instante.

—¿Otro? —dijo Jack.

—El tercero este mes. Me han metido en asuntos grandes. Ya no estoy aprendiendo. Estoy dentro.

Elsie apoyó la mano en la mesa.

—Eso cambia las cosas.

—No. Ya no estoy de prácticas.

Jack asintió despacio.

—Pues aprieta ahí. No aflojes ahora.

Hubo un silencio corto.

—Voy a bajar unos días —añadió—. Me apetece estar ahí.

—Baja —dijo Jack—. Aquí te sentará mejor.

Colgó.

Jack dejó el teléfono en su sitio.

Elsie se quedó mirándolo un segundo más.

—Se le oye seguro.
—Sí.
Breve silencio.
—Ha llegado donde quería.
Jack dejó escapar una media sonrisa.
—Y no le han regalado nada.
Elsie asintió.
—Ninguno de los dos.
—Cada uno a su manera —añadió Jack.
Se quedaron un momento en silencio, sin añadir nada más.
El viernes, el coche apareció al fondo del camino. No levantó polvo. Llegó despacio, como si ya supiera a dónde venía.
Jack Jr. bajó con la carpeta bajo el brazo. No miró alrededor. Fue directo.
Elsie lo abrazó.
—Te hacía falta venir.
—Sí.
Jack lo sostuvo un segundo más.
—A ver qué traes.
Dentro, la carpeta se abrió sobre la mesa. Papeles ordenados, notas al margen, decisiones cerradas.
Jack pasó páginas sin hablar.
—¿Todo esto lo has llevado tú?
—Sí.
Jack cerró el expediente con cuidado. Lo mantuvo un segundo en la mano.
—Entonces ya saben con quién están tratando.
Jack Jr. asintió. No sonrió.
En la pared, junto a la puerta, las fotos empezaban a solaparse. Caras de años distintos compartiendo el mismo espacio.
Esa noche la mesa se llenó. Clara y Ray llegaron con Sam. Jack Jr. hablaba de trabajo, Elsie iba y venía, Jack escuchaba más de lo que decía.
—A ver —dijo Ray—, ¿cuándo te lo vas a creer?
—Cuando baje el ritmo.
—Entonces puedes esperar sentado —añadió Clara.

Sam apenas había intervenido. Jugaba con el tenedor, dándole vueltas sin mirar a nadie.

Esperó un momento. Luego habló, sin levantar mucho la voz.

—Estoy dándole vueltas a una cosa.

Nadie reaccionó al principio.

—¿A qué? —preguntó Clara.

Sam tragó saliva, pero no se echó atrás.

—A irme fuera.

Ray levantó la vista.

—¿Fuera?

—Sí.

—A Berlín.

El silencio cayó de golpe sobre la mesa.

Clara dejó el vaso a medio camino.

—¿Berlín?

Sam sostuvo la mirada.

—Me han pasado contactos. Talleres grandes. Gente metida en proyectos de verdad.

Nadie habló durante un segundo.

—¿Y esto desde cuándo? —preguntó Ray.

—Desde hace tiempo.

—Y tú sin decir nada —añadió Clara.

—Porque no lo tenía claro.

Jack intervino, tranquilo.

—¿Y ahora?

Sam dudó lo justo.

—Ahora sí.

Ray se inclinó un poco hacia delante.

—Eso no es probar.

—No.

—Es coger e irte.

Sam sostuvo la mirada.

—Sí.

Clara lo miraba fija.

—¿Y el taller?

Sam señaló con la cabeza hacia dentro.

—Aquí ya sé cómo funciona todo.
—¿Y con eso te quedas? —preguntó ella.
Sam negó muy leve.
—No me basta. Si no salgo, no voy a saberlo.
Breve silencio.
—Sé que no va a ser fácil —añadió—. El idioma, la forma de trabajar… todo.
—Pero aun así me voy. Ya lo he decidido.
Jack Jr. habló por primera vez.
—¿Te ves allí currando?
Sam tardó en responder.
—No del todo… pero me veo empezando.
Ray se pasó la mano por la cara.
—Está lejos.
Sam no apartó la mirada.
—Y no sabes cuánto vas a estar.
Sam negó muy leve.
—Ni idea.
Breve silencio.
—Pero quedarme aquí con la duda… eso sí lo tengo claro.
Jack soltó el aire por la nariz, casi una media risa.
—Ahora sí te entiendo.
Clara no apartó la mirada.
—Podías haberlo dicho antes.
Sam bajó la vista un segundo.
—No estaba preparado.
Silencio.
Ray lo sostuvo unos segundos más.
—¿Tienes algo medio atado o empiezas de cero?
—Tengo contactos.
—Entonces tira de ellos, al menos hasta que te sitúes.
Sam asintió.
Clara respiró hondo.
—Si lo tienes tan claro… adelante.
Sam le sostuvo la mirada.
—Lo tengo.

Ray apoyó la mano en la mesa.

—Hazlo con cabeza. Y si se tuerce algo, nos llamas.

Sam no respondió, pero se le notó en la cara.

Clara asintió al fin.

—Haz que merezca la pena.

Sam dejó escapar una media sonrisa.

—Me voy la semana que viene.

—Os aviso cuando llegue.

Jack miró a Ray y luego a Sam.

—Si no sales ahora, luego te quedas aquí para siempre.

Ray no añadió nada.

La conversación siguió todavía un rato, pero ya más despacio. Los platos quedaron a medio terminar y las voces fueron apagándose solas mientras cada uno recogía lo suyo.

Al final, solo quedó el sonido de la cocina y la sensación de que algo acababa de empezar para todos.

CAPÍTULO LXXXIII

LA LUZ DEL SENA

París — 1977

Sachiko cruzaba el puente Saint-Michel con la carpeta bajo el brazo. A esa hora, la ciudad todavía no había terminado de arrancar. Los primeros estudiantes pasaban deprisa, los cafés abrían sin apuro y el río seguía su curso sin atender a nada.

Llevaba ya un invierno en París. Lo suficiente para dejar de perderse y empezar a orientarse sin pensar. Las primeras semanas habían sido de esfuerzo y desconcierto: medir cada palabra, contar monedas, repetir trayectos hasta fijarlos en la memoria. Ahora se movía con naturalidad. Pedía en francés, discutía precios en Montparnasse, saludaba al conserje sin buscar las palabras.

Su habitación quedaba en el barrio Latino, frente a una librería que cerraba tarde. Desde el balcón veía estudiantes con bufandas largas, coches viejos tomando las curvas despacio y farolas que adelantaban la noche.

Por las mañanas acudía al taller Moreau. Allí aprendía a mezclar pigmentos sin prisa, a esperar el secado, a mirar dos veces antes de decidir. Conoció a Lucía, sevillana de carácter abierto; a Julien, que hablaba de pintura como si discutiera; y a Han, escultor coreano que resumía todo en una forma limpia. Entre los cuatro la relación salió sin esfuerzo.

—Tú pintas con memoria, pero sin dureza —le dijo un día Moreau, inclinándose ante su tela—. Eso no se enseña.

—Será de haber crecido cerca del mar —respondió Sachiko.

Moreau no se apartó enseguida.

—Puede ser. Pero aquí todavía te estás guardando algo.

Sachiko no respondió.

Aquella tarde rompió dos bocetos antes de empezar de nuevo.

Las tardes solían acabar en un local pequeño de la Rue de Seine. Mesas juntas, periódicos doblados, conversaciones que no buscaban imponerse. Lucía renegaba del clima, Julien defendía la abstracción,

Han reducía todo a lo esencial. Sachiko tomaba notas en una libreta roja. No escribía mucho. Una frase, a veces dos. Luego intentaba llevarlas al lienzo.

Con los días, aquellas tardes se convirtieron en otra forma de aprender. No por lo que se decía, sino por cómo se sostenía una idea. Si servía, se quedaba. Si no, se caía sola.

Empezó a fijarse en cosas que antes no miraba: el tendero colocando la fruta siempre igual, una mujer barriendo a la misma hora, un músico afinando antes de tocar en el metro. París no se ofrecía de golpe. Se repetía hasta que uno la reconocía.

A veces se sentaba junto al río. Le bastaba mirar el paso constante de la gente sobre los puentes, las parejas que no se escondían y el agua siguiendo siempre el mismo ritmo.

Se quedaba un rato más.

El agua seguía su curso, siempre igual, sin pedir nada.

Las cartas de casa le marcaban el tiempo. Masako escribía cada mes con su letra firme. Preguntaba por las clases, por el frío, por los amigos. Siempre terminaba igual: "Cuando vuelvas, te espera la mesa puesta." Sachiko respondía con un dibujo y una línea breve.

Una tarde encontró un sobre azul apoyado junto a la puerta del cuarto. Lo abrió todavía con el abrigo puesto.

"Sachiko:

Aquí sigue lloviendo más de la cuenta y tu madre sigue diciéndome que cierre mejor las ventanas."

Sachiko dejó escapar una sonrisa breve antes de seguir leyendo.

"Yumi dice que en París seguro que comes fatal. Kenji opina lo mismo, pero solo porque ahora nadie le aguanta las bromas en la clínica."

Se sentó junto a la ventana.

"La clínica sigue llena. Ishikawa continúa diciendo que está perfectamente, aunque cada vez tarda más en terminar las consultas. El otro día repitió tres veces el nombre de una paciente y luego se enfadó porque Yumi le quitó las fichas de la mano."

La sonrisa desapareció poco a poco.

"Kenji y yo hemos intentado convencerlo para que afloje un poco."

Pausa.

"No sirve de nada."

Sachiko siguió leyendo más despacio.

"Dice que mientras pueda mantenerse en pie, seguirá viniendo."

Abajo, la calle seguía llena de voces y bicicletas cruzando deprisa.

"A veces pienso que le da más miedo parar que el cansancio."

Sachiko apoyó la carta sobre las rodillas un instante antes de continuar.

"Haruto pasa bastante por casa."

Ahí sí se detuvo un segundo más de la cuenta.

"Entra sin decir gran cosa, pero siempre acaba quedándose. Algunas tardes habla conmigo mientras preparo té. Otras se queda mirando tus cuadros como si esperara que le respondieran

Sachiko bajó la vista.

"El otro día discutisteis los dos sin estar tú delante. Él decía que uno no pinta para gustar. Yo le dije que entonces para qué pinta nadie."

Por primera vez desde que había llegado a París, Sachiko soltó una risa de verdad.

"Se quedó pensando y luego respondió: 'Ella lo entendería.'"

La sonrisa le duró menos esta vez.

"Creo que te echa de menos más de lo que dice."

Pausa.

"Aquí todos lo hacemos."

Sachiko volvió la cabeza hacia la ventana. El cielo empezaba a apagarse sobre los tejados.

"Tu cuarto sigue igual. Yumi entra a ventilar aunque nadie se lo pida. Ishikawa protesta cada vez que la oye abrir la puerta."

Abajo alguien gritó algo en francés y otro respondió entre risas.

"Cuando vuelvas, intenta no hacerlo tan tarde."

La carta terminaba sin despedidas largas.

"Come bien.

Mamá."

Sachiko dobló el papel despacio.

Se quedó un rato sentada sin moverse.

Luego miró alrededor: la habitación pequeña, los pinceles secándose junto al radiador, el cielo gris detrás de los tejados.

París seguía allí.

Pero, por primera vez en meses, Tokio dejó de parecer tan lejos.

También escribía a Haruto. Poco. Sin rodeos.

Una noche releyó una de sus cartas.

"No pintes para que te entiendan. Pinta para no tener que explicarte."

Cerró el papel despacio. No sabía si aquello la acercaba a casa o la alejaba todavía más.

No todo eran avances. Había mañanas torcidas, tardes sin rumbo y noches en las que la ciudad se cerraba. Sachiko dejó de pelear con eso. Ordenaba el material y trabajaba.

El dinero obligaba a medir. Cambió de mercado, ajustó gastos, dejó de lado caprichos. Aquella disciplina le dio una seguridad nueva.

Algunas tardes no quedaba con nadie. Volvía temprano, limpiaba pinceles, revisaba bocetos fallidos. Copiaba cuadros ajenos para entenderlos mejor. No buscaba parecerse. Buscaba afinar.

También hubo días de cansancio. No tristeza, sino desgaste. París pedía atención constante.

Aprendió a parar sin explicarse.

Un domingo se quedó sola en el taller. La luz entraba limpia. Trabajó horas sin mirar el reloj. Cuando levantó la vista, el cuadro apenas había avanzado.

Se acercó un paso más. No estaba bien. Pero ya era suyo. Se quedó delante unos segundos más, quieta.

Desde entonces, el Sena empezó a aparecer en sus bocetos. No como paisaje, sino como estructura. Algo que avanza sin imponerse.

Con la primavera, el taller anunció una muestra colectiva. Sachiko eligió el Sena al amanecer. Buscó durante días el tono exacto.

El día de la exposición la galería se llenó. Lucía mostró patios de sombra dura; Julien, un retrato urbano; Han, una pieza mínima. Cuando llegaron al cuadro de Sachiko, un crítico se detuvo.

—C'est très japonais… pero también es muy de aquí.

Sachiko sostuvo la mirada.

—Puede ser.

No añadió nada más.

Hubo abrazos, risas y una comida improvisada. Julien alzó el vaso.

—Por la japonesa que supo verlo antes que nosotros.

—Y por vosotros —respondió ella—. Porque me habéis hecho ver las cosas de otra manera.

Lucía chocó el vaso con el suyo.

—Eso sí te lo compro.

El ofrecimiento llegó sin aviso. Una posibilidad de quedarse más tiempo, nuevos contactos, otro paso.

—Aquí podrías crecer mucho —le dijeron.

Sachiko escuchó.

—Ya.

No se apresuró.

Aquella noche caminó sola hasta el río. Se apoyó en la barandilla y miró el agua avanzar.

Quedarse empezaba a parecer demasiado fácil.

Pensó en Tokio sin nostalgia. En Masako. En Haruto. Y entonces entendió algo que no le gustó: quedarse allí empezaba a confundirse con acomodarse, y eso no era lo que había ido a buscar.

El agua siguió pasando.

Al día siguiente habló con Moreau.

—Podría quedarme.

—Ya.

Moreau la miró sin prisa.

—¿Y quiere?

Sachiko dudó un instante.

—Querría… pero no así.

Moreau asintió.

—París enseña mucho. Y también sabe retener.

Sachiko dejó escapar una media sonrisa leve.

—Eso es lo que me preocupa.

Aquella tarde escribió una carta que no envió.

Podría quedarme. Aquí mis cuadros empiezan a encontrar sitio. Pero no quiero que lo mejor de ellos nazca lejos de quienes saben

de dónde vienen.

Al cerrar la libreta, ya había decidido.

El otoño marcó el final de la beca. Moreau le estrechó la mano.
—París no se acaba cuando uno se va.
—Ni lo que he aprendido aquí —respondió ella.

Hubo despedidas, regalos y promesas breves. Lucía le dio unos pendientes; Han, una caja de acuarelas; Julien, un libro de Monet.

La última semana se fotografió junto al Sena. Boina calada, abrigo claro, la ciudad detrás.

Esa imagen viajaría a Tokio.

Aquella noche escribió dos postales.

A Masako.

A Haruto.

La mañana del vuelo amaneció despejada. En el aeropuerto, los destinos se sucedían en los paneles.
—Escribe —dijo Lucía.
—Y no tardes tanto en volver —añadió Julien.

Sachiko asintió.
—Volveré.

En la sala de embarque abrió la libreta roja y escribió una línea breve antes de cerrarla.

El avión despegó. Los puentes se hicieron pequeños, el agua una línea, los tejados un dibujo repetido.

Sachiko apoyó la frente en el cristal un instante y luego se apartó. París quedó atrás. No volvió a girarse.

.

CAPÍTULO LXXXIV

EL ORDEN DE LAS COSAS

Carpintería, Los Ángeles, Berlín y Nueva York — 1978–1979

En Berlín, Sam aprendió primero a no mirar el reloj. El taller donde trabajaba quedaba en un antiguo almacén cerca de Kreuzberg, rodeado de edificios marcados todavía por la guerra y bares donde la noche parecía empezar demasiado pronto. Allí nadie preguntaba demasiado de dónde venía uno. Bastaba con trabajar bien.

Las jornadas se llenaban de motores desmontados, piezas imposibles y planos extendidos sobre mesas manchadas de grasa. Sam empezó observando. Después corrigiendo. Más tarde, decidiendo.

Una noche, uno de los mecánicos golpeó el capó con el dorso de la mano.

—Eso no aguanta así.

Sam se inclinó sobre la pieza.

—Porque está mal compensado aquí.

El otro lo observó un segundo.

—Pues arréglalo.

Lo hizo sin hablar más. A partir de entonces dejaron de tratarlo como al chico americano que había llegado de paso.

Fuera del taller, Berlín iba por libre. Música saliendo de sótanos, humo pegado a la ropa, estudiantes mezclados con artistas y obreros turcos entrando tarde en los cafés. Sam empezó a quedarse después del trabajo. A veces con compañeros. A veces solo.

Fue en uno de esos cafés donde conoció a Lukas. Dibujaba portadas para una editorial pequeña y siempre llevaba las manos manchadas de tinta.

La primera conversación duró diez minutos. La segunda terminó de madrugada.

Con él, Berlín dejó de parecer un lugar provisional.

Algunas noches caminaban junto al muro sin rumbo claro. Otras acababan en un piso lleno de gente hablando varios idiomas a la

vez, discos sonando demasiado alto y ventanas abiertas aunque hiciera frío.

—Aquí cada uno vive como le da la gana —dijo Sam una noche.

Lukas sonrió de lado.

—Porque aquí nadie te pregunta demasiado.

Sam no respondió. Se quedó contemplando las luces del otro lado del muro.

Con Lukas aprendió algo que no había encontrado en Carpintería: silencio sin tensión. Poder estar sin tener que explicarse.

Aquello no cambió quién era. Solo dejó de esconderlo tanto.

Anna empezó a notarlo en sus llamadas.

—Te siento muy diferente —le dijo una noche desde Los Ángeles.

Sam soltó una risa baja.

—¿Eso es bueno o malo?

—Las dos cosas.

Él sonrió apoyado contra la ventana del piso.

—Berlín tiene algo.

—Ya… es una ciudad completamente loca.

—Por eso engancha.

Anna se acomodó el teléfono entre el hombro y la mejilla.

—¿Has visto a Erik?

—Sí. Bastante al principio.

—¿Y ahora?

—Ahora menos. Va y viene todo el rato.

—Pero me ayudó mucho al llegar.

Anna sonrió un poco.

—Eso sí es muy él.

—Gracias a él me asenté rápido aquí.

Silencio breve.

—Lo último que me contó es que estaba preparando un viaje.

Anna bajó la vista antes incluso de que él terminara.

—Afganistán.

—Sí.

Sam esperó un segundo.

—¿Lo sabías?

—Sí.

—¿Y?

Anna dejó escapar el aire despacio.

—Y no me hace ninguna gracia.

Sam no respondió enseguida.

—A mí tampoco.

Hubo un silencio más largo esta vez.

Luego Anna habló otra vez.

—¿Y tú? ¿Estás bien de verdad?

Sam miró hacia el otro lado de la calle, donde Lukas fumaba sentado en el alféizar de la ventana abierta.

—Sí.

—Creo que por primera vez sí.

En Nueva York, Jack Jr. apenas veía el apartamento con luz de día. El bufete ocupaba varias plantas en Midtown y el trabajo no se detenía nunca. Expedientes abiertos, teléfonos, café frío y reuniones que terminaban cuando ya había anochecido.

Una noche seguía solo en el despacho revisando documentos cuando uno de los socios apareció en la puerta.

—Acaban de aceptar tu recurso.

Jack Jr. levantó la vista.

—Bien.

El hombre sonrió apenas.

—Llevas seis meses aquí y ya te comportas como si fueras dueño del edificio.

—Solo intento no perder.

El socio dejó la carpeta sobre la mesa.

—Sigue así y acabarás muy arriba.

Cuando se quedó solo otra vez, Nueva York seguía encendida al otro lado del cristal. Jack Jr. volvió al expediente sin pensar más en ello.

En Los Ángeles, Anna empezaba a encontrar su sitio en la redacción. Ya no era la becaria que escuchaba desde el fondo. Malone empezó a darle piezas más difíciles, más incómodas.

—No quiero frases bonitas —le dijo una tarde—. Quiero entender qué está pasando.

Anna entregó el artículo al final del día.

Malone lo leyó apoyado contra la mesa.
—Vas mejor cuando te enfadas.
—Eso no sé si es bueno.
—Para este trabajo, sí.
Aquella noche recibió una llamada desde Berlín.
Erik.
La línea sonaba mal.
—¿Dónde estás?
—En la redacción.
—Perfecto. Así no te pillo dormida.
Anna sonrió sin darse cuenta.
—Eso sería raro.
Escuchó papeles al otro lado. Movimiento. Gente hablando detrás de él.
—Al final ha salido.
Anna frunció el ceño.
—¿El qué?
Erik soltó aire al otro lado de la línea.
—Me mandan a Afganistán.
Anna se incorporó despacio en la silla.
—¿Qué?
—Voy con un equipo del periódico. Salimos en unos días.
Anna se pasó la mano por la frente.
—Erik…
—Es una oportunidad importante.
—Eso no es cubrir una protesta.
—Lo sé.
—No tienes que demostrarle nada a nadie.
—No es por eso.
Silencio breve.
—Quiero contar lo que pasa allí.
Ella tardó en responder.
—Y yo quiero que vuelvas.
Al otro lado hubo silencio unos segundos.
—Volveré.
Pero ninguno de los dos terminó de creerlo del todo.

Dos días después, Lola llamó desde Madrid.

—Vale, necesito contexto porque tú cuentas las cosas fatal.

Anna dejó escapar una risa cansada.

—Erik se va a Afganistán.

—¿Cómo que Afganistán?

—Pues eso.

Lola soltó algo en español demasiado rápido para que Anna no entendiera entero. Luego resopló.

—Este tío está como una puta cabra.

Anna se apoyó en la pared.

—No me hace ninguna gracia.

Lola suspiró al otro lado de la línea.

—A mí tampoco, créeme.

Pausa.

—¿Y tú cómo estás?

Anna tardó en responder.

—Inquieta.

Lola bajó un poco la voz.

—Pues díselo antes de que se vaya.

Anna contempló la calle desde la ventana de la redacción.

—No sé qué decirle.

Lola dejó escapar el aire despacio.

—La verdad, Anna. Que para eso sirven las llamadas.

Aquella frase se quedó con ella más tiempo del que esperaba.

En Carpintería, Clara dejó el auricular en su sitio despacio y apoyó la mano en la mesa abierta, como si necesitara notar la madera bajo los dedos antes de moverse.

Ray levantó la vista y no preguntó. Esperó.

—Mañana llega Sam.

La frase bastó para cambiar la habitación.

Ray dobló el periódico con cuidado.

—¿A qué hora?

—A las cinco. Santa Bárbara.

Ray asintió y dejó las llaves sobre la repisa.

—Iremos con tiempo.

Aquella noche Clara casi no durmió.

Al día siguiente llegaron antes de la hora. El tren apareció puntual y Sam bajó con la mochila al hombro, directo hacia ellos.

Clara lo abrazó sin medida.

—Ya está…

Sam apoyó la cara en su hombro.

—Ya estoy aquí.

Ray le pasó la mano por la espalda y lo sujetó un segundo más de la cuenta antes de separarse.

Clara lo observó entonces de verdad: el abrigo oscuro, la bufanda fina, el pelo más largo, las botas gastadas por la calle. Se emocionó sin esconderlo.

—Mírate… si pareces europeo y todo.

Sam soltó una risa baja.

—Algo se pega.

Caminaron juntos hacia el coche. Sam observaba alrededor: el espacio abierto, las montañas al fondo, la luz limpia cayendo sobre la carretera.

—Echaba de menos el cielo californiano.

Clara le apretó la mano.

El camino de vuelta transcurrió tranquilo. Nadie necesitaba llenar el silencio. Sam dejó que el paisaje hiciera su parte.

Poco después llegaron Hiroshi y Margaret.

Margaret apareció con una fuente tapada entre las manos.

—No íbamos a venir con las manos vacías.

Elsie sonrió al abrirles la puerta.

—Entonces sí sois de la familia.

Hiroshi fue directo hacia Sam.

Se quedaron un segundo frente a frente antes de abrazarse.

—Se te ve bien —dijo Hiroshi.

Sam soltó una risa baja.

—Eso intento.

Hiroshi se apartó apenas para verlo mejor.

—No. Se te ve tranquilo. No es lo mismo.

Sam sostuvo la mirada un instante.

—Supongo que no.

Margaret le tocó el brazo con cariño.

—Tu madre llevaba una semana sin dormir esperando que llegaras.

Clara protestó desde la cocina.

—Eso es mentira.

Nadie la creyó.

Anna llegó entrada la tarde. El vuelo desde Los Ángeles había salido con retraso y apareció en Carpintería cuando la luz ya empezaba a caer detrás del taller.

Sam estaba fuera, sentado en el bordillo junto a la puerta lateral, con una cerveza apoyada entre las botas.

Levantó la vista al verla bajar del coche.

—Mira quién aparece.

Anna dejó la bolsa en el suelo y fue directa a abrazarlo.

—Tenía que comprobar que seguías vivo.

Sam soltó una risa baja.

—De momento sí.

Se separaron despacio.

Anna lo observó entonces con calma: el abrigo oscuro, el pelo más largo, la cadena fina asomando bajo la camisa, la forma tranquila de moverse,

.—Madre mía…

—¿Qué?

—Berlín te ha cambiado más de lo que crees.

Sam negó con una sonrisa cansada.

—No exageres.

—No exagero nada.

Se sentó a su lado. Dentro de la casa se oían voces, platos y a Clara preguntando algo desde la cocina.

Anna miró hacia la puerta y luego volvió a él.

—Bueno… ¿piensas contármelo o voy a tener que sacártelo yo?

Sam soltó aire por la nariz.

—No empieces.

Anna sonrió de lado.

—Soy periodista, Sam. Ya sabes que no paro hasta tener la historia completa.

Él negó con una risa cansada.

—Sigues siendo igual de pesada.

—Y tú sigues poniendo esa cara cuando escondes algo.

Sam bajó la vista hacia la cerveza un momento. Anna esperó sin meter prisa.

—He conocido a alguien.

Ella sonrió apenas.

—Ya me lo imaginaba.

—En Berlín.

Anna apoyó los brazos en la mesa.

—¿Y qué tal?

Sam soltó aire por la nariz, medio riéndose.

—Pues… bien. De verdad bien.

Sam tardó un momento más.

—Es importante.

Anna apoyó los brazos sobre las rodillas.

—¿Cómo se llama?

Sam giró la botella entre las manos.

—Lukas.

Anna asintió muy leve.

—Vale.

Sam levantó la vista hacia ella.

—No se lo he dicho a mis padres.

Anna dejó de sonreír.

—Ya.

—Y no sé cómo hacerlo.

—Ni cuándo.

Dentro sonó la voz de Clara llamándolos para cenar.

Ninguno se movió todavía.

—Todo el mundo piensa que he vuelto para quedarme —dijo Sam más bajo.

Anna giró la cabeza.

—¿Y no?

Sam negó despacio.

—Voy a volver.

—¿A Berlín?

—Sí.

—Quiero vivir allí con él.

Anna lo observó un momento largo.
—¿Y lo que te da miedo es decir que estás enamorado… o decir que te vuelves a ir?
Sam soltó una risa seca.
—Las dos cosas.
Anna negó muy leve.
—Tus padres te adoran, Sam.
Él bajó la vista.
—Ya.
—Y créeme… les va a costar más que vuelvas a marcharte que lo de Lukas.
Sam levantó la cabeza despacio.
Anna sostuvo la mirada.
—Diles la verdad.
—No les hagas imaginar algo peor.
Sam dejó escapar el aire despacio.
La puerta de la casa volvió a abrirse.
—¡O cenáis o lo guardo todo! —gritó Clara desde dentro.
Anna sonrió un poco.
—Será mejor que entremos antes de que tu madre nos mate.
Sam se levantó despacio.
Antes de entrar, Anna le tocó un momento el brazo.
—Oye.
Él se volvió.
—Me alegro de que seas feliz.
Sam sostuvo la mirada un segundo más.
—Yo también.
A la mañana siguiente abrió el taller antes que nadie. Levantó la persiana y dejó entrar la luz fría de primera hora. Durante un rato no tocó nada. Solo contempló el espacio antes de empezar.
Quitó herramientas mal colocadas, movió bancos, despejó mesas y reorganizó piezas como si llevara años pensando en ello.
Cuando Jack apareció en la puerta, se quedó quieto unos segundos.
—Has cambiado medio taller.
—Ahora se trabaja mejor.

Jack recorrió el espacio con calma y acabó asintiendo.

—Déjalo así.

El trabajo encontró otro pulso desde entonces. Sam no corría. Observaba más, desmontaba mejor y se equivocaba menos.

Ray empezó a apoyarse en la puerta solo para verlo trabajar.

—No te cuesta parar.

—Me costó aprenderlo.

—Entonces has hecho buen viaje.

Sam sonrió apenas.

Aquella noche el porche volvió a llenarse de conversaciones tranquilas y vasos moviéndose despacio de mano en mano. Desde dentro llegaba la música suave de la radio y el trajín de platos en la cocina.

Jack observó a Clara junto a Ray, a Sam hablando en voz baja con Anna y a Hiroshi apoyado en la barandilla junto a Margaret.

Durante un momento nadie parecía tener prisa por irse a ninguna parte.

Y aun así, Jack tuvo la sensación de que todos empezaban ya a vivir mirando hacia sitios distintos.

CAPÍTULO LXXXV

EL TIEMPO QUE QUEDA

Tokio y París — 1980–1981

El vuelo desde París llegó al amanecer. A través de la ventanilla, Tokio aparecía cubierta por una luz gris azulada que Sachiko conocía de memoria. Durante unos segundos se quedó mirando la ciudad sin moverse, con la frente apoyada en el cristal y las manos quietas sobre la carpeta.

Ya no sentía aquella necesidad de elegir entre un lugar y otro. París seguía dentro de ella, pero Japón había dejado de parecer una vida anterior.

Masako esperaba junto al doctor Ishikawa en la terminal de llegadas. No llevaban flores ni carteles improvisados. Solo estaban allí.

Sachiko cruzó la puerta con el abrigo claro sobre el brazo y la carpeta pegada al pecho. Masako dio dos pasos rápidos antes de abrazarla.

—Estás más delgada.

Sachiko soltó una risa cansada.

—Y tú sigues diciendo lo mismo.

Masako no la soltó enseguida.

Después Ishikawa inclinó apenas la cabeza.

—Bienvenida a casa.

Sachiko sostuvo la mirada un instante.

—Gracias por venir.

—Tu madre no me habría dejado quedarme en el hospital.

—Porque llevas semanas sin descansar —replicó Masako.

Ishikawa resopló.

—Ya empezamos.

Pero sonrió al decirlo.

Durante el trayecto hablaron poco. Sachiko miraba la ciudad pasar detrás de la ventanilla: bicicletas cruzando deprisa, cafeterías

pequeñas abriendo antes del trabajo, hombres dormidos en el metro con el periódico doblado sobre las rodillas.

Todo seguía ahí. Y aun así ya no parecía exactamente igual.

Al llegar, dejó la maleta junto a la entrada y recorrió la casa despacio. La mesa seguía en el mismo sitio. La ventana continuaba dejando entrar aquella luz fría de invierno. La marca en el marco de la puerta permanecía donde la habían dejado los años. Y la tetera volvió a sonar igual que siempre al empezar a hervir.

—Creí que la vería más pequeña —murmuró.

Masako dejó las llaves sobre la mesa.

—El lugar no ha cambiado. Hemos cambiado nosotras.

Aquella noche cenaron temprano. Yumi pasó antes de volver a la clínica y Kenji apareció más tarde con varias carpetas bajo el brazo.

—Mira quién ha decidido volver de Europa —dijo dejando las cosas sobre la mesa.

Sachiko sonrió.

—París ya estaba cansada de mí.

—Eso no te lo crees ni tú.

Haruto llegó el último. Se detuvo apenas al verla. Durante un segundo ninguno de los dos habló.

—Así que eras real —dijo al final.

Sachiko soltó una risa baja.

—¿Qué esperabas?

—Que París te secuestrara para siempre.

Ella negó muy leve.

—No creo que hubiera sabido quedarme.

Haruto sostuvo la mirada un instante más antes de sentarse.

Masako observó la escena desde la cocina sin intervenir, comprendiendo que no hacía falta decir nada.

Los días siguientes encontraron un orden nuevo sin buscarlo demasiado. Sachiko ayudaba en casa por las mañanas y trabajaba por las tardes revisando bocetos, corrigiendo cuadros y ordenando las pinturas que había traído de Francia.

Había algo distinto en ella. No era solo seguridad. También había decisión en la forma de moverse, de hablar y de mirar las cosas.

Una tarde dejó varias fotografías sobre la mesa del salón: París bajo la lluvia, el Sena al amanecer y el taller Moreau lleno de lienzos apoyados contra las paredes.

Haruto cogió una de ellas.

—Aquí estabas bien.

Sachiko levantó la vista.

—Sí.

—Pero había días malos.

—¿Por?

Ella tardó un momento.

—Porque todo era nuevo… y no podía compartirlo con nadie de aquí.

Haruto apoyó la fotografía despacio.

—Yo pasaba mucho por vuestra casa.

Sachiko sonrió un poco.

—Mamá me lo escribió.

—No hablaba con ella casi nunca.

Eso la hizo mirarlo de verdad.

—¿Entonces qué hacías?

Haruto soltó aire por la nariz.

—Esperar a que volvieras.

Sachiko bajó la vista un instante.

Más tarde salieron a caminar. Tokio empezaba a encenderse alrededor de ellos y el aire seguía teniendo frío de invierno.

—A veces quería llamarte y no lo hacía —admitió ella.

Haruto giró la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque si escuchaba tu voz, me entraban ganas de volver.

Él tardó muy poco en responder.

—Yo habría cogido el avión.

Sachiko soltó una risa breve.

—Eso suena muy bien ahora.

—No. Suena a que te eché muchísimo de menos.

Aquello la dejó callada un momento. Siguieron caminando entre la gente.

—No quiero volver a estar tan lejos —dijo ella al cabo de un rato.

Haruto se volvió despacio.

—Entonces no te vayas sola otra vez.

Sachiko no respondió enseguida. Solo acercó la mano hasta rozar la suya mientras seguían andando.

Una semana después llamó a París.

Moreau tardó en ponerse.

—¿Sachiko?

—Llevo días pensando en una cosa.

—Entonces prepáreme para el desastre.

Sachiko sonrió.

—Quiero volver a París para exponer.

Al otro lado hubo un silencio breve.

—Eso no me sorprende.

—Pero no quiero pintar París.

Moreau esperó.

—Quiero llevar Japón allí.

El silencio se hizo más largo.

—Ahora sí estás preparada.

La idea empezó a crecer desde ese momento. Sachiko no quería preparar una exposición cualquiera. Quería llevar hasta París las calles de Kure, los puertos, el agua oscura de los muelles, las cartas guardadas durante años y toda la memoria que seguía viva debajo de las ciudades y del tiempo.

Quería enseñar el Japón que sobrevivía debajo de todo.

Durante días trabajó casi sin salir del estudio. Haruto la encontraba dormida sobre bocetos o corrigiendo tonos junto a la ventana.

Una noche levantó uno de los lienzos.

—Este no.

Sachiko levantó la vista.

—¿Qué le pasa?

Haruto sostuvo el lienzo un momento más antes de responder.

—Que aquí estás pintando para que te admiren.

Ella se quedó callada unos segundos. Después sonrió de lado.

—A veces te aguanto de milagro.

Haruto dejó el cuadro apoyado otra vez.

—Por eso me enseñas las obras antes que a nadie.

Sachiko llamó a Ayako aquella misma noche.

Takeshima descolgó primero.

—¿Sí?

—Soy Sachiko.

—Ya lo sé. Ayako lleva tres días diciendo que vas a llamar.

Ella soltó una risa baja al otro lado.

—¿Está por ahí?

—Desde que has dicho París, ya viene corriendo.

Se oyó una protesta al fondo y después la voz de Ayako.

—¡Dame eso!

Un pequeño golpe.

—Sachiko.

—Hola.

—¿Entonces ya lo has decidido?

Sachiko sonrió muy leve.

—Sí. Voy a exponer en París.

Durante un segundo no se oyó nada. Luego Ayako soltó una exclamación ahogada.

—¡Claro que sí! Ya era hora.

Sachiko miró los bocetos apoyados en el suelo.

—Quiero que vengáis.

—¿Quiénes?

—Tú, Takeshima… mamá…

Ayako tardó apenas un instante en entender lo que faltaba.

—¿Y Haruto?

Sachiko bajó la vista un momento antes de responder.

—También.

Eso hizo reír a Ayako.

—Vale. Ahora sí vuelves a sonar como tú.

Sachiko dejó escapar aire despacio.

—No quiero hacerlo sola.

—Y no lo vas a hacer.

Al otro lado se oyó a Takeshima preguntando algo desde lejos. Ayako respondió tapando el auricular.

—¡Sí, tú también vienes aunque protestes!

Sachiko sonrió otra vez. Después dudó un instante.

—Sachiko…
—¿Qué pasa?
—Tu madre me dijo hace tiempo que Ishikawa no se encontraba bien.
Sachiko guardó silencio unos segundos.
—Sí… últimamente se cansa mucho más.
Ayako bajó un poco la voz.
—¿Él lo sabe?
Sachiko soltó aire despacio.
—Creo que no quiere verlo.
—Eso es muy suyo.
Sachiko sonrió apenas.
—Demasiado.
Hubo un pequeño silencio al otro lado.
—Entonces hay que llevarlo a París —dijo Ayako al final—. Antes de que vuelva a encerrarse allí dentro.
Sachiko apoyó la cabeza contra la pared.
—Quiero que venga.
—Pues no le preguntes demasiado. Dile que hace falta y ya está. A él nunca le han servido otras razones.
—Es verdad.
Ayako suavizó la voz.
—Le hará bien verte allí.
Sachiko miró el estudio en silencio. Los cuadros seguían apoyados contra las paredes. Las cartas ocupaban media mesa y las fotografías de Tokio y París continuaban mezcladas entre bocetos y pinceles secos.
Por primera vez en mucho tiempo, dejó de sentir que vivía entre dos lugares distintos.
El hospital seguía ocupando casi todo el tiempo de Haruto. La clínica continuaba funcionando con Yumi y Kenji al frente de buena parte del trabajo diario.
Ishikawa seguía yendo cada mañana. Pero ya no discutía cuando Yumi le quitaba pacientes. Eso preocupó más a Masako que cualquier otra cosa.

Una tarde, mientras se quitaba la bata en silencio, Ishikawa habló sin levantar la vista.

—Creo que ya va siendo hora de dejarlo.

Masako se quedó quieta.

—¿Lo dices en serio?

Yumi levantó la cabeza desde la mesa del fondo.

—Eso llevamos diciéndoselo meses.

Kenji soltó una risa breve sin apartar la vista de unas carpetas.

—Pero nunca escucha.

Ishikawa resopló.

—Cada vez sois más mandones en esta clínica.

En ese momento la puerta volvió a abrirse. Sachiko apareció todavía con el abrigo puesto y varias carpetas bajo el brazo.

—Perfecto. Están todos.

Masako la miró extrañada.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

Sachiko dejó las carpetas sobre la mesa y miró directamente a Ishikawa.

—Necesito que vengáis a París.

Él frunció un poco el ceño.

—¿Quiénes?

—Todos.

Yumi levantó las cejas.

—Eso suena caro.

Sachiko sonrió un poco.

—Me da igual.

Luego volvió a mirar a Ishikawa.

—Quiero que estéis allí conmigo ese día.

El silencio se hizo breve dentro de la clínica.

—Quiero estar rodeada de la gente que ha estado conmigo desde pequeña —dijo Sachiko bajando un poco la voz—. No tendría sentido hacerlo de otra manera.

Yumi apartó la mirada un instante y Kenji cerró la carpeta despacio. Ishikawa observó a Sachiko durante varios segundos antes de hablar.

—Ya eres mayor para ponerte sentimental.

Ella sonrió apenas.

—Y usted demasiado mayor para seguir fingiendo que no le emociona nada.

Eso hizo reír a Yumi. Incluso Ishikawa acabó negando muy despacio con la cabeza.

—Está bien. Iremos.

Sachiko soltó aire como si llevara días reteniéndolo. Entonces se acercó y le colocó bien el cuello de la camisa, igual que hacía Masako a veces.

—Y antes de irnos quiero que descanses un poco.

Ishikawa la miró de reojo.

—Ahora resulta que tengo tres personas mandándome.

—Cuatro —corrigió Masako desde el fondo.

Kenji levantó una mano sin disimular la sonrisa.

—Yo también llevo años intentándolo.

Aquella noche, Masako encontró a Ishikawa dormido en el sillón del salón con las gafas todavía puestas y un libro abierto sobre el pecho.

Se quedó mirándolo unos segundos antes de acercarse.

—Ve a la cama.

Él abrió apenas los ojos.

—Solo estaba descansando un momento.

Masako asintió. Después le colocó bien la manta sobre los hombros y apagó la luz del salón sin decir nada más.

Los días siguientes pasaron entre preparativos, llamadas y cajas abiertas por toda la casa. Sachiko envió la colección a París varios días antes para que Moreau pudiera revisarla y preparar el montaje de la exposición.

Haruto la ayudaba al salir del hospital. Yumi revisaba papeles. Kenji se encargaba de cualquier cosa que pudiera resolverse caminando deprisa. Ayako llamaba cada noche para preguntar por los billetes y Takeshima protestaba de fondo, casi siempre por el francés, aunque todos sabían que ya tenía preparada la maleta.

La víspera del viaje, Sachiko entró en el estudio y se quedó quieta frente a los cuadros embalados.

Haruto apareció en la puerta.

—¿Te arrepientes?

Ella negó despacio.

—No.

—Entonces deja de mirar las cajas como si fueran a escaparse.

Sachiko sonrió, pero acabó sentándose en el suelo, agotada.

—No sé parar —murmuró.

Haruto apoyó una mano sobre una de las cajas.

—Llevas años intentando hacerlo todo sola.

Ella soltó una risa cansada.

—Y sigo haciéndolo fatal.

Haruto la observó un instante antes de sentarse a su lado.

—No cuando dejas que alguien se quede.

Sachiko no respondió.

Solo acabó apoyando la cabeza unos segundos sobre su hombro mientras el estudio permanecía en silencio alrededor de los dos.

A la mañana siguiente, antes de salir hacia el aeropuerto, Ishikawa apareció con el abrigo puesto y el bastón en la mano. Se detuvo en la entrada, miró las maletas y luego a Sachiko.

—Espero que todo esto merezca la pena.

Ella se acercó y le besó la mejilla.

—Ya la merece.

Masako cerró la puerta de casa con cuidado.

Nadie dijo nada durante unos segundos.

Después Haruto cogió dos maletas, Kenji levantó otra, Yumi dio órdenes desde el rellano y Ayako volvió a llamar solo para comprobar si ya habían salido.

Sachiko miró una última vez el interior de la casa antes de bajar las escaleras. Tokio seguía despertando al otro lado de la ventana y, por primera vez en mucho tiempo, al marcharse no tuvo la sensación de dejar nada atrás.

CAPÍTULO LXXXVI

A PARTIR DE AHORA

Carpintería, Los Ángeles, Córdoba y Berlín — 1980–1981

Elsie llevaba semanas dándole vueltas y aquella mañana, mientras ponía el café, comprendió que no tenía sentido seguir aplazándolo. No fue una decisión brusca, sino algo que había ido colocándose poco a poco hasta quedar claro. Cuando Jack entró con los periódicos bajo el brazo, ella ya lo tenía decidido.

—Hoy se lo digo a Clara. Dejo la cooperativa.

Jack dejó los papeles sobre la mesa y la miró con calma.

—De acuerdo.

Elsie asintió mientras servía el café.

—La Casita de los Naranjos necesita a alguien con paciencia, y yo quiero más tiempo para los míos.

—Clara puede con ello.

La encontró en la oficina, con el lápiz detrás de la oreja y las cuentas ordenadas.

—Vengo a darte las llaves —dijo Elsie, dejándolas sobre la mesa—. Desde hoy, la Casita es tuya.

Clara levantó la vista, sorprendida.

—¿De verdad?

—Sí. Quiero dar un paso atrás y dejar que sigáis adelante.

Clara cogió las llaves con cuidado.

—No voy a cambiar lo que funciona.

Elsie sonrió.

—Hazlo a tu manera. Pero que siga sabiendo a café.

Clara asintió.

—Eso se queda.

En el taller, Jack ajustaba un motor junto a Hiroshi. Margaret entró con una cesta y Sam observaba desde la puerta, atento a cada detalle.

—Parece que todo vuelve a andar —dijo Sam.

Hiroshi siguió trabajando.

—Anda porque lo tratas bien. Los motores notan el pulso.

Ray apareció poco después, ya retirado de la base, pero con la misma presencia.

—¿Qué haríais sin mí?

—Trabajar en paz —respondió Jack.

—Y hablar menos —añadió Hiroshi.

Ray apoyó las manos en la mesa.

—Si esto funciona, es por mí.

Sam sonrió.

—Y por el aprendiz que no cobra.

—Ese es el motor de todo —dijo Ray, dándole un leve golpe en el hombro.

Los días se ordenaban con naturalidad: trabajo en el taller, comidas largas, visitas de familia. A veces bajaban a la playa, más por estar juntos que por otra cosa. No hacía falta organizarlo.

En Los Ángeles, el ritmo era distinto. Anna salía de la redacción con la libreta en el bolso. Lola la esperaba abajo.

—Hoy viene Erik —dijo—. No lo dejamos marchar sin cenar.

Erik apareció con su chaqueta ligera y esa forma de llegar como si no se detuviera nunca demasiado tiempo. Se abrazaron sin pensarlo.

—¿Cuánto te quedas? —preguntó Anna.

—Poco. En dos semanas salgo hacia Pakistán.

Anna dejó de sonreír del todo.

—¿Y después?

—Si todo va bien, cruzaremos a Afganistán con el convoy de prensa.

Lola apoyó los codos sobre la mesa.

—Sigues adelante entonces.

Erik asintió.

Anna bajó la vista un instante hacia la copa.

—Pensé que cambiarías de opinión.

Él tardó unos segundos en responder.

—Yo también lo pensé.

Silencio breve.

—Pero necesito estar allí.

Anna levantó la vista hacia él.

—¿Por qué?

Erik sostuvo la mirada.

—Porque desde fuera todo el mundo habla de las guerras igual.

Se inclinó un poco hacia delante.

—Y quiero entender qué le hacen de verdad a la gente.

Anna no respondió enseguida.

—Eso puede destrozarte.

Erik sonrió apenas, cansado.

—Entonces supongo que también tendré que contar esa parte.

El silencio fue breve. Anna levantó la copa.

—Brindemos. Por las historias que vuelven.

Bailaron esa noche en Westwood. La música marcaba el ritmo y la pista se llenaba sin parar. Anna se dejó llevar. Erik la observó hasta que ella lo llamó.

—Ven.

Bailaron sin hablar. Al salir, el aire templado les devolvió el pulso.

—¿Tienes miedo? —preguntó ella.

—De lo que importa.

—Entonces estás donde debes.

Una semana después viajaron a España. Lola quería enseñarles su mundo.

En Córdoba, la casa se llenó desde la puerta. Voces cruzadas, platos apareciendo sin parar y gente entrando y saliendo de la cocina como si aquello funcionara con normas propias.

—¿Pero aquí cuánta gente vive? —preguntó Erik, apartándose para dejar pasar a una tía de Lola con una fuente enorme entre las manos.

—Depende del día —respondió ella—. En fiestas, demasiada.

Anna no daba abasto mirando alrededor. Cada vez que terminaba una conversación empezaban otras tres.

Aquella tarde Lola los llevó a una plaza pequeña donde servían vino frío y tapas sobre servilletas de papel.

—Venga —dijo, dejando tres copas sobre la mesa—. Hoy os vais a enterar de lo que es un fino de verdad.

Erik olió la copa un segundo.

—Esto parece peligroso.

—Lo es —respondió Lola—. Por eso gusta tanto.

Una hora después acabaron en los toros. Anna observaba más al público que a la plaza. Los hombres gritaban desde el tendido, alguien discutía dos filas más abajo y una señora se había puesto a dar consejos al torero como si pudiera escucharla.

Erik no paraba de reírse.

—Te juro que no entiendo la mitad de lo que dicen.

—No hace falta —respondió Lola—. Tú grita "¡ole!" de vez en cuando y parecerás de aquí.

Erik levantó la copa de plástico.

—Pues ole entonces.

Lola chocó la suya con la de él.

—¡Eso sí lo has entendido rápido!

Más tarde caminaron junto al río. La noche seguía llena de coches, conversaciones y ventanas abiertas.

—Me encanta este país —dijo Erik—. Aquí parece que todo el mundo sabe vivir mejor.

Lola se llevó la mano al pecho, exagerando.

—Por fin alguien con criterio.

Después levantó la copa otra vez hacia la calle llena de gente.

—¡Ole nosotros!

En Madrid, Anna consiguió un reportaje. La ciudad cambiaba deprisa y ella empezó a entenderla hablando con taxistas, camareros, estudiantes y gente que parecía llevar años esperando decir según qué cosas en voz alta. Pasaba horas fuera y volvía al hotel tarde, con la libreta llena y la cabeza todavía más.

Una noche Erik leyó uno de sus textos sentado en el borde de la cama.

—Cada vez escribes mejor.

Anna levantó la vista desde la mesa.

—Eso dices porque me quieres.

Erik negó muy despacio.

—No. Lo digo porque consigues que parezca importante la gente que normalmente nadie escucha.

Ella sonrió apenas.

—Eso me enseñaron.

Desde allí viajaron a Berlín. Erik volvió al periódico y Anna pasó varios días entrando y saliendo de la redacción, viendo teléfonos sonar a todas horas, periodistas fumando junto a las ventanas y mapas extendidos sobre las mesas.

La última noche caminaron sin rumbo claro cerca del río. Hacía frío y apenas quedaba gente por la calle.

Erik llevaba las manos metidas en los bolsillos del abrigo.

—No te voy a pedir que me esperes.

Anna lo miró un momento largo antes de responder.

—No hace falta.

Él bajó la vista hacia el suelo mojado.

—No sé cuánto tiempo voy a estar fuera.

Anna se acercó un poco más.

—Entonces vuelve cuando puedas.

Erik levantó la cabeza despacio.

—Ni siquiera sé cómo voy a volver de allí.

Ella tardó unos segundos en responder.

—Nadie vuelve igual de una guerra.

El silencio se quedó entre los dos.

Anna dio un paso más hacia él.

Erik iba a decir algo, pero ella no le dejó.

Lo besó agarrándole la chaqueta con las dos manos, como si hubiera pasado demasiado tiempo intentando contenerse.

Él respondió enseguida, acercándola todavía más hacia él.

Durante unos segundos dejaron de escuchar la ciudad, el río y el frío alrededor.

Cuando se separaron, Anna siguió muy cerca de él.

—Pero vuelve.

Erik asintió despacio, sin apartar la mirada de ella.

Cuando Erik se marchó hacia Afganistán, Anna tardó varios días en dejar de buscarlo sin darse cuenta entre la gente.

Lola regresó a Córdoba poco después. Ella volvió sola a Los Ángeles, llevando todavía el olor del abrigo de Erik en la bufanda y aquella última noche junto al río dándole vueltas en la cabeza.

Por primera vez en mucho tiempo, la redacción le pareció demasiado llena de voces.

En Carpintería, el taller seguía en marcha. Jack, Ray y Hiroshi trabajaban como siempre. Sam aprendía sin darse cuenta.
—No corras —le dijo Ray—. Las prisas no arreglan nada.
—Lo sé.
—Entonces sigue así.

Aquella misma semana el médico llamó a casa. Don Vicente estaba peor.

Cuando llegaron, seguía despierto, más delgado y más callado.
—No pongáis esas caras —murmuró al verlos entrar—. Todavía sigo aquí.

Pidió salir al porche. Jack y Sam lo ayudaron despacio.

Se quedó contemplando el campo largo rato antes de hablar.
—Al final hay cosas de las que uno tiene que apartarse.

Nadie respondió. El viento movía apenas los árboles.

Luego miró a Sam.
—Hazlo a tu manera.

Sam asintió sin hablar.

Murió pocos días después, al amanecer. La casa no se detuvo, pero desde entonces todo el mundo empezó a hablar un poco más bajo.

El funeral fue breve. Anna llevaba una hoja doblada en el bolsillo, aunque al final no la leyó.

Después, la familia se quedó fuera, bajo los árboles, sin prisa por marcharse. Jack permaneció un momento mirando a Clara junto a Ray, a Sam hablando en voz baja con Anna y a Hiroshi apoyado cerca de Margaret.

Durante unos segundos tuvo la sensación de que el tiempo seguía avanzando aunque nadie estuviera preparado del todo para verlo.

Aquella noche se quedaron un rato más en el taller.
—Nunca pensé que acabaríamos así —dijo Jack.
—Las cosas que se cuidan duran —respondió Hiroshi.

Ray añadió desde el banco:
—Y lo que se mantiene a tiempo no se rompe.

El silencio fue cómodo.

En casa, Elsie esperaba con la cena. Margaret traía pan. Clara había dejado postre. Sam sirvió el vino.

—Por los que están —dijo Jack.

Ray levantó el vaso un poco.

—Y porque seguimos aquí.

Elsie sonrió apenas.

—Pues entonces habrá que seguir.

El otoño avanzó. En Los Ángeles, las noticias empezaban a llegar con retraso y las llamadas siempre parecían cortarse demasiado pronto.

Una noche, el teléfono sonó.

—¿Sí?

—Sullivan, soy Krause.

Anna se incorporó enseguida.

—¿Qué pasa?

Al otro lado hubo unos segundos de silencio y voces cruzadas antes de responder.

—El convoy de Erik sigue moviéndose entre Pakistán y la frontera afgana. Están pasando por zonas complicadas.

Anna apretó el auricular.

—¿Ha pasado algo?

—No lo sabemos.

Silencio breve.

—Hace días que no tenemos noticias directas de él.

Anna dejó de respirar un instante.

—Pero está bien… ¿no?

Krause tardó demasiado en responder.

—La última vez que hablé con Erik me dijo que te llamaría cuando pudiera.

Anna cerró los ojos.

—Entiendo.

—En cuanto sepamos algo más, te avisaré.

Colgó despacio.

Aquella noche apenas durmió. Cada vez que cerraba los ojos imaginaba carreteras vacías, llamadas que no llegaban y mapas abiertos sobre mesas demasiado lejos de ella.

El sábado condujo hasta Carpintería sin avisar a nadie.

Cuando llegó, el taller seguía abierto. Se oían herramientas, voces y la radio sonando baja al fondo. Todo continuaba igual que siempre.

Jack levantó la vista al verla entrar.

—Pensaba que trabajabas hoy.

Anna dejó las llaves sobre la mesa.

—No me apetecía quedarme sola.

Jack la observó unos segundos más, pero no preguntó nada.

Ray apareció desde el fondo del taller limpiándose las manos con un trapo.

—Eso tiene fácil arreglo. Aquí siempre hay alguien dando guerra.

Anna sonrió apenas.

En un estante encontró la caja: «Tornillos que siempre salvan».

La abrió despacio. Cada pieza era distinta. Ninguna parecía importante por separado y, aun así, Jack las había guardado todas por si algún día hacían falta.

—Ahí está el oficio —dijo Jack detrás de ella—. Saber qué merece la pena guardar.

Anna pasó un dedo por las piezas metálicas antes de cerrar la tapa.

A final de año volvieron a reunirse todos. La casa llena, platos pasando de mano en mano y conversaciones cruzándose sin orden desde la cocina hasta el porche.

Hiroshi levantó el vaso.

—Por los que siguen sentándose a esta mesa.

Elsie sonrió apenas.

—Y porque nunca falta sitio para uno más.

Jack asintió despacio antes de beber.

Anna observó la mesa un momento más largo de lo normal: Ray discutiendo con Sam, Margaret riéndose desde la cocina y Clara empeñada en que nadie se levantara sin repetir postre.

Aquella noche salió sola fuera de la casa. Aún quedaba luz al fondo del taller y desde dentro seguía llegando el golpeteo apagado de las herramientas.

Pensó en Don Vicente, en Hiroshi, en Jack y en todos los años acumulados allí sin llamar nunca la atención.

Detrás continuaban las voces bajas y las risas cansadas de última hora.

Anna miró hacia la oscuridad del campo y, por primera vez en mucho tiempo, tuvo la sensación de que la vida podía cambiar de un día para otro.

Detrás de ella, la casa seguía despierta.

Alguien volvió a reír dentro. Ray dijo algo que hizo protestar a Clara y después llegaron otra vez las voces cruzadas desde la cocina.

Anna cerró los ojos un instante, dejando que todo aquello siguiera sonando a su espalda.

Y volvió a pensar en Erik.

.

CAPÍTULO LXXXVII

ANTES DEL SILENCIO

Tokio y París — 1980–1981

París los recibió con lluvia fina y taxis avanzando junto al Sena. Sachiko salió la primera del aeropuerto con el abrigo oscuro cerrado hasta el cuello y una carpeta bajo el brazo. Detrás iban Masako e Ishikawa, más lentos. Ayako hablaba sin parar desde que habían aterrizado y Takeshima fingía protestar por el frío mientras intentaba leer todos los carteles en francés.

—Esto parece una película —murmuró Yumi mirando por la ventanilla.

Kenji sonrió desde el asiento delantero.

—Pues intenta no perderte en el primer día.

La galería quedaba en una calle estrecha cerca del río. Los cristales empañados devolvían la luz gris de la mañana y dentro todavía quedaban manchas de pintura reciente sobre algunos marcos recién colocados.

Moreau apareció desde el fondo en cuanto vio entrar a Sachiko.

—Bienvenida, querida.

Ella soltó una risa cansada.

—He tardado un poco.

—No. Has llegado cuando debías.

Después miró al resto del grupo y abrió las manos.

—Bienvenidos a París.

Masako inclinó apenas la cabeza.

—Gracias por cuidar de ella.

Moreau observó a Sachiko antes de responder.

—Yo solo le enseñé dónde mirar. Todo lo demás lo ha hecho ella sola.

Durante los dos días siguientes apenas descansaron.

Haruto ayudaba con los focos y el montaje mientras Kenji cargaba cajas de un lado a otro protestando en japonés cada vez que subía una escalera. Ayako limpiaba marcos como si fuera parte

de la exposición y Takeshima discutía con un crítico francés usando una mezcla imposible de inglés, japonés y gestos.

Ishikawa observaba todo sentado cerca de la entrada.

A veces parecía cansado. Pero también tranquilo.

La exposición abrió dos días después.

LUZ SOBRE EL AGUA
SACHIKO ISHIWA

La sala empezó a llenarse antes incluso del mediodía.

Entre los primeros en entrar aparecieron Camille, Luc y Élodie, todavía empapados por la lluvia de París.

—¡Mírala! —gritó Camille al verla desde la puerta—. ¡La japonesa ya es famosa!

Sachiko soltó una risa incrédula mientras Luc la abrazaba con fuerza.

—Sabía que acabarías llenando esta ciudad de cuadros.

Élodie le cogió las manos un instante.

—Estamos muy orgullosos de ti.

Durante unos segundos, Sachiko volvió a sentirse como aquellos primeros meses junto al Sena: perdida, agotada y feliz al mismo tiempo.

La galería siguió llenándose poco a poco de estudiantes, periodistas, pintores y críticos. Algunos permanecían callados delante de los cuadros; otros tomaban notas o discutían en voz baja cerca de los títulos.

Masako avanzó más lentamente.

Reconoció calles de Kure, ventanas de Tokio, sombras del puerto y habitaciones donde había vivido durante años.

Después llegó al cuadro más grande.

Cartas al mar de Japón.

El océano ocupaba casi todo el lienzo. Bajo las capas de azul aparecían fragmentos de cartas, nombres incompletos y fechas medio borradas, como si el agua hubiese intentado quedarse con ellos sin conseguirlo del todo.

Moreau apareció junto a ella.

El francés negó muy despacio con la cabeza.

—Esto va a quedarse aquí mucho tiempo.

Haruto se acercó unos segundos después.

—Llevaba años guardando todo esto.

Masako levantó apenas la cabeza.

—¿Todo?

—Las historias. Los nombres. Las conversaciones que escuchaba cuando era pequeña.

Haruto observó el agua oscura del lienzo.

—Nunca olvidó nada.

Masako volvió a mirar el cuadro.

Por un instante tuvo la sensación de estar viendo décadas enteras flotando bajo aquella superficie.

Las preguntas empezaron poco después.

—¿Por qué agua?

—Porque nunca se queda quieta.

—¿Y las cartas?

Sachiko dudó apenas un instante.

—Porque algunas cosas necesitan que alguien siga mirándolas.

Masako observaba desde el fondo de la sala. Durante unos segundos dejó de ver a su hija. Veía a una mujer adulta capaz de sostenerse sola.

El fotógrafo disparó otra imagen.

Moreau terminó acercándose otra vez a ella.

—Va a salir en los periódicos de mañana.

Masako parpadeó.

—¿Tanto así?

—No lo entiende todavía, pero sí.

El francés sonrió levemente.

—París no recibe igual a todo el mundo.

Al anochecer llegaron más invitados.

Un crítico italiano discutía con un galerista alemán delante de uno de los lienzos mientras dos periodistas japoneses anotaban frases a toda velocidad cerca de la entrada.

Takeshima apareció entonces junto a Kenji con dos copas en la mano.

—Creo que acaban de vender tres cuadros.

Kenji abrió mucho los ojos.

—¿Tres?
—O cuatro. El francés habla demasiado rápido.
Ayako soltó una risa cerca de ellos.
—Pues acostúmbrate. A partir de ahora vais a vivir rodeados de artistas y gente rara.
Haruto encontró a Sachiko varios minutos después junto a una ventana.
—¿Agobiada?
—Un poco.
—Normal.
Ella miró otra vez la sala llena.
—No esperaba esto.
—Mentira.
Sachiko lo miró de lado.
—¿Perdón?
—Llevas pintando toda la vida como si necesitaras sacar algo de dentro. Claro que esperabas que alguien terminara escuchándolo.
Sachiko bajó la vista unos segundos.
Después volvió a mirar la exposición.
Había personas detenidas frente a sus cuadros en silencio. Otras discutían. Algunas tomaban notas. Un hombre mayor permanecía inmóvil delante de Luz sobre el agua desde hacía casi diez minutos.
Y por primera vez entendió que aquello ya no le pertenecía solo a ella.
Aquella noche caminaron junto al Sena.
Ayako hablaba con Yumi varios metros por delante. Takeshima discutía con Kenji sobre el vino francés y Haruto caminaba cerca de Sachiko con las manos en los bolsillos del abrigo.
Ishikawa avanzaba algo más lento.
Masako se colocó a su lado.
—¿Cansado?
—Un poco.
Pausa.
—Ha merecido la pena venir.
—Sí.
Él siguió caminando unos pasos más.

—Ahora ya sé que estará bien.

Masako giró la cabeza de golpe.

—No vuelvas a decir eso.

Ishikawa sonrió apenas.

—Siempre llegas tarde cuando quiero hablar en serio.

Ella no respondió. Solo siguió caminando junto a él bajo las luces reflejadas sobre el río.

Masako se dio cuenta de que Ishikawa caminaba cada vez más despacio, aunque siguiera fingiendo que no ocurría nada.

Regresaron a Tokio una semana después. La clínica permaneció cerrada dos días más de lo normal. Yumi protestó. Kenji también. Pero Ishikawa parecía distinto. Dormía más, leía sin prisas e incluso salió una mañana a caminar con Haruto.

Masako empezó a creer que quizá todavía tendrían tiempo.

La madrugada llegó en silencio. Cuando despertó, el lado de la cama estaba frío.

Lo encontró sentado junto a la ventana del salón, todavía con la manta sobre las piernas y la cabeza ligeramente inclinada hacia el cristal, como si se hubiera quedado dormido mirando el amanecer.

Masako se acercó despacio.

—Tienes que acostarte otra vez.

No respondió.

Ella apoyó una mano sobre la suya y comprendió al instante que se había ido en silencio, igual que había vivido durante tantos años junto a ella.

Se quedó quieta unos segundos mientras afuera empezaban a abrir los primeros comercios y el cielo clareaba lentamente sobre Tokio.

Horas después, la casa volvió a llenarse de voces bajas y pasos contenidos. Haruto ayudaba en silencio. Yumi lloraba sin esconderse y Kenji parecía incapaz de quedarse quieto más de un minuto seguido.

Al anochecer, cuando la casa empezó a vaciarse, Masako abrió el cuaderno marrón y lo observó largo rato.

Después miró alrededor: la casa en silencio, las cartas, las fotografías y las décadas enteras acumuladas entre aquellas

paredes.

Cogió el bolígrafo y lo mantuvo suspendido unos segundos sobre la página en blanco mientras las luces de Tokio seguían vivas al otro lado de la ventana.

Al final escribió solo cuatro palabras.

Cartas al mar de Japón.

Después dejó el bolígrafo sobre la mesa y apoyó las manos en el cuaderno abierto.

La ciudad seguía despierta al otro lado de la ventana, llena de luces y trenes que no se detenían.

Masako cerró los ojos un instante.

Por primera vez en muchos años, ya no sentía que estuviera escribiendo para no perder algo.

Estaba escribiendo para dejarlo por fin en su sitio.

CAPÍTULO LXXXVIII

A SU MANERA

Carpintería, Los Ángeles, Berlín y Nueva York — 1982–1983

En el ochenta y tres, Carpintería seguía moviéndose al ritmo de siempre, pero a nadie se le ocurría ya confundir la rutina con quedarse quietos. El taller abría temprano, la cooperativa seguía su compás y en el porche las conversaciones saltaban de un asunto a otro con la naturalidad de las casas donde todo el mundo sabía ya cómo encajar.

Jack repasaba papeles apoyado en la mesa larga; Elsie doblaba manteles y apartaba tazas sin perder hilo de lo que se decía a su alrededor; Clara llegaba con las cuentas del mes bajo el brazo; Ray cruzaba el patio con las botas todavía manchadas de polvo.

Sam trabajaba en silencio, concentrado, preciso, con una seguridad que ya no tenía nada de muchacho.

Anna había llegado desde Los Ángeles la noche anterior. Entró en la cocina, dejó el bolso sobre una silla y se bebió un vaso de agua entero antes siquiera de sentarse

—¿Cuánto te quedas? —preguntó Elsie.

—Unos días. Luego tengo cierre.

Jack levantó la vista por encima de los papeles.

—Esta casa sigue siendo tuya.

Anna sonrió apenas.

En Los Ángeles, la redacción le dejaba poco espacio para pensar. El problema llegaba por la noche, cuando el apartamento se quedaba en silencio y las cartas de Erik empezaban a ocupar demasiado sitio dentro de la cabeza.

Peshawar. Kabul. Jalalabad. Nombres escritos desde otra parte del mundo.

“Hoy hemos cruzado un pueblo entero vacío. Ni perros quedaban.”

“Hay niños aquí que ya hablan como hombres cansados.”

“Creo que la guerra termina entrando en la gente incluso cuando sigue viva.”

Anna releía aquellas frases varias veces antes de guardarlas otra vez dentro de la caja metálica donde llevaba meses acumulando cartas, fotografías y recortes enviados desde Afganistán.

A veces abría la caja solo para comprobar que seguían allí.

Aquella misma tarde, Clara y Elsie se quedaron solas en la cocina mientras el resto seguía fuera.

—Sam tiene a alguien, ¿verdad? —preguntó Clara de golpe.

Elsie no fingió sorpresa.

—Sí.

Clara tragó saliva.

—¿Un hombre?

—Sí.

El agua siguió corriendo unos segundos en el fregadero.

—¿Y tú lo sabías?

—Lo intuía desde hace tiempo.

Clara bajó la vista hacia la encimera.

—No quiero que piense que no puede contármelo.

Elsie dejó el plato que tenía entre las manos.

—Entonces no hagas que tenga miedo al hacerlo.

Más tarde, cuando casi todos dormían ya, Anna vio a Sam fumando solo junto al granero.

—¿Estás bien? —preguntó.

Sam soltó aire despacio.

—Creo que sí.

Miró hacia la casa iluminada.

—Llevo años imaginando esta conversación.

—Y resulta que tenía miedo de gente que me quería.

Anna apoyó la espalda contra la pared de madera.

—A veces cuesta más creer eso que cualquier otra cosa.

Sam sonrió apenas.

—Supongo.

Anna lo observó unos segundos más.

—Entonces deja de esconderte.

Sam soltó una risa baja, nerviosa.

—Suena fácil cuando lo dices tú.
—Porque creo que Clara ya lo sabe.
Él levantó la vista.
—¿Mi madre?
—Las madres suelen enterarse antes que nadie.
Sam permaneció callado unos segundos.
—No quiero decepcionarlos.
Anna negó muy despacio.
—No vas a decepcionar a nadie por querer a alguien.
El silencio volvió a quedarse entre los dos.
Desde la casa llegaba el sonido lejano de Ray riéndose por algo.
Sam miró hacia las ventanas iluminadas.
—¿Y si cambia algo?
Anna tardó poco en responder.
—Claro que cambiará.
—Ya no tendrás que esconderte aquí.
Sam bajó la vista hacia el cigarro apagándose entre los dedos.
Después asintió muy leve.
—Tienes razón.
A la mañana siguiente encontró a Clara sola en la cocina revisando unas cuentas.
—Mamá… ¿puedo hablar contigo un momento?
Clara levantó la vista enseguida.
—Claro.
Sam cerró la puerta despacio detrás de él.
Clara dejó los papeles a un lado al verlo tan tenso. Sam tardó unos segundos en encontrar la forma de empezar.
—¿Ha pasado algo?
Sam tragó saliva.
—He conocido a alguien en Berlín.
Clara esperó sin interrumpirlo.
—Se llama Lukas.
—Y estoy enamorado de él.
El silencio cayó despacio dentro de la cocina. Sam sostuvo la mirada como pudo mientras Clara permanecía callada frente a él. La sorpresa apenas le cruzó la cara antes de respirar hondo.

—¿Desde hace mucho?

Sam asintió.

—Sí.

Clara bajó la vista unos segundos hacia sus propias manos. Cuando volvió a mirarlo, la voz le salió mucho más suave.

—Por eso tenías tanto miedo.

Aquello le rompió algo por dentro a Sam.

—No quería que pensarais distinto de mí.

Clara se levantó despacio y se acercó hasta quedar frente a él.

—Eres mi hijo.

—Nada de esto cambia eso.

Sam cerró los ojos un instante cuando Clara le apoyó una mano en la cara, igual que cuando era pequeño.

—Lo único que quiero es que estés bien.

La puerta volvió a abrirse entonces. Ray apareció todavía medio dormido.

—¿Qué pasa aquí?

Clara lo miró un segundo antes de responder.

—Sam tenía algo que contarnos.

Ray observó a su hijo. Sam volvió a respirar hondo antes de hablar.

—Estoy con Lukas.

Ray permaneció callado unos segundos. Luego miró a Clara y volvió la vista hacia Sam.

Después miró hacia Clara y volvió otra vez a Sam.

—¿Y cómo se llama? —preguntó Ray al final.

Sam dudó apenas un instante.

—Lukas.

Ray resopló por la nariz y terminó asintiendo.

—Bueno… el nombre podría ser peor.

Clara le dio un golpe suave en el brazo.

—Ray.

—¿Qué? Estoy intentando hacerlo bien.

Eso hizo que Sam acabara riéndose de verdad por primera vez desde que había llegado.

Ray dio un paso hacia él.

—Mientras nadie te haga daño, esta casa sigue siendo tu casa. ¿Entendido?

Sam asintió sin poder hablar.

Clara sonrió entonces.

—Así que supongo que tendremos que invitar a Lukas a Carpintería como es debido.

Tres semanas después, Sam llegó a Carpintería acompañado de Lukas.

El alemán bajó del coche mirando el taller, los naranjos y el porche lleno de voces como alguien que intenta memorizar un lugar antes incluso de entrar en él.

—Así que este es el famoso sitio.

Sam soltó una risa baja.

—Te prometí que no era gran cosa.

—Pues mentías bastante mal.

Clara salió la primera. Se detuvo apenas un instante al verlos juntos y después abrió los brazos.

—¿Vais a quedaros ahí o pensáis entrar?

Lukas sonrió con alivio.

—Creo que me cae bien tu madre.

—Eso suele pasar —respondió Sam.

La cena avanzó entre frases mezcladas en inglés, alemán y un español improvisado que hacía reír a Ray cada pocos minutos. Jack quiso saber cómo eran los talleres de Berlín. Ray acabó enseñándole fotografías del hangar. Margaret preguntó por la arquitectura alemana. Hiroshi escuchaba más de lo que hablaba.

Fue al final cuando Sam dejó el vaso sobre la mesa.

—Lukas y yo vamos a instalarnos en Berlín.

Nadie habló durante un instante. Clara terminó levantando la vista.

—¿Es allí donde quieres vivir?

Sam sostuvo la mirada.

—Sí.

—Con él.

Clara respiró hondo.

—¿Lo quieres?

—Sí.
—¿Y él te quiere a ti?
Sam miró un segundo hacia Lukas antes de responder.
—Sí.
Clara asintió despacio.
—Entonces no necesito entender nada más.
A Sam se le quebró algo por dentro. Apartó la vista con una sonrisa nerviosa, incapaz todavía de creerse que aquello hubiera salido tan bien. Más tarde, mientras recogían la mesa, Lukas explicó el proyecto.
—Queremos montar un estudio juntos. Diseño industrial. Restauración. Ingeniería.
Jack sonrió apoyado en el respaldo de la silla.
—Suena a que vais en serio.
Lukas miró a Sam.
—Llevamos tiempo yendo en serio.
Ray levantó el vaso un poco.
—Entonces habrá que ir a visitar Berlín algún día.
Dos semanas después, Anna estaba sola en el apartamento cuando sonó el teléfono. Era Erik.
—¿Sí?
—Anna…
Pero algo sonaba mal, demasiado cansado, demasiado lejos.
—¿Dónde estás?
—Cerca de Jalalabad.
Al fondo se oían motores, voces y golpes de metal.
—¿Va todo bien?
Erik soltó aire despacio.
—No lo sé.
Aquello hizo que Anna se incorporara enseguida.
—¿Qué pasa?
—Hoy hemos cruzado un pueblo entero bombardeado.
La voz empezó a romperse ligeramente.
—Había niños sentados entre las casas como si ya no esperaran nada.
Anna dejó de respirar un instante.

—Ven a casa.

Erik soltó una risa agotada.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Tengo miedo de acostumbrarme a esto.

Aquello le heló la sangre.

—¿Estás despidiéndote de mí?

Erik tardó demasiado en responder.

—No lo sé.

Anna sintió ganas de llorar por primera vez desde que él se había marchado.

—No hagas eso.

Al otro lado alguien gritó algo y Erik bajó la voz, hablando deprisa.

—Escúchame. Pase lo que pase, no dejes de escribir.

La línea empezó a cortarse.

—Erik…

—Anna…

Después la llamada desapareció por completo.

Cuatro días más tarde, Anna estaba en la redacción cuando recibió la llamada del editor

—¿Sí?

—Anna… soy Krause.

La voz bastó.

Ella dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—No.

Silencio.

—El convoy fue atacado esta madrugada.

Anna cerró los ojos.

—No.

—Lo sentimos mucho.

La redacción siguió moviéndose alrededor. Gente caminando. Máquinas. Teléfonos. Un fotógrafo cruzó la sala cargando carretes bajo el brazo. Alguien pidió café desde el otro extremo. Dos redactores discutían sobre Beirut cerca de la ventana.

Pero Anna ya no escuchaba nada.

"Murió en el acto."

Después no recordó cómo salió del edificio. Aquella misma noche, Lola la llamó desde Córdoba llorando.

—Voy a Berlín. Y tú vienes conmigo.

Anna no dijo nada.

El entierro fue gris y helado, lleno de periodistas, fotógrafos y gente fumando en silencio bajo el frío de Berlín. Lola no soltó la mano de Anna en ningún momento.

Cuando bajaron el ataúd, Anna sintió que algo dentro de ella se quedaba allí también. A partir de entonces dejó de escribir. Lo intentaba durante horas, pero las palabras ya no servían para nada.

Malone acabó apartándole artículos sin discutir.

—Vete a casa unos días —le dijo una tarde.

Anna volvió a Carpintería porque ya no sabía dónde más ir.

Pasaba horas sentada cerca del taller escuchando herramientas y voces lejanas. A veces Jack cruzaba el hangar sin decir nada; otras era Elsie quien le dejaba café cerca de la puerta antes de desaparecer otra vez dentro de casa.

Una tarde, Hiroshi la encontró sola en el hangar vacío. Anna tenía una carta de Erik doblada entre las manos y él se sentó cerca sin preguntar nada.

Durante varios minutos ninguno habló. Solo se oían las ramas moviéndose fuera y el sonido lejano de Ray trabajando en algún sitio del taller hasta que Anna terminó hablando casi en un susurro.

—No pude salvar nada de él.

Hiroshi miró la carta.

—Sí pudiste.

—No. Solo me quedan papeles.

Hiroshi permaneció callado unos segundos.

—A veces eso es todo lo que queda de una vida.

Aquella frase hizo que Anna levantara la cabeza. Entonces Hiroshi subió despacio al altillo. Anna oyó cajas moviéndose arriba, pasos lentos sobre la madera vieja y después lo vio regresar con el cuaderno marrón entre las manos. Bajo la luz del hangar parecía todavía más viejo, gastado, lleno de dobleces y manchas antiguas en las esquinas.

—¿Qué es eso?

—Lo que sobrevivió.

Anna abrió la primera página despacio. Había nombres, fechas, cartas pegadas y frases escritas deprisa, como si hubieran sido anotadas antes de desaparecer.

"Hoy enterramos a otros dos."

"No recuerdo cuándo dejé de tener hambre."

"Masako sigue viva. Eso todavía significa algo."

Cuando Anna levantó la vista, Hiroshi seguía observando el cuaderno en silencio.

—¿Escribiste todo esto allí?

Hiroshi asintió.

—Durante la guerra. Después también.

—Ahí dentro está toda la rabia, el miedo y el cansancio que me llevé de Japón.

Pasó varias páginas con cuidado.

Aparecieron dibujos rápidos de barracones, nombres tachados y trozos de cartas pegados con cinta envejecida.

—Compañeros muertos. Hambre. Patriotismo que no sirvió para nada.

Anna no apartó la mirada del cuaderno. Hiroshi apenas sonrió al verla así.

—Pensábamos que moríamos por algo importante.

—Y luego descubrimos que la guerra solo deja gente intentando aprender a vivir otra vez.

El silencio quedó suspendido entre los dos. Cuando Hiroshi volvió a hablar, lo hizo más despacio.

—Tuve suerte.

Anna frunció el ceño.

—¿Suerte?

—Encontré otra vida aquí. Otra familia. Otra oportunidad.

Miró alrededor del hangar.

—Jack y Elsie me salvaron más de una vez sin darse cuenta.

Anna bajó la vista hacia las páginas abiertas.

—Yo ya no sé escribir.

Hiroshi negó muy leve.

—No.

—Lo que pasa es que ahora sabes cuánto duele contar ciertas cosas.

Anna tragó saliva.

—Era el primero.

Hiroshi asintió despacio.

—Claro.

Anna terminó llorando en silencio. Hiroshi la dejó hacerlo. No habló ni intentó consolarla. Permaneció allí, sentado a su lado, mientras la luz del atardecer iba apagándose poco a poco dentro del hangar.

Después señaló el cuaderno.

—Ve a Japón.

Ella levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Conoce el país que sobrevivió después de todo aquello.

—Conoce a Sachiko.

Anna no respondió. Hiroshi siguió hablando con la misma calma de siempre.

—A veces uno cruza medio mundo solo para descubrir qué parte de sí mismo sigue viva.

Aquella noche, durante la cena, Anna observó a toda la familia alrededor de la mesa. Jack discutiendo con Ray. Elsie riéndose de algo que Lukas no había entendido. Sam apoyando la mano sobre la pierna de Lukas por debajo de la mesa creyendo que nadie lo veía. Hiroshi callado. Margaret sirviendo vino.

Y por primera vez desde la muerte de Erik, Anna no sintió que estuviera completamente fuera de todo aquello.

Más tarde salió al porche. Hiroshi apareció a su lado poco después, en silencio.

—¿Ya lo has decidido?

Anna miró un momento hacia el campo oscuro y respiró hondo.

—Sí.

—Voy a Japón.

Hiroshi asintió despacio, como si aquella respuesta llevara tiempo esperándola.

—Sachiko te ayudará.

A la mañana siguiente, la noticia del viaje empezó a recorrer la casa sin dramatismos, igual que ocurrían allí las cosas importantes.

Elsie fue la primera en abrazarla.

—Te vendrá bien cambiar de aire.

Jack asintió desde la mesa.

—Y ver mundo de verdad.

Anna soltó una risa breve.

—Papá, llevo años viajando.

—Sí, pero ahora vas a mirar.

Aquella frase se le quedó dentro más de lo que esperaba.

Clara empezó enseguida a hablar de maletas, direcciones y llamadas que podían hacer desde California si surgía cualquier problema. Margaret le preparó una libreta nueva antes incluso de que Anna aceptara llevársela.

—No quiero escribir todavía.

Margaret sonrió apenas.

—Entonces úsala para mirar.

Sam y Lukas permanecieron un par de días más en Carpintería antes de regresar a Berlín. La última tarde bajaron todos juntos hasta la playa.

Ray discutía con Lukas sobre coches alemanes. Jack intentaba convencer a Sam de que en California seguían existiendo motores mejores que cualquier cosa europea. Elsie caminaba del brazo de Clara mientras el sol empezaba a caer sobre el agua, y Anna se quedó algo más atrás junto a Hiroshi..

—¿Te costó mucho volver a vivir después de la guerra?

Hiroshi observó el mar antes de responder.

—Muchísimo.

—Pero un día descubres que seguir aquí también significa cuidar de lo que queda.

Anna no respondió. Hiroshi añadió algo más al cabo de unos segundos.

—Masako decía que escribir servía para que la gente no desapareciera del todo.

Anna tragó saliva.

—Creo que ahora la entiendo mejor.

Hiroshi sonrió apenas.

—Por eso necesitas ir allí.

Más tarde, mientras regresaban hacia el coche, Lukas pasó el brazo por los hombros de Sam sin esconderse ya de nadie. Ray los vio de reojo y sonrió para sí. Clara también. Y esta vez ninguno de los dos sintió miedo.

La víspera del viaje, Anna volvió al altillo del taller. El cuaderno marrón seguía allí. Lo abrió despacio.

Había páginas enteras dedicadas a Masako. Otras hablaban del hambre, del miedo y de compañeros cuyos nombres nadie recordaba ya.

En una de las últimas hojas encontró una frase escrita muchos años atrás:

"A veces sobrevivir consiste solo en encontrar otra orilla."

Anna pasó los dedos por la tinta envejecida antes de cerrar el cuaderno y quedarse quieta unos segundos más.

Abajo seguían oyéndose voces desde la casa, pasos cruzando el pasillo y gente hablándose de una habitación a otra. La vida seguía adelante.

Cuando salió del taller, Jack estaba esperándola en el porche.

—¿Lista?

Anna levantó la vista hacia la casa iluminada. Sam y Lukas terminaban de colocar las maletas junto al coche. Clara seguía hablando desde la puerta mientras Elsie cruzaba el pasillo cargando platos hacia la cocina. Más atrás, Hiroshi permanecía quieto junto al camino, bajo la luz débil del porche.

Anna lo miró un instante antes de volver la vista hacia la carretera oscura entre los naranjos.

El viento movió apenas las ramas de los árboles. Dentro de la casa alguien volvió a reír y, por primera vez desde la muerte de Erik, aquel sonido no le hizo daño.

Jack le abrió la puerta del coche sin decir nada más. Anna agarró la libreta que Margaret había dejado sobre el asiento y levantó la vista hacia la noche de California mientras las luces de Carpintería quedaban detrás, pequeñas y cálidas, esperándola todavía.

CAPÍTULO LXXXIX

EL SITIO QUE DEJA UNO AL IRSE

Tokio, Japón — 1982–1983

Masako se levantó antes de que amaneciera del todo. La casa seguía en silencio, pero ya no era el mismo silencio de otras mañanas. Permaneció sentada en el borde de la cama unos segundos, mirando hacia el salón con la puerta entreabierta, como si todavía esperara encontrar a Ishikawa junto a la ventana, con la manta sobre las piernas y las gafas torcidas sobre la nariz.

No estaba.

La taza que había usado la última noche seguía sobre la mesa baja. Nadie la había movido. Masako la miró desde el pasillo antes de acercarse. Durante un instante alargó la mano, pero no llegó a tocarla. Luego fue a la cocina, puso agua a calentar y volvió al salón con pasos tranquilos.

La ciudad empezaba a despertar al otro lado de la ventana. Un tendero levantaba la persiana de su local. Una mujer cruzaba la calle con una bolsa colgada del brazo. Dos estudiantes pasaron deprisa, hablando demasiado alto para aquella hora. Tokio no se detenía por nadie. Eso le pareció cruel durante un segundo. Después le pareció justo.

Ishikawa habría dicho que una ciudad parada no cura a nadie.

Masako se sentó frente al cuaderno marrón. Lo abrió por la primera página en blanco. No escribió enseguida. Apoyó la mano sobre el papel y dejó que la mañana entrara poco a poco en la casa.

Habían pasado tres días desde el funeral.

Tres días de voces bajas, visitas, bandejas de comida, inclinaciones de cabeza y frases repetidas con buena intención. Tres días de gente entrando y saliendo, todos con cuidado de no tocar nada que pareciera importante. Ahora, por fin, la casa estaba sola con ella.

Y era entonces cuando más se notaba el sitio que deja uno al irse.

A media mañana llamó Yumi. No esperó a que Masako dijera nada más que su nombre.

—Voy a subir.

—No hace falta.

—Ya lo sé.

Colgó.

Apareció veinte minutos después con una bolsa de comida, varios papeles de la clínica y el abrigo mal abrochado. Tenía los ojos hinchados, pero había decidido moverse como si todo dependiera de ella.

—Kenji quería venir también —dijo dejando la bolsa sobre la mesa—, pero lo he mandado a atender pacientes antes de que desmontara media consulta buscando algo que hacer.

Masako sirvió té.

—¿La clínica está abierta?

—Sí.

Yumi se sentó despacio.

—No como antes.

—Nada va a estar como antes.

Yumi bajó la mirada hacia la taza.

—Esta mañana he entrado en su despacho y he estado a punto de pedirle permiso para cambiar una caja de sitio.

Masako sonrió apenas.

—Te habría dicho que lo hicieras de una vez y dejaras de molestar.

—Exactamente eso.

Las dos se quedaron calladas.

No era un silencio incómodo. Era una forma de dejarle espacio al nombre que no habían dicho.

Yumi sacó los papeles.

—Hay cosas que firmar. Haruto puede encargarse, pero quería que lo supieras.

Masako asintió.

—Que se encargue él.

—Le cuesta ocupar ese despacho.

—Le costará.

Yumi la miró.

—¿Y a ti?

Masako tardó en responder.

—A mí me cuesta entrar en el salón.

Yumi no dijo nada. Solo le acercó la taza un poco más.

Kenji llegó por la tarde. Esta vez no traía nada. Eso ya era raro en él. Entró, saludó bajo y se quedó de pie junto a la puerta, mirando la casa como si no supiera dónde colocar las manos.

—Puedes sentarte —dijo Masako.

Kenji obedeció.

—Hoy he discutido con un proveedor.

—Eso no es novedad.

—No. Pero antes, cuando pasaba, él salía del despacho y me decía que dejara de comportarme como un crío.

Masako bajó la vista.

—¿Y hoy?

—Hoy nadie salió.

Aquello quedó en la habitación más tiempo del necesario.

Kenji se pasó una mano por la cara.

—No sé qué hacer con eso.

—Haz lo mismo que hacías. Pero la clínica no era solo él. También eras tú. Y Yumi. Y todos los que aprendisteis a entrar antes de que os llamaran.

Kenji bajó la cabeza un instante.

—Él odiaría oír eso.

—Por eso puedes pensarlo sin decírselo.

Kenji soltó una risa breve, rota por dentro. Después se tapó los ojos un momento con la mano.

—Perdón.

—No pidas perdón.

Respiró hondo antes de levantarse.

—Mañana volveré.

—Lo sé.

Al cerrar la puerta, Masako se quedó mirando el lugar donde había estado sentado. La casa seguía cambiando de forma con cada visita. Ishikawa ya no estaba, pero todo lo que había ordenado seguía obligando a los demás a encontrar su sitio.

Esa noche, Sachiko llegó tarde del estudio. Traía pintura en los dedos y el pelo mal recogido. Dejó las llaves sobre la entrada y se quedó quieta al ver la taza de Ishikawa todavía sobre la mesa.
—No has querido quitarla.
—Todavía no.
Sachiko inclinó apenas la cabeza antes de sentarse junto a su madre.
—Hoy he intentado pintar.
—¿Y?
—Me ha salido una ventana.
Masako la miró.
—¿Solo eso?
—Una ventana cerrada.
No hacía falta explicar más.
Masako se levantó, fue hasta la cocina y volvió con dos cuencos de sopa. Comieron en silencio durante varios minutos.
—Moreau ha escrito —dijo Sachiko al fin—. Quiere saber si mantengo los planes para la nueva exposición.
—¿Y tú?
—Sí.
La respuesta salió más firme de lo que ella misma esperaba.
—Quiero hacerla aquí. No por París. No por los críticos. Aquí.
Masako asintió despacio.
—Entonces hazla.
—Sin él va a ser extraño.
—Sí.
Sachiko miró hacia la taza de la mesa.
—Me habría dicho que no hiciera tanto teatro.
—Probablemente.
—Y luego habría venido el primero.
Masako sonrió apenas.
—Sí.
Sachiko bajó la cabeza. No lloró. Se quedó allí, con las manos alrededor del cuenco, mirando la sopa sin verla.
—No sé si estoy triste como debería.
Masako dejó los palillos.

—No hay una forma correcta.
—A veces me acuerdo de él corrigiéndome un vendaje cuando era pequeña. O mandándome callar. O fingiendo que no le importaba un cuadro.

Tragó saliva.

—Y entonces me entra una pena rara. Pero después vuelvo al estudio y sigo.
—Eso también es pena.

Sachiko asintió lentamente.

Antes de marcharse a dormir, Masako retiró la taza de Ishikawa. La lavó con cuidado, la secó y la dejó en el armario, en el mismo estante de siempre. No fue una despedida. Fue un gesto doméstico. Quizá por eso le dolió más.

Los días siguientes estuvieron llenos de cosas pequeñas.

Haruto empezó a usar el despacho sin cerrar la puerta. Yumi reorganizó el archivo y no pidió permiso. Kenji cambió de sitio una silla que llevaba años molestando en el pasillo. Nadie lo comentó. Todos lo vieron.

La clínica seguía funcionando. No igual, pero funcionando.

Masako volvió a escribir cada mañana. Al principio eran frases sueltas. Después escenas. Más tarde nombres. No intentaba hacer literatura todavía. Solo ordenar aquello que llevaba décadas viviendo a trozos.

Hiroshi apareció en una página antes de que ella lo decidiera: joven, en la estación, con la carta en la mano; años después, en California, hablando desde un lugar que ya no era Japón pero tampoco había dejado de serlo; escribiendo de noche; arrojando al mar lo que ya no podía conservar de otra forma.

Masako dejó el bolígrafo un instante antes de escribir:

«No todo lo que se pierde desaparece. A veces solo cambia de sitio.»

Aquella tarde sonó el teléfono.

Era Hiroshi.

—Sachiko me ha escrito —dijo desde California—. Me contó lo de Ishikawa.

Masako cerró los ojos.

—Sí.
—Lo siento.
—Lo sé.

Al otro lado hubo un silencio largo. No era vacío. Era de los que solo existen entre personas que han sobrevivido a demasiadas cosas como para llenar cada pausa.

—Fue bueno contigo —dijo Hiroshi.
—Lo fue. Y con Sachiko también.

Masako apoyó una mano sobre el cuaderno.

—Estoy escribiendo.

Hiroshi tardó unos segundos en responder.

—¿Sobre qué?
—Sobre todo.

La respiración de Hiroshi sonó apenas al otro lado.

—Sabía que acabarías haciéndolo.

Masako miró por la ventana. En la calle, Kenji pasó en bicicleta sin verla.

—No sé si sabré hacerlo.
—Sí lo sabes.
—No me conoces tanto.
—Te conozco desde antes de que aprendieras a esconderte.

Masako sonrió sin querer.

—Tú también escribiste.
—Para no romperme.
—Yo quizá estoy haciendo lo mismo.
—Entonces sigue.

Hiroshi lo dijo con naturalidad.

Cuando colgó, Masako volvió al cuaderno y escribió durante casi una hora mientras la casa empezaba a recuperar una rutina distinta.

Haruto empezó a quedarse hasta más tarde en la clínica. Yumi volvió a discutir con los proveedores como antes. Kenji llenaba los silencios hablando demasiado y Sachiko pasaba días enteros encerrada en el estudio.

Masako escribía cada mañana. A veces avanzaba varias páginas; otras solo una frase, pero ya no cerraba el cuaderno a medias.

Por primera vez en muchos años, sentía que no escribía para recordar, sino para dejar ir.

A finales de otoño, Sachiko inauguró una nueva exposición en Kioto.

No tuvo el impacto de Tokio ni la agitación constante de París. La sala era más pequeña, con paredes blancas, luz medida y ventanas que daban a una avenida llena de tráfico. Pero allí estaban Yumi, Kenji, Haruto, Ayako y Takeshima. También algunos estudiantes, dos críticos japoneses, Moreau en una fotografía enviada desde Francia y varias personas que habían conocido a Ishikawa en la clínica.

Sobre la entrada podía leerse el título de la exposición:

LA OTRA ORILLA

El cuadro principal, Nada se pierde, ocupaba el fondo de la sala. Masako se detuvo delante.

El agua ocupaba casi todo el lienzo, pero esta vez había algo distinto. Entre los azules oscuros aparecían líneas finas, casi invisibles, como caminos sumergidos. No eran cartas enteras. No eran nombres completos. Eran fragmentos que parecían moverse debajo de la pintura.

Haruto se acercó, incómodo con el silencio.

—No sé si lo entiendo.

Sachiko lo miró.

—No hace falta.

—Menos mal.

Yumi le dio un pequeño golpe con el codo.

—Calla un poco.

Masako siguió mirando el cuadro.

—Está mejor que en París.

Sachiko giró la cabeza.

—¿Tú crees?

—Sí.

—¿Por qué?

Masako tardó unos segundos en responder.

—Porque ya no intentas explicarlo todo.

Sachiko bajó la vista, emocionada.

Aquella noche, al volver a casa, Masako dejó el abrigo sobre una silla y encendió la lámpara de la mesa. No tenía sueño. Abrió el cuaderno y leyó lo escrito aquella mañana. No corrigió nada.

Añadió una línea debajo:

«Lo que permanece no siempre se guarda. A veces se reconoce en otros.»

Después cerró el cuaderno. La casa estaba tranquila, distinta a como había estado antes de la muerte de Ishikawa.

A la mañana siguiente vio a Yumi levantar la persiana de la clínica. Kenji llegó en bicicleta y casi chocó con un anciano que cruzaba demasiado despacio. Sachiko abrió el estudio poco después. Haruto salió a la puerta con una carpeta bajo el brazo y se quedó mirando la calle antes de entrar de nuevo.

Todos ocupaban ya su sitio. No el de Ishikawa, sino el suyo.

Masako permaneció quieta junto a la ventana. La clínica volvía a abrir cada mañana. Sachiko regresaba al estudio. Kenji seguía llegando demasiado temprano al hospital y Haruto aún discutía solo delante de los balances.

La vida continuaba avanzando despacio, llevándose unas cosas y dejando otras.

Masako fue hasta la mesa, abrió el cuaderno y escribió en la parte superior de una página nueva:

Cartas al mar de Japón

Después dejó un espacio en blanco antes de empezar a escribir.

CAPÍTULO XC

LAS PÁGINAS EN SU SITIO

Carpintería y Tokio — 1984–1985

Anna preparó la maleta de madrugada, con la lámpara de la mesilla encendida y la casa aún quieta. Metió poca ropa, una libreta nueva, dos bolígrafos, el pasaporte y las cartas de Erik dentro de una carpeta azul. Al fondo dejó el libro de Masako, con varias páginas dobladas.

Antes de cerrar la maleta sacó una de las cartas de Erik. No necesitó abrirla entera. Le bastó ver la letra.

«No dejes que esto me quite la voz cuando ya no esté.»

Anna cerró los ojos, guardó la carta y bajó a la cocina. Elsie ya estaba allí.

—Te he preparado café.

Anna se dejó caer en la silla.

—Mamá, son las cinco.

—Y tú te vas a Japón. Estamos empatadas.

Anna sostuvo la taza caliente entre las manos.

—No sé qué hago yendo allí.

Elsie la miró por encima del café.

—Claro que lo sabes.

—No.

—Vas porque llevas meses encerrada dentro de la misma pena y ya no puedes seguir ahí.

Anna bajó la vista.

—Tengo miedo de fallarle a todo el mundo.

Elsie negó despacio.

—No te han pedido que arregles nada. Solo que estés.

Jack apareció poco después, vestido para conducir, con las llaves del coche en la mano.

—¿Ya estamos arreglando la vida tan temprano?

Elsie resopló.

—Tu hija está dramática.

—Sale a la familia.

Anna soltó una risa breve. Jack se quedó mirándola un segundo.

—Eso. No pierdas eso.

En el porche, Hiroshi esperaba junto a Margaret con el cuaderno marrón entre las manos.

—Llévalo —dijo tendiéndoselo.

Anna negó enseguida.

—No puedo.

—Sí puedes.

—Es tuyo.

Hiroshi sonrió apenas.

—Por eso te lo doy.

Anna cogió el cuaderno con cuidado.

—¿Qué quieres que haga con él?

—Nada raro. Léelo cuando no sepas qué hacer contigo.

Margaret le tocó el brazo.

—Dile a Sachiko que sigue teniendo una casa aquí.

—Se lo diré.

Hiroshi respiró despacio antes de añadir:

—Y a Masako dile solo una cosa.

—¿Cuál?

—Que llegaste.

En el aeropuerto de Los Ángeles, Jack cargó la maleta hasta el mostrador aunque Anna protestó dos veces. A la tercera dejó de hacerlo. Elsie le colocó bien el cuello de la chaqueta.

—Come algo en el avión.

—Mamá…

—Y duerme.

Jack la abrazó al final. No fue un abrazo largo, pero Anna notó que le costaba apartarse.

—Cuando eras pequeña te caías de la bici cada dos días.

Anna levantó la cabeza.

—¿Ahora te acuerdas de eso?

—Te levantabas antes de que pudiéramos ayudarte.

Jack le dio un golpecito suave en el hombro.

—Haz lo mismo allí.

Anna tragó saliva.

—Lo intentaré.

Elsie la abrazó después.

—No tengas prisa por estar bien.

Anna cerró los ojos.

—No sé cómo se hace eso.

—Nadie lo sabe.

El vuelo fue largo. Anna no logró dormir. Leyó fragmentos del libro de Masako y después abrió el cuaderno de Hiroshi.

La primera página decía:

«Hoy salgo. No sé en qué me voy a convertir. Pero sé por qué me voy.»

Anna pasó la mano por el papel. Pensó en Erik escribiendo desde hoteles agotados, coches militares y redacciones prestadas. Pensó en Hiroshi guardando cartas durante décadas. Pensó en Masako escribiendo para que ciertas personas no desaparecieran del todo.

Sacó la libreta nueva.

Durante varios minutos no escribió nada. Después dejó una sola frase:

«No sé si esto sirve, pero he venido.»

Sachiko la esperaba en el aeropuerto de Tokio.

—Anna Sullivan.

—Sachiko Ishiwa.

Se miraron un segundo largo. Sachiko fue la primera en sonreír.

—Tienes la misma cara de cansancio que Hiroshi cuando vino la última vez.

Anna soltó aire por la nariz.

—Eso no suena bien.

—En esta familia cuenta como saludo.

La casa de Masako era pequeña, tranquila y luminosa. Había libros por todas partes y cuadros apoyados contra las paredes.

Masako estaba junto a la ventana, cubierta por una manta clara. Parecía mucho más frágil de lo que Anna imaginaba.

Sachiko se acercó primero.

—Ha llegado.

Masako giró la cabeza despacio. Anna permaneció junto a la puerta.

—Soy Anna.

Masako la observó largo rato.

—Ya veo.

Anna dio un paso.

—Hiroshi me pidió que le dijera una cosa.

Masako cerró los ojos un segundo.

—Claro que sí.

—Me pidió que le dijera que llegué.

Masako soltó aire despacio.

—Siempre fue incapaz de decir algo sencillo de forma sencilla.

Sachiko sonrió detrás de Anna. Masako señaló la silla.

—Siéntate antes de que me canse de mirarte desde aquí.

Anna obedeció. Sacó el libro de la carpeta azul.

—Lo he leído.

—Entonces algunas partes te habrán dolido.

Anna tragó saliva.

—Sí.

Masako asintió despacio.

—Entonces funcionó.

El silencio no molestó. Anna sostuvo el libro entre las manos.

—Erik murió en Afganistán.

Masako no apartó los ojos de ella.

—Lo sé.

—Era periodista.

—Y tú también.

Anna negó despacio.

—Hace meses que no escribo nada.

Masako acomodó la manta sobre las piernas.

—Eso no significa que hayas dejado de serlo.

Anna bajó la vista.

—Él me pidió que no dejara de escribir.

Masako soltó aire por la nariz.

—Los muertos siempre dejan cosas pendientes.

Anna se echó a reír y a llorar al mismo tiempo.

Sachiko miró hacia la ventana para dejarle espacio.

Anna se secó la cara con rabia antes de volver a mirarla.

—Estoy cansada de llorar.

—Pues descansa un rato y luego sigue.

—¿Así de fácil?

Masako negó despacio.

—No. Así de sencillo.

Aquella tarde Sachiko llevó a Anna a caminar cerca del río. Entraron en una cafetería pequeña junto al agua.

—Mi madre no habla así con cualquiera —dijo Sachiko.

—¿Así cómo?

—Sin esconderse.

Anna sostuvo la taza caliente entre las manos.

—Hiroshi tampoco.

Sachiko sonrió apenas.

—Supongo que ya están demasiado cansados para fingir.

Anna miró el agua tras el cristal.

—¿Se quisieron siempre?

Sachiko removió el café.

—Creo que algunas personas no dejan nunca de acompañarse.

Anna pensó en Erik.

—¿Y merece la pena?

Sachiko levantó la vista.

—Sí. Aunque salga mal.

Volvieron a casa al anochecer.Masako seguía despierta.

—Menos mal. Ya pensaba que Tokio os había secuestrado.

Durante la cena, Anna se equivocó dos veces de armario buscando platos.

—Ese no —dijo Masako—. El otro.

—¿Este?

—Ese es peor.

Sachiko se echó a reír.

—Te está poniendo a prueba.

—Lo estoy haciendo fatal.

Masako negó con una pequeña sonrisa.

—Haruto rompió tres tazas el primer día. Tú todavía puedes quedarte.

Después de cenar, Masako pidió el cuaderno de Hiroshi. Lo abrió despacio. Había cartas incompletas, nombres, fechas y fragmentos salvados de décadas enteras. Pasó los dedos sobre una página.

—Pensé que esta ya no existía.

Anna se inclinó un poco.

—Él guardó casi todo.

Masako soltó una risa cansada.

—Claro que sí. Hiroshi nunca supo tirar nada importante.

Sachiko dejó tres tazas de té sobre la mesa.

—Anna quiere escribir sobre todo esto.

Anna la miró enseguida.

—Yo no he dicho eso.

—Todavía no.

Masako cerró el cuaderno.

—No escribas para volvernos bonitos.

Anna se tensó ligeramente.

—No pensaba…

—Si escribes para arreglar el dolor, no va a servir. Si escribes para que ciertas personas no desaparezcan del todo, entonces quizá sí.

Anna bajó la mirada.

—¿Y si no soy capaz?

Masako tardó un momento en responder.

—Entonces escribe igual.

Aquella noche Anna durmió poco. Al amanecer encontró a Masako despierta junto a la ventana.

—¿No duerme nunca?

—Dormir está sobrevalorado.

Anna se sentó en el suelo, junto a ella. Durante un rato permanecieron calladas. Luego Anna preguntó Anna.

—¿Le quiso siempre?

Masako no necesitó preguntar a quién se refería.

—Sí.

Anna dudó antes de hablar otra vez.

—¿Y a Ishikawa?

Masako tardó más en responder.
—También.
Anna bajó la cabeza.
—Debe de ser complicado vivir así.
Masako soltó una pequeña risa cansada.
—La vida no pregunta antes de hacer ciertas cosas.
Anna pensó en Erik.
—A veces siento que quererle no ha servido para nada.
Masako giró la cabeza hacia ella.
—¿Te cambió?
Anna tardó unos segundos.
—Sí.
—Entonces ya ha servido para algo más importante que durar.
Anna cerró los ojos.
—No le vi morir.
—Mejor.
La respuesta la dejó quieta. Masako habló más bajo.
—Yo tampoco vi morir a la mayoría de la gente que perdí. Y aun así pasé media vida despidiéndome.
Anna ya no intentó contener las lágrimas.
—No sé cómo vivir con eso.
Masako la observó en silencio.
—Al principio, mal.
Anna soltó una risa rota.
—Eso ayuda muchísimo.
—Te digo la verdad.
Masako respiró despacio.
—Después aprendes a hacer café, a abrir cartas, a responder llamadas. Un día dices su nombre y no te rompe entera. Y más tarde entiendes que seguir no es traicionarlo.
Anna se cubrió la boca con la mano.
Masako añadió:
—Es llevarlo de otra manera.
Sachiko apareció en el pasillo, despeinada y con una rebeca sobre los hombros.
—¿Otra vez hablando antes del desayuno?

Masako la miró.

—Alguien tiene que educar a esta chica.

Sachiko sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

Aquella noche Masako empeoró.

No hubo sobresaltos. Solo un cambio en la respiración, una llamada breve al médico y Sachiko moviéndose por la casa con una calma demasiado exacta.

Haruto llegó el primero. Entró con la chaqueta mal cerrada y se quedó quieto junto a la puerta de la habitación.

—Masako —dijo intentando sonreír—. He aparcado fatal. Si viene la grúa, será culpa tuya.

Desde la cama llegó una voz muy débil.

—Siempre aparcas fatal.

Haruto cerró los ojos un instante.

—También es verdad.

Takeshima y Ayako llegaron más tarde.

Takeshima se sentó junto a la cama y cogió la mano de Masako.

—Has tardado —murmuró ella.

—El tren no corría por mí.

Masako sonrió apenas.

—Excusas.

Más tarde, Sachiko salió de la habitación y encontró a Anna en el pasillo.

—Quiere verte.

Anna entró.

Masako estaba muy pálida. Sobre la mesilla descansaban el libro, el cuaderno de Hiroshi y una hoja doblada.

—Acércate.

Anna se sentó a su lado.

—Estoy aquí.

—Eso ya lo veo.

Masako señaló la hoja.

—Para Hiroshi.

—Se la llevaré.

—No la leas.

—No.

Masako cerró los ojos un momento.

—Bueno… si la lees dentro de treinta años, ya me dará igual.

Anna soltó una risa rota.

Sachiko entró y se colocó al otro lado de la cama. Masako la miró.

—No pongas orden en todo hoy.

Sachiko tragó saliva.

—Lo intento.

—Pues intenta menos.

Anna reconoció en aquella frase algo mucho más antiguo que esa habitación. Masako buscó la mano de Sachiko.

—Pinta lo que no sepas decir.

Sachiko empezó a llorar.

—No voy a saber hacerlo sola.

Masako respiró con dificultad.

—Sí sabrás.

Después miró hacia Anna.

—Y tú… escribe a Erik como era. No como la gente cuenta a los muertos cuando quiere quedar bien.

Anna lloró en silencio.

—No quiero despedirme.

Masako cerró los ojos.

—Nadie quiere.

Luego volvió a abrirlos apenas.

—Dile a Hiroshi… que llegaste tarde, pero llegaste.

Anna negó despacio.

—No llegué tarde.

Masako sonrió muy levemente.

—No discutas con una vieja.

Sachiko apoyó la frente en la mano de su madre. Masako respiró una vez más. Después otra. Y después ninguna.

Nadie habló enseguida. En la cocina, el agua empezó a hervir y nadie fue a apagarla.

El entierro se celebró dos días después, en una mañana gris y apagada. No acudió mucha gente. Algunos vecinos, antiguos compañeros de Ishikawa, un editor de Tokio y varias personas que habían leído el libro y viajaron solo para despedirse en silencio.

Hiroshi permaneció apartado del resto, con las manos dentro del abrigo y la vista fija en el altar.

Sachiko recibió a cada persona inclinando apenas la cabeza. Llevaba el pelo recogido y el mismo abrigo oscuro desde la noche anterior. Anna se quedó cerca de ella casi todo el tiempo, sin saber muy bien cuándo había empezado a hacerlo de forma natural.

El monje recitó los sutras con una voz baja y constante mientras el humo del incienso ascendía despacio hacia las vigas del templo. Sobre la fotografía, Masako seguía sonriendo igual que en los últimos años: tranquila, serena, como si hubiese llegado por fin al lugar que llevaba toda la vida buscando.

Haruto permanecía junto a Sachiko sin invadirla. Yumi lloraba con los labios apretados, incapaz de quedarse quieta. Kenji mantenía la vista fija en el suelo desde hacía casi una hora. Takeshima parecía haber envejecido de golpe.

Cuando llegó el momento del incienso, Hiroshi tardó unos segundos en levantarse. Caminó despacio hasta el altar, tomó el polvo entre los dedos y lo dejó caer sin apartar la vista de la fotografía. Nadie oyó lo que dijo después, si es que dijo algo.

Fuera, el viento movía las ramas desnudas del patio. Anna miró a Sachiko un instante. Ella seguía inmóvil, pero tenía los ojos completamente rojos.

Al terminar la ceremonia, la gente empezó a marcharse poco a poco. Nadie hablaba más de la cuenta. Como si todos entendieran que algunas despedidas no admiten demasiadas palabras.

Después, Sachiko y Anna caminaron hasta el mar. El viento les movía el abrigo y el pelo. Permanecieron calladas un buen rato.

—Pensé que estaría preparada —dijo Sachiko.

—No creo que eso exista.

Anna observó el agua.

—Antes de venir pensé que quizá entendiendo a Masako entendería lo de Erik.

—¿Y?

—No. Pero ya no me parece una traición seguir viviendo.

Sachiko asintió despacio. Anna sacó la libreta.

—Quiero escribir aquí.

—Hazlo.

Anna escribió durante varios minutos. Cuando terminó, leyó en voz baja:

—Masako Hayashi escribió para quienes no volvieron, para quienes siguieron viviendo y para quienes llegaríamos tarde a entenderlo. Hoy he visto morir a una mujer que vivió entre dos orillas sin abandonar ninguna. Y he comprendido que las cartas no salvan una vida, pero pueden impedir que una vida quede sola.

Sachiko mantuvo la vista en el mar.

—Eso sí puedes escribirlo.

Anna regresó a California una semana después. Hiroshi la esperaba en el porche. Anna subió los escalones despacio y sacó la carta de Masako,

—Es para ti.

Hiroshi la recibió con las dos manos.

—¿Cómo fue?

Anna se sentó a su lado.

—Sachiko estaba con ella hasta el final.

Hiroshi cerró los ojos un instante.

—Bien.

Anna respiró hondo.

—Me pidió que te dijera una cosa.

Él levantó la vista.

—Dímela.

—Que llegué tarde, pero llegué.

Hiroshi soltó aire despacio. Durante unos segundos pareció regresar a un lugar donde nadie más podía acompañarlo.

—Sí —dijo al fin—. Esa era ella.

Anna le ofreció el cuaderno marrón.

—Te lo devuelvo.

Hiroshi negó.

—No.

—Hiroshi…

—Ahora sabes qué hay dentro. Guárdalo tú.

Anna apretó el cuaderno contra las rodillas.

—Me da miedo no hacerlo bien.

Hiroshi la miró con calma.

—Hazlo como puedas. Ya irás encontrando el resto.

Aquella noche, en su cuarto, Anna dejó el cuaderno marrón, el libro de Masako y las cartas de Erik sobre la mesa. Después abrió la libreta nueva. Escribió el nombre de Erik. Después el de Masako. Luego el de Hiroshi. Y por último el suyo.

Las palabras no salieron limpias ni ordenadas, pero salieron.

Abajo, Hiroshi abrió al fin la carta de Masako. La leyó una vez y luego otra antes de doblarla con cuidado y quedarse junto a la ventana, mirando la oscuridad tranquila de los naranjos.

Arriba, Anna siguió escribiendo. Afuera, el viento seguía moviendo los árboles como llevaba hacienda toda la vida.

EPÍLOGO

NADA SE PIERDE, SOLO CAMBIA DE ORILLA

Carpintería y Tokio — finales de los años ochenta

La casa seguía igual que siempre: el café temprano en la cocina, la madera vieja del porche y los naranjos todavía húmedos después del riego. Anna se quedó unos segundos quieta antes de entrar, escuchando lo que llegaba desde dentro como si necesitara asegurarse de que todo seguía allí.

Había vuelto muchas veces a Carpintería, pero nunca llevando consigo tantas vidas.

En el asiento trasero del coche esperaba una caja llena de papeles envejecidos, fotografías dobladas, cartas y cuadernos. Allí estaban el cuaderno marrón de Hiroshi, las cartas de Erik, el libro de Masako y el pañuelo de Elsie, doblado con cuidado entre dos carpetas.

Vértigo.

Sostén.

Brújula.

Anna pasó los dedos por la tapa de la caja antes de cerrar la puerta del coche.

Dentro, Jack levantó la voz desde la cocina.

—¡Pues si nadie toca mis cosas, luego las encuentro!

—Jack, tus gafas estaban dentro del congelador —respondió Elsie.

—Porque fui a por hielo.

—¿Y las gafas tenían calor?

Anna soltó una risa antes siquiera de entrar. Jack apareció en el pasillo todavía buscando las gafas que llevaba puestas sobre la cabeza. Cuando la vio, dejó de hablar.

—Ya estás aquí.

Anna asintió.

Jack abrió los brazos y ella se dejó abrazar igual que cuando era pequeña. Notó el cuerpo de su padre más frágil que años atrás, pero

todavía firme. Detrás apareció Elsie secándose las manos con un paño.
—Déjala respirar, Jack.
—Estoy respirando.
—Sí, encima de ella.

Anna se echó a reír otra vez, y esta vez las lágrimas llegaron mezcladas con la risa.

Al poco rato empezaron a aparecer coches junto al camino y la puerta dejó de cerrarse del todo. No había sido necesario pedirlo. Todos habían ido llegando por la misma razón: Anna volvía a casa después de demasiado tiempo intentando sostener sola ciertas cosas.

Clara llegó discutiendo con Ray porque había olvidado una bolsa en el coche. Sam apareció poco después, hablando demasiado alto desde el jardín, con Lukas detrás, más elegante y tranquilo, saludando con una sonrisa cansada. Jack Jr. había llegado desde Los Ángeles esa misma mañana y seguía contestando llamadas del bufete desde el pasillo mientras intentaba que nadie notara el cansancio que llevaba encima.

En menos de una hora ya había chaquetas sobre las sillas, vasos mal colocados y gente hablando al mismo tiempo en habitaciones distintas. Ray protestaba porque Jack seguía viendo béisbol "como un anciano". Clara corregía a Sam cada dos frases. Jack Jr. discutía por teléfono con un cliente creyendo que nadie lo escuchaba. Elsie intentaba mandar callar a todos sin dejar de servir comida mientras Lukas seguía tratando de averiguar dónde guardaban los platos.

Anna los observó desde la mesa y entendió que la vida no se había detenido mientras ella aprendía a sobrevivir lejos de allí. Había continuado avanzando despacio, llevándose unas cosas y dejando otras, igual que el mar.

Luis llamó desde Sacramento justo antes de cenar. Al otro lado se mezclaban conversaciones, niños corriendo por la casa y alguien entrando en la cocina con más platos en las manos.
—Tu madre sigue haciendo demasiada comida —dijo él riéndose.
—Y tu padre sigue diciendo que no hay suficiente.

La voz de Jack se oyó desde el fondo.

—¡Porque nunca hay suficiente!

Luis se quedó callado un momento antes de añadir más bajo:
—Tommy habría disfrutado hoy.

La cocina se quedó en silencio apenas unos segundos.

Elsie apoyó una mano sobre el hombro de Anna mientras seguía moviéndose alrededor de la mesa.
—Sí —dijo ella—. Habría sido incapaz de callarse toda la noche.

Después la conversación continuó despacio alrededor de la mesa, como ocurría siempre en aquella casa cuando alguien faltaba.

Más tarde, cuando la cena empezó a quedarse atrás poco a poco, Anna salió al porche con la caja. Hiroshi ya estaba allí, sentado junto a Margaret, viendo cómo el viento movía despacio los árboles del camino.

El tiempo había afinado su cara y doblado un poco sus manos, pero seguía teniendo aquella manera tranquila de mirar las cosas, como si llevara toda la vida observando gente marcharse y volver distinta.

Anna dejó la caja sobre la mesa.
—He traído algo.

Hiroshi miró el cuaderno marrón antes incluso de que ella lo sacara. No dijo nada.

Anna abrió la tapa despacio. Primero aparecieron las cartas de Erik, atadas con una cinta azul. Después fotografías: Sachiko junto al mar; Yumi levantando la persiana de la clínica; Kenji dormido en una silla del hospital con una revista sobre la cara; Haruto serio detrás de un escritorio que años atrás había pertenecido a Ishikawa; Takeshima y Ayako frente a un cuadro de Sachiko en Kioto.

Margaret cogió una de las fotos.
—Cada vez se parece más a Masako.

Hiroshi sonrió apenas.
—Y el carácter de Ishikawa.

Anna abrió el cuaderno por una página marcada.

Allí seguían los nombres de los Doce. A esas alturas, solo Hiroshi y Takeshima continuaban vivos de los Doce. Los demás habían quedado detenidos para siempre en la edad que tenían durante la guerra.

Más atrás aparecía Yamashita, escrito con letra rápida y dura, igual que si todavía siguiera caminando entre barracones.

Hiroshi pasó los dedos por el papel.

—Éramos unos críos.

Anna levantó la vista hacia él.

—Masako escribió que lo peor de las guerras no era cómo moría la gente. Era lo jóvenes que eran cuando aprendían a tener miedo.

Hiroshi bajó la mirada.

—Sí. Eso lo entendió antes que nosotros.

Jack salió al porche con dos vasos en la mano.

—¿Estáis hablando otra vez de la guerra?

—Siempre acabamos hablando de la guerra —murmuró Hiroshi.

Jack le tendió un vaso y se sentó frente a él.

Durante un instante Anna vio a los dos muchachos que habían sido: uno pilotando sobre el Pacífico; el otro escribiendo cartas en Japón. Ninguno podía imaginar entonces que acabarían envejeciendo bajo el mismo techo.

Dentro de la casa, Sam empezó a discutir con Ray por algo relacionado con Alemania y motores europeos. Clara mandó callar a ambos y Elsie terminó riéndose otra vez.

Desde el porche todavía se oían platos y gente yendo y viniendo por la cocina cuando Anna apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla.

—A veces tengo miedo de escribirlo mal.

Hiroshi tardó un poco en responder.

—Masako también tenía miedo.

Anna lo miró sorprendida.

—¿Ella?

—Claro.

Hiroshi sonrió mirando el jardín.

—Creía que nunca encontraría las palabras correctas para ciertas personas.

—¿Y las encontró?

Él pensó unos segundos.

—No sé si existen palabras correctas para perder a alguien.

Después dio un pequeño golpecito al cuaderno.

—Pero escribió igual.

El viento movió las hojas unos centímetros.

Anna pensó en Erik escribiendo desde Afganistán con tierra en las botas y cansancio en la voz. Pensó en Lola llamándola desde Córdoba llorando sin intentar sonar fuerte. Pensó en Tommy, en Ishikawa, en los abuelos Sullivan, en los Braxton, en Don Vicente y en toda la gente que había sostenido aquella historia incluso cuando nadie parecía darse cuenta.

Las fotografías y las cartas quedaron extendidas sobre la mesa. A un lado, separada del resto, seguía la última carta de Masako para Hiroshi. Él nunca la había vuelto a guardar desde la noche en que Anna regresó de Japón.

Margaret se levantó despacio.

—Voy a buscar mantas antes de que os hagáis los jóvenes y acabéis enfermos.

Jack resopló.

—Yo todavía soy joven.

—Jack, te duermes viendo las noticias.

—Porque empiezan hablando de política y acabo pensando en otra cosa.

Anna volvió a reírse. Después bajó la vista hacia el cuaderno, las cartas y las fotografías extendidas sobre la mesa. Quizá escribir no servía para arreglar nada, pero sí para que algunas personas siguieran teniendo un lugar donde quedarse.

Mucho después, cuando la casa quedó en silencio, Anna llevó el cuaderno marrón hasta el acantilado.

El océano se extendía oscuro frente a ella. La misma agua que había separado Japón y California durante medio siglo. La misma que había visto partir a Jack. La misma que había guardado las cartas de Hiroshi. La misma que Masako había contemplado tantas veces desde la otra orilla.

Anna se sentó sobre la hierba y abrió el cuaderno.

Allí seguían todos: muchachos que tuvieron miedo demasiado pronto, hombres que volvieron distintos y familias enteras intentando seguir adelante mientras el mundo se rompía alrededor.

Anna pasó una mano por las páginas antes de empezar a escribir.

Escribió hasta que el cielo empezó a aclararse detrás del mar y las primeras luces aparecieron sobre Carpintería. En algún momento dejó de sentir que estaba ordenando papeles ajenos y comprendió que aquella historia también le pertenecía.

Cuando levantó la cabeza, el amanecer ya entraba despacio sobre el océano. Anna cerró el cuaderno y se quedó mirando el horizonte mientras pensaba en Masako, en Erik, en Hiroshi dormido al otro lado de la casa y en Margaret volviendo a taparlo porque él insistiría otra vez en que no tenía frío.

Pensó también en Jack y Elsie discutiendo todavía dentro de muchos años, en Tommy, en Ishikawa y en todos los que ya no estaban. Y, aun así, la vida seguía allí: en las cartas guardadas durante décadas, en los cuadros de Sachiko, en las llamadas desde Sacramento y en toda la gente que había aprendido a seguir adelante sin olvidar a nadie.

El viento movió las hojas del cuaderno una vez más. Anna apoyó la mano sobre la tapa y, antes de volver a escribir, rozó con los dedos el bordado desgastado del pañuelo de Elsie.

Después levantó la vista hacia el mar.

Nada se pierde. Solo cambia de orilla.